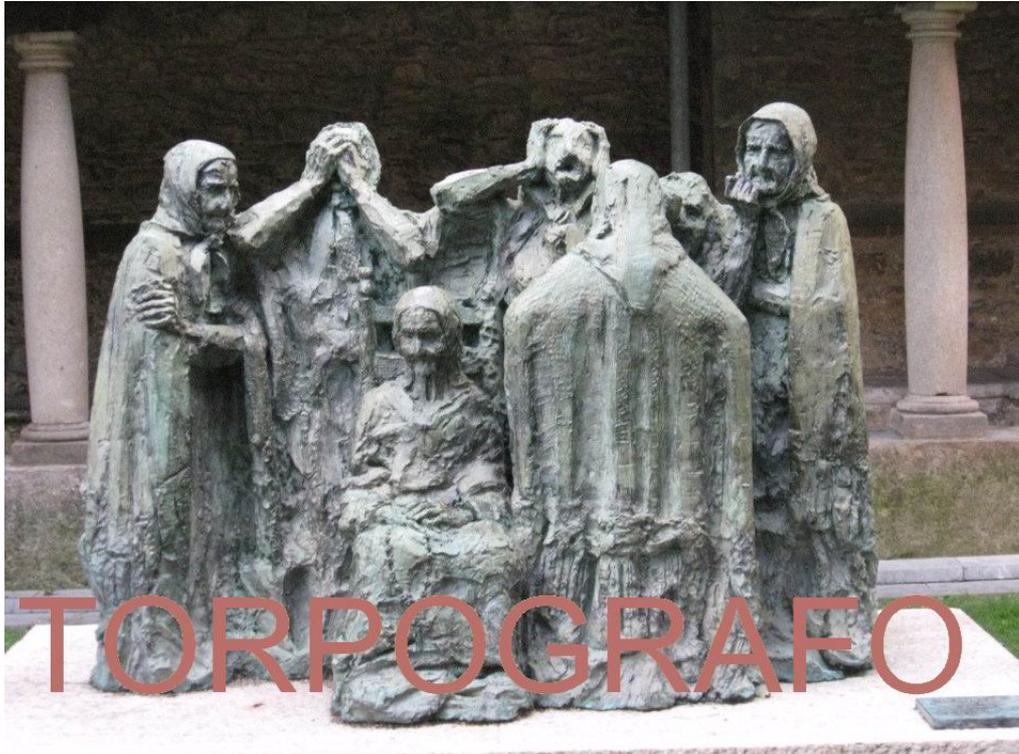


GNOMOS

Guía de los seres mágicos de España

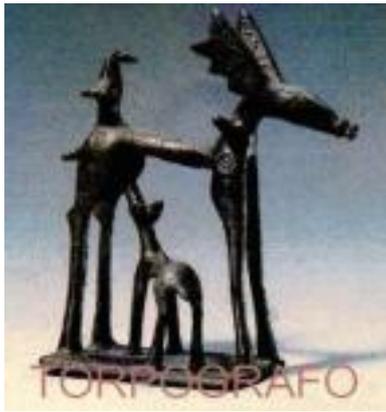
Jesús Callejo

Ilustraciones:
Manuel Díez





EDAF
MADRID



JESÚS CALLEJO CABO

GNOMOS

Y OTROS ESPÍRITUS MASCULINOS DE LA NATURALEZA

Ilustraciones: Manuel Díez Pernía

GUÍA DE LOS SERES MÁGICOS DE ESPAÑA

© 1996 Jesús Callejo Cabo
© 1996 Ilustraciones: Manuel Díez Pernía
© 1996 Editorial EDAF, S.A. Jorge Juan, 30. Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito Legal: **M-16220-1996**
ISBN: 84-414-0063-6

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso por **GRAFICINCO, S.A.** · Eduardo Torroja, 8 · Pol. Ind. El Palomo · FUENLABRADA (Madrid)

Dedicado a mi hijo Javier, cuya gestación fue paralela a la de este libro. Los dos ya han nacido y ambos están unidos por lazos invisibles. Los gnomos sabrán protegerlo en su esperanzadora andadura



Seres masculinos de la naturaleza



Enanos



Gnomos



Seres del aire



Seres luminosos



Seres del bosque



Seres acuáticos



Intraterrestres



Lantarón

gosu Arquetu

Sugaar o Sugei

Barajaun

Tentirajo

Luz de

Luz for

Cesped

Enanucos

Millas

engañoso

ligaristas

Odei, Adelaguste

Follets del foc

burtones

Este

Gnomos del Montayo

Simiets

Follets de las cue

Diablos subterranecos

Jeanets

Enanes barrigones

Follet del viento

Gnomos de Guadalajara

Follet del viento

Diablos burtones

Negrets

jes

Nubleros

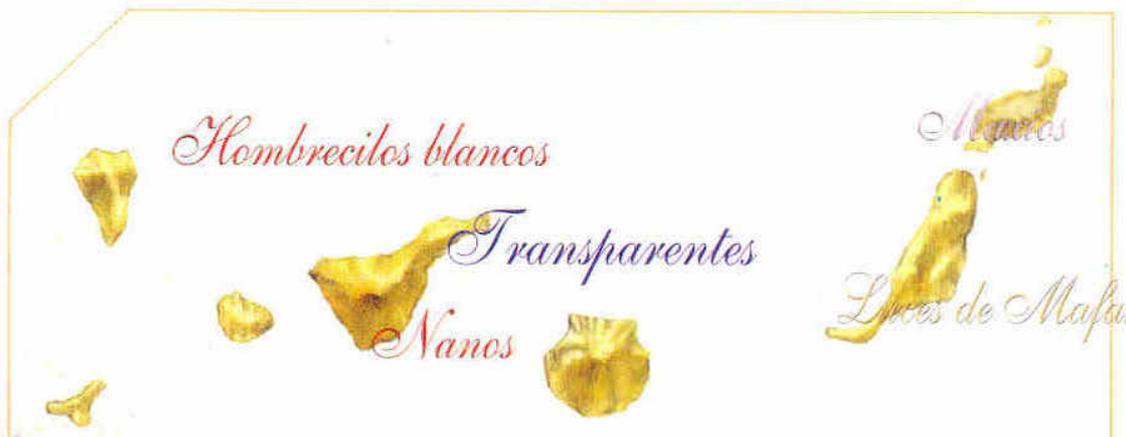
Foc follets

Vell Mari

irales

Gnomos murcianos

os de Vera



Hombrecillos blancos

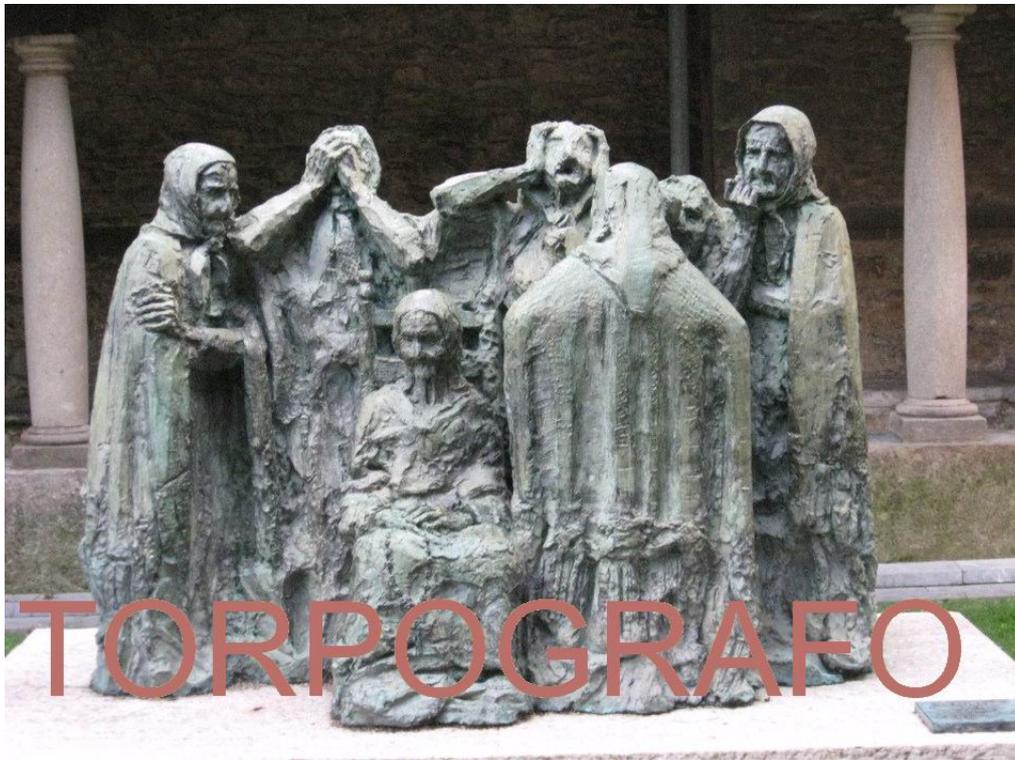
Mancos

Transparentes

Nanos

Luces de Mafasca

stres de Melilla

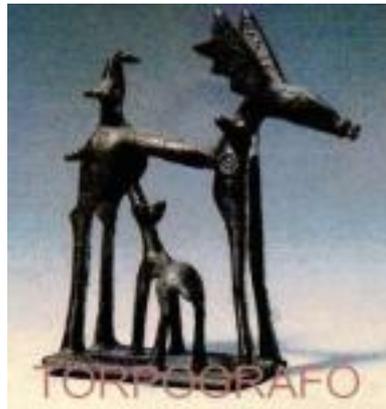


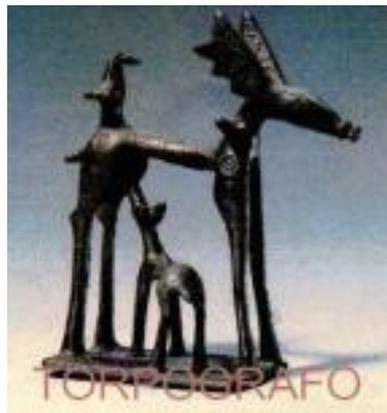
Índice

	Páginas
AGRADECIMIENTOS	17
INTRODUCCIÓN: LA NATURALEZA MÁGICA	19
1. LOS MARAVILLOSOS GNOMOS	21
El libro secreto de los gnomos	21
Elfos de la luz y de la oscuridad	23
Genios y jinas	25
Entre el Corán y el Talmud	27
¿Son gnomos o enanos?	28
Mito y literatura	30
Los gnomos del Moncayo.....	32
Los gnomos de Roso de Luna	34
Gnomos y setas alucinógenas	36
2. ENANOS, ANANOS y ENANUCOS	39
La raza de los poderosos enanos.....	39
Las huellas del Pueblo Antiguo.....	40
Los ananos gallegos.....	41
¿Pigmeos africanos?	45
Follets de las cuevas y negrets	46
Los enanos de las tropas de napoleónica	47
Los enanucos bigaristas	48
3. LOS HABITANTES DEL SUBMUNDO	53
Razas de intraterrestres	53
Los elfos de las minas	54
Las ciudades de los enanos	55
Breve historia de los Tuatha de Dannan	57
El tribunal de los subterráneos	59
Los habitantes de Pedra Gentil	60
La trola de los niños verdes de Banjos	61
4. LAS LUCES ÉLFICAS	65
Las luces del tesoro	65
Salamandras, ¿bichos o espíritus?	67
El fuego del hogar	69
Los genios vascos del fuego	70
La Luz de Luzifer	71
Los Joanets catalanes	72
La luz de Mafasca	72

5. ENTIDADES DEL FOLCLORE O ALIENÍGENAS	75
Las luminarias inteligentes	75
¿Vienen del cosmos o de otras dimensiones?	76
Enanos cabezones y barrigones.....	77
El polémico gnomo de Girona.....	81
Monjes sobrenaturales	83
Los «transparentes» de Canarias.....	83
6. LOS TESOROS DE LAS PEQUEÑAS CRIATURAS	85
Los mouros y el Libro de San Cipriano	85
Los diablos tesoreros	87
Los espíritus guardianes	89
Los aluxes precolombinos	90
El flautista de Hamelin	92
Los enanitos de los cuentos	93
7. LOS INNOMBRABLES	97
Los daimones	97
Prohibido pronunciar su nombre.....	99
Los diablillos burlones	100
El Pedrete	103
El «Río del Diablo»	104
Trasnos gamberros	105
8. SÁTIROS SILVESTRES	107
Joculadores y dusios	107
Tentirujos, trentis y traucos	109
Los simiots.....	111
Los maridos de las lamías	113
Xanos y anjanos	114
9. LOS SEÑORES DEL BOSQUE	117
Culto al dios cornudo	117
El busgoso asturiano	119
El baxajaun vasco	121
El musgoso cántabro	122
Los hombres del musgo	123
El césped engañoso	124
10. SERES DEL AGUA	127
Tritones u hombres marinos.....	127
Las cuatro zonas del misterio.....	129
El «Vell Marí» (Baleares)	130
El «Home-Marín» y diaños acuáticos (Asturias)	130
El lintarón (Cantabria).....	131
Espíritus entre las aguas y las nubes: maxios canarios.....	132

11. LOS DEMONIOS DE LAS NUBES	133
Los señores del tiempo	133
Silfos y demonios .atmosféricos.....	134
Los vientos de las brujas.....	135
Nubleros y regulares.....	137
Reñuberos y ñublaos leoneses	138
Sugaar, Aidegaxto y Odei	142
Los tronantes gallegos.....	142
El nubero.....	144
Juan Cabrito	146
12. TODOS CONTRA LOS TRONADORES	149
Objetivo: tocar el badajo	150
Tiros y zapatazos contra las nubes.....	153
Hierbajos y velas.....	153
Mitos antiguos y mitos modernos.....	155
13. APÉNDICE: SERES MITOLÓGICOS DESMITIFICADOS	157
El arquetu	157
Espumeros y ventolines	159
COLORÍN COLORADO	163
NOTA	165
BIBLIOGRAFÍA.....	167

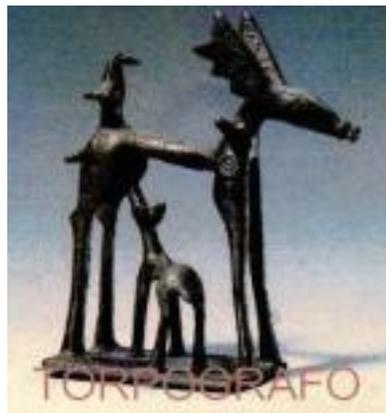




Agradecimientos

EN el asesoramiento y en la elaboración de ciertos aspectos de este libro he contado con la colaboración estimable de Carlos Canales, quien no ha podido dedicar todo el tiempo necesario que le hubiera gustado por razones profesionales. No obstante, algunas de sus, certeras opiniones y sugerencias están recogidas en la obra, así como la de otros autores e investigadores que desinteresadamente han aportado su «granito de arena».

Por tal motivo, deseo expresar mi agradecimiento a Alberto Álvarez Peña, cuyas valiosas informaciones sobre la mitología asturiana tanto me han servido para aclarar conceptos confusos. A Javier Sierra, incansable buscador de lo insólito y una de las personas más documentadas sobre temas paranormales que existen en España. A José Gregorio González y sus esclarecedores datos sobre las islas Canarias. Y a todas aquellas personas que, por una vía u otra, me han ido suministrando informaciones oportunas y «casuales», las cuales han mejorado esta obra en beneficio de todos los lectores.



Introducción: la naturaleza mágica

RECONOZCO que el título elegido para este tercer libro de la trilogía era el que implicaba un grado mayor de dificultad.

Con los dos primeros no hubo ningún tipo de problema: Duendes y Hadas reflejaban a la perfección lo que queríamos decir en cuanto a su contenido: espíritus vinculados a los hogares humanos y espíritus femeninos de la naturaleza, respectivamente. Para este tercer libro se decidió desde un primer momento titularlo Gnomos) a sabiendas de que no sólo de gnomos se iba a hablar en sus páginas. Por esta razón, era preciso añadirle el subtítulo «y otros espíritus masculinos de la naturaleza», pues la palabreja en cuestión, gnomo, es relativamente moderna (del siglo XVI) y además tan sólo abarca a unos pocos seres de la naturaleza (aquellos con aspecto similar a los duendes, aunque viviendo en lugares más agrestes que éstos). En esta tercera parte de la trilogía era necesario hacer referencia al resto de seres que habían quedado fuera de las otras dos, eso sí, con el denominador común de que todos ellos eran -o se manifestaban- en un aspecto masculino y, por lo general, poco agraciados.

Pero antes de lanzarnos a la piscina, es conveniente saber con quiénes nos estamos jugando los cuartos -y el tiempo- al leer las páginas que siguen a continuación. Ante nuestros impávidos ojos, los elementales masculinos se han manifestado como seres grotescos (que es lo más normal), hermosos, buenos, perversos, lascivos, aparecen en forma de animales, de monstruos, de bolas luminosas o simplemente como una ráfaga de viento. Pueden hacer todo esto y más porque su sustancia (o mejor dicho, la materia sutil de la que están compuestos), cuando logran manifestarse en nuestro mundo, es mucho más etérea que la nuestra. Todos estos seres son tan antiguos como la vida misma y muy anteriores al hombre con el que convivieron hace milenios.

Debido a esta proximidad, los más ancestrales pueblos del mundo, aquellos que poseían grandes conocimientos de los seres primordiales y un contacto más estrecho con la Madre Naturaleza, adquirieron algunas de sus características, como ocurrió con los celtas, los germanos o los escitas.

Como seres invisibles que son, necesitamos una adecuada preparación -o una gran suerte- para poder verlos, si es que tenemos ganas de hacerla, lo cual no es siempre recomendable. El abate Villars le hubiera dicho que:

Una vez que usted forme parte de los Hijos de los Filósofos, y sus ojos estén fortificados por el uso de la Muy Santa Medicina, entonces descubrirá que los elementos están habitados por criaturas de extrema perfección, a las que el pecado del desgraciado Adán ha privado del conocimiento y comercio con su muy infeliz posteridad. El inmenso espacio que existe entre la Tierra y los cielos posee sus habitantes, mucho más nobles que los pájaros y los moscardones; estos mares tan vastos tienen en su seno a otras criaturas que no son ni los delfines ni las ballenas; y la profundidad de la Tierra no pertenece únicamente a los topos; y el elemento del fuego, más noble que los otros tres, no ha sido creado para permanecer vacío e inútil.

Más adelante, el interlocutor exclama tajante: «... no podrá por menos que compadecer a estos miserables cuando sepa que su alma es mortal y que no tienen en absoluto esperanza en el juicio eterno del Ser Supremo, al que conocen y adoran religiosamente. Os dirán que están compuestos de las más puras partículas del elemento en el que habitan, no teniendo en su seno cualidades contrarias, puesto que no están hechos más que de un elemento, no muriendo más que al cabo de muchos siglos; pero ¿qué es este lapso comparado con la eternidad? Tendrán que permanecer eternamente en la nada, pensamiento que les aflige mucho, y deberemos consolarlos.» Una manera de cumplir este consejo es leer al menos las historias que sobre ellos -y todas sus ramas familiares- se han contado a lo largo y ancho de nuestra geografía.

Advertimos que dará la sensación de que, cuando se habla de las costumbres de estos espíritus, se exagera en demasía sus habilidades, sus poderes o sus torpezas, pero no olvidemos que estamos hablando de hechos narrados por leyendas, tradiciones, comentarios, mitos, testimonios de segunda o tercera mano, anécdotas, visiones, consejas, fábulas y, en general, cuentos adulterados de acontecimientos, en muchos de los casos.

reales, que, por el filtro del tiempo y de la débil memoria de los pueblos, han .llegado hasta nosotros en un deprimente estado de conservación, y de fidelidad, lo que no es obstáculo para desentrañar en parte algo de la verdad primordial que subyace en cada uno de estos personajes.

Desgraciadamente son muy pocas las recopilaciones de narraciones populares acerca de estos seres, a pesar de que las tradiciones son realmente interesantes en algunas regiones españolas y han motivado la creación de excelentes obras en Asturias, Cantabria, Cataluña, el País Vasco, Navarra y Galicia, siendo, lamentablemente, casi nulos los estudios en otras regiones. El hecho de que los cuentos de hadas, a pesar del tiempo transcurrido, sigan interesando y apasionando a nuestros hijos, es la mejor prueba de que en el fondo, en nuestro más profundo anhelo e inconsciente, seguimos íntimamente reconciliados con la naturaleza y con estos pequeños e invisibles seres que la pueblan.

Los espíritus elementales masculinos, abarcarían un sinnúmero de familias invisibles, repartidas entre los cuatro elementos, que serían, de alguna manera, la contraparte de las hadas, entendiendo este término de manera global, como entidades femeninas de la naturaleza, o al menos, que se manifiestan ante los hombres en aspecto femenino, aunque no siempre seductor.

Observará el lector perspicaz que en esta obra no se encuentra la numerosa familia de los duendes, también entendidos en sentido muy amplio, que abarcarían grupos tan específicos como trasgos, follets, familiares, duendes vampirizantes, duendes lascivos, etc., porque todos ellos han sido objeto de un estudio más pormenorizado en el primer libro de la trilogía titulado precisamente Duendes.

Los personajes que aquí presentamos también tendrían las trece similitudes que enumerábamos en aquella obra: invisibilidad, transformabilidad, amoralidad... porque todos ellos, sin distinción, forman parte de lo que genéricamente se ha llamado El País de las Hadas, el Mundo Borroso o la Gente Desmemoriada, con interferencias esporádicas en el mundo de los mortales, gracias a las cuales sabemos algo sobre ellos, su vida, su aspecto físico, sus costumbres...

Es importante tener siempre presente que todos estos seres que operan en la Naturaleza Mágica (de la que todavía quedan zonas vírgenes) son espíritus o formas de consciencia muy concretas y definidas, que actúan en y desde los elementos, lo que significa que actúan también en y desde el propio ser humano que, asimismo, está constituido por los cuatro elementos. Nuestro comportamiento con ellos está en función de nuestra evolución. La naturaleza está viva y poblada con fuerzas y seres invisibles _ inteligentes. Algunos humanos buscan su contacto y ellos también lo desean, pero antes debemos aprender a conocerlos. Este libro puede ser una humilde aportación para tal fin.

Los maravillosos gnomos

La Tierra está llena, hasta casi su centro, de gnomos, seres de escasa estatura, guardianes de los tesoros de las minas y de las piedras preciosas, son ingeniosos, amigos de los hombres y fáciles de manejar. Proporcionan a los hijos de los sabios toda la plata que precisan y no piden nada a cambio de sus servicios) más que la gloria de ser mandados.

El abate de VILLARS: El conde de Gabalis(1671)

El libro secreto de los gnomos

EN un comentario que hace Roso de Luna a este pasaje del abate de Villars, dice que nuestra actual ceguera psíquica nos impide percibir a estas bellísimas entidades, aunque no por ello estemos libres de sus psíquicas influencias.

Aparte de esta disertación de nuestro genial teósofo, lo cierto es que cuando alguna persona oye hablar de los gnomos piensa inmediatamente en el televisivo David el Gnomo, en los Pitufos del Padre Abraham o, tal vez, en aquellos libros publicados por una editorial española a principios de los años ochenta, titulados *Los gnomos* y *La llamada de los gnomos*, escritos por Wil Huygen e ilustrados por Ríen Poortvliet. De ser así, que olvide lo más pronto posible la imagen estereotipada que nos han transmitido y que en nada ha servido para clarificar un asunto tan complejo como es el mundo de los gnomos y demás Gente Menuda. No obstante, debemos reconocer que fue un intento loable de rescatar a estos seres del olvido, aunque los desatinos eran más abundantes que los aciertos. Según estos autores holandeses, llegó el momento de dejar escritas sobre el papel sus experiencias y conclusiones después de veinte años de estudio, contando con la previa autorización del «consejo de los gnomos», redactando lo que dieron en llamar *El libro secreto de los gnomos*.



A pesar de todo, estos autores cometieron todo tipo de inexactitudes en los datos suministrados. Para empezar, se propusieron hacer el libro más completo y documentado sobre gnomos que existía hasta el momento y lo único que lograron fue una sarta de barbaridades que difícilmente han soportado el paso del tiempo, describiendo, sin fundamento alguno, todo tipo de detalles sobre estos minúsculos personajes que abarcaban desde su vestimenta hasta las medicinas que utilizaban cuando estaban enfermos, pasando por su rutina cotidiana. Lo malo es que otros autores, incluidos los españoles, se han servido de los datos de esos libros para reproducidos en otras obras, con lo cual se han perpetuado sus incongruencias. Por sólo citar unas pocas, cuando hablan de la situación geográfica de los gnomos establecen el límite sur en una línea que va de la costa de Bélgica, pasando por Suiza, hasta los Balcanes, es decir, que sitúan su hábitat por encima del paralelo 45, dejando de lado parte de Francia, toda España, Portugal, etc. En el segundo libro tratan inútilmente de corregir algunas ubicaciones, y cuando hablan de Francia aparecen frases de tan alto valor documental e histórico como éstas:

Los gnomos de España tienen mucho que ver con la historia de los pueblos que nos invadieron. Tanto suevos como godos dejaron su huellas no sólo en sus construcciones sino también en las leyendas que trajeron consigo.

Descubrimos que Napoleón tenía un gnomo que le hacía compañía en Elba. No sólo jugaban juntos al ajedrez, sino que solían dar paseos por la playa, que le sentaban muy bien a Napoleón, sobre todo cuando ganaba en «a ver quien escupe más lejos».

Por si esto fuera poco, llaman gnomo a cualquier cosa que se mueva, estableciendo una tipología caprichosa a la hora de clasificarlos. No se sabe bien por qué, pero, según ellos, existen gnomos del bosque, de las dunas, de jardín, caseros, de granja y siberianos, ni uno más ni uno menos.

En fin, consideramos que estas pocas pinceladas son suficientes para advertir al lector que cualquier parecido del contenido de esos libros (y por supuesto, de la película de David el Gnomo) es pura coincidencia con aquellos datos que nos transmiten las tradiciones -tanto folclóricas como esotéricas- de distintas partes del mundo. Por desgracia, cuando se habla de estos personajes son inevitables las adulteraciones, promovidas muchas de ellas de buena fe para salvar las grandes lagunas que las escasas leyendas nos suministran.

Sería bueno que definiéramos ya la palabra gnomo por la que son conocidos estos diminutos y simpáticos espíritus de la naturaleza. Al parecer, fue el alquimista suizo Paracelso, quien en 1566 creó de su propia cosecha la palabra gnomo cuando publicó su *Tratado sobre los elementales*, dedicado a ciertas gentes a las "que no se puede cortar el camino con pestillo y cerrojos", eso sí, derivada del término griego *gnome* para unos y *gignosko* para otros, que significa aprender, conocimiento, sabiduría... debido a que, según Paracelso, estos seres conocían los secretos de la Tierra y del Cosmos.

Sabido esto creemos que es el momento de que digamos quiénes son en realidad estas pequeñas criaturas, surgiendo así varias preguntas: ¿tienen un gorro puntiagudo?, ¿son regordetes y sonrosados?, ¿viven tanto tiempo como dicen?, ¿existen...? Cuando se habla de unos seres de estas características que, según diversas tradiciones, son invisibles, etéreos, transformistas, volubles, juguetones, quisquillosos, escurridizos, carentes de alma, voluptuosos y mil cosas más, ¿qué podemos añadir al respecto?

Con carácter general, podemos decir que la imagen clásica y popular describe a los gnomos como hombrecillos barbudos, de rasgos toscos y grotescos, con la piel muy rugosa, que usan ropa ajustada de color pardo y capuchas monásticas, con una estatura promedio que oscila entre los 15 y 20 centímetros para los varones adultos y con un peso aproximado de 300 gramos, siendo el peso y estatura de las gnomos hembras -o gnómidas algo inferior. Pero no se fíen nunca de esta clase de datos...

Las gnómidas -según el abate Villars- son pequeñas pero muy agradables, y nos dice que su vestido «es de lo más curioso», sin entrar en más detalles. Para el lector que aún no esté suficientemente extrañado con las cosas que aquí se han dicho (y las que se van a decir) le daremos un dato indiscreto: los órganos sexuales de los gnomos y las gnómidas son virtualmente similares a los humanos aunque, evidentemente, mucho más pequeños, en proporción a su diminuto tamaño. Se considera que la gnómida tan sólo es fecunda una sola vez en su vida, por lo que el gnomo debe estar muy atento a la ocasión si es que quiere tener gnomitos.

Las tradiciones más serias les hacen formar parte de una categoría de espíritus de la naturaleza o «elementales» que no descienden de Adán y que viven en contacto directo con el elemento tierra, tanto por encima como por debajo de ella. Paracelso dice que «conocen el pasado, presente y futuro, pudiendo revelar lo oculto». Hablan el lenguaje de las ninfas (seres elementales del agua dulce) y buscan esporádicamente la compañía del hombre.

Todos aquellos seres cuya sustancia vital está compuesta por materia más densa -como ocurre con los que pertenecen al elemento tierra- tienden a relacionarse instintivamente con personas que comparten parecida naturaleza. Por esta razón, al tener un desgaste mayor en sus cuerpos, viven comparativamente menos años que un espíritu del elemento fuego o del aire (su edad media oscila en tan sólo unos 400 ó 500 años). Hay constancia de un gnomo de los Balcanes que vivió la friolera de 550 años. Aun así, son los que tienen la esperanza de vida más corta, precisamente por estar compuestos del elemento menos sutil.

Conocedores de grandes secretos del subsuelo de la Tierra y de la alta magia, los gnomos fueron los que enseñaron a algunos mortales escogidos sus prácticas hechiceras, de las que hicieron uso más tarde para sus propios fines. Sea como fuere, su rastro histórico es más difícil de seguir que su rastro mitológico, cuyas referencias son ciertamente abusivas y están presentes en todas las tradiciones del mundo. El español Vicente Beltrán Anglada, profundo conocedor de estos temas a nivel esotérico, reconoce que los elementales de la Tierra más conocidos son los gnomos: De forma muy parecida a los que vemos reflejados en los cuentos infantiles) aunque dotados de un poder superior al que se les asigna corrientemente y bastante más difíciles de ser contactados de lo que usualmente se cree) a pesar de que ellos se esfuerzan por establecer contacto con los seres humanos. Habitan en el interior de las piedras) en las profundidades del suelo y en los huecos de los grandes árboles.

Además de supervisar los grandes tesoros ocultos de la Tierra (misión que también se atribuye a los grifos de las leyendas helénicas y orientales, así como a los dragones germánicos y españoles), tienen la capacidad de predecir el futuro.

Elfos de la luz y de la oscuridad

En la tradición oriental cada animal, cada planta y cada objeto de la Creación está habitado por su propio genio o espíritu. En realidad se trata de una concepción animista del mundo que más tarde pasaría a convertirse en una concepción panteísta que tanta repercusión tuvo en algunos filósofos. Existen referencias sobre ellos en el orbe musulmán, ampliamente reflejadas en el Corán (con el nombre de *djins* o genios) y en los legendarios textos mitológicos escandinavos de las Eddas.

Hay indicios históricos de que en los primeros siglos de nuestra era cristiana ya eran sobradamente conocidos estos pequeños personajes de los bosques y las cuevas. Contamos con el testimonio del romano Publio Octavio, quien vivió en las primitivas tierras de lo que hoy llamamos Países Bajos y que en el año 470 escribió: «Hoy he visto a una persona diminuta con mis propios ojos. Llevaba un gorro rojo y una camisa azul. Tenía una barba blanca y pantalones verdes. Dijo que él había vivido en esta tierra durante 20 años. Hablaba nuestra lengua mezclada con palabras extrañas...»

En los textos de las *Eddas* encontramos algunas referencias a sus orígenes remotos. En sus respectivas traducciones se habla de enanos y gnomos indistintamente, y se establece la diferencia entre elfos de la luz y elfos de la oscuridad que le sirvió posteriormente a Nancy Arrowsmith para clasificar a los seres de su libro *. En la *Edda en prosa*, compuesta por Snorri Sturluson hacia 1220, podemos leer que los enanos fueron formados nada menos que del cuerpo del gigante *Imo* o *Ymir* mucho antes de la creación del hombre y del mismo planeta Tierra. Los dioses Odín, Vili y Vé mataron a Ymir y utilizaron sus restos para construir el Universo. De la carne podrida, depositada en el interior de la Tierra, surgieron multitud de gusanos que se arrastraban por el suelo, pero los dioses, compadecidos, les dieron figura humana y los dotaron de inteligencia, otorgándoles como moradas las hendiduras de las rocas y las grutas, es decir, los sombríos dominios de la noche, pudiendo salir sólo a la superficie de la tierra en contadas y muy especiales ocasiones. En palabras de Gbrres, estos enanos serían silfos tenebrosos cuya principal misión era "guardar las minas en la profundidad de la tierra, separar los metales, tejer las fibras de las plantas y preparar las hojas, las flores y los troncos".

En la *Edda*, cuando se habla de algunos lugares míticos y magníficos se dice que uno de ellos se llama Alfhheim, y allí viven bajo tierra la gente que llaman Elfos luminosos, y Elfos oscuros, y si su apariencia es diferente, mucho más distintos son aún en realidad. Los elfos luminosos son de figura más bella que el sol, y los elfos oscuros son más negros que la pez... Esta dualidad ha sido una constante en otras tradiciones mitológicas

La gran diferencia que existe entre los gnomos mediterráneos y los septentrionales es que a estos últimos se les divide simplonamente en dos grupos: los buenos y los malos. En Suecia se cree que son de dos razas diferentes. Los malos reciben el nombre de *dvard* y se les representa como pequeños seres peludos, con un aspecto horrible y malévolo, siempre pensando en hacer el mal (en fin, una especie de diablillos). Mientras que los gnomos buenos, llamados *tomtebisse* o *nisse*, tienen mejor aspecto, menos peludos, jocosos y grotescos a partes iguales y con benévolas intenciones. Todos los gnomos mediterráneos pertenecerían a la misma hipotética raza. Pueden mostrarse positivos o negativos según las circunstancias, pero sin existir esa clara diferenciación entre elfos de la luz y de la oscuridad como nos propone la mitología escandinava.

En la Edad Media algunos cabalistas hablaron de estos seres invisibles, ampliándose y difundiéndose más tarde su interés por ellos gracias a estudiosos de la talla de Pico de la Mirandola, Marcilio Ficino, Reuchlin y otros que permitieron que los gnomos, y en general el resto de la Gente Menuda, fueran protagonistas de muchas de las leyendas y cuentos de la tradición popular europea, siendo posiblemente *Rubezhal* el gnomo que más fama llegó a alcanzar en: esas épocas.

Como decíamos, los dos libros de Wil Huygen y Rien Poortvliet, aparte de las evidentes lagunas y deficiencias que contienen, pueden considerarse de los más completos en cuanto a datos y pormenores se refiere.

* Guía de campo de las hadas y demás elfos (1977). (N. del A.)

El primer libro comienza con un suceso insólito que al parecer ocurrió realmente en el año 1200. El sueco Frederik Ugarph encontró en el hogar de un pescador de Nidaros (hoy Trondheim), en Noruega, una estatuilla de madera que representaba a un extraño hombrecito. La pequeña escultura medía exactamente 15 centímetros de altura, y en el pedestal estaban grabadas estas enigmáticas palabras:

NISSE
Riktig Storrelse

que, traducidas, significan:

GNOMO
Estatura real

La madera de esta curiosa estatuilla fue sometida a diversos estudios y análisis en un laboratorio por procedimientos radiológicos y se puso de manifiesto que la misma tenía una antigüedad de más de dos mil años, siendo grabado el texto varios siglos después. También se descubrió que la madera de la que estaba hecha la figura ya no existía en la época en que fue encontrada y que procedía de Escandinavia. Es decir, se aportan una serie de datos que, junto con las tradiciones existentes sobre los gnomos que recopiló en el año 1580 el escritor Wilhem J. Wunderlich, apuntan en una misma dirección: que estos seres dejaron prueba de su existencia no sólo en los contactos esporádicos que mantuvieron con humanos (reflejados posteriormente de forma literaria en los maravillosos cuentos de hadas), sino también en las muestras que quedaron de sus quehaceres y regalos. Pero no tenemos que remontarnos muy atrás para seguir su pista. Aún existe gente que asegura haberlos visto en la actualidad y su ubicación geográfica parece provenir de los bosques húmedos de Escandinavia, punto de partida para luego ir expandiéndose por el sur de Europa.

En el siglo actual hay constancia de varios testimonios que coinciden en afirmar que estos minúsculos seres se siguen manifestando. De hecho, es frecuente que todos aquellos adeptos a la actual brujería Wicca (y en España existen varias escuelas) invoquen cada cierto tiempo (coincidiendo con días especiales del año) a estos elementales para tener los propicios en sus prácticas mágicas. La famosa antropóloga Margaret Murray, en su obra *El dios de las brujas* llega a la conclusión de que han existido contactos con estos hombrecitos incluso hasta nuestros días y que la brujería no es más que su Vieja Religión.

Ya hemos dicho que la mayor presencia de gnomos se ha situado tradicionalmente en los Países Bajos, Escandinavia, países balcánicos y Laponia, mientras que sólo en muy escaso número surgen en Francia y en España, de ahí que en nuestro país exista aparentemente poca tradición sobre ellos, aunque hay claros rastros de su presencia en Aragón, Asturias y Castilla con el nombre de gnomos, y en el resto de la geografía española con otras diversas denominaciones.

El teósofo Edward L. Gardner, que creía firmemente en la existencia física de la Gente Menuda, nos brindó este relato sobre su naturaleza, sumamente interesante como para que le prestemos seria consideración, a pesar de que muchos de nosotros podamos sentirnos tentados a desechado como irremediabilmente fantasioso:

El cuerpo normal fundamental del gnomo y del hada no es de forma humana ni de ninguna otra determinada. Normalmente, no tienen una figura definida, y podemos describirlos solamente como nebulas brumosas y algo luminosas, de color, con un núcleo más brillante, que parece una chispa.

Instantáneamente sensibles al estímulo, parecen ser influidos desde dos direcciones: las condiciones externas reinantes y un impulso interior inteligente. Con la rapidez de un relámpago, asumen la forma humana diminuta -a veces grotesca, como en el caso del duende y del gnomo, otras veces, bellamente graciosa, como en la variedad de hadas de la superficie- si las condiciones lo permiten. Se quedan durante un rato: si se los perturba o alarma, tan repentinamente como nacen, vuelven a transformarse en el vehículo más ligeramente sutil. No está claro qué determina la figura que asumen ni cómo se realiza la transformación. Podemos especular sobre la influencia del pensamiento humano, individualmente o en conjunto, y es muy probable que, cuando se encuentre la explicación, incluirá esta influencia como un factor: pero aquí no me ocupo de teorizar, sino de narrar los hechos observados.

Ciertamente hay pocos testimonios recogidos acerca de estas pequeñas criaturas que merezcan un poco de credibilidad. Uno de ellos nos lo proporciona el investigador norteamericano Hartland referido a un hecho registrado en el año 1660 y que, según él, sucedió en realidad. Los testigos suecos juraron solemnemente el 12 de abril de 1671 su veracidad. El marido de una comadrona, llamado Peter Rahm, manifestó que su esposa fue llevada al País de las Hadas para ayudar a la mujer de un gnomo a dar a luz. Se hallaban en la granja, y al caer la noche llegó a la casa un hombre muy pequeñito, de tez morena y de ropas grises. Pidió a la mujer que le acompañase para dicho propósito. Cuando ella accedió, el señor Rahm pudo ver cómo desaparecía su esposa. Al cabo de unas horas, volvió a casa de la misma manera y mientras estuvo con los gnomos rehusó aceptar

cualquier alimento. En otras variantes, ambos son guiados por un «hombre de la tierra» y pasan por una puerta de musgo, luego por otra de madera y al fin por un portal de brillante acero. Unas escaleras los llevan al seno de la tierra, y en una magnífica habitación iluminada con una intensa luz -aunque sin lámparas- se encuentra la mujer del gnomo dispuesta a parir.

El gnomo más popular entre los cuentos de la vieja Europa era sin duda el llamado Rubezahl, considerado como un príncipe de los gnomos, famoso entre los habitantes de Riesengelirge (Silesia), de carácter travieso y burlón, que de cuando en cuando se dejaba ver por los montes. El compositor alemán Karl M. van Weber compuso una ópera del mismo nombre, estrenada en Breslau entre los años 1804-1806, donde se narra la leyenda y peripecias de este singular personaje.

No hay que confundirlo, a pesar del nombre, con el espectro o fantasma llamado Ribezahl, cuya morada ha sido situada por la tradición en la cumbre de Risemberg, también en Silesia, y que, según los lugareños, es un espíritu fantasmagórico encargado de cubrir repentinamente aquella montaña de espesas nubes, provocando terribles tempestades, con todo el aparato eléctrico que eso lleva consigo. Se le puede equiparar a un elemental atmosférico a los que tan habituados estamos en España, del estilo del nubero.

Genios y jinas

Sólo a partir del siglo XVII se aplica el nombre de genio al talento intuitivo o creador de los seres humanos en sus manifestaciones más altas. Pero mucho antes, los llamados «genios» eran otra cosa.

El *genius* era una divinidad tanto de los griegos como de los romanos, que regía el nacimiento de cada mortal. Vivía unido a él durante el transcurso de su vida, conocía todos sus pensamientos y le guiaba en todas sus acciones. Cada individuo tenía dos genios: uno bueno que lo inclinaba al bien y otro malo que hacia lo propio en el signo contrario. En la antigua Roma, los genios (del latín *gignere* = engendrar) llegaron a representar las entidades espirituales de cada ser: persona, deidad, lugar o grupo social. Su misión era protectora. Al principio, en cambio, sólo representaban la virilidad en los hombres (las mujeres tenían *junos*), por eso el lecho nupcial se llamaba *lectus genialis*, porque el concepto primordial de genio es una fuerza divina que engendra. Aun cuando las funciones del genio fueron ampliándose, uno de ellos siempre velaba por la fertilidad de la pareja. Cada individuo, cada provincia, cada país, cada casa, cada montaña... tenía su propio *Genii*, y para cada uno existían diferentes símbolos y representaciones. También el pueblo (*populus*) tenía su genio protector: *Genius Populi*. En todos aquellos lugares donde los romanos se asentaron es frecuente encontrar testimonios epigráficos dedicados a las diferentes clases de genios, como ocurre en Asturias y en León.

El culto de los genios tendía a confundirse con el de los dioses *lares* de origen etrusco, encargados de velar por el recinto doméstico y vigilar las encrucijadas, y también con el de los manes, en su origen genios tutelares de la casa y luego almas de los antepasados. La entidad griega que corresponde en cierto modo al genio romano es el daimon que hablaba a Sócrates. En el cristianismo se corresponde con el Ángel de la Guarda.

En ocultismo, los genios son identificables con espíritus de la naturaleza; son fuerzas dinámicas que animan objetos y producen fenómenos. Se admite que existen genios guardianes de ciertos lugares que no deben ser profanados (el *genius loci*). El equivalente a los «elementales», o genios de la tradición judeocristiana, serían los jinn o jinas de la tradición musulmana, que es incluso anterior a ella.

Sabemos que casi todas las religiones hunden sus raíces en revelaciones recibidas de entidades no humanas, pero el islam además ha profundizado en el conocimiento de las mismas describiendo, con lujo de detalles en ocasiones, algunas de sus manifestaciones, en concreto de los denominados «jin» o «djinn», palabra que proviene, según Roso de Luna, de la misma raíz de la que procede la palabra «genio», que encontramos en todas las lenguas arias; con el significado de «divinidad menor» o «espíritu de la naturaleza».

La mitología musulmana no cree que Adán haya sido el primer ser racional que habitó el mundo, sino que tan sólo lo considera como el padre de los seres humanos. Esto, que a primera vista parece contradictorio, se explica porque ellos piensan que la Tierra estaba poblada anteriormente, unos 2.000 años antes, por seres superiores al hombre que eran denominados «genios» o jinas, de los cuales existían dos clases:

- Los peris, o genios bienhechores.
- Los devas, o genios maléficos, entre los que destacan los genn o jinas.

Es decir, se trataría de una raza preadámica (anterior al *Homo sapiens*) que en un momento dado se rebeló contra Dios y fue alejada a lugares distantes. Como puede observarse, estas leyendas tienen puntos en común con las tradiciones escandinavas de las *Eddas* y con las teorías cabalísticas, en el sentido de que:

- Todos ellos los consideran una raza anterior al hombre.
- Están a mitad de camino entre los ángeles y los hombres.
- Se diferencian en dos grupos nítidos.
- Tienen un gran poder, pero a la vez son sumamente ingenuos.
- Se equiparan a almas de difuntos o con entidades del bajo astral.
- La historia sobre su origen mítico es esencialmente la misma.

Para la mitología árabe, los djinn son demonios o espíritus malignos que pueblan los desiertos árabes, y su existencia, así como su creencia, es muy anterior al islam, siendo respetada esta tradición por Mahoma. Los semitas ya consideraron a los jinas como fantasmas pertenecientes a pueblos derrotados y desaparecidos.

Según Borges, siguiendo en su exposición a la tradición islámica, Alá hizo a los ángeles con luz, a los jinas con fuego y a los hombres con polvo. Al principio, se muestran como nubes o como altos pilares indefinidos; luego, según su voluntad, asumen la figura de un hombre, de un chacal o de una culebra. Suelen tirar piedras a los hombres, raptan a mujeres hermosas y moran en ruinas, casas deshabitadas, en los ríos y los desiertos. Los egipcios pensaban que son la causa de las trombas de arena. Iblis o Eblis sería su padre y su jefe, considerado además el jina rebelde que se sublevó contra la orden de Alá de postrarse ante Adán.

Cabe preguntarnos, con cierta lógica, si estos genios árabes son exactamente iguales a aquellos ángeles caídos del cristianismo, y la respuesta nos la dan los cabalistas y ocultistas. Para ellos, los genios son otra clase de espíritus inferiores que están a las órdenes de los ángeles (serían los «daemones» de los griegos), y serían aquellos que en la época medieval fueron llamados «elementales», pero sin que puedan identificarse con los ángeles caídos, al menos de una forma absoluta.

Ya hemos visto que es fácil identificar a los genios con los elementales y con las almas de los difuntos, pero tal vez alguien se sorprenda que esta identificación llegue a terrenos estudiados por la ufología. El investigador inglés del fenómeno OVNI Gordon Creighton realizó hace algunos años un profundo estudio sobre estos seres, cuyas conclusiones publicó en su revista *Flying Saucer*. Nos comunica que los mahometanos creen en dos clases de espíritus: los ángeles y los jinas. Los primeros serían espíritus puros que, como ocurre en el cristianismo, intervienen lo menos posible en la vida de los hombres. Pero los jinas, inferiores en rango, están mucho más cerca de nosotros, entrometiéndose a veces en nuestras vidas. Expone varias características que son comunes, las cuales ya nos resultan familiares y aplicables por entero a los seres «elementales» :

- En su estado normal no son visibles para el hombre, aunque son capaces de materializarse y de presentarse en nuestro mundo físico.
- Pueden cambiar de tamaño y aparecer con cualquier disfraz, grande o pequeño, o en forma de animales.
- Son eternos mentirosos. Les encanta confundir a los humanos con todo tipo de juegos, invenciones y embustes.
- Les gusta raptar a algunos humanos y transportados por el aire, devolviéndolos, aturdidos, en lugares distantes.
- Les encanta tentar a los humanos en asuntos sexuales con el fin de tener relaciones de este tipo con ellos. Al parecer, en la jurisprudencia inuslín se admite que una mujer haya podido ser violada por un «jin». También se decía que las jinas o gennias (genios femeninos) nunca perdían la virginidad, la cual se reconstituía al poco rato de haber tenido un contacto carnal con los hombres, lo que no les impedía tener hijos.
- Algunos humanos, gracias a un extraño favor, han vivido en armonía con los jinas, obteniendo de ellos algún pacto por el que recibieron poderes y se convirtieron en hombres privilegiados. Creighton pone como ejemplo el caso de un librero parisino, especializado en libros raros y agotados, que tenía una especial amistad con un silfo, el cual le decía dónde podía encontrar los libros que necesitaba.
- Tienen un tremendo poder telepático y de encantamiento, bajo el que sucumbe cualquier mortal, pero al mismo tiempo suelen ser ingenuos y caer en los engaños que les tienden los humanos.

En las traducciones de los cuentos orientales (en concreto de *Las mil y una noches*) se citan a los jinas como genios. Hay diversas clases de jinas que habitan el aire, la tierra, el mar, los bosques, las aguas dulces y el desierto. Lo que indica que, además de genios buenos y malos (siempre desde el punto de vista humano), existen diversas especies en las dos grandes familias: genios de las entrañas de la tierra (los subterráneos y los

gnomos), de los bosques (faunos y hadas), de las aguas (ondinas, napeas, ninfas), de los aires (sílfiles), del mar (sirenas), del fuego (salamandras), etcétera.

Entre el Corán y el Talmud

Poco antes de su huida de La Meca, desesperado Mahoma de convertir a los de esta ciudad, se trasladó a la de Taief para predicar allí la nueva religión. En esta población fue muy mal recibido. Sin embargo, dicen los historiadores musulmanes que una tropa de genios que allí se hallaban oyeron las enseñanzas del Corán, creyeron su doctrina y la propagaron entre los demás genios.

En el sura LXXII del Corán se pueden leer algunos azoras (o versículos) de lo más significativo al respecto:

1. Me ha sido revelado que algunos genios que se pusieron a escuchar la lectura del Corán, exclamaron: «¡He aquí que hemos oído una extraordinaria lectura!»
2. «Una lectura que conduce a la verdad, y en la que creemos y no asociaremos ya ningún otro ser a Alá nuestro Señor.»
3. «El -que su nombre sea bendito- no tiene ni compañero, ni hijo.»
4. «Cierta día, uno de los nuestros, como insensato que era, profirió extravagancias respecto del Señor.»
5. «Nunca, en verdad, sospechamos que hombre ni genio profiriesen jamás mentiras contra el Señor.»
6. Es cierto que algunos individuos de entre los humanos han buscado su refugio cerca de algunos genios; pero esto no ha hecho sino aumentar su gran locura.
7. Semejantes hombres creían como vosotros antes, ¡oh fieles genios!, que el Señor a nadie resucitaría.
8. Hemos tocado en nuestro vuelo al cielo, pero lo hemos hallado lleno de guardianes fuertes y erizado de dardos ardientes.
9. Hemos estado sentados en asientos para escuchar lo que allí pasaba, pero quien quiera escuchar en lo sucesivo, hallará el dardo ardiente que le acechará para herido.
10. No sabemos si ello era por una fatalidad que pesaba sobre los habitantes de la Tierra, o bien si el Señor, al obrar así, quería obligados a marchar por el recto sendero.
11. «Entre nosotros -dicen los genios- hay genios virtuosos y otros que no lo son y además estamos divididos en varias especies.»
12. «Hemos reconocido que no podríamos, debilitar el poder del Señor con nuestra huida.»
13. Tan pronto como hemos oído leer el «Libro de la Dirección» (o el Corán), hemos creído en Él y todo el que crea en Alá no debe tener afrenta ni daño.

Los comentadores de esta sura, apoyándose en la circunstancia de que Mahoma no vio a estos genios, sino que le fue revelada por Dios su presencia, creían que eran las almas de los muertos. Semejante interpretación, sin embargo, no está de acuerdo con otros pasajes del Corán, que dicen claramente que los genios se reproducen igual que los demás seres creados.

El teósofo extremeño Mario Rosa de Luna estudió en profundidad la creencia en los jinas en su obra titulada: *El libro que mata a la muerte o Libro de los Jinas*, y no se refirió precisamente a los jinas musulmanes. Él mismo se pregunta por fin -en la página 130-: «¿Qué diablo de seres son esos jinas del subtítulo, cuya palabra empieza por no estar en los diccionarios?», y se contesta diciendo que son unos seres invisibles que existen) al parecer a nuestro lado mismo) seres de cuarta o ulterior dimensión a los que) siguiendo la tradición universal, hemos dado en denominar genéricamente finas.

Posteriormente, en unos comentarios que hace en 1929 a la obra del abate de Villars, *Aberraciones psíquicas del sexo o El conde de Gabalis (charlas acerca de las ciencias secretas)* y tras analizar lo que dice la doctrina teosófica sobre estas entidades, nos muestra un pasaje revelador y casi amenazador, previniéndonos sobre ellos:

Quien esto escribe también ha visto gentes de éstas en circunstancias bien tristes para él, y confiesa «que no le interesan lo más mínimo», como no interesó a Le Verrier el ver por el anteojo al planeta Neptuno después de haberlo descubierto por el cálculo. ¡Son tan fáciles y de tan poquísimos valor, en opinión nuestra, las llamadas clarividencia y clariaudiencia, que jamás hemos seguido la senda de los «illuminati», llámense ellos Swedenborg en el pasado, o Leadbeater en nuestros días! No es que los critiquemos, ¡allá ellos!, sino que preferimos ver en el mundo mental que está por cima -con la Ciencia y la Historia- que no en el astral, donde aquéllos pululan. Nada más fácil, en efecto, que el vedas, llevando una vida pura, sin contacto sexual y absteniéndose de carnes, licores fermentados o destilados, café, tabaco, etc. Pero su solo contacto puede

sernos muy perjudicial; la locura y el suicidio están muy cerca, sobre todo tratándose de ondinas y de sílfides.

¿Sabían que cierta tradición atribuye al rey Salomón (Suleimán para los árabes) ser el rey de todos los «djinn»? Conocedor de los nombres secretos de las cosas, dominaba a estos genios y los hacía trabajar para él. Conocer el nombre secreto de alguien (y más si atañe a estos espíritus de la naturaleza) es conocer su punto débil, es vulnerar uno de sus tabúes, es conseguir su completa sumisión. Esa misma tradición dice que Salomón llegó a reunir la insignificante cantidad de sesenta millones de djinns para una batalla que, por supuesto, ganó. En los versículos 11 y 12 de la sura XXXN del Corán se lee: «... Salomón tenía espíritus que trabajaban entre sus manos por permiso del Señor... hacían para él lo que quería, desde estrados de honor e imágenes y platos como fuentes de cobre y acetres sólidos...»

El Talmud, libro sagrado de los hebreos, se refiere a ellos afirmando que en cada planta y en cada piedra vive y alienta una de estas criaturas. En este texto religioso se hace alusión a la ayuda que recibió el rey Salomón para construir el Templo de Jerusalén de un ser diminuto en forma de tisana y del tamaño de un grano de arena, llamado Samir, que con su gran fuerza extraía y partía las piedras de la cantera. Algunos autores lo han identificado con un gnomo metamorfoseado en gusano. No perdamos de vista el rastro de Salomón, por cuanto su nombre casi siempre está relacionado con objetos y símbolos mágicos de especial trascendencia.

Los jinas, que generalmente son invisibles, viajan en las nubes tempestuosas de arena Y sólo se les puede dominar por el hierro o con la evocación de nombres divinos. El pueblo árabe, para congraciarse con ellos, los llaman «mubarakin» (los bendecidos). Para los tuareg del Sáhara son los «djenouns», considerados como una especie de trasgos que viven en los árboles, las montañas, los pozos, y serían los culpables, entre otras cosas, de que los viajeros se pierdan en sus rutas y del origen de algunas enfermedades. Los «taleb», personajes respetados por los tuareg debido a sus conocimientos y sabiduría, son los encargados de realizar los talismanes protectores que contienen papeles llenos de extraños signos mágicos y versos del Corán. Protegen a su poseedor contra los malos espíritus y los «djenouns».

El pueblo de los tuareg también cree en los «Kel es Souf», una especie de geniecillos que viven en el fondo de los barrancos y en el interior de profundas cuevas, invisibles durante el día, pero materializándose por la noche, tomando preferentemente la apariencia de una bella mujer seductora. Serían los responsables de los ecos y de los remolinos de viento; los que hacen fluir los ríos secos y los que dejan caer piedras sobre los viajeros.

Los jinas, genios o gnomos que se establecieron en España no les iban a la zaga y expondremos todo un «retablo de las maravillas» con las hazañas de estos estrambóticos personajes.

¿Son gnomos o enanos?

Lo decimos sin rodeos: otro de los nombres con los que se designa a los gnomos es el de enanos. Ciertamente, algunos autores han tratado de ver diferencias entre unos y otros, pero nosotros, tras seguirles la pista, tanto en su aspecto físico como en sus costumbres, hemos llegado a la conclusión de que la mente popular y las tradiciones identifica a unos y otros, con la salvedad de que, según las zonas, los denominan de una manera o de otra. Los términos duende, gnomo y enano son usados de forma indistinta, lo que hace muy difícil determinar la naturaleza de un elemental si nos atenemos solamente a la palabra con la que es identificado en un cuento o en la narración de un testigo del suceso. Es frecuente encontrar leyendas de enanos mineros, llamados gnomos o de duendes domésticos llamados enanos. En otras ocasiones se habla de hombrecillos o de gente menuda.

En España el desconcierto respecto a su nomenclatura es similar al del resto de los países europeos, si bien hay excepciones. Adriano García Lomas, en su excelente trabajo sobre mitología de Cantabria, clasifica en el capítulo de «los genios del hogar y los gnomos del campo» a muchos de los seres a los que nos referimos en este libro. El escritor cántabro utiliza, por lo tanto, la palabra gnomo de forma genérica, tal y como la concibió Paracelso, pero de forma aún más amplia, pues con ella engloba no sólo a elementales de la tierra que custodian tesoros o velan por la riqueza del planeta, sino a otros muchos con formas de vida muy variadas, aunque casi todos ellos bajitos, feos, con abundantes arrugas en su piel y con predilección por cuevas y antros de la peor especie. Eso sí, cuanto más escabrosas y espeluznantes, mejor que mejor.

La escritora María Luisa Vallejo recopiló en los años cincuenta, con gran mérito por su parte, Leyendas de algunas regiones españolas. En una de ellas hizo una curiosa interpretación del duende madrileño de la calle Fuencarral (a la que nos referimos en nuestra obra Duendes), adornada para niños con elementos de su cosecha, como la descripción de estos seres, que ella denomina «enanitos», y a los que hace aparecer vistiendo

caperuzas, botas y ricas ropas, que obtenían gracias a las «inmensas riquezas que acumulaban en sus talleres subterráneos». En cuanto a su aspecto, todos tienen largas barbas blancas, y el protagonista parece un anciano. La descripción no es sino una mezcla de leyendas sobre seres custodios de tesoros con cuentos de origen nórdico.

Los exagerados adornos de los que hacen gala algunos escritores de leyendas adulteran el contenido originario de las mismas e impiden su comprensión. Un ejemplo de esto lo personifica Manuel Llano, pues muy frecuentemente engalanó sus historias con leyendas tomadas de otras mitologías europeas, eso cuando no se las inventaba pura y simplemente. No se preocupa de elegir con cuidado la palabra con la que nombra a los diferentes seres que aparecen en sus obras, siendo frecuente que denomine duendes a los enanucos, y viceversa.

El otro factor de confusión es la utilización del término «gnomo» como correspondiente, en exclusiva, a la mitología germánica o escandinava, lo que no es correcto, pues en estas tierras tampoco hay ningún elemental expresamente denominado así, usándose la palabra gnomo para identificar a una multitud de seres diversos, lo que añade más confusión, si cabe, al problema. Así, por ejemplo, Ramón Baragaño, en su obra sobre mitología asturiana, recoge la idea sobre el trasgo asturiano de Menéndez Pelayo y dice que «el trasgo es de origen céltico-romano, y procede de aquellos gnomos, silfos, kobolds, etc., que surgieron como antiguas mitologías en el norte de Europa cuando las viejas divinidades célticas fueron arrinconadas por el cristianismo».



¿Son gnomos o son enanos? Lo cierto es que en las leyendas de todo el mundo que hablan de ellos no distinguen bien estas dos acepciones, porque sencillamente están hablando de los mismos personajes con distintos nombres.

Esta tesis está tan extendida que ha sido aplicada o recogida por multitud de autores, siendo, sin embargo, incorrecta. Los silfos son seres del aire, los kobolds no son otra cosa que los duendes domésticos de Europa central, siendo parientes de los trasgos, con análogas costumbres, en tanto que «gnomos» no corresponde en Europa a ningún ser en especial, sino que la palabra se aplica a una gran variedad de seres míticos. Igualmente, Rogelio Jove y Bravo, mucho antes que él, incurre en idéntico error y considera a los gnomos unos pequeñitos y vaporosos seres sajones, como si en realidad su nombre sólo pudiese aplicarse a elementales del norte de Europa.

Este término es más confuso de lo que parece a primera vista. Arrowsmith y Moorse no utilizan en su libro sobre los elfos europeos la palabra gnomo para identificar ni a uno solo de ellos, ya que, como sabemos, el término no surge hasta el siglo XVI, razón por la cual fue usado por cultos escritores conocedores de la obra de Paracelso y sólo en tiempos muy recientes por el pueblo llano, cuando un gran número de cuentistas -en el mejor sentido de la palabra- habían utilizado ya dicha palabra en sus narraciones.

Como ejemplo sirva la obra de Katharine Briggs, una de las mejores conocedoras de la mitología y el folclore de las Islas Británicas, quien hace referencia a los gnomos de la siguiente forma:

Los gnomos de las Shetland (*trows* o *trolls*) son parecidos a los pequeños gnomos escandinavos, por supuesto que no a los gnomos gigantes de varias cabezas, sino a aquellas criaturas más pequeñas que los humanos, traviesas y malignas, que se convierten en piedra a la luz del sol, aunque les hace menos daño que a sus parientes escandinavos. Si, por equivocación, la salida del sol les sorprende sobre la superficie" de la tierra, no pueden escaparse durante todo el día, y permanecen asustados, con ganas de esconderse y refunfuñando para sus adentros, porque, para gran sorpresa, temen tanto a los hombres como los hombres los temen a ellos.

La autora británica identifica a los gnomos con los *trolls*, seres peludos y pérfidos, enemigos de los bondadosos y pacíficos protagonistas de la obra de Huygen y Poortvliet. En realidad, el folclore escandinavo no sólo usa la palabra gnomo como término genérico, sino que lo mismo hace con la palabra «troll», sobre todo en Suecia, donde originariamente casi todos los seres de los bosques se englobaban bajo el nombre de trolls.

La mayor parte de los seres que Briggs identifica como gnomos son pequeños, vestidos de gris, semejantes a las «hadas y a los duendes comunes y, como todos estos personajes, grandes amantes de la música». Respecto a lo poco que habla de sus costumbres, éstas no parecen diferir de las de los duendes, lo que nos hace suponer que, como ocurre frecuentemente, Briggs está tan desconcertada con el uso de la palabra gnomo como todo el mundo que se ocupa de ellos.

Tal vez, si se pudiera acceder al mundo de los elfos, se podría ver claramente estas diferencias, pero desde la documentación y los conocimientos actuales que tenemos creemos que sería bastante más caótico intentar hacer clasificaciones y diferencias entre gnomos y enanos que asimilados a una misma categoría, con las pequeñas diferencias que se irán indicando en cada momento.

Mito y literatura

El escritor aragonés Ramón J. Sender, en su obra *Las criaturas saturnianas*, al hacer alusión a unos extraños personajillos duendiles llamados *Menos* (a los que hemos hecho referencia en la primera parte de esta trilogía: Duendes) menciona que existen tradiciones y leyendas no sólo en la provincia de Huesca, sino, en toda la España campesina, sobre estos seres de pequeña estatura; también en Francia, y sobre todo en Inglaterra y Escocia. Concluye diciendo que de «aquellas leyendas vino más tarde la de los gnomos guardadores de tesoros». No le falta parte de razón en lo que dice, pues guardar fabulosas riquezas entra de lleno en sus ocupaciones favoritas, y si bien es cierto que esta palabra -gnomo- tiene un origen relativamente reciente, también lo es que las diversas familias que quedan agrupadas por este nombre son tan antiguas como el planeta mismo. Lo que ocurre es que han sido designadas de distintas formas a lo largo de las eras cronotógicas que conocemos y de los países. Tanto es así, que a veces se vinculan no a seres invisibles e intangibles, sino a una verdadera raza o civilización de seres pequeñitos e identificables que incluso llegaron a guerrear con humanos.

El escritor barcelonés Juan Perucho nos aporta varias referencias literarias de los gnomos en algunas de sus obras. Por ejemplo, en el Dietario apócrifo de Octavio de Romeu (1985) los describe como «pequeños seres propensos a la sordera y con clara vocación para el arte de la joyería y orfebrería». Asimismo, no tiene reparos en hacernos partícipe de una experiencia reveladora ocurrida a un amigo suyo. El hecho lo relata en un libro posterior, *Detrás del espejo* (1989), diciendo cómo en una ocasión, «cenando con mi querido amigo el arqueólogo Javier Ruiz, éste me contó haber visto en las toledanas Cuevas de Hércules a un gnomo de mirada perversa (aunque no diabólica), decrepito y ágil a un tiempo, vistiendo burdo sayal con capucha». Para remarcar aún más esta curiosa anécdota, que él considera verídica, escribe: «A la cena asistía su mujer Julia Castillo.»

Las famosas Cuevas de Hércules -que muy poca gente ha visto- son un complejo de túneles artificiales y laberínticos que recorren el subsuelo de Toledo. Están asociadas a múltiples leyendas de todo cuño, entre las

que no podían faltar las relativas a tesoros ocultos y a que son uno de los lugares de entrada y salida de seres sobrenaturales. .

Esta anécdota que cuenta Perucho me la confirmó personalmente el investigador toledano Fernando Ruiz de la Puerta, que también estuvo dentro, de la cueva en esa misma fecha junto con otras personas, entre las que se encontraba Ignacio Gómez de Liaño. Lo cierto es que nadie más que Javier Ruiz vio al gnomo. También es Juan Perucho quien nos hace una descripción idealizada y personalísima de un gnomo en su Jaula para pequeños y felices animales:

Curioso y parlanchín, sí que lo es. Vive dentro del agua de las lavanderías y tiñe su cuerpo de un color azul intensísimo. No tiene propiamente forma definida y adopta, más o menos, la de quien tiene delante, generalmente de las mujeres que lavan y acarrear cubos de agua. Cuando no tiene a quien imitar se contrae en una masa blanca y multiforme con crestas ondulantes, de la cual-sobresalen dos ojitos maliciosos y vivos, espiando constantemente la superficie del agua.

Ahora bien, para tener una descripción diferente basta con leer alguno de los libros de Paco Rabanne, místico y modista a partes iguales, para quien los gnomos son una especie de duendes rojos que se desplazan a toda velocidad por el suelo y a veces pueden ser vistos al caer la noche. Los considera servidores de la diosa Gea, pudiendo provocar terremotos si nuestra conducta con la tierra es ultrajante.

Todos estos datos vienen a colación porque, en el mundo brumoso de los gnomos, todas las opiniones tienen cabida con tal de que sean indemostrables, como así lo son.

En una de las muchas cartas recibidas durante el año 1995, un joven lector de la provincia de Murcia me autorizó a publicar la experiencia que tuvo su hermano, representativa de otras muchas que, al parecer, están teniendo lugar en nuestro país. Debemos señalar que el supuesto gnomo nunca se identifica como tal, sino que es interpretado así por el testigo que lo ve.



Joan Perucho describía de esta singular manera a su curioso y parlanchín gnomo teñido de azul, mencionado en una de sus obras.

Cuenta que estaba su hermano Daniel en el monte donde está ubicado el santuario de la Fuensanta e hizo tres círculos de piedras, uno dentro del otro, echando luego tierra y trozos de ramas por encima. Se sentó en una roca y se concentró para ponerse en contacto con alguna de estas entidades. Al poco tiempo empezó a caminar y fue entonces cuando «vio una especie de gnomo regordito de unos siete a diez centímetros de altura, vestido

con una túnica verde claro que le llegaba por las rodillas con un cinturón negro. Tenía un largo gorro en forma de cono azul, unas calzas azules y unas botas blancas». Comenta que también tenía una barba blanca que le llegaba hasta el cuello. Este gnomo le saludó con voz bronca y algo afónica:

- ¡Hola! -y se fue corriendo.

Unos minutos más tarde oyó un ruido en una piedra cercana, volvió la vista y vio de nuevo al gnomo con una pequeña rama en su mano izquierda que utilizaba como bastón. A partir de ese instante se mantuvo el siguiente y esquemático diálogo:

- ¿Cómo te llamas, chico? -le preguntó el gnomo. -Daniel.

- ¿Cómo?

- Daniel.

- ¿Cuáles son tus apellidos?

- García B.

- ¿Cuántos años tienes?

- Diez.

- ¿Eres buen chico?

- Sí... claro.

El gnomo, al final, se despidió, diciendo:

-Bueno, me tengo que ir, tengo mucha prisa. Adiós, adiós, adiós.

Daniel se quedó observando cómo este diminuto personaje se introdujo en una pequeña cueva, junto con otros gnomos.

Hasta aquí lo relatado en la carta. Ahora un comentario *ad hoc*. Sin cuestionar la credibilidad del relato, hay un aspecto que nos llama la atención cual es la gran similitud que tiene este gnomo murciano con la apariencia física de los gnomos televisivos. Recordemos que en este tipo de apariciones existe un gran componente psíquico del sujeto a la hora de interpretar la aparición, en función de sus patrones culturales y de sus creencias religiosas. Este relato podría por sí solo carecer de la menor importancia si realmente no existieran otros testimonios similares a lo largo y ancho del mundo.

Los gnomos del Moncayo

Gustavo Adolfo Bécquer hizo intervenir en una de sus leyendas a los gnomos como espíritus que habitan en las cuevas junto con las sílfides y seres análogos del mundo invisible. La más conocida es, sin duda, la leyenda aragonesa titulada *El gnomo*, en la cual lo describe como un hombrecillo transparente y diabólico, semejante a un fuego fatuo, que se ríe a carcajadas, efectuando cabriolas y saltos entre las peñas.

Roso de Luna afirma que Gustavo A. Bécquer vio más de una vez a los elementales, sobre todo en Toledo y en el misterioso monasterio cisterciense de Veruela, según cuenta en su obra *De gentes del otro mundo*. Dice que «acaso esté también ello relacionado con su anticipada muerte, porque fue uno de los muchos "malogrados" de que la historia de España se muestra tan pródiga.»

Para no traicionar su prosa poética, utilizaremos las mismas palabras de Bécquer. Empieza describiendo el ambiente del Moncayo, un lugar mágico entre Castilla y Aragón:

Quando el Moncayo se cubre de nieve, los lobos, arrojados de sus guaridas, bajan en rebaños por su falda, y más .de una vez los hemos oído aullar en horroroso concierto, no sólo en los alrededores de la fuente, sino en las mismas calles del lugar; pero no son los lobos los huéspedes más temibles del Moncayo. En sus profundas simas, en sus cumbres solitarias y ásperas, en su hueco seno, viven unos espíritus diabólicos que durante la noche bajan por sus vertientes como un enjambre, y pueblan el vacío y hormigean en la llanura, y saltan de roca en roca, juegan entre las aguas o se mecen en las desnudas ramas de los árboles. Ellos son los que aúllan en las grietas de las peñas; ellos los que forman y empujan esas inmensas bolas de nieve que bajan rodando desde los altos picos y arrollan y aplastan cuanto encuentran a su paso; ellos los que llaman con el granizo a nuestros cristales en las noches de lluvia y corren como llamas azules y ligeras sobre el haz

de los pantanos. Entre estos espíritus, que, arrojados de las llanuras por las bendiciones y exorcismos de la Iglesia, han ido a refugiarse a las crestas inaccesibles de las montañas, los hay de diferente naturaleza y que al aparecer a nuestros ojos se revisten de formas variadas.

Después de esta sugerente introducción que promete presagiar sustanciosos acontecimientos, entra de lleno con estos seres sobrenaturales, mencionando algunas de sus características:

Los más peligrosos, sin embargo, los que se insinúan con dulces palabras en el corazón de las jóvenes y las deslumbran con promesas magníficas, son los gnomos. Los gnomos viven en las entrañas de los montes. Conocen sus caminos subterráneos y, eternos guardadores de los tesoros que encierran, velan día y noche junto a los veneros de los metales y las piedras preciosas. ¿Veis -prosiguió el viejo, señalando con el palo que le servía de apoyo, la cumbre del Moncayo, que se levantaba a su derecha destacándose oscura y gigantesca sobre el cielo violado y brumoso del crepúsculo, veis esa inmensa mole coronada aún de nieve?, pues en su seno tienen sus moradas esos diabólicos espíritus. El palacio que habitan es horroroso y magnífico a la vez.

Bécquer es el que relata la historia de este anciano que, como todos los viejos sabios que se precien, tiene muchas cosas que contar. La fabulosa aventura, por ejemplo, de aquel pastor que, inadvertidamente, penetró en el prohibido refugio de los gnomos moncaínos:

Hace muchos años que un pastor, siguiendo a una res extraviada, penetró por la boca de una de esas cuevas, cuyas entradas cubren espesos matorrales y cuyo fin no ha visto ninguno. Cuando volvió al lugar estaba pálido como la muerte. Había sorprendido el secreto de los gnomos, había respirado su envenenada atmósfera y pagó su atrevimiento con la vida; pero antes de morir refirió cosas estupendas. Andando por aquella caverna adelante había encontrado, al fin, unas galerías subterráneas e inmensas, alumbradas -con un resplandor dudoso y fantástico producido por las fosforescencias de las rocas semejantes allí a grandes pedazos de cristal cuajados en mil formas caprichosas y extrañas. El suelo, la bóveda y las paredes de aquellos extensos salones, obra de la naturaleza, parecían jaspeados como los mármoles más ricos; pero las vetas que los cruzaban eran de oro y de plata, y entre aquellas vetas brillantes se veían, como incrustadas, multitud de piedras de todos los colores y tamaños. Allí había jacintos y esmeraldas en montón, y diamantes, y rubíes y zafiros, y, qué sé yo, otras muchas piedras desconocidas que él no suponía haber; pero tan grandes y tan hermosas que sus ojos se deslumbraron al contemplarlas. Ningún ruido exterior llegaba al fondo de la fantástica caverna. Sólo se percibían, a intervalos, unos gemidos largos y lastimosos del aire que discurrían por aquel laberinto encantado, un rumor confuso de fuego subterráneo que hervía comprimido, y murmullos de aguas corrientes que pasaban sin saberse por dónde.

El pastor, solo y perdido en aquella inmensidad, anduvo no sé cuántas horas sin hallar la salida, hasta, que, por último, tropezó con el nacimiento del manantial cuyo murmullo había oído. Éste brotaba del suelo como una fuente maravillosa, con un salto de agua coronado de espuma, que caía formando una vistosa cascada y produciendo un murmullo sonoro al alejarse resbalando por entre las quebraduras de las peñas. A su alrededor crecían unas plantas nunca vistas con hojas anchas y gruesas las unas, delgadas y largas como cintas flotantes las otras.

Y en esta parte del relato es donde el protagonista descubre la disforme naturaleza de los subterráneos habitantes de la cueva, así como un buen número de conocimientos sobre el origen del acopio de sus riquezas:

Medio escondidos entre aquella húmeda frondosidad discurrían unos seres extraños en parte hombres, en parte reptiles, o ambas cosas a la vez, pues, transformándose continuamente, ora parecían criaturas humanas deformes y pequeñuelas, ora salamandras luminosas o llamas fugaces que danzaban en círculos sobre la cúspide del surtidor. Allí, agitándose en todas direcciones, corriendo por el suelo en forma de enanos repugnantes y contrahechos, encaramándose en las paredes, babeando y retorciéndose en figura de reptiles o bailando con apariencias de fuegos fatuos sobre el haz de agua, andaban los gnomos, señores de aquellos lugares, contando y removiendo sus fabulosas riquezas. Ellos saben dónde guardan los avaros esos tesoros que en vano buscan después los herederos; ellos conocen el lugar donde los moros, antes de huir, ocultaron sus joyas, y las alhajas que se pierden, las monedas que se extravían, todo lo que tiene algún valor y desaparece, ellos son los que lo buscan, lo encuentran y lo roban para esconderlo en sus guaridas, porque

ellos saben andar por debajo de la tierra y por caminos secretos e ignorados. Allí tenían, pues, hacinados en montón, toda clase de objetos raros y preciosos. Había joyas de un valor inestimable, collares y gargantillas de perlas y piedras finas, ánforas de oro de forma antiquísima llenas de rubíes, copas cinceladas, armas ricas, monedas con bustos y leyendas imposibles de conocer o descifrar, tesoros, en fin, tan fabulosos e inmensos que la imaginación apenas puede concebirlas. Y todo brillaba a la vez, lanzando unas chispas de colores y unos reflejos tan vivos, que parecía como que todo estaba ardiendo y se movía y temblaba. Al menos, el pastor refirió que así le había parecido.

Y termina el anciano su relato diciendo:

Al oír la campana, que tocaba el Avemaría, el pastor cayó al suelo invocando a la madre de nuestro Señor Jesucristo; y sin saber cómo ni dónde, se encontró fuera <le aquellos lugares y en el camino que conduce al pueblo, echado en una senda y presa de gran estupor, como si hubiera salido de un sueño. Desde entonces se explicó todo el mundo por qué la fuente del lugar trae a veces entre sus aguas como un polvo finísimo de oro, y cuando llega la noche, en el rumor que produce se oyen palabras confusas, palabras engañosas con que los gnomos que la inficionan desde su nacimiento procuran seducir a los incautos que les prestan oídos, prometiéndoles riquezas y tesoros que han de ser su condenación.

A veces, lo que puede oírse también es el llanto de las doncellas atrapadas por el hechizo de los gnomos, cuyo espíritu vive aprisionado en la fuente. Serían las hadas encantadas. Por tal razón, las muchachas del lugar procuran acudir a la fuente bien temprano y nunca después del toque del Avemaría. Las precauciones nunca están de más.

Esta imagen becqueriana un tanto negativa de los gnomos es más habitual de lo que en un principio podría suponerse. Los gnomos tienen un doble componente psicológico: son benefactores de los hombres en ciertos momentos (proporcionando tesoros, por ejemplo) o son verdaderos obstáculos en la búsqueda material o espiritual de un ser humano.

Veremos que Rosa de Luna tampoco consideraba a estos espíritus una buena compañía para el investigador de lo oculto y comprobaremos cómo se las gastan los enanucos bigaristas...

Los gnomos de Roso de Luna

Ya hemos citado al escritor Ramón J. Sender y su novela *Las criaturas saturnianas* y de nuevo vamos a referirnos a él y a otra de sus obras: *El verdugo afable*. En ella alude a «un viejo teósofo que hablaba ex cátedra todos los días a un grupo de adictos. Era un hombre pequeño, sonrosado, con cabellera blanca. Se llamaba Mario Rosa de Luna. Había descubierto una estrella que llevaba su nombre y publicado muchos libros sobre metapsíquica, no pocos de los cuales estaban traducidos a varios idiomas». Enseguida llamará Sender al mismo personaje «superintendente secreto y universal de los gnomos».

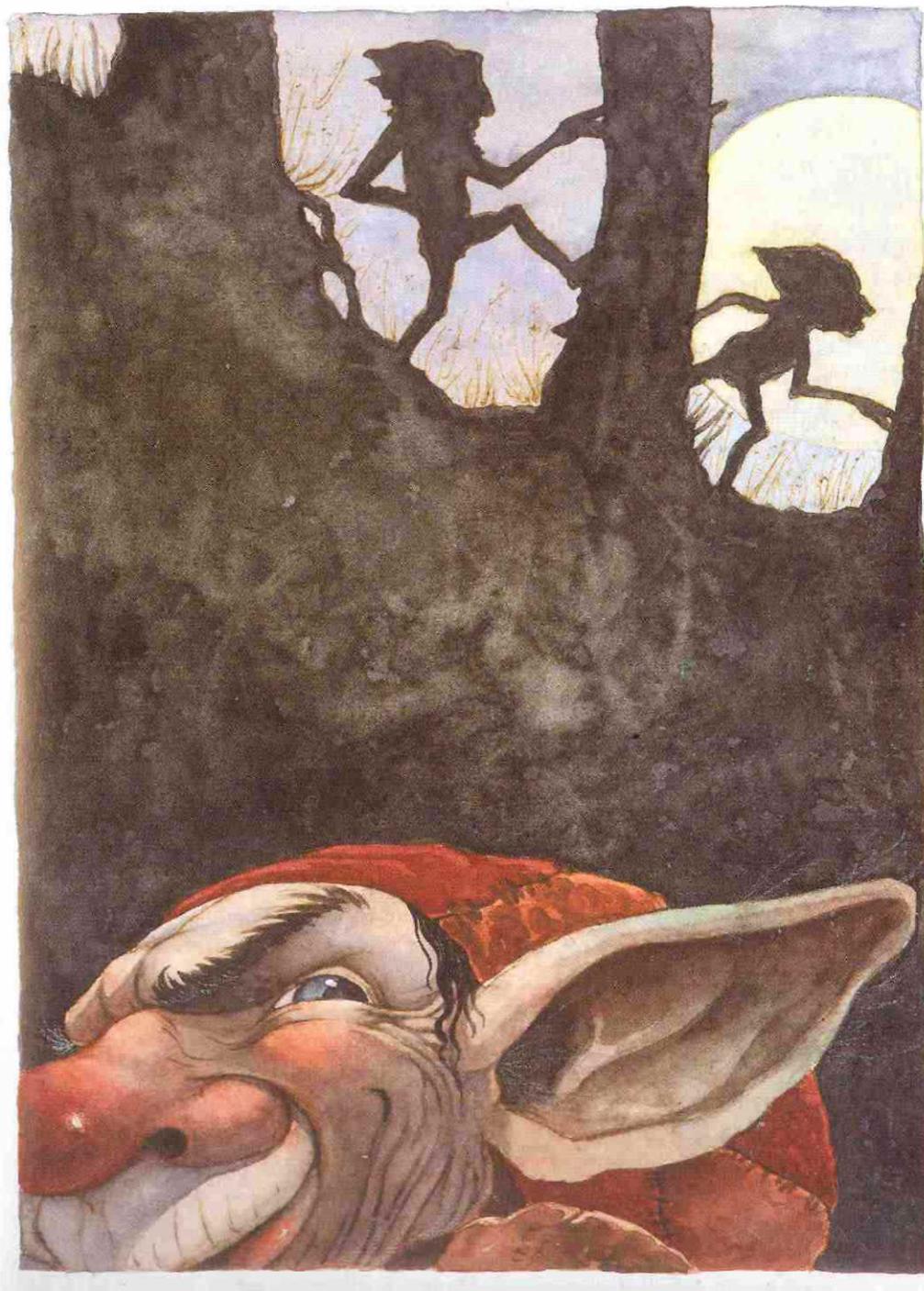
Rosa de Luna, para aquellos lectores que no tengan referencia sobre su vida y su obra, era de esas personas a las que se puede calificar como sabio sin que por ello nos equivoquemos ni una pizca. Su cultura era enciclopédica y sus conocimientos rebasaban con mucho los de su época. Entre sus múltiples actividades, formaba parte de la Sociedad Teosófica (fundada por madame Blavatsky) desde el año 1902, y recordemos que su lema principal era: «No hay religión más elevada que la verdad.» Tengamos esto en cuenta para enfocar con una mejor perspectiva lo que vamos ahora a contar.

Menciona Sender, y lo recoge Sánchez Dragó en su célebre *Gárgoris y Habidis*, una de las visitas del verdugo afable al Ateneo, donde «le salieron al encuentro el viejo teósofo Rosa de Luna y el hijo de Valle-Inclán, un muchacho de dieciséis años. Éste, al ver al teósofo, se contuvo y, con una expresión hermética, retrocedió. Ramiro fue más tarde a su lado y le preguntó si no era amigo de Rosa de Luna. El muchacho dijo que el teósofo se había portado mal con su padre y que desde entonces no lo saludaba. Parece que Valle-Inclán, convencido de que con sus libros no lograría nunca hacer dinero, se dirigió un día a Rosa de Luna para que le ayudara en una empresa mágica.

»La tierra -dijo el viejo poeta-, guarda en sus entrañas tesoros ocultos, enterrados por los aventureros del pasado. Esos tesoros duermen esperando la mano que sepa descubrirlos. Usted tiene virtudes adivinatorias. Yo dedico mi vida al culto de la belleza, que también es de naturaleza mágica. No quiero la opulencia, amigo Mario, sino un decoroso bienestar. Ayúdeme a localizar uno de esos tesoros.»

Roso de Luna le prometió hacer lo que pudiera, y algunas semanas después, acuciado por el poeta, dijo que el tesoro estaba localizado.

«Pertenebió -le dijo-, a un rey moro de Guadalajara. Guadalajara quiere decir en árabe río del excremento, pero no todo lo que llevaba el río era escoria. Tuvo también oro.»



Gustavo Adolfo Bécquer tuvo una especial atracción por los temas esotéricos y por las leyendas de algunas zonas. Gracias a esta información escribió uno de los cuentos más emblemáticos de la literatura española, cuyos protagonistas eran unos diabólicos gnomos.

Añadió que estaba enterrado entre el río y la arboleda llamada en la antigüedad Morabito de Abd-ala. Valle-Inclán le preguntó muy gravemente si había gnomos custodiando el tesoro.

«Sí -dijo Roso de Luna-. Hay siete gnomos.»

«Debí figurármelo. Siete. ¿Y los gnomos se muestran propicios?»

«Hasta ahora, sí, don Ramón. Pero hay que esperar.»

El poeta estaba impaciente y el teósofo le pedía que respetara las etapas rituales. Valle-Inclán no sabía cuáles eran esas etapas y el mago no quería decírselo. Se despidieron con la promesa del teósofo de avisarle en plazo breve. El hijo de Valle-Inclán terminaba, decepcionado:

«Al final salió don Mario con que había tenido una revelación contraria, la revelación de que papá iba a hacer mal uso del tesoro. Del círculo del tercer enigma le decían que no debía descubrir el lugar exacto del tesoro ¿Qué te parece?»

Días después, Ramiro, hablando a solas con Roso de Luna, le preguntó si lo que le había dicho el hijo de Valle-Inclán era verdad. Roso de Luna lo confirmó todo e insistió en que no podía poner en sus manos una fortuna sabiendo que iba a hacer de ella un uso irregular.

Tengamos en cuenta dos aspectos para entender debidamente esta curiosa anécdota. La primera es que Valle-Inclán lo era un profano en estas materias esotéricas. La segunda es que estos dos egregios personajes eran amigos de confianza y no meros conocidos [baste recordar que el segundo volumen en de la «Biblioteca de las Maravillas» que escribió Rosa de Luna, titulado *De gentes de otro mundo* (1917), está dedicado a don Ramón María del Valle-Inclán, con esta frase: «Al prodigioso estilista; al místico cantor de la lámpara maravillosa, e instrumentador de las Sonatas, de las Estaciones, su admirador devotísimo»].

De hecho, a Rosa de Luna estos espíritus de la naturaleza no le son nada simpáticos (ya lo vimos en el libro de las Hadas cuando nos referimos a las xanas) Y manifiesta que no se atreve a dar más bibliografía sobre este tema: «El lector, si quiere, debe buscada bajo su responsabilidad, que la hay a cargas en los textos griegos y latinos, como la hay también en las minucias de la vida diaria, si bien se mira. ¿No te han tirado ellos, lector, los libros o el tintero o realizado algún otro estúpido estropicio...?»

Gnomos y setas alucinógenas

Pero busquemos lo agradable y lo positivo en la gran familia de los gnomos que viven y trabajan en el frondoso bosque o en las profundas minas. En casi todos los cuentos de hadas e ilustraciones que de ellos se han realizado aparecen vinculados de alguna manera a las setas. Se ha llegado a escribir que cuando un gnomo se siente acosado y acorralado por algún animal (incluso por el hombre) opta por convertirse en una seta para pasar desapercibido. Otras veces se ha comentado que los hongos son las viviendas tradicionales de estos pequeños seres. En el Ripollés catalán se cree que arrancar un hongo habitado por un follet comporta la muerte del pequeño genio (lo mismo se dice de los árboles habitados por diversos espíritus arbóreos).

Algunos antropólogos opinan que la afinidad entre la seta y el gnomo es una relación de causa-efecto y acaban afirmando que estos seres tan sólo son fruto de la fantasía de algunas personas. Josep M. Fericgla enarbola una sugerente y original teoría en su libro *Los hongos y la génesis de las culturas* donde llega a la conclusión que los *minairons*, *martinets*, *gnomos* o *follets catalanes* (y por extensión toda la fauna sobrenatural de los bosques de Europa) son consecuencia directa de la ingestión de un determinado hongo (o «*bolet*» en catalán) alucinógeno: la *Amanita muscaria*.

Cada civilización suele incorporar una droga a sus ritos y costumbres. Dentro del chamanismo siberiano y de algunas tribus sudamericanas se usa la *Amanita muscaria*, de la misma manera que algunos brujos americanos utilizaban el hongo theonanacatl, es decir, para ponerse en contacto con sus dioses invisibles. Diversos antropólogos han lanzado atrevidas hipótesis para explicar la ingestión ritual de algunos de estos alucinógenos naturales. Terence McKenna propone que los mismos expandieron la conciencia de nuestros antepasados prehistóricos, impulsándolos a pensamientos trascendentes que provocaron la conciencia de sí mismos. Por su parte, el antropólogo Gordon Wasson creía que la mayor parte de las religiones derivaban de creencias provocadas químicamente. Tan arraigada está esta costumbre que incluso el escritor británico Robert Graves afirmó que el pecado original se cometió con la ingestión de un hongo, no de una manzana.

En las Islas Británicas y en Francia la asociación entre los elementales y algunas clases de hongos ha sido analizada en profundidad, pues allí las setas reciben nombres directamente asociados al mundo de la gente menuda, así por ejemplo, *Gorro de los Elfos*, *Capucha de los Duendes de la Duna* o *Silla de montar de las Driades*. El rápido crecimiento de las mismas siempre se asoció a algún ser sobrenatural, desde las hadas hasta al demonio.

En cuanto a la citada *Amanita muscaria* (matamoscas), seta peligrosa, de color rojo, capaz de producir trastornos al sistema nervioso y digestivo, es popular en el norte de Europa, ya que se supone que sus propiedades alucinógenas eran las que producían el «Berserk», esto es, el terrible furor mágico de los vikingos. En la mitología nórdica, el dios Wotan, u Odín, fue perseguido por los demonios, y de la boca de su corcel Slepnir caía espuma roja que se transformaba en setas. Estas setas eran también sagradas para los celtas, que las

consideraban alimento de los dioses. Otros pueblos indoeuropeos, como los griegos, mantenían esta creencia, por ello tal vez Robert Graves piensa que la *Amanita muscaria* era la ambrosía de los dioses del Olimpo. . Según algunos estudios, ingerir la popular «matamoscas» -que tiene una forma muy concreta (cabeza roja y tallo blanco)- produce una serie de alucinaciones que explican algunos enigmas referidos a los gnomos: el hombre se siente pequeño, ve miles de chispas que se apagan y se encienden delante suyo (*foc follets* o fuegos fatuos) y que parecen tener voluntad propia. Al mismo tiempo el hombre intoxicado por esta sustancia le aumenta su fuerza física y tiene unas ganas tremendas de estar en constante actividad. Según Fericgla, hay diversas coincidencias en torno a los gnomos y a los follets de los bosques que los relaciona inequívocamente con la *Amanita muscaria*: coincidencia geográfica (bosques de abedules y/o pinos negros) y coincidencia física: están cubiertos con un gorro de color rojo (tipo barretina frigia) y el resto del cuerpo blanco (igual que el matamoscas).



Las setas y los hongos están indisolublemente asociados a la Gente Menuda, y si peligrosa es la *Amanita muscaria* en soledad, más peligrosa lo es si además es el habitáculo de un gnomo.

Fericgla concluye que las historias sobre gnomos son fruto del aspecto físico que tiene e! matamoscas y de estas alucinaciones. De los brujos (o bruixots) que las padecían se decía de ellos que estaban «tocats pel bolet». Estos, con el falso pretexto de que el matamoscas era venenoso, imponían a la población el tabú de no comérselos para tener sólo ellos el privilegio de hacerlo, conseguir su poder y relatar lo que veían. Lo malo de la curiosa teoría que nos propone Fericgla, como pasa con otras, es que tampoco es capaz de explicar convincentemente todos los pormenores que giran alrededor de estas tradiciones. Aparte de mezclar a los gnomos con los duendes domésticos (follets) y con los familiares (martinets y minairons), no sólo ven gnomos los brujos, chamanes y curanderos, sino también campesinas y niños que difícilmente se puede decir que hayan ingerido alucinógenos.

La asociación de las setas con los elementales es muy intensa y va desde la popular creencia infantil de que los gnomos habitan en ellas, hasta la de que sus círculos pueden, en determinadas circunstancias, constituir

puertas a mundos paralelos... y eso porque alrededor de los denominados «corros de las hadas» nace precisamente el hongo conocido como «matamoscas». En Cataluña recibe el nombre de «Reig Bord» y en el País Vasco «Kuleto Paltoa». Estos círculos son llamados en Navarra «corros de las brujas».

Un informante de Yalter Wentz le comentó mientras paseaban por las montañas de Howth:

Sí, las hadas existen, y aquí se las ha visto bailar con frecuencia. La hierba nunca crece a gran altura en los bordes del anillo, pues sólo la más fina y corta crece en este lugar. En el centro hay un círculo de setas de las hadas, en las que éstas toman asiento. Son muy menuditas y les deleita bailar y cantar.

«Los elfos pasan el tiempo en danzar», nos repiten las tradiciones populares, y la danza de los espíritus de la naturaleza forma parte del ritmo del universo.

En Escandinavia atribuyen los círculos de setas a los elfos, los cuales bailan durante toda la noche, dejando como huella de sus actividades lúdicas estos curiosos corros que, desde luego, son una importante pista que no debe desdeñar cualquier buscador de seres elementales que se precie.

Enanos, ananos y enanucos

La existencia de un mundo subterráneo en todo recinto castreño es casi unánime creencia. Los habitantes son los mouros, mauregatos, negros, morenos, paganos, gigantes, gentiles, enanos... y, en el sexo femenino, mouras, donas, doncellas, mozas, señoritas, vírgenes o lumias, gentes extrañas, a veces hermosas, ricamente ataviadas, que tienen lujosas viviendas con abundancia de oro y riquezas. Por caminos subterráneos se comunican de castro en castro y por túneles llevan a los caballos a abrevar al río. Aunque con poderes sobrehumanos, su antropomorfismo aparece claro y el género de vida es análogo al nuestro.

XESÚS TABOADA CHIVITE:
Ritos y creencias gallegas (1981)

La raza de los poderosos enanos

A modo de recordatorio, podemos indicar que los elementales, aunque sea en un plano distinto al nuestro, ocupan en realidad el mismo espacio geográfico que nosotros y, por tanto, al igual que los humanos, no todos sus grupos y familias viven en todas las partes del mundo. Algunos enanos y gnomos siguen a ciertos grupos humanos en sus migraciones, pero sin vincularse a ellos en ningún momento, sino solamente para cumplir mejor el destino impuesto por su «alma grupa!», como, por ejemplo, proteger mejor las especies de la naturaleza -caso de los gnomos- o las riquezas de la tierra -como los enanos-. Esto podría explicar el porqué unos seres que no son autóctonos de nuestro país han dejado, sin embargo, algunos recuerdos de su presencia.

Esta legendaria raza o razas de enanos ha ido dejando una serie de rastros y testimonios, gracias a los cuales podemos definir un poco su aspecto físico y otras características. Los enanos, mitológicamente hablando, serían seres -lógicamente- de baja estatura, con enormes cabezas, barbados (no todos), deformes y más bien de desagradable aspecto, que habitan en el interior de la tierra, saliendo a la superficie por agujeros y cuevas. Forman parte de una antigua estirpe, muy anterior al hombre, y todavía es posible encontrar alguno de ellos en lugares apartados. Existen incluso datos históricos que pueden aportarnos alguna luz sobre su origen. Suelen medir aproximadamente unos 30 centímetros de estatura y llevan ropajes de color rojo o negro, generalmente con caperuzas. Como se puede comprobar es una descripción idéntica a la de los gnomos, cuya diferenciación es meramente semántica.

Respecto a sus costumbres, también encontramos estas similitudes. Se dice que llegan a la madurez con una rapidez inusitada: cuando apenas tienen tres años de edad y lucen barba gris a los siete, a pesar de que su vida se puede considerar longeva, ya que fácilmente alcanzan los 300 años o más. Otra de las leyendas que corre a su alrededor (casi siempre con un cierto grado de exageración) es que los enanos no pueden aparecer sobre el suelo durante el día, ya que un simple rayo de sollos convertiría en piedra; por eso, según algunos relatos, pasan el día escondidos en forma de sapos. Creemos que estas tradiciones no dejan de ser adulteraciones malintencionadas de la existencia real de una raza legendaria de pequeños seres, con aspecto humano, que viven en el interior de la Tierra compartiendo una existencia paralela con los seres humanos, que los rehuyen e ignoran la mayor parte de las veces.

Como tendremos ocasión de comprobar, los enanos o gnomos no tienen término medio: o son unos malvados de tomo y lomo, con tendencias asesinas, canivalescas o envenenadoras, o, por el contrario, son unos benditos de Dios, que otorgan beneficios y consejos cristianos a toda alma caritativa que encuentren a su paso. Ya estamos acostumbrados a este carácter ambivalente por parte de los espíritus de la naturaleza, pero en el caso de los gnomos llega a extremos de parodia.

Visto todo esto, hay dos problemas que debe abordar cualquier investigador que se enfrente a la evidente existencia de leyendas sobre enanos. En primer lugar, el escaso número de ellas que existe en España, algo que destaca especialmente si se comparan con las muy abundantes sobre duendes.

Pero éste no es el único problema. Durante la preparación del libro, Carlos Canales me puso sobre aviso de algunas diferencias de parentesco entre los diversos grupos de enanos que, según él, existen en las leyendas de la península Ibérica. En tanto que unos parecen reunir todas las características que asociamos habitualmente a un enano, como el ser mineros, de piel clara o amarillenta, deformes y barbados; otros son, sin embargo, negroides, de ojos brillantes y hundidos y habitan, además de en cuevas y oquedades, en ciudades subterráneas increíbles.

Es que acaso hay dos razas de enanos entre nosotros? Esperamos aportar alguna luz sobre esta cuestión, si bien no aseguramos haber solucionado el misterio, sino tan sólo proporcionar unas pistas que otros investigadores de lo oculto o de lo mágico puedan seguir.

Un grupo de enanos lo forman los pertenecientes al Pueblo Antiguo (siendo el principal ejemplo los *korred* bretones, constructores de megalitos y de ciudades subterráneas), que más tarde pasaron a convertirse en los duendes domésticos. El otro grupo sería el de los enanos mineros procedentes de las tierras entre el Rin y el Elba y cuya presencia en el occidente de Europa es muy reciente (siendo sus representantes más genuinos los *knockers* picadores). La idea general que se tiene hoy en día de los enanos corresponde, por lo tanto, a la descripción de estos últimos y no a la de los escasos componentes del llamado Pueblo Antiguo. Pero tanto unos como otros han dejado leyendas de sumo interés y que, por suerte, aún no han sido olvidadas del todo.

Las huellas del Pueblo Antiguo

Las huellas de esta raza de enanos se han ido diluyendo con el paso del tiempo, aunque no lo suficiente. Respecto a los *korreds*, cuenta Nancy Arrowsmith, recogiendo leyendas del occidente francés:

Los dólmenes fueron usados por los celtas como señales astronómicas, como lugares de reunión sagrados. Pero los celtas desaparecieron y sólo nos quedan los *korreds* para contar la historia de las piedras. Las gentes del lugar todavía honran a estos genios antiguos que primero trajeron las piedras al lugar y ahora viven en cuevas bajo estas piedras. Los elfos de los dólmenes son muy corrientes en Bretaña, donde aparecen bajo una miríada de nombres distintos, pero pueden verse en los Pirineos y en Cornwall.

Este Pueblo Antiguo, al seguir asociado a menhires y dólmenes, conocen el secreto de todos los tesoros de la vecindad y son profetas y magos. Danzan en las noches de los miércoles, su día de fiesta, y, al igual que ocurre con las danzas de las hadas, es muy peligroso para un ser humano mezclarse en sus bailes. Son en general desagradables con los hombres y se muestran excesivamente esquivos.

Existe una considerable variedad de *korreds* en todo el occidente europeo, si bien, como se ha dicho, sólo quedan ya en contados sitios. Se distinguen físicamente de los enanos mineros en el color y en el vestuario. Son de tez oscura, con ojos hundidos y pelo hirsuto de color negro. Visten ropas de colores apagados, y en ocasiones sus manos parecen más bien garras. Su voz es quebrada y apagada y casi siempre habitan en cuevas de acantilados costeros, en el interior de las colinas o bajo los yermos, salvo unos pocos que todavía habitan en los restos de las viejas ciudades élficas y que poseen una machacona tendencia a dar consejos moralizantes a los humanos.

Hoy en día se los ubican en el oeste de Francia, donde reciben muchos nombres como *korriks*, *boudiguets*, *corriquets*, *kerions*, etc.; en el sur de Inglaterra, principalmente en Cornwall, donde se les conoce como *springans*; en Cataluña, en Baleares y en Córcega, donde existe una variedad propia: los *follets* de las cuevas. Finalmente, existen grupitos reducidos en otras partes, pero sin dejar una huella notable, haciendo muy difícil a los investigadores rastrear su presencia.

Las causas de la paulatina extinción de los pequeños enanos del Pueblo Antiguo son varias, pero sobre todo una de ellas determinó no tanto su desaparición sino su asimilación a otros personajes muy conocidos: los duendes.

Con el tiempo, la mayor parte de estos seres evolucionó y se adaptó a la vida junto a los humanos. Según Arrowsmith, algunos *follets* abandonaron las metrópolis élficas cuando estas perdieron su poder y se trasladaron a los hogares de los hombres, convirtiéndose en una variante más de los duendes, los conocidos *follets* catalanes y provenzales y sus parientes los *folletti* de Italia y los *donyets* de la costa valenciana. Otros, sin embargo, no fueron capaces de evolucionar y permanecieron en sus cuevas y oquedades como una raza de elementales primitivos a la que pertenecen los habitantes de las todavía increíbles y maravillosas ciudades del

subsuelo, que aunque en su mayor parte abandonadas, existen bajo la costa del mediterráneo español y de las que después hablaremos.

Antes de examinar cuál es el verdadero alcance de la presencia de los *korreds* en España es necesario indicar que no son los únicos representantes de los enanos del Pueblo Antiguo en el continente europeo, ya que además existen otros dos grupos principales de elementales que pertenecen también a este grupo y que viven en cuevas o bajo los túmulos y a los que genéricamente llamaremos *erdluitle* y *quiet folk* (el pueblo silencioso), siendo ambos parientes directos.

Los *erdluitle* son los genios de la tierra por excelencia y pueblan el interior de las montañas de Europa central. Pueblo antiguo y misterioso, en ocasiones son confundidos con una raza perdida y no con un etereo pueblo de seres «elementales». Los *erdluitle* jamás enseñan los pies, tal vez porque, según opina Nancy Arrowsmith, así ocultan mejor la fuente de su poder. Son menos oscuros que otros enanos y presentan un color, terroso. Visten de verde, gris o marrón y sus prendas son extraordinariamente largas, teniendo un aspecto similar al de un monje. Conocen los secretos de la naturaleza, Y aunque aislados desde hace milenios fueron antaño poderosos, cuando la humanidad aún no existía y podían controlar las fuerzas que rigen el clima, los movimientos telúricos y la energía de la Tierra. Todavía hoy los escasísimos *erdluitle* que quedan en las montañas de Austria, Suiza, norte de Italia y Eslovenia pueden relacionarse con los seres del aire y alterar las tormentas, las avalanchas o las inundaciones. Si lográsemos contactar con ellos y nos permitieran pedirles consejos, nos podrían indicar el mejor momento para cosechar, para evitar los aludes o para predecir los terremotos, ya que ellos sienten como nadie (dentro de su raza y de su alma grupal) el latir de Gaia. Su poder es tal que pueden, si lo desean, convertir en oro o diamantes las hojas de los árboles, pero desgraciadamente no confían en los hombres y prefieren permanecer alejados de nosotros. Conociendo nuestra trayectoria, tal vez estén acertados en su decisión.

Los enanos gallegos

Hemos dicho que el otro grupo o raza de enanos sería el de los enanos mineros o nórdicos. La búsqueda de los orígenes germánicos de los enanos no es propia de España. En realidad, en las naciones latinas del sur de Europa (España, Portugal e Italia) la presencia de enanos es una excepción dentro de su folclore y no es muy abundante ni siquiera en Francia, salvo, claro está, las regiones de Alsacia y Lorena de fuerte cultura germánica y la costa de Flandes. De hecho, igual ocurre en las naciones célticas (Gales, Escocia, Bretaña e Irlanda), donde los enanos aparecen en épocas muy recientes.

El hogar tradicional de los enanos, así como de los gnomos, son las montañas de Escandinavia y de Alemania, desde donde fueron bajando hasta llegar al sur de Europa. Este hecho es hoy en día poco discutido por los autores y folcloristas que han estudiado su presencia en grutas y cuevas y sus ocasionales contactos con los humanos a lo largo y ancho de nuestro continente.

El problema principal es, por tanto, determinar desde cuándo los encontramos en España y cuál es su verdadera presencia en nuestra tierra. Como veremos, el caso de Galicia es una muestra del problema perfectamente extensible a toda la península Ibérica.

El investigador y médico lucense Jesús Rodríguez López (muerto en 1917) expone en su obra *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares* una curiosa tesis, que no desarrolla pero en la que abundan otros autores posteriores. Dice que:

Entre las supersticiones más notables que trajeron los godos a España se destaca la creencia de los enanos servidores en forma de duendes. Todavía en algunas partes de Galicia subsisten hoy estas supersticiones. Los duendes domésticos no siempre eran servidores, pues a veces eran vengativos.

Sin duda, el doctor Rodríguez López estaba confundiendo a dos grupos de elementales. Por un lado, estarían los «enanos», cuya tradición y creencia posiblemente provenía de los pueblos germánicos de los godos y de los suevos, que entraron en España. Por otro lado, se está refiriendo a nuestros duendes domésticos, y estos personajillos, al menos en España, ya estaban dando sus tumbos y vericuetos desde la época romana. Respecto a su origen, Rodríguez López considera que históricamente se vinculan a la llegada a España de los visigodos en los siglos V y VI y relaciona la aparición de los enanos con la creencia de la existencia de tesoros encantados en el interior de los castras, atribuidos a los moros (o *mouros*) en fuga. No está de más recordar que para los antiguos movimientos herméticos, la palabra godo viene de god, que en idioma sánscrito y en indogermánico equivale a Dios o hijos de Dios. Los ostrogodos (o godos orientales) serían, por lo tanto, los

Cada uno de estos grupos o familias de enanos cumple una función en el mundo paralelo y subterráneo donde ellos viven.

Por lo general, son mineros y son constructores y aunque su apariencia física sea parecida, sus comportamientos, a veces, son contrapuestos.



COBIL NIAU



KNOC KERS

LD

dioses brillantes y los visigodos (o godos occidentales) aquellos que en las voces sánscritas significan dioses sabios.

Sin embargo, es preciso indicar que, en realidad, España tenía la presencia de enanos desde tiempos remotos. Estos enanos, de los que quedan restos en todo el occidente atlántico y mediterráneo de Europa, están muy relacionados con los pueblos constructores de los megalitos, levantados para aprovechar la energía de la Tierra, y fueron desapareciendo lentamente, en un proceso que duró miles de años.

De hecho, San Isidoro de Sevilla, tomando la versión de San Agustín, decía allá por el siglo VII, que los dólmenes estuvieron habitados por unos enanos célticos que se llamaban *dussi* o *dusios*. Es decir, remonta el origen de los enanos a las cultura célticas, de donde, posiblemente, las tomaron posteriormente los pueblos godos. No perdamos de vista a estos dusios, a los que volveremos a encontrar seis capítulos más adelante.

Respecto al resto de los enanos, aquellos que reúnen las características propias de su raza minera, parece indiscutible su origen centroeuropeo y constituyen un mito germánico. Decía el escritor Alvaro Cunqueiro que los enanos gallegos (que él identificaba con los mouros) eran un residuo suevo. Tal argumento, al menos para los enanos de Galicia, de Asturias y norte de León, puede ser correcto y no constituye una tesis contraria a la de Rodríguez López, sino que simplemente la completa.

Respecto a los pueblos godos, éstos no ocuparon Galicia hasta finales del siglo VI, y además nunca se asentaron en ella en gran número. En la actual Castilla sólo existen localizadas tradiciones de enanos en Salamanca y en el Moncayo, entre Zaragoza y Soria (que por cierto, según Sánchez, Albornoz, es un topónimo godo), siendo precisamente el Moncayo el lugar que sirvió de referencia a Bécquer para ubicar su leyenda sobre gnomos. Hay, por lo tanto, dos grupos diferenciados de enanos germánicos en España: los gallegos y leoneses de origen suevo, y los de Castilla, Cantabria y Aragón de origen visigodo.

En cualquier caso, la presencia de enanos en Galicia es una excepción dentro de su mitología popular. Hay unas pocas referencias que hacen alusión a ellos, pero siempre haciendo hincapié en que su visión es perjudicial para los humanos.

En cuanto a su localización concreta, hemos escogido dos casos, ambos de la provincia de Pontevedra, donde se produjo su asentamiento principal, que coincide con el del los seres humanos a los que acompañaron, ya que los suevos se establecieron principalmente en torno a Braga, donde residía su rey, y en las áreas costeras del norte de Portugal y actual Pontevedra, representando, en el resto de las zonas que ocuparon, una minoría de carácter aristocrático y militar. Así, en la Mina da Rodela, en Couso de Avión, hay un castro donde, según una leyenda que recoge Vicente Risco, *os enanos guardaban o ouro en saquetas e iban o lavar o río*. Otro ejemplo de su difuminada existencia lo tenemos en Castro Libureiro (Cangas- Pontevedra), en el cual se localizan unos pequeños agujeros en cuyo interior se aseguran que viven enanos caníbales, pues -dicen- les da por comer a la gente que se adentra por esos pagos. No es la única vez que encontraremos esta asociación entre pequeños agujeros en el suelo y los enanos que salen de ellos.

En la definición que en su Diccionario establece Eladio Rodríguez González, el anano (o enano, como prefiere llamado Risco) es una especie de duende, gnomo, diablillo o espíritu travieso de la mitología Popular gallega. Mezcla una serie de conceptos, diciendo que son seres domésticos e invisibles, vengativos unas veces y serviciales otras, que habitan en las entrañas de la tierra. Tienen generalmente grandes barbas blancas y «ejercen a distancia una enorme influencia mágica, pues con sólo un soplo o Una mirada ahuyentan o desarmen al que pretende molestarlos».

A veces toman la forma de búhos y otras aves nocturnas que se encaraman en los campanarios para anunciar con sus estridentes resoplidos la muerte de algún vecino. Este último detalle está más relacionado con los animales agoreros de muerte (como el urco) que con los enanos, pero ya estamos acostumbrados a esta clase de injerencias.

Por lo tanto y resumiendo, si seguimos la tesis oficial del origen suevo del mito, este grupo de pueblos germánicos cruzaron el Rin a principios del siglo V d. C. y se establecieron en la Galia, siendo su presencia fugaz, pues a los pocos años, junto con vándalos y alanos, pasaron a la península Ibérica (en concreto, a Galicia) en el año 409, estableciéndose en las áreas costeras que rodean Tuy, en la actual provincia de Pontevedra y en torno a Aportó y Braga, en el norte de Portugal. Desde estos lugares de asentamiento original se movieron hacia las cuevas y bosques del interior durante los siguientes mil años. Unos pequeños grupos muy pequeños alcanzaron Asturias occidental y el norte de León (conocidas zonas mineras). Los suevos se extendieron por la Bética (que era una de las provincias en que se hallaba dividida la Hispania romana, correspondiente a la actual Andalucía) y la Cartaginense en tiempos del rey Réquila (445). Es posible, como sostiene Cunqueiro, que el mito de los enanos fuese con ellos y allí donde existen leyendas relacionadas con estos seres correspondan con los asentamientos de este pueblo germánico. También es muy posible, sostengo

yo, que esto explique la tradición residual relativa a los almerienses Enanos de Vera ya la que me referiré un poco más adelante.

Respecto al resto de España, sí sería aceptable la tesis del origen godo de los enanos defendida por Rodríguez López. Asentadas las masas populares visigodas en el centro de la meseta castellana, en Segovia y las provincias circundantes (Madrid, Burgos, Guadalajara, Valladolid, Palencia, Ávila, Soria y Toledo), con ellos llegaron algunos grupos de enanos, de gnomos y unos pocos elfos de los árboles y, probablemente, las tradiciones sobre enanos mineros y gnomos hubiesen tenido fuerte implantación en esta área, pero, la invasión árabe impidió su consolidación en el futuro folclore español, siendo sustituidos estos mitos por otros de parecida factura: nos referimos a los jinas.

¿Pigmeos africanos?

¿Qué pasaría si un buen día descubriéramos que nuestros más remotos antepasados, es decir, los Adán y Eva de la Biblia o los primeros, *Homo sapiens* inteligentes pobladores de este planeta fueran en realidad auténticos enanos de estatura y de color negro su piel?

Ésta es la conclusión, al menos, a la que llegan recientes investigaciones cromosómicas, que afirman que el primer ser humano inteligente habría vivido hace unos doscientos mil años en el territorio de la actual República Centroafricana y que se trataba de un pigmeo (del griego pygmaios, de la altura de un codo o tan grande como un puño). Posiblemente sus descendientes más directos serían los actuales pigmeos aka, cuya estatura media no llega al metro y medio. Todos estos datos están basados en una nueva disciplina científica -la Antropología Molecular- que han sido suministrados por científicos del laboratorio de Antropología Física del College, de Francia.

Y puestos a elucubrar, ¿qué pasaría si se demostrase que en la zona de Bayan-Kara-Ula, en el Tíbet oriental, se hallaron 716 extraños discos de piedra que contenían la historia de una extraña raza de enanos -los dropa- que descendieron de los cielos en aparatos voladores? ¿O que en Norteamérica habitó una raza de pigmeos que lucharon contra las tribus de los arapahoes y los soshones?.. Todos estos datos serían claros indicios de que alguna clase de raza subterránea o extraterrestre ha habitado -y tal vez habita- entre nosotros, dando origen a infinidad de leyendas.

Menciono todo esto porque otra hipótesis sobre la procedencia de esta inveterada creencia en enanos en suelo español es suponer que sus leyendas no proceden de Europa sino de África, transmitidas por los esclavos negros que eran llevados y vendidos, en la época clásica griega, a Europa central, en su mayoría procedentes de la actual Etiopía, y que fueron precisamente estos esclavos negros los que al ejercer sobre todo de niñeras, transmitían a los niños los mitos de su país de origen, en los que incluían a personajes como los enanos, pigmeos o «bambaras» propios de algunas zonas africanas. Es decir, no hablaban de seres elementales ni de espíritus incorpóreos de la naturaleza, sino de pueblos y razas humanas, de una estatura diminuta y de unas costumbres que salían de lo que estaba considerado normal en aquella época.. Esto entronca con uno de los ramales historicistas referidos a estos grandes mitos: son la deformación de algunos hechos acaecidos a habitantes del submundo o a etnias marginales y casi perdidas en algún confín del planeta, sin que aparentemente tengan vinculación con la «raza paralela» de los espíritus elementales de la naturaleza. Recordemos que Paracelso también designaba a estos seres del elemento tierra con el nombre de pigmeos.

El incansable y prolífico investigador Juan G. Atienza incluyó en su Guía de los pueblos malditos españoles a una de estas extrañas etnias, actualmente desaparecida, al lado de los maragatos, chuetas, vaqueiros de Alzada, agotes, etc. Se sabe algo de ella a través de una carta que escribió el historiador Miguel Morayta a Manuel Antón, descubridor del hombre de Cro-Magnon en España. Esta carta está fechada el 20 de agosto de 1886 y algunos de sus párrafos dicen textualmente:

Existen en este Valle de Ribas, en las últimas estribaciones de los Pirineos Orientales correspondientes a la provincia de Gerona, distrito electoral de Puigcerdá, capital de la Cerdaña, número no escaso de habitantes que los naturales de aquí llaman «nanus», enanos. Su estatura por lo que yo pude comprobar, está alrededor de cuatro pies, o sea un metro y diez o metro quince centímetros. Buen número de éstos padecen paperas, fenomenales en algunos. (...) Dícese en estas tierras que son causa de los «golls» (paperas) que estos seres padecen, el arsénico que llevan las aguas de estas montañas; y de aquí la teoría de que los «golls» determinan una decadencia que convierte a estos infelices en cretinos. (...)

Tienen las facciones muy carnosas, y su carne es flácida, descolorida; parece como que no tienen nervios, y de aquí que se les forme multitud de arrugas, aun en los primeros años de su vida. Concorre a dar

un aspecto extraño a la cara de estos nanus su boca grande, con sus labios excesivamente carnosos y belfos que cubren sus largos y fuertes dientes, entre los que sobresalen mucho los caninos. Cual si la saliva fuera en ellos sobrada, siempre los llevan húmedos y, diría mejor, llenos de babas, que es lo que, para mí al menos, los hace del todo repugnantes. (...) Sólo se unen entre sí, y de aquí que conserven pura la raza y de que cada día vayan siendo menos en número.

[...] Bien pudiera suceder que en este Valle de Ribas se diera la prueba evidente de que existió en Europa, en tiempos muy anteriores a la Historia, una raza tártara.

La hipótesis de Manuel Barrios es que estos nanus podrían haber sido los descendientes de los famosos y míticos «cabiros», consideradas divinidades enanas de origen oriental, adoradas por los fenicios, egipcios y griegos, que simbolizaban los poderes benéficos de la naturaleza, que en un momento dado pierden su divinidad y se convierten en representantes de la raza maldita de los herreros, traídos a España por los fenicios. Estos colocaban a los cabiros en las proas de sus barcos como intermediarios de la divinidad frente a los desconocidos monstruos que poblaban el océano.

Dejamos esta reflexión al lector, al menos para que quede constancia de que muchas leyendas que hablan sobre personajes diminutos no tienen la misma explicación y ni mucho menos el mismo origen.

Follets de las cuevas y negrets

Los *korreds* son la demostración más palpable de la antigüedad de los elementales entre nosotros. Como miembros del Pueblo Antiguo, no son mineros sino constructores. En Bretaña se asegura que los dólmenes fueron obra de los *korreds*, y todavía hoy viven algunos en el interior de la tierra, bajo esos dólmenes, a pesar de que hace milenios que sus construcciones perdieron el poder de recibir y acoger la energía telúrica. Algunos *korreds* que abandonaron sus metrópolis mágicas y se vincularon cada vez más a los hombres son los populares *follets* de Francia, Bélgica, Suiza, Baleares y Cataluña, hoy considerados una variedad de los duendes domésticos, mostrando una apariencia muy distinta a la de sus antepasados.

En un camino intermedio entre los duendes y los *korreds* primitivos quedaron los *follets* de las cuevas, que - para Nancy Arrowsmith- viven en el interior de algunas cuevas en Córcega o en Mallorca, manteniendo un trato ocasional con los hombres, pero sin residir en sus casas. Son de piel morena, de larga barba negra y, a diferencia de los *follets* comunes, no suelen llevar trajes de rombos. Tienen la estatura normal de los *korreds* (entre 30 y 60 centímetros).

Dato importante: usan armas metálicas del tamaño de alfileres (al igual que los tardos gallegos), característica ésta que los diferencia enormemente del resto de los *follets*, los cuales, según la tradición, odian las armas de acero.

Precisamente en la isla de Mallorca se sitúa uno de sus parientes. Nos cuenta el investigador Carlos Garrido, dentro de su obra *Mallorca mágica*, que uno de los barrancos encantados que existen en la isla, en concreto el de Sa Coma, en Sóller - estrecho y oscuro- guarda una antigua tradición sobre unos pequeños seres llamados popularmente *Negrets*. Se hace eco de una leyenda ubicada en una de sus cuevas, de esto hace mucho tiempo, donde había un negret que lo describe como un duende de baja estatura y con una tonalidad de la piel bastante negruzca. Como ocurre con algunos de estos seres míticos, sus costumbres se fueron transformando con la llegada del cristianismo. Pasó a tener comportamientos curiosamente religiosos y solía salir la mañana del sábado de Pascua a buscar a un humano para que le trajese una vela prendida en el «*foc nou*» que encienden en el oficio de tal fecha.

Si un afortunado mortal se topara con este personaje y se le ocurriera rozarlo con la candela, el *negret* se convertiría inmediatamente en monedas contantes y sonantes, haciendo rico al humano suertudo. Estas tradiciones se encuadran dentro del mito del «toque mágico», es decir, se debe efectuar un contacto especial con algún objeto o material determinado para que el espíritu conceda sus dones y favores (como ocurre con la gallina y sus *pititos de oro* de las hadas) o para que se produzca el desencantamiento (como ocurre con las *ayalgas* asturianas).

Aunque en algunas zonas costeras del Mediterráneo abundan seres de parecidas inclinaciones, la verdad es que es una leyenda muy poco extendida incluso en Mallorca, por lo que pensamos que se trata de un relato local, fabulado y cristianizado, sin apenas consistencia real, ideado tal vez al socaire de ciertas creencias de tesoros escondidos que oculta dicho barranco, custodiado por seres demoniacos que dejan de serlo por arte de birli-birloque gracias a la imaginación popular, como hemos comprobado en otras ocasiones.

Una pieza más de este mosaico balear es la existencia de una cavidad en la isla de Menorca, en concreto en Beniquadreller, conocida como la Cava de Ses Mosqueres, donde se dice que vivía un gnomo de medio codo de estatura, pero con un cierto complejo de inferioridad. Se aparecía a todos los que paseaban cerca del lugar y, subiéndose a una columna que había en la entrada de la cueva, les gritaba:

-¡Yo soy tan alto como tú!

Dejando a un lado estas pinceladas folclóricas (y casi infantiles), lo cierto es que la diferencia esencial entre los dos grupos principales de enanos no está tan sólo en la ubicación geográfica de unos y otros, sino en los. *knockers* o mineros se desentienden de los humanos todo lo que pueden y los *korreds* o constructores propician este contacto, con su acentuado sentido moralizante, otorgando premios y castigos según las conveniencias del momento.

No abundan mucho que digamos las creencias sobre enanos y gnomos en Andalucía, pero existe una localidad situada en la provincia de Almería que aún guarda un tenue recuerdo de ellos. Nos referimos a los *Enanos de Vera*, y en concreto al lugar llamado «El Zorzo», donde aseguran algunos vecinos que en los atardeceres de días muy señalados aparecen unos extraños enanos que tienen la loable misión de proteger a las buenas personas que transitan por esos contornos en dirección a la fuentecica. Por el contrario, si el que recorre ese camino es una persona malvada y con oscuras intenciones, lo apalean con saña. No podemos ser más precisos porque tampoco lo es José María de Mena, el autor del que hemos recogido esta valiosa información, pero es de suponer que también serán morenos y grotescos como corresponde a esta familia diminuta.

Sospechosamente edificante nos parece la actuación de estos enanos almerienses, cuya memoria se ha ido tergiversando de unas generaciones a otras, hasta el punto que una leyenda que tal vez tenía un núcleo original (proveniente de los *korreds* y de los *follets de las cuevas*), su recuerdo ha quedado reducido hoy en día a esta pequeña reseña moralizante a la que se le puede añadir el calificativo de «aparición pseudoreligiosa» que premia a los buenos y castiga a los malos.

Por contra, sin salirnos de Andalucía y subiendo ahora a las encrespadas cumbres de la granadina Sierra Nevada, existen algunos testimonios sobre una especie de malvados «monos-duendes», de pequeña estatura, peludos y feroces que han provocado la muerte de algún alpinista a través de «casuales» aludes de nieve o desprendimientos de piedras. Por su feúcho y oscuro aspecto físico son llamados también «monos caretas». ¿Tienen algo que ver con alguna raza de pequeños homínidos que aún no han sido catalogados por la ciencia? Que el lector se vaya acostumbrando a esta clase de interferencias entre materias aparentemente heterogéneas. Si es así, disfrutará de lo lindo con el capítulo dedicado a las entidades del folclore en su relación con una disciplina tan actual y tan controvertida como es la ufología.

Los enanos de las tropas napoleónicas

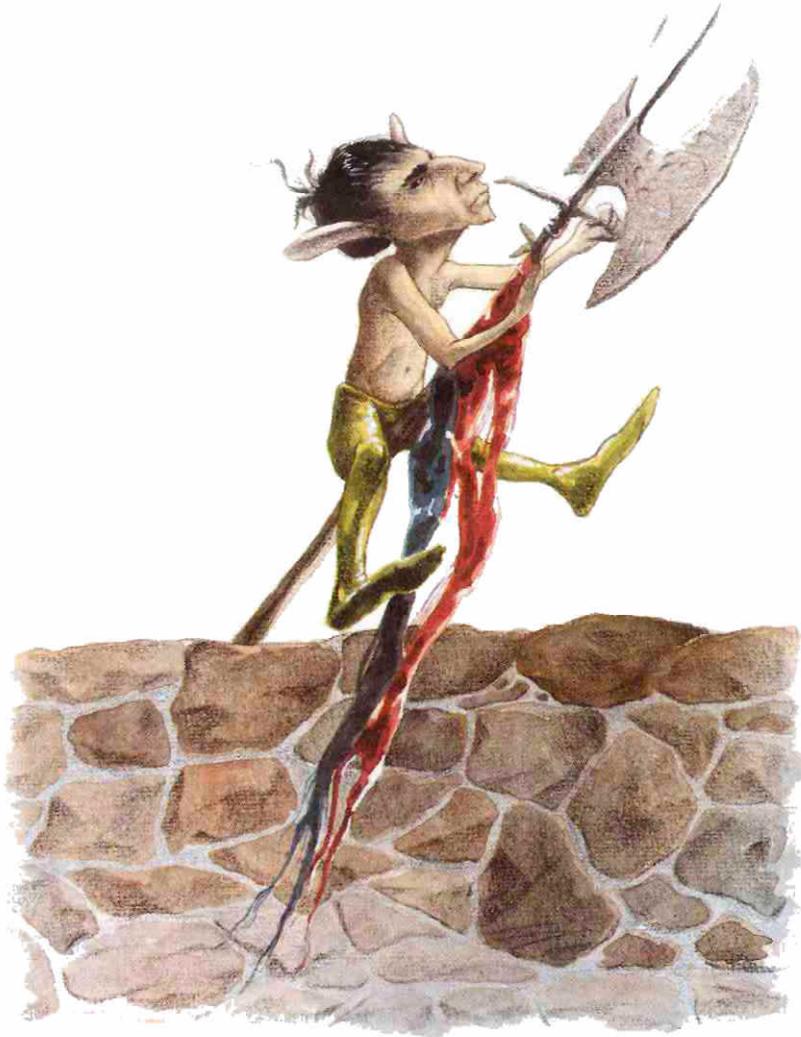
Es posible que pequeños grupos de enanos hayan entrado en la península con posterioridad al asentamiento principal, procedentes del norte de Europa, y en tiempos realmente recientes. Investigando en fuentes antiguas hemos encontrado una curiosa historia narrada por Janer en su libro *Los fantasmas de la imaginación*. Al parecer, una familia de seres enanos entró en España durante los primeros años del siglo XIX siguiendo a las tropas de Napoleón -por tanto, el hecho sucedió entre 1808 y 1814- y, sin que se sepa por qué causa, eligieron para establecerse unas cuevas existentes cerca de la localidad de Monzón (Huesca). Desde esta cueva, ellos o sus descendientes, alcanzaron los alrededores de Alhama de Aragón, pues se cree que el uso de las aguas subterráneas termales de esta zona les eran beneficiosas, sin que conozcamos si el motivo era la dolencia o enfermedad de alguno de los integrantes del grupo o de todos ellos. Este dato nos hace sospechar que, al igual que los *nanus* del valle de Ribes, sean más bien una reducida etnia endógama de baja estatura, aislada del resto de los seres humanos por padecer algún tipo de señalada enfermedad.

Pasado el tiempo -cuenta Janer-, solamente quedaba con vida uno de los enanos, que llevaba una vida de tristeza y soledad. Decidió trasladarse a Madrid en una época en que España estaba sacudida por una terrible guerra civil. Al pasar junto a Torrejón de Ardoz se vio sorprendido por un enfrentamiento militar. Desesperado de ver cómo los humanos en España luchaban siempre hermano contra hermano por sus eternas disidencias políticas se montó en la banderola de la lanza que un jinete herido había dejado apoyada en una tapia y desapareció por los aires harto de tanta estupidez.

Desgraciadamente nunca sabremos cuál fue la extraña enfermedad o dolencia que mató a sus acompañantes, ni de dónde procedían, pues el que su familia o grupo viniesen acompañando a las tropas de Napoleón no quiere

decir que necesariamente fuesen originarios de algún lugar situado en Francia (con el ejército francés venían regimientos alemanes, holandeses e italianos).

El historiador extremeño Publio Hurtado, después de referirse a los duendes, dice que más raros fueron en Extremadura los enanos y, sin embargo, los hubo. Hace referencia, sin citarlo, al libro de Janer, diciendo que el último del que se tiene noticia fue «uno descendiente de una familia de esa ralea, que, siguiendo a los ejércitos de Bonaparte, vino a España y se avecindó en una gruta próxima al castillo de Monzón, llegó de paso para la corte, a Torrejón de Ardoz, el día en que Narváez triunfó en aquellos campos sobre el general Zurbano (1843), y harto de ver que en España, por diferencias políticas, era interminable la lucha fratricida, cogió la banderola de un soldado de caballería que halló en el campo de batalla, montó en ella y desapareció por los aires, no habiéndose vuelto a tener noticias de él».



No es infrecuente que se confunda a algunas etnias marginales de hombres pequeños, incluso enanos, con estos seres mitológicos. Entre la historia y la leyenda se encuentra el suceso de una familia de enanos que llegaron a España en la época de Napoleón.

Los enanucos bigaristas

Con este nombre se designa a algunos elementales terrestres de Cantabria, famosos, al decir de José María de Pereda, por su intensa afición a tocar el bígaro.

Aunque a continuación vamos a detallar lo que hasta el momento se sabe de ellos, ha de tenerse en cuenta que su naturaleza está hoy muy discutida. En cierto modo no reúnen ninguna de las características propias de los enanos o de los gnomos, grupo en el que, sin embargo, se deben integrar.

Sobre estos enanucos hay interesantes recuerdos en el valle de Iguña. Según diversos testimonios, en una colina llamada Lindalaseras moraba a la vera de una fuente un enanuco que atraía a las gentes con sus trinos. Cuando los mozucos y las mozucas llegaban, hasta el lugar donde se encontraba, los aturdía con los sonidos de sus melodías pastoriles (recuerden al flautista de Hamelin) y, tras embelesar con sus saltos y con el brillo de sus

ojos a los pastores y pastoras, envenenaba las aguas de las fuentes con gusarapos y escorpiones. Luego intentaba que bebieran de dichas aguas mediante el sistema de darles primeramente a probar un trozo de cecina, lo que les producía una sed irrefrenable. Esta cecina era mágica y la extraía de un alfiletero sin fondo, y así conseguía que continuaran comiendo. Finalmente les decía:

- Probar, probar por un ver, veraste tú lo que es canelUCA de la fina. Tomar esta sosiega, que es el agua de la vida.

Una vez que bebían, el enanuco había conseguido su malvado propósito, y se perdía entonces en la profundidad del bosque después de dar tres silbidos con el bígaro. Sus víctimas caían en una profunda melancolía y algunos llegaban a morir. Estos hechos impresionaron a las gentes del lugar que legaron a la posteridad esta cancioncilla de advertencia:

Cuando los enamorados
vayáis a Lindalaseras,
al ver el agua que mana,
tener cuida u al beberla,
que la luz vos dé en la cara;
que allí mora un enanuco
que rey de aquestas montañas,
al dir a morir el sol
emponzoña las sus aguas.

Pero además hay otra recomendación que hace referencia a tan terrible y pequeño ser:

Cuando los enamorados
vayáis a Lindalaseras,
si con el silbo del carábo
oís sullar a la nuética,
no beber el agua a morro
que de noche la envenena,
el enanuco maldito
que recuerda la leyenda.

Es posible que ya no existan en nuestras montañas estos pequeños seres malignos pero, no obstante, tal vez convenga atender a un rumor que pudo recoger García-Lomas de uno de sus informantes:

- Todavía, cuando el ventarrón se levanta por el soma cercano a la fuente y araña la estepa de la sierra calva con sus garras invisibles, allá por la aya del Turujal, en los repliegues de sus rocosos taludes, el eco devuelve la salmodia de unos cantos tenebrosos...

La descripción más bella del enanuco bigarista nos la proporciona José María de Pereda en un cuento incluido en su novela El sabor de la tierra (1882), donde nos muestra un enano sumamente generoso y moralizante, distinto al de Lindalaseras y al de otras leyendas. Lo transcribimos con su mismo lenguaje para que no pierda en nada ese genuino «sabor».

«Pues, señor, que estando un día en el monte y en lo más espeso de él, porque en lo más espeso se jallan siempre las buenas avellanas, corta esta vara y corta la otra, cádate que oye tocar el bígaru ajusto así mesmo y de un modo que gloria de Dios daba el oírle. (...) Pues, señor, que será, qué no será, acercóse a la topera y vio que en el borde mesmo de ella, y con las patucas metidas en el ujero, estaba sentado un enanuco, menos que este puño cerrao, y que este enanuco era el que tocaba el bígaru. Viendo el enanuco al mozo, deja de tocar y dícele:

-¿Qué hay, buen amigo?

-Pues aquí vengo -respondió el otro- por saber quién tocaba tan finamente; pero si es que estorbo) me volveré por donde vine.

A lo que volvió a decir el enanuco:

-¡Qué estorbas ni qué ocho cuartos) hombre!... Sé paste que para que tú vinieras he tocado yo.»

El enanuco acaba por preguntarle qué desea como premio de su hombría de bien y el mozo le dice que se contenta con ser suya la renta y aparcería que lleva.

Así que el enano le dice:

- Coge de esta tierra que ves Junto a mí y échatelo en el pañuelo.

El mozo sospechó en un primer momento pero luego cogió tierra.

- Ahora vete a casa y, cuando te acuestes, pon debajo de la almohada esta tierra, según está en el pañuelo. Al despertarte mañana, verás si te he engañado.

Así lo hizo, y a la mañana siguiente, al despertarse, comprobó que la tierra se había convertido en ochentines y onzas de oro, más de mil piezas entre unos y otras.

Con tanta riqueza su carácter fue cambiado, y más cuando visitó la ciudad y vio el lujo y las mujeres de allí que nada tenían que ver con las de su aldea. Empezó a aborrecer el trabajo Y los días enteros se pasaba pensando en una bella dama que había conocido en la ciudad.

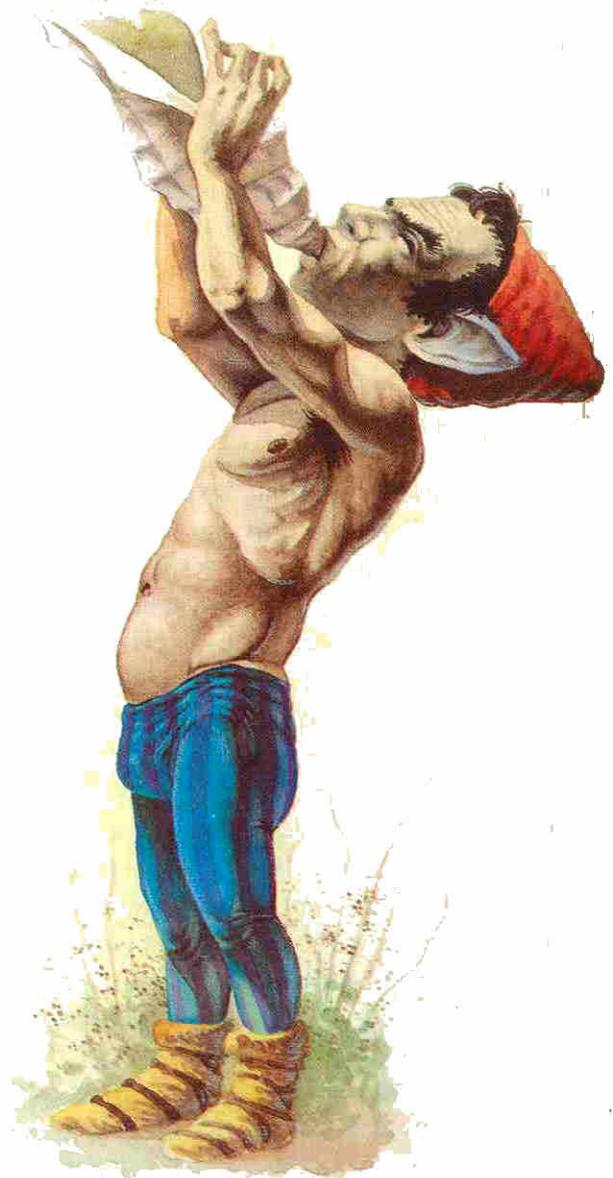
Un buen día se dirige, cargado con un saco, en busca del enanuco y al encontrado le dice:

-Hola, buen amigo: pues yo venía a darle a usted las gracias por el favor que me hizo tiempo atrás y a pedirle otro nuevo, si no ofende.

-¡Qué ha de ofender hombre! ---respondió el enanuco- En siendo cosa que yo pueda) pide con libertad.

-Pues yo deseara llenar estos sacos que traigo aquí, de la misma tierra que usted me dio otra vez.

-Todo este campo es de ella ---respondió el enanuco-, conque así) coge donde quieras y llénalos a tu gusto. No te olvides de ponerlos esta noche cerca de la cama para abrirlos en cuanto despiertes al amanecer.



Hay dos interpretaciones de los enanucos bigaristas en la mitología cántabra: la que nos transmiten las leyendas del valle de Iguña y la que nos propone el escritor José María Pereda.

El mozo llenó los sacos de tierra y se volvió a casa. A la mañana siguiente abrió los sacos y encontró la misma tierra que había metido el día anterior. Se quedó de piedra, pero al poco reaccionó y pensó que con lo que le había sobrado de antes era bastante. Fue al cajón donde guardaba las pocas monedas que aún le quedaban y comprobó estupefacto que también se habían convertido en tierra, ¡y tierra los papeles de sus compras! Fue a la cuadra y ¡montones de tierra sus bueyes!... ¡Y montones de tierra el ganado que pagó con el dinero del enanuco! Gimio y se fue al monte a contar su desgracia al enanuco, pero éste le dijo:

-Esto que te pasa no puedo remediado yo; quien por mi mano te dio la riqueza que has menospreciado, te dice ahora por mis labios que la miseria en que vuelves a verte es el castigo que da Dios a los codiciosos que quieren pasar de un salto y sin merecerlo de zoncheros bien acomodados a caballeros poderosos.

Cuando leo este relato no puedo evitar acordarme de Valle- Inclán y la decepción que se llevó al enterarse de que su amigo Rosa de Luna no le iba a proporcionar tesoro alguno porque consideraba que iba a hacer mal uso del mismo... Lo peor de todo es no tener siquiera la posibilidad de catarlo.

García-Lomas profundizó algo en el mito de los enanucos, diciendo que no son semejantes a los del norte de Europa, pues no custodian tesoros en abismos inexpugnables, ni son «hijos de la niebla», ni de las grandes cavernas, y desde luego carecen de toda actividad minera.

Carlos Canales, por su parte, mantiene una curiosa tesis sobre el origen de estos enanucos bigaristas que no me resisto a reproducir. Según él, la población visigoda establecida en la región que andando el tiempo sería conocida como Castilla la Vieja y que había permanecido en su solar después de la invasión musulmana, fue trasladada en su mayoría al norte (de buen grado o a la fuerza) durante la segunda mitad del siglo VIII, a raíz de las terribles campañas de los reyes de Asturias Alfonso I y el feroz Fruela I. Estos emigrantes forzosos fueron establecidos en la costa y en el interior de Galicia, en las fronteras de Álava y norte de Burgos, y sobre todo en Cantabria, lugares en los que se fundieron con la población local.

Sin embargo, esta última región, a diferencia de lo que ocurrió en Galicia o Asturias, no vio asentarse (según Sánchez-Albornoz) a grupos nobiliarios O aristocráticos poderosos, sino a campesinos visigodos de más baja cultura, llevando consigo todas sus tradiciones no romanizadas, entre ellas las relativas a sus enanos, lo que produjo un curioso fenómeno: la aparición de leyendas de enanos en el interior de las montañas cántabras. Aislados en los bosques de Cantabria y alejados de su medio natural de vida y en número escaso, desarrollaron costumbres únicas que los alejan de sus parientes de Europa central. Estos enanos (los enanucos) se hacen ariscos, huraños y-; en ocasiones, peligrosos como ocurre con los *duergars* del norte de Inglaterra.

Los habitantes del submundo

Entre las innumerables leyendas y relatos de hadas de diversos países se pueden encontrar los cuentos de tribus perdidas o habitantes subterráneos. En amplias y diversas direcciones, los pueblos hablan de hechos idénticos. Pero al correlacionarlos, se ve rápidamente que no son más que capítulos de la misma historia. Al principio parece imposible que exista alguna conexión entre estos rumores distorsionados, pero después se empieza a captar una coincidencia peculiar en estas múltiples leyendas de pueblos que son incluso ignorantes de los nombres de los otros.

NICOLÁS ROERICH: Abode of Ligh (1947)

Razas de intraterrestres

EN todos los lugares del mundo se habla de seres sobrenaturales, y en todas las culturas hay restos de su presencia. De ellos se ha dicho casi de todo. Por ejemplo, que son hijos de la Madre Naturaleza y que forman parte indisoluble de su misma conciencia. De cualquier forma, constituyen formas de vida muy alejadas de la nuestra que jamás podremos llegar a entender en su totalidad. Es importante que el lector no se equivoque a la hora de ubicados.. Existen múltiples personajes de leyenda cuyos orígenes son diversos, aunque no tanto su forma de actuar ante los humanos. El estudioso Lewis Spence, gran experto en la Atlántida y en los reinos subterráneos de América del Sur, creía que todos estos seres procedían de una de las tres causas siguientes:

- Ánimas de seres humanos fallecidos o fantasmas.
- Espíritus elementales de la naturaleza.
- Lo que queda de antiguos pueblos confinados en zonas inaccesibles y subterráneas, a mitad de camino entre el hombre y los ángeles.

Se puede asegurar que prácticamente en todas las razas y culturas de la humanidad han existido creencias y tradiciones donde se señalaba un lugar paradisíaco y sagrado considerado la morada de sus dioses. La ubicación de este enclave era lo que ofrecía más dificultades. Unos pensaban que estaba en lo «alto» (que tanto podría ser el cielo como alguna montaña), otros que en alguna isla evanescente, inalcanzable y mítica, pero las leyendas más abundantes son aquellas que sitúan este extraño paraíso bajo la tierra que pisamos, en grandes ciudades constituidas a base de túneles naturales y artificiales donde antaño se refugiaron y que, ocasionalmente, tienen contactos con los de. «arriba», los de la superficie. Estas tradiciones se encuentran documentadas en Egipto, en la India, en China, en Tíbet, en gran parte de Europa, en las dos Américas y en lugares determinados de África. Si la tradición es oral, los testimonios son infinitos y se localizan en todo el mundo, pero, eso sí, siguiendo una coherencia tanto en el contenido de las mismas como en la ubicación geográfica.

Las leyendas más arraigadas en cuanto a su divulgación siguen dos demarcaciones muy distintas. Si trazásemos una línea imaginaria al globo terráqueo nos encontraríamos, por un lado, con un gran círculo que recorrería Alaska, Canadá, América del Norte, Central y Sudamérica (sobre todo, por Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia y Brasil), seguiría por el océano Atlántico hasta entrar por África ecuatorial. Recorrería Nigeria, Chad, Egipto y se adentraría por Oriente Medio, acabando en la India, China, Mongolia y Siberia, para unirse a Alaska de nuevo. El otro círculo que enlazaría estos centros subterráneos, más pequeño en extensión, abarcaría las Islas Británicas, España, Francia, Alemania, Checoslovaquia y regresaría a las islas.

Reconozco que es difícil deslindar las leyendas que hacen alusión a una raza legendaria que habita en el subsuelo de los denominados habitantes del «País de las Hadas». Ambas tradiciones hablan de seres considerados como los antepasados de la humanidad que tienen contactos con los habitantes de la Tierra a través de cuevas y cavernas que servirían de puertas dimensionales. Difieren sus aspectos físicos y sus intenciones. En un caso se dice que son superiores al hombre tanto en estatura como en evolución tecnológica y en espiritualidad. En el otro se habla de pequeños personajes con una inteligencia limitada y de escaso desarrollo espiritual.

De todos los posibles seres subterráneos (entre los que habría que incluir a especies tan dispares como razas antediluvianas salvadas de la catástrofe, a héroes míticos, a dioses, a grupos humanos intraterrestres, a extra-terrestres...) tan sólo vamos a hacer referencia en esta obra a los espíritus de la naturaleza que dicen morar bajo la epidermis de la tierra y cuyas leyendas forman parte del folclore universal. Por lo tanto, bajo la palabra «subterráneos» encuadramos a varios seres -tanto masculinos como femeninos que eligen como hábitat las entrañas de la tierra, pero a veces con una conducta diferente a la que usualmente puedan tener los gnomos o los enanos. Estas entidades intraterrenas formarían parte de una gran rama o familia de los elementales con modales más hoscos y huraños en su esporádica relación con los humanos.

Se asegura que en las cavidades donde viven se aprecia una tenue luz verdosa, y quizá sea por esta razón por la que su piel suele ser de tonalidades verdes, igual que la luz que emana de las paredes de estos antros subterráneos. Serían los habitantes de las colinas o de los túmulos. Las inusuales incursiones que hacen al mundo de los seres humanos es lo que nos ha permitido saber algo sobre su existencia y hábitos.

En casi todas las leyendas se sigue un esquema parecido: una raza humana que ha sufrido una maldición o perdido una batalla tiene que ser relegada, como castigo, al inframundo y allí construyen sus ciudades y se acomodan lo mejor posible, alejados de la civilización de la superficie, pasando así a formar parte de las leyendas. Esta teoría defiende que las creencias feéricas se basan en el recuerdo de una raza más primitiva y poderosa de seres diminutos obligada a esconderse ante el avance de los invasores en sus tierras, ocultándose en cuevas o marismas. Esto es cierto en lo que respecta a algunos grupos feéricos como los *daoine sidhe* o los *fir bolg* (que serían descendientes de las razas originales de irlandeses que fueron relegados al submundo y a los túmulos) y los *sleigh beggey* o *moonjer veggey* (que eran los primeros habitantes originarios de la isla de Man, anteriores a los gigantes) y tal vez a los *tylwyth teg* galeses.

En Norteamérica se cuentan varios casos de esta raza de enanos escondida bajo tierra y que tuvieron contactos con algunas tribus indias locales (en concreto, con los arapahoes y los soshones).

Robert Kirk, párroco de Aberfoyle, escribió un breve ensayo sobre la naturaleza y los actos del Pueblo Subterráneo, el que antaño -y entre los escoceses de las Tierras Bajas-, fuera conocido con los nombres de elfos, faunos y fairies. Al inicio de su obra *La Comunidad Secreta (The Secret Common-Wealth)*, en el capítulo 1 (De los habitantes subterráneos), entra de lleno en el asunto y sin más preámbulos nos espeta lo siguiente:

Estos sith's o fairies son conocidos como sluagmaith, o «la buena gente» (expresión quizá empleada para prevenirse de sus malas intenciones, puesto que los gaélicos suelen bendecir todo aquello de lo que temen algún daño), y se dice de ellos que su naturaleza se distribuye, a partes iguales, entre la del hombre y la del ángel (como se pensaba de los «daemones» de antaño), que su temperamento es inteligente y solícito, y que sus cuerpos, ligeros y cambiantes (como los denominados astrales), tienen algo de la naturaleza de la nube condensada, viéndose mejor a la hora del crepúsculo. Estos cuerpos son [...] tan mudables, a causa de lo sutiles que son los espíritus que los animan, que éstos pueden hacerlos aparecer o desaparecer a voluntad. Algunos tienen cuerpos o vehículos tan porosos, sutiles y puros, que consiguen alimentarse con absorber simplemente cualquier licor sutil y espirituoso, que los penetra como si se tratase de aire puro o aceite... Incluso ahora se les sigue oyendo cocer pan, martillear y hacer otros trabajos parecidos en el interior de las pequeñas colinas donde normalmente viven.

Los elfos de las minas

Es frecuente que en muchos relatos concernientes a los habitantes del submundo se hable del sonido de unos peculiares y misteriosos ruidos, parecidos a un repiqueteo o tamborileo lejano. Estos sonidos parecen emanar de cuevas profundas e inexploradas y se oyen como si su origen proviniese de muy lejos. Algunos investigadores identifican estos ruidos con los motores de los canales de ventilación que deben tener estos seres intraterrestres. Otros, en cambio, creen que se debe a la actividad minera que continuamente ejercen en las entrañas de la Tierra. Y aquí es donde surge un cúmulo de leyendas impresionantes que tienen como protagonistas a pequeños

mineros sobrenaturales (ya dentro del mundo de los espíritus de la naturaleza) cuya profesión es sacar oro y diamantes a todas horas. Es la ocupación favorita de algunos gnomos y enanos (no de todos), los cuales ocasionalmente tienen algún encuentro -ó mejor dicho, encontronazo con los humanos.

El lector ya está familiarizado con estos enanos mineros (a los que hemos hecho referencia en páginas anteriores), siendo tal vez los más famosos del mundo entero los *nibelungos* cuyas hazañas nos relatan las leyendas germánicas, a las que más tarde puso música de ópera Ricardo Wagner. De forma muy resumida diremos que su protagonista, el héroe Sigfrido, se entera de la existencia de grandes tesoros en el centro de la Tierra, en el reino de la raza de los nibelungos, custodiados por un fiero dragón. Sigfrido quiere ofrecérselo a su amada Crimilda y para eso mata primero al dragón y llega después al lugar del tesoro donde el enano Alberich, jefe de los nibelungos, se los ofrece en grandes cantidades. De ahí posiblemente esa fama que tienen de poseer inagotables riquezas y de dárselas, bajo una serie de condiciones, a un noble ser humano merecedor de ellas. No es de extrañar que reminiscencias actuales como el popularmente conocido «cuerno de la abundancia», o el saco repleto de tesoros del que por más que se extraigan monedas nunca disminuye su cantidad, provengan de estos antiquísimos relatos nórdicos.

España no fue el único lugar al que emigraron los enanos acompañando a los pueblos germanos. También alcanzaron el norte de Italia,-donde llegaron junto a los lombardos, e Inglaterra, siguiendo a los sajones, estableciéndose en las zonas mineras, donde son conocidos como *dwarfs*. Catherine Briggs, gran conocedora del mundo de los elementales británicos, dice de ellos:

Los enanos son más comunes en Alemania, Suiza y la isla de Rügen que en las Islas Británicas. (...) Los pequeños y laboriosos enanos que vivían en cabañas y trabajaban en las minas de oro y rubíes, como los que adoptaron a Blancanieves, no son personajes típicos de los cuentos británicos.

No deja de ser curioso que en las Islas Británicas sucediese con los enanos mineros lo mismo que en España, pero por motivos distintos. En tanto que en nuestro país la presencia de enanos es escasa porque los invasores germanos eran muy pocos y apenas dejaron huella de sus mitos. En el caso de Inglaterra, aunque anglos, sajones y jutos eran numéricamente suficientes para germanizar el país, los enanos mineros (*black dwarfs*) acompañaron sólo a los sajones y en escasísimo número, pues no debía de gustarles el mar, con lo que su incidencia en una mitología tan rica como la inglesa es tan pequeña como en España.

Por último, y sorprendentemente, un pequeño grupo de enanos ingleses, aislados en los páramos del norte de Inglaterra y separados de sus congéneres de las minas, los *duergars*, enanos oscuros y siniestros del norte de Inglaterra, agresivos y peligrosos con los hombres -a los que odian-, desarrollaron unas actitudes hacia los humanos idénticas a las de los malévolos «enanucos» de Cantabria que se encontraron en su misma situación.

Los *knockers* son la variedad más común en Europa central de los enanos mineros y no les van a la zaga a los literarios nibelungos. Son de hecho el grupo más extendido y creemos que una parte de los enanos españoles no son más que *knockers* llegados a nuestra tierra hace unos mil quinientos años. Éstos serían, junto con los *korreds*, las dos familias de enanos que se asentaron en nuestro territorio, cada una de ellas con los aspectos y las costumbres diferenciadoras a las que ya hemos hecho alusión.

Los *knockers* mineros o picadores son bajos, arrugados, feos y evitan a los humanos. Algunos mineros de Cornualles afirman que existen desde la época de los romanos. Ellos los llaman *elfos de las minas*, *picadores* o *duendes golpeadores*, conocedores de las vetas de oro, plata o cobre. Los picadores de Cornualles trabajan: en las minas de estaño de la región, tan afamadas en la Antigüedad que ya eran conocidas por fenicios y cartagineses.

Habrá comprobado el lector la excesiva germanización de las leyendas sobre enanos mineros. Es muy dudoso que a esta raza de pequeñuelos se les pueda atribuir un origen céltico. De hecho, y como anécdota, existe en Gales una simpática asociación contra las estatuas de piedra que representan enanos, los conocidos «enanos de jardín», un adorno frecuente en toda Europa, pues consideran que los enanos no son sino una muestra de la invasión cultural germánica, representada en Gales por sus vecinos anglosa-jones del este y no una tradición propia de su espíritu céltico.

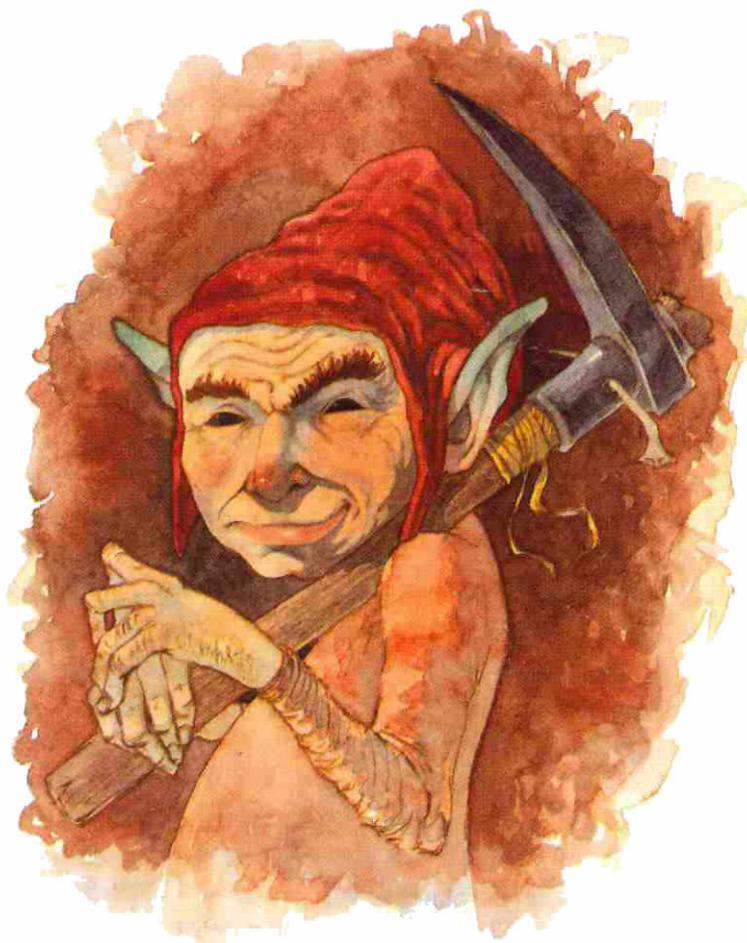
Las ciudades de los enanos

No olvidemos que los enanos, por lo general, rehuyen a los hombres (no confundir con el odio) y tienen como principal actividad la recogida de oro en las minas y de otros minerales preciosos con los que construyen maravillosas ciudades en lo más profundo de algunas grutas, que permanecen invisibles a los ojos humanos.

Una de estas cuevas, si hemos de creer algunos dudosos rumores, se encontraría en el término de Sitges (Barcelona), que se abre cerca del mar, entre las localidades de Subur y Vilanova i la Geltrú. De ella se dice que es tan profunda que está comunicada con la isla de Menorca. Existiría en su interior una ciudad subterránea llena de increíbles tesoros y habitada por habilidosos enanos invisibles.

Otras personas creen que existe una comunicación subterránea entre las costas de Mallorca y la *Cava del Balet* (Cueva de la Seta) en Fontrubí (Cataluña). En ese camino se extendería un mundo habitado por seres diminutos, con ciudades, bosques y ríos del mismo tamaño. .

De todas estas leyendas, hay algunas que son más sugestivas que otras, como aquella que sitúa en el interior de la Cueva de las Maravillas, en el término de Alaró (Mallorca) una ciudad encantada en miniatura. La misma tiene relación con una historia y un personaje llamado Felet, el cual vio salir de ella a unos extraños seres femeninos, momento que aprovechó para entrar en su interior y contemplar la ciudad en todo su esplendor. Salió para avisar a sus compañeros, pero, al regresar, Felet entró primero y los demás esperaron. De repente se oyó un estrepitoso trueno dentro y del tal Felet nunca más se supo. En la actualidad, y fuera de la cueva, hay una piedra que lleva inscrito su nombre para recordar el suceso.



Uno de los dos grupos principales de enanos serían los Mineros o Picadores, caracterizados por su búsqueda incesante de oro y otros materiales preciosos del subsuelo. Además, muchos de ellos sirven de guardianes a algunos estratégicos enclaves subterráneos para que no sea localizado el «tesoro» antes de tiempo.

Dijimos que un minúsculo grupo de enanos no siguió a los visigodos en su migración final al norte cantábrico, sino que se mantuvieron en las cuevas y grutas que les servían de morada en el Sistema Central en un arco, que va desde el Moncayo, en Soria, hasta Salamanca y la Sierra de Francia, dedicados a su tradicional labor de cuidar los tesoros minerales de la Tierra y cavando incesantemente galerías y túneles. En estos apartados lugares ha perdurado en los recuerdos de los hombres la existencia de enanos, si bien en tan pequeño número que nos bastan los dedos de una mano para contar las leyendas que hacen referencia a su siempre inquietante presencia.

La provincia de Salamanca guarda rincones espectaculares y poco accesibles, repletos de cavidades secretas. Uno de estos rincones es la sierra de Francia, en general, y la zona llamada de Quilamas, en particular. Con este

nombre se conoce al río sinuoso que recorre el valle y cuya belleza estriba en las agrestes montañas que lo circundan. Allí se encuentra el Aprisco de Navarredonda donde se llega al Pico de la Cueva. Su cumbre está constituida a base de chimeneas y pizarras negras entre las que se ocultan -según diversas tradiciones- sinuosas entidades invisibles que guardan todo tipo de misterios. En su cara oeste se halla la Cueva de la Mora, profunda chimenea de origen desconocido sólo accesible a los espeleólogos, de la cual también se cuentan pavorosos relatos. En esta cueva se sitúa una leyenda sobre una «reina mora» que vive y sufre en su interior un penoso encantamiento.

En uno de los muchos relatos que recorren la sierra se habla de un encuentro con enanos acaecido a dos albañiles del cercano pueblo abulense de Rinconada de la Sierra. Éstos deambulaban por su interior buscando el tesoro de la Cueva de la Quilamas, cuando de pronto vieron a unos pequeños seres «<miles de gnomos», precisa Ruiz de la Puerta) que fueron sorprendidos en el momento que éstos se dedicaban a cortar y tallar cristales de roca y piedras preciosas. Hablaban y reían sin descanso. Uno de los albañiles echó a correr en dirección a la salida. El otro se quedó extasiado. Al igual que le ocurrió al Felet de la historia mallorquina, nunca más se volvió a saber de él.

Sin saber mucha mineralogía, posiblemente los lectores hayan oído hablar del cobalto, un metal parecido al hierro pero más dúctil, cuyo nombre deriva curiosamente de los *kobolds*, una raza de enanos germánicos (aunque también han sido clasificados como duendes), que vivían debajo de la tierra.

A pesar de la aparente mala relación entre enanos y humanos, se considera un signo de buena suerte que alguno de los mineros vean u oigan el martilleo de uno de estos seres, ya que constituye siempre un buen indicio de la proximidad de encontrar un mineral valioso o de alertar sobre un desastre inminente. Quizás por eso se dice en la oniromancia (el arte de interpretar correctamente los sueños) que soñar con enanos es símbolo inequívoco de prosperidad.

Además, los enanos y los gnomos, como custodios que son de los tesoros del planeta, tienen como importante misión ayudar a que no se encuentren todas las riquezas del subsuelo al mismo tiempo y en idénticas regiones, cumpliendo, por lo tanto, con una mágica y trascendente misión de clasificación y justo reparto, según esté preparada la humanidad para recibir tales dones. Ya se sabe lo que pasa cuando se produce un descubrimiento antes de tiempo: no se suele apreciar en todo su valor o se utiliza para un fin distinto al previsto. Recordemos la conquista española, tanto en Mesoamérica como en Sudamérica, y el fin que dieron a muchos de los tesoros precolombinos que, encontraron en su camino, muchos de ellos en lugares subterráneos. La gran mayoría acabaron fundidos en lingotes de oro, desapareciendo para siempre los mensajes, inscripciones y símbolos que tenían dichos objetos, a pesar de que estaban custodiados por espíritus guardianes.

Breve historia de los Tuatha de Danann

El hecho de elegir a los tuatha y las vicisitudes que tuvieron que pasar, obedece a que su historia es representativa de cómo todo un pueblo, perdido en el terreno neblinoso del mito y la historia, llega a convertirse en una raza subterránea y apartada del resto de los seres humanos que, posteriormente, da pábulo a toda clase de leyendas relacionadas con espíritus poderosos, asociados a los megalitos, a los túmulos y al inframundo¹. El Libro de las Conquistas (Leabhar Gabala) menciona a seis razas que invadieron la isla de Irlanda cuando ésta ya estaba habitada por los fomorianos o formaré) considerados como una estirpe de gigantes (en Escocia) o una raza de demonios malignos (en Irlanda), siendo en ambos países los ocupantes originarios de la Tierra. En Escocia eran menos belicosos que en Irlanda y fueron gradualmente absorbidos por sus conquistadores. En Irlanda su historia siguió otros derroteros. Los primeros en invadir esta isla (hace unos nueve mil años) fueron los partolones, librando muchas batallas contra los fomorianos, sin lograr derrotarlos. Finalmente murieron víctimas de una especie de guerra biológica (una epidemia provocada al parecer por los fomorianos).

Los *nemedios* vinieron después y perdieron la primera batalla contra ellos. Los fomorianos los esclavizaron y obligaron a pagar un tributo anual de ganados y niños. Los siguientes invasores fueron los fir-bolg) que lograron someter a los fomorianos y vivieron en paz con ellos.

Más tarde entraron en acción los famosos tuatha de danann (Hijos de la diosa Dana) que derrotaron a los fir-bolg y adoptaron una actitud más sutil hacia los fomorianos. Hicieron amistad con ellos e incluso hubo matrimonios mixtos. Cuando los fomorianos se descuidaron, los tuatha mataron a casi todos.

¹Algunas tradiciones irlandesas creen que este pueblo vino del cielo y su lugar de procedencia sería la estrella Danan, de la constelación de Casiopea. (N. del A.)

Timothy R. Roberts, en *Celtas. Mitos y Leyendas*, explica que los victoriosos tuatha disfrutaron de su buena fortuna durante pocos años. El 1 de mayo una nueva y extraña raza invadió la costa sur de Irlanda. Fueron los últimos invasores de Irlanda. Se conocía a este pueblo por el nombre de los hijos de Milé, milesios o, más sencillamente, goideles (los ancestros de los gaélicos). Supuestamente, provenían de España, que se llamaba por aquel entonces Iberia.

Algunos lingüistas creen que el nombre *milé* proviene de la palabra latina miles, que significa «soldado», y que los soldados llamaron también a su nuevo hogar Iberia, designación que evolucionó gradualmente hasta Hibernia: el nombre por el que era conocida Irlanda en los inicios antiguo y medieval. Fuera cual fuera la evolución del nombre de Irlanda, no cabe duda de que este relato es un tenue reflejo de la llegada histórica a Irlanda de algún grupo celta proveniente del continente europeo.

Ambas facciones acordaron un tratado, pero los tuatha lo incumplieron, pues hostigaron a los goideles destruyendo sus campos de trigo. Bajo coacción, los tuatha aceptaron un nuevo tratado, y éste es un aspecto de sumo interés ya que en este punto surge una de las teorías más importantes sobre el origen de las hadas y, por extensión, de la gente menuda. Según este tratado, los tuatha se retirarían al submundo a vivir en los sidhs, las tumbas funerarias neolíticas que se pueden encontrar por toda Irlanda. Ocuparon el reino subterráneo de los túmulos y algunas islas lejanas, casi inaccesibles.

A los tuatha se les atribuye, a partir de entonces, la construcción de los monumentos megalíticos, hará unos cinco mil años. En la infratierra, los tuatha de danann gozaron de una vida maravillosa, en perfecta armonía unos con otros. Se decía que los sidhs tenían su propio cielo, verde hierba, árboles y manantiales. Dentro de ellos se vivía en constante festejo, con canciones y diversiones, y que allí vivía un sinnúmero de bellas mujeres.

Los residentes no tenían edad y jamás enfermaban. Cada sidh tenía su propio caldero mágico que producía un inagotable suministro de comida, y sus habitantes pasaban el tiempo en banquetes, haciendo el amor y luchando (la lucha no producía heridas permanentes). Los muertos viajaban precisamente a los sidhs para alcanzar la felicidad eterna.

Los vivos también podían cruzar a este mágico mundo y disfrutar tanto de las mujeres como de la comida. Una vez allí, dejaban de envejecer; si bien al volver al mundo real recuperaban inmediatamente su edad, sumándose todo el tiempo que habían pasado en el sidh, lo que provocaba envejecimientos espectaculares y muertes súbitas.

Los tuatha de los sidhs fueron gobernados por el Dagda, un dios héroe que se alzó en pie de guerra contra los últimos fomorianos. Llevaba una enorme vara: uno de sus extremos mataba, mientras que el otro sanaba cualquier herida (lo mismo se decía de los *anhk*, o cruz ansata de los antiguos egipcios). Dagda entraba y salía de los sidhs, aparentemente inmune al proceso de envejecimiento, con una túnica demasiado corta para cubrirle el trasero. A veces las leyendas no omiten ningún detalle...

En general, los tuatha y los goideles convivieron en armonía después de establecer la segunda tregua, a pesar de que los tuatha retomaron ocasionalmente su malvado hábito de destruir los cultivos de los goideles. Hubo numerosos matrimonios mixtos entre hombres goideles y mujeres tuatha, ¡aunque muchos menos, en comparación, que los contraídos entre mujeres goideles y hombres tuatha (uniones que también aparecen en leyendas españolas). Los hombres goideles demostraban prudencia al tratar a las bellas mujeres del sidh con gran precaución y respeto, pues éstas contaban con poderosas dotes mágicas.

Históricamente, los pueblos celtas llegaron más tarde en oleadas sucesivas desde el siglo IV a. C. trayendo la cultura de La Tène y el hierro (materia ésta repudiada por los tuatha y, por extensión, por todos los habitantes del País de las Hadas).

Juan G. Atienza interpreta el mito suponiendo que los «tuatha de danán» eran los supervivientes de la Atlántida que recibieron los favores del dios Lug. La diosa Ana sería la que luego daría lugar a algunos topónimos en Andalucía como el río Guadiana o el coto de Doñana. Hilvanando el hilo llega a la conclusión que esta «Danann o Danán o Anna es la diosa Tanit, Astarté y Deméter: la diosa maestra concedora de los dones de la Tierra, transmisora de sus saberes a los hombres, en nombre del dios-sinnombre al que llaman Lug», el ser supremo de los ligures. En la laguna de Anna, al sur de la provincia de Valencia, se les relaciona con los jinas. Esta laguna guarda su misterio: nadie ha sabido jamás encontrar el manantial que la conserva llena de agua incluso en las peores épocas de sequía. Se dice que fue obra de un mago moro que, utilizando sus artes mágicas supo atraer el caudal desde una caverna, en la cual los djinns tenían su palacio.

El asunto se complica cuando consideramos que no sólo los tuatha son habitantes del submundo, sino también sus enemigos: los fir-bolg. Estos serían, para Nancy Arrowsmith -que no entra en las disquisiciones anteriores un grupo de hadas que miden unos 90 centímetros de alto, con aversión por el hierro, la electricidad, las nuevas religiones y el agua bendita. Siempre viven bajo tierra y algunos tienen vientres prominentes (tenemos

presente este dato para cuando hablemos de los «enanos barrigones»). Sin embargo, los llamados *sidhe daoine* serían para esta autora los descendientes de los irlandeses originarios, es decir, de los tuatha de danann. Son muy hermosos, de un gran tamaño (de un metro ochenta de estatura), de gran antigüedad y bastante poderosos. Su reina se llama Maeve y se encargan de cuando en cuando de raptar a seres humanos (otro dato a tener en cuenta).

Una variante extraña a todas estas razas la constituyen los *pictos*. Cuenta una leyenda, recogida por Katherine Briggs, que hace miles de años un grupo de hadas se mezcló con una tribu Picta (antiguo pueblo de la Caledonia -Escocia- prerromana) y como resultado surgió una casta de seres enanos, pelirrojos, de brazos largos y aspecto brutal, de unos 90 centímetros de altura, a los que se atribuyen todas las construcciones megalíticas de la región y muchas de las leyendas relativas a enanos y gnomos. De nuevo nos encontramos con extrañas etnias de baja estatura que dieron origen a toda clase de rumores fantásticos y sobrenaturales.

El tribunal de los subterráneos

Las tradiciones que hablan de túneles que recorren las entrañas de la Tierra, así como de sus oscuros habitantes, son abundantes también en España, y por eso no se escapa de ser incluida en esta hipotética red subterránea. Peter Kolosimó conectaba algunos lugares de Suecia y Checoslovaquia con las islas Baleares y Malta. Por otra parte, señalaba la existencia de un enorme túnel de unos 48 kilómetros que enlazaría España y Marruecos. Nos dice que son muchos los que creen que así es *como los «monos bárbaros», que de otro modo serían desconocidos en Europa, llegaron a Gibraltar, e incluso se ha sugerido que estas galerías ciclópeas forman una red que conecta las partes más distantes de nuestro planeta.*

Para avalar la información sobre este contacto subterráneo entre los dos continentes, nos sirve de apoyo el investigador barcelonés Andreas Faber- Kaiser, fallecido en 1994, el cual relata un caso realmente extraordinario fruto de una visita que hizo a Melilla en 1982. Un nativo le narró lo acontecido años atrás a un miembro de su familia. Contó que, circulando por la carretera, había atropellado a una serpiente sin darle mayor trascendencia e importancia. En esa misma noche, mientras la familia estaba cenando, unos extraños personajes llamaron desde la puerta al conductor del atropello. A partir del momento que salió a la calle se le pierde la pista. No volvió a aparecer hasta después de una semana sin noticias de él. A su regreso, visiblemente descompuesto, explicó a su familia una increíble historia en toda la extensión de la palabra. Dijo que aquella noche los seres antropomórficos le habían obligado a acompañarlos a un lugar situado debajo de tierra. Allí, los menudos moradores subterráneos le hicieron nada menos que un ¡juicio! por el hecho de haber atropellado a aquella serpiente, aparentemente tan insignificante.

Sólo logró recuperar la libertad después de una prolongada explicación donde insistía una y otra vez que el atropello fue involuntario y que, en ningún caso, se debió al deseo de matarla. También dijo en su defensa que entre la gente que vivía en la superficie de la Tierra, la serpiente está considerada como un animal nocivo cuya mordedura puede tener efectos mortales y por este motivo era lícito, entre los suyos, darle muerte, sin que esto fuera considerado un acto delictivo o antinatural.

Al final lo dejaron libre, no sin advertirle que nunca mates a un animal por capricho. Este relato me recuerda la historia que un taxista madrileño, de unos cincuenta años, me contó hace unos meses como totalmente verídica. Relató que de joven había sido excesivamente cruel con los animales. No sólo ahorcaba a los perros sino que además los apedreaba una vez muertos. El día que mató con especial saña a uno de ellos, - su espectro perruno se le apareció por la noche. Lo miró con compasión y le dijo: ¡Qué pena me das! Desde ese momento, me comentó el taxista, nunca más volvió a tratar mal a los animales y notó cómo su vida cambió radicalmente para mejor.

Existe otro caso estudiado por Javier Sierra en Yebra (Guadalajara) acaecido en 1973 y donde se evidencia este comportamiento proteccionista de los animales. Un pastor llamado Cirilo Gómez estaba a punto de tirar una piedra a una oveja, cuando una voz por detrás de él «le dejó tieso», según declaraba su esposa. La voz le gritó: «¡Deténte Cirilo!, y mi Cirilo se quedó allá, to estiraio.» El humanoide que vio Cirilo en un lugar conocido como el Mojón Alto, a escasos metros de la fuente curativa de Trazas, estaba cubierto de los pies a la cabeza con un manto negro y flotando a escasos centímetros del suelo. Hay cuatro aspectos que me interesaría destacar. Primero, no se ve ninguna nave por los alrededores. Segundo, la preocupación de este ser por la integridad física de los animales (como ocurre con los «subterráneos» de Melilla o con el busgoso y otros señores del bosque de los que más tarde hablaremos). Tercero, la tendencia a flotar tan común en esta especie de *monjes* venidos del «más allá» (asociada a la precaución de no mostrar sus pies, ocultándolos siempre que pueden bajo largos faldones, como hacen las lamias y otros personajes con extremidades animalescas...). Y

cuarto, el caso de Cirilo termina con un hecho insólito: una fuerte lluvia cayó sobre el pueblo, pero ni el pastor ni sus ovejas (que parecían protegidos por una «nube») se mojaron. El lector seguro que encontrará alguna conexión con algunas de las leyendas que mencionaremos en el capítulo dedicado a los «Demonios de las nubes».

Otra de las conexiones que unen leyendas dispares y alejadas en el tiempo y en el espacio es la insistencia de que estas poderosas razas enanas son originarias y genuinas de una determinada zona o país.

Faber-Kaiser nos cuenta la existencia de un «pueblo de enanos» en la isla de Pohnpei (hoy Ponape) en el archipiélago de las Carolinas (en Micronesia). Pohnpei significa «sobre el secreto». Dicho pueblo lo sitúan los nativos en los montes del interior, constituyendo la primera y original raza autóctona de la isla, llamados sokolai, especie de gnomos visibles y tangibles que aún viven allí. Le contó uno de sus comunicantes, en el año 1984, que «hacía menos de dos semanas estuvieron a punto de capturar uno, pero logró escapar». Al preguntarle por su estatura, se la señaló entre la hierba baja: aproximadamente un palmo de altura, de piel verde, a veces con pigmentación parda, que se esconden en las grietas del suelo y, en ocasiones, los nativos han percibido sonidos de música procedentes del interior de las cuevas que habitan, y si alguien pasaba por encima de sus lugares oía bajo tierra el repiqueteo de sus tambores. Según cierta leyenda, al tropezarse con seres humanos, lo que hacen es penetrar en su piel y los, imitan en todos sus gestos. Cuando toman posesión de una persona, otros deben conjurarle y administrarle una medicina para que vuelvan a abandonarla y pueda así sanar. Incluso existe un cementerio perteneciente a estos sokolai, compuesto de tumbas de piedra de un metro, aunque todas ellas vacías.

Lo más inquietante de este relato es la obsesión de entrar en la piel de los humanos, porque no es un caso aislado el que algunos de estos entes sobrenaturales quieran aparentar formas que no son, y así quedó reflejado en el asunto de Conil (Cádiz) al que haremos referencia.

Los habitantes de Pedra Gentil

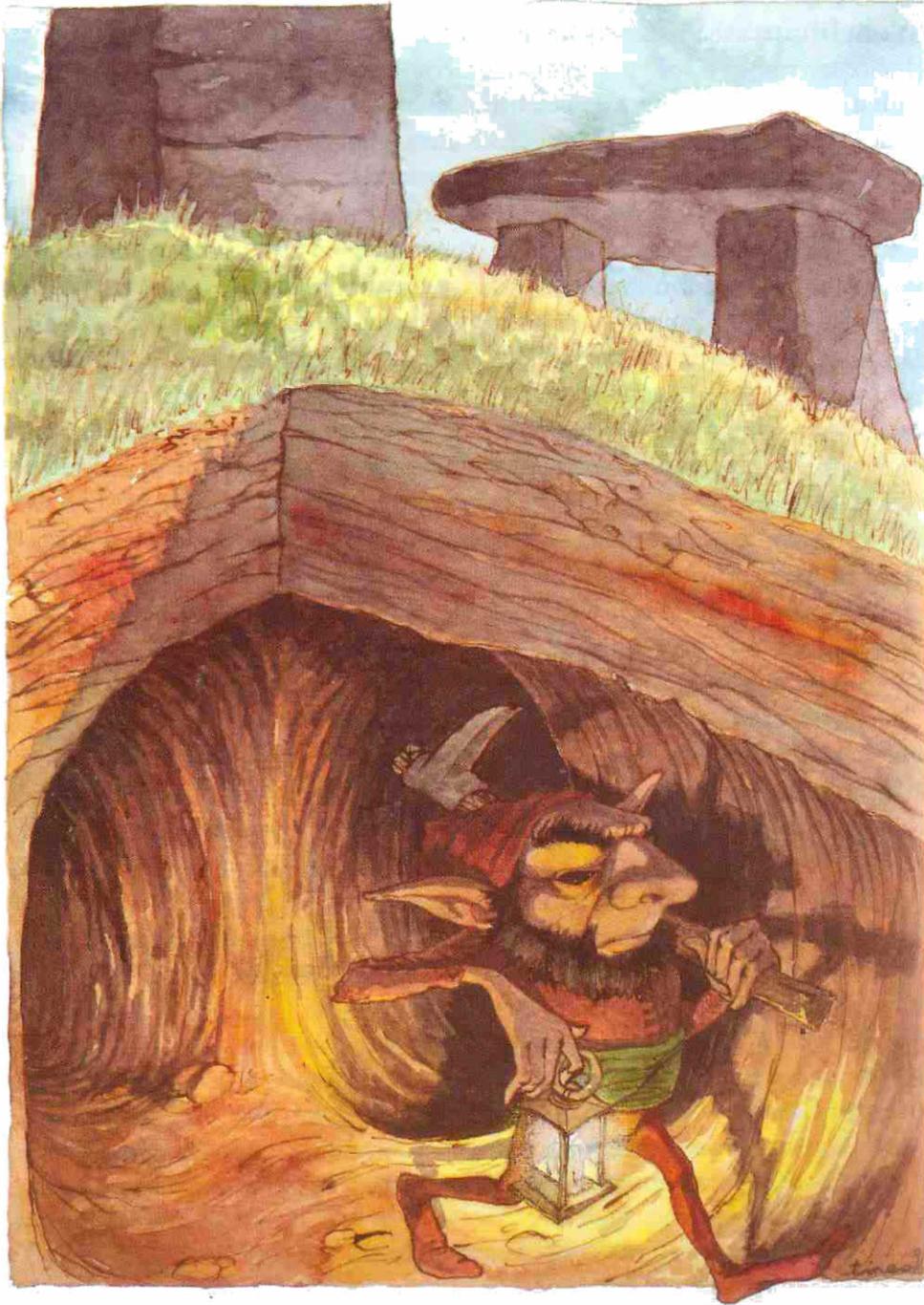
Esta zona barcelonesa es célebre por su dolmen llamado «Pedra Gentil» y por ser escenario de varios sucesos de carácter parasicológico y mágico, sobre todo de apariciones de extraños personajes. Vallgorguina ha tenido fama brujeil desde siglos atrás. Su nombre se ha traducido generalmente como «Valle de las brujas», aunque para otros autores esta palabra es una forma cariñosa de llamar al «Vall del Gorgs», valle de los molinos. En 1983 fue visto por varias personas un hombre de aspecto salvaje al que la prensa, que gusta de catalogar estos fenómenos con nombres rimbombantes, llamó «El hombre-lobo de Vallgorguina», y del que nunca más se supo. Vecinos, tanto del pueblo como de las urbanizaciones colindantes, persiguieron a este supuesto licántropo y se hicieron algunas infructuosas batidas.

Esta zona es igualmente rica en avistamientos de luces y en casuística intraterrestre. La localidad y el dolmen están en relación con el llamado «*caso de Xavier G.*» del que tuvo conocimiento el investigador Antonio Ribera en 1986. Xavier era un fotógrafo y delineante barcelonés de 24 años de edad que un buen día fue a tomar unas fotos al dolmen de Vallgorguina, al pie del Montseny (aunque ya no está ubicado en su emplazamiento original). Allí estuvo un tiempo y, cuando regresó a casa, se dio cuenta que habían transcurrido 34 horas de las que él no tenía conocimiento, y su carrito estaba lleno de fotos. Cuando las hubo revelado, descubrió asombrado que aparecían en ellas extraños rostros, de facciones monstruosas y manos semejantes a garras, sin que Xavier se percatara de nada de esto. Recordará el lector que las garras eran una de las características de la fisonomía de los korreds o Pueblo Antiguo, el cual habita con preferencia debajo de los monumentos megalíticos.

Al ser sometido a hipnosis regresiva por el hipnólogo catalán Francisco de Asís Rovatti, para que rememorara algo más del suceso, Xavier C. recordó que aquellos seres, de color gris verdoso, de piel fría y viscosa como la de las ranas, lo habían llevado al interior de una cueva, muy cerca del dolmen, donde le cortaron el cabello y la barba y tomaron muestras de sangre de un brazo con un aparato provisto de tres pinchos. Esa cueva no fue posteriormente localizada como suele ser habitual en las segundas visitas. Por otra parte, las sesiones de hipnosis nunca explicaron por qué el coche de Xavier tenía 250 kilómetros de más en su contador del salpicadero, ni por qué el vehículo apareció con el depósito de gasolina prácticamente vacío y el chasis totalmente cubierto de barro, cuando -como bien indica Antonio Ribera en su informe del caso- «aquel mes de julio de 1985 fue extraordinariamente seca en Cataluña». Pero no acabó ahí todo: días más tarde, Xavier logró ver a su propio «doble» cuando caminaba por una calle de la ciudad, y recordemos que fabricar «dobles» de las personas humanas que raptan era algo frecuente en las tradiciones de los elfos de todas las partes del mundo.

El día 2 de diciembre de 1989, en una incursión que hizo el investigador catalán Pedro Canto a la zona de Vallgorguina, en compañía de cuatro testigos, pudieron hallar un número de 16 huellas de «pies homínidos»

claramente impresas en el barro de los caminos y en algunos claros del Monte pedra Gentil. Con posterioridad, en noviembre de 1990, se encontraron nuevas huellas de las mismas características, fotografiadas por el investigador argentino Alejandro Chionetti. Todos estos datos lo único que prueban es que estamos en presencia de una zona especialmente «afectada» por influencias mágicas y que no nos extrañaría que fuera una de las entradas y salidas a mundos encantados, al margen de que el caso de Xavier C. sea auténtico o no, cuestión que aún enzarza a algunos de los ufólogos que investigaron este episodio anormal de la casuística... ¿ufológica?



Debajo de nuestros pies, si hemos de creer a innumerables leyendas, viven diminutos seres que recorren las laberínticas galerías subterráneas que conectan sus ciudades. Prefieren sobre todo estar en las cercanías de algún monumento megalítico para aprovecharse del poder que emanan.

La trola de los niños verdes de Batijos

Diversos autores especializados en temas enigmáticos, como Jacques Bergier, Peter Kolosimo y más actualmente Charles Berlitz, han venido publicando como verídica la aparición, a finales del siglo pasado, de dos hermanos de piel verde en la supuesta localidad española de Banjos. Como suele suceder en estos, casos,

unos han ido copiando la noticia de otros, sin, profundizar mayormente en la autenticidad o no de los datos proporcionados.,

Un célebre artículo publicado en la revista *Mundo Desconocido*, en su número de septiembre de 1980, firmado por la periodista Mercedes Castellanos y el investigador Raymond Drake, aclara y demuestra que todo se originó en un plagio de un antiguo enigma inglés que se remontaba nada menos que al siglo XIII. Como principal fuente de la que parte la difusión a gran escala de la noticia, aparece el escritor John Macklin, quien publicó la versión original de la historia en diciembre de 1966 en la revista *Grit*. Dado que todas las demás son versiones copiadas e incluso variantes de esta primera, transcribiremos a continuación, como así lo hacen en el artículo reseñado, el texto original sobre los sucesos de Banjos, según John Macklin:

En una tarde de agosto de 1887 dos niños salieron, cogidos de la mano, de una cueva en la ladera de una montaña cercana a la localidad española de Banjos, y se encaminaron a un campo en el que estaban trabajando unos granjeros. Hace de ello cerca de 80 años, pero vive aún gente que conocieron a quienes recordaban aquel día. Hubo exageración, indudablemente, también distorsión, pero los hechos básicos parecen indiscutibles. Los niños que salieron temerosos de la cueva hablaban una lengua extraña e incoherente, y sus vestidos estaban hechos de una sustancia nunca antes vista. ¡Y su piel era verde!

Es una historia fantástica sin lógica ni explicación. Pero los psicólogos la consideran acaso la más valiosa evidencia de que disponemos de la existencia de una cuarta dimensión, un mundo que existe paralelamente al nuestro, un mundo crepuscular del que de alguna forma escaparon los niños.

Se baraja la teoría de que cayeron en un remolino espacial -como una persona que cae a través de una grieta en el hielo y no puede volver a localizar el lugar de entrada-, penetraron en nuestro tridimensional desde otro tetradimensional, y no lograron regresar.

¿Ridículo? Posiblemente, pero de todas las teorías elaboradas para explicar la aparición de los niños verdes es la única que ofrece visos de credibilidad.

Una vez hecha esta introducción, que más bien parece una justificación de lo que más adelante va a relatar, Macklin entra de lleno en los pormenores «verídicos» de lo que aconteció a estos dos niños.

Poco después del suceso llegó un sacerdote de Barcelona para investigar. Vio a los niños e interrogó a los testigos. Más tarde escribió: «Quedé tan abrumado por el peso de tantos testimonios competentes que estoy obligado a aceptarlo como un hecho que soy incapaz de comprender y esclarecer con los recursos del intelecto.»

Los granjeros estaban descansando después del almuerzo, cuando apareció la extraña pareja en la entrada de una cueva de la ladera del monte...

Atónitos, los granjeros corrieron hacia ellos. Los extraños seres, balbuceando ininteligiblemente, fueron capturados y conducidos al pueblo. Fueron llevados a casa de Ricardo Da Galno, magistrado y más importante terrateniente del lugar...

Da Calno tomó la mano de la chica y la frotó. El color permaneció invariable. Formaba indudablemente parte del pigmento de la piel.

Les fue traído alimento, pero no lo comieron. Manosearon el pan y la fruta con una mezcla de suspicacia y asombro, pero no los acercaron a sus bocas. El magistrado advirtió que sus facciones eran regulares, ligeramente negroides, los ojos almendrados y profundos.

Los niños permanecieron en la casa cinco días. No comieron nada y se debilitaron notablemente. No fue posible dar con ningún alimento que les apeteciera. Hasta que cierto día, dice un informe, fueron llevadas a la casa judías cortadas, y se abalanzaron sobre ellas con gran avidez y en adelante no tocaron otro alimento.

Pero el ayuno, parece ser, había dañado seriamente al niño. A pesar de las alubias su estado fue empeorando y finalmente murió un mes después de haber sido hallado. La chica, por el contrario, se fue reponiendo y se convirtió en doncella de la casa de Da Calno. Su color palideció un poco y dejó de ser una curiosidad en el pueblo.

Al cabo de unos meses aprendió suficientes palabras en castellano y estuvo en condiciones de darle a Da Calno una explicación de su llegada.

Pero si algo hizo, fue únicamente aumentar el misterio. Dijo que procedía de un país en el que no salía el sol y en el que siempre reinaba la penumbra, añadiendo: «Se puede ver un país de luz no lejos de nosotros, pero separado por una corriente muy ancha.»

¿Cómo llegaron a la Tierra? Todo cuanto pudo decir fue: «Hubo un gran ruido. Perdimos el conocimiento

y nos hallamos en aquel campo.» Esto fue todo lo que dijo, y probablemente todo cuanto sabía.

Vivió otros cinco años antes de morir también y ser enterrada junto a su hermano.

Una extraña narración. ¿Se trata de un mito popular del pasado, de una broma, de una historia legendaria transmitida de generación en generación?

Los documentos siguen existiendo. Las declaraciones juradas de testigos que afirman que han hablado con, y tocado a, seres que surgieron cogidos de la mano de un agujero en el suelo.

Las evidencias de que todo ha sido un vulgar plagio, divulgado principalmente (aunque no sabemos si conscientemente) por Bergier en su obra *Los extraterrestres en la Historia* (1970), se debe a varias razones:

- No existe en España un núcleo habitado, sea ciudad, pueblo o aldea, que responda al nombre de Banjos o similar.
- Ni ningún magistrado o juez a fines del siglo pasado que se llamara Ricardo Da Calne.
- Tampoco existe mención alguna en los diarios de la época a una noticia tan chocante como era la de los niños verdes de Banjos

Sin embargo, en una crónica inglesa del siglo XIII, el *Chronicon Anglican*, compilada por Radulph, un monje de la orden cisterciense, hace referencia a este hecho aunque acaecido en Suffolk, siendo llevados los niños a casa del soldado sir Richard de Calne. Prácticamente la misma historia está también recogida en la *Historia Rerum Anglicarum*, donde existe un capítulo titulado *De Viridibus Pueris* (De los niños verdes), señalando que el prodigio ocurrió durante el reinado de Esteban de Inglaterra (1135-1154). Todo esto no significa en modo alguno que no hayan sido vistos niños y personajes sobrenaturales que mostraban en su piel esta coloración verdosa, salidos todos ellos de algún extraño país o lugar casi siempre subterráneo e iluminado por luces extrañas. Este dato, aparentemente insignificante, es común en cualquier tradición que se precie y que haga alusión a los subterráneos. Ferdinand Ossendowski y Nicolás Roerich ya hacían mención a ella en sus referencias a los túneles de Agharti y Shambala. La luz verdosa -decían- no sólo ilumina su mundo, sino que ayuda a las plantas a crecer, favorece la salud y prolonga también la vida.

El caso siguiente lo suministró la célebre autora (célebre, además, como desvirtuadora de leyendas) Sabiene Baring Gould:

Cuando mi esposa era una joven de quince años, caminaba por una callejuela de Yorkshire, entre verdes setos, cuando, en uno de los ligustros, vio que estaba sentado un hombrecito verde, de perfecta constitución, que la miraba con sus ojos negros que parecían abalorios. Tenía entre 30 y 40 centímetros de altura.

Otro informe de primera mano -y que recoge Hilary Evans- provino de la autora Violet Tweedale:

Una tarde de verano, mientras caminaba por la avenida de Lupton House, en Devonshire, atrajo mi mirada cómo se sacudía una larga hoja de un lirio silvestre. Esperando ver subido a ella a un ratoncito de campo, me detuve muy calladamente. Cual fue mi deleite al ver a un hombrecito verde, de unos 12 centímetros, que se hamacaba hacia atrás y hacia abajo. Sus verdes piecitos, que parecían tener botas verdes, estaban cruzados sobre la hoja. Contemplé una carita gozosa y, sobre su cabeza, algo rojo, en forma de gorra. Durante todo un minuto permaneció ante mi vista, y luego se esfumó.

Decidamente, lo verde, tanto en la Antigüedad como en los tiempos modernos, se está poniendo de moda, pero... ¿se pondrán de moda también los enanitos verdes? Todo a su tiempo. Por de pronto, cada vez se ven más luces en el cielo y siempre habrá alguien que les encontrará algún parecido con los marcianitos chiquilicuatro

Las luces élficas

En el territorio de Spoleto, en Umbría, un globo de fuego, de color dorado, cayó a tierra, girando. Luego pareció aumentar de tamaño, se elevó del suelo y ascendió hacia el cielo, en donde oscureció al disco del sol con su fulgor. Desapareció en dirección al cuadrante este del cielo.

JULIO OBSEQUENS: *Prodigiorum Liber*
(Libro de los prodigios)

EN el capítulo anterior hemos hecho mención a la fluorescencia verde -descrita en numerosos relatos- emanada del interior de cavidades subterráneas. En América del Sur es frecuente que no sólo se señale esta luz para iluminar los túneles, sino que tenga vida propia, es decir, que sea vista como pequeños puntos de luz verde o blanca que aparecen en el atardecer o en la oscuridad, recorriendo el suelo como serpientes, saltando y describiendo círculos alrededor de minas y túneles. Las gentes del lugar suelen referirse a ellas como la «luz del dinero» por la proximidad de yacimientos ricos en piedras preciosas u oro. En otros momentos, las luces pueden erguirse como ejes de columnas señalando un cierto enclave o sencillamente desplazándose silenciosas para desaparecer en las proximidades de algún río.

En el norte de Europa son conocidas como *will o' the wisp*. Es creencia que estas luces élficas aparecen en la noche y se asocian siempre a simas, precipicios, cuevas o pantanos. Nancy Arrowsmith, al referirse a los *will o' the wisp*, comenta que las creencias populares los han tratado de explicar de mil maneras sin dar una respuesta satisfactoria. La autora británica considera que son luces de los elfos marcando un terreno y los aproxima más a los fantasmas al decir que se trata de las almas de seres humanos fallecidos que, por alguna circunstancia, no terminan del todo de abandonar nuestro mundo. Otros autores piensan que estas luces aparecen ocasionalmente para advertir a los hombres que se encuentran próximos a una entrada o puerta de acceso al mundo élfico, por lo que no serían sino indicadores luminosos de sus etéreos límites. En Inglaterra se asocian estas luces a las almas de los que cambian las cruces o las piedras que separan las propiedades privadas. Igual ocurre con los *lygte men* suecos y los *luehtenmannekens* alemanes. En Escocia e Inglaterra existen unas extrañas luces denominadas *spunkies* que, asimismo, se asocian a las almas de los niños fallecidos antes del bautismo. Todas ellas, aunque con explicaciones distintas, se comportan de igual modo.

Las luces del tesoro

Las creencias sobre luces que antiguamente surcaban el espacio son abundantes e inmemoriales. Su relación con el mundo de los muertos y los fantasmas era evidente para nuestros antepasados. Tan sólo desde hace unas décadas se las ha ido asociando, por parte de algunos investigadores, a naves extraterrestres, aunque con poco fundamento y sin ninguna prueba. En Europa, los daneses y los germanos las llamaban «luces de tesoro», creyendo que eran indicadores que señalaban el lugar exacto donde había riquezas enterradas. Esta misma idea la comparten también algunas leyendas sudamericanas (las «*mae de ouro*» de ciertas zonas de Brasil y la «*loz el dinero*» de los Andes peruanos).

En los bosques catalanes de Queralbs, Tregurá o Freixenet se han visto luces desde antaño, vulgarmente conocidas como «*follets del foc*», añadiendo la leyenda que en el lugar donde éstas nacen se esconde un tesoro oculto. Para el folclore, estas luces representaban a seres sobrenaturales que bien podían corresponder a fantasmas, almas en pena de antepasados, dragones, duendes, hadas... y que solían adoptar esta especial forma ígnea para manifestarse.

En España es difícil encontrar con nombres propios a este tipo de entidades -que Javier Sierra prefiere denominar «luces populares»-, por lo menos en su forma más genuina. Lo que sí hay son seres de naturaleza variable que, a veces, se suelen transformar y comportar como bolas de luz, extrañas llamadas o fuegos

fatuos. Tal es el caso de la todopoderosa *Mari*, la divinidad vasca a la que nos referimos extensamente en el libro *Hadas*, o su cohorte de variados genios que se comportan de manera muy similar.

Algunos estudios que se han efectuado sobre estas enigmáticas bolas luminosas nos llevan a la conclusión de que la gran mayoría de las veces no son detectables a simple vista (aparecen en algunas fotografías con película infrarroja) y que son formas energéticas puras, sin que se haya apreciado en ellas partículas sólidas de materia. Se ha averiguado que pueden ser inmateriales (susceptibles de traspasar un objeto o a un hombre sin que este sufra daño alguno). Las explicaciones científicas que se han dado para tranquilizar nuestra mente es que son emanaciones de vapores similares a los fuegos fatuos, rayos en bola o acumulación de algunos gases como el metano, que en determinadas condiciones atmosféricas hacen sus apariciones. Lo incomprensible surge cuando estas luces manifiestan actitudes inteligentes y de clara intencionalidad provocadora o señalizadora, asociadas casi siempre a entidades sobrenaturales.

Hasta el momento se han realizado varios estudios serios sobre el origen y la localización de estas misteriosas luces (como el «*Proyecto Penino*», creado en 1986 por David Clarke y Andy Roberts, o el «*Proyecto Hessdalen*» en 1983 por un grupo de investigadores noruegos), en los cuales se relacionan sus apariciones con lugares donde existen fallas geológicas, movimientos sísmicos y abundante mineralización.

Todas las zonas donde han sido vistas resulta que curiosamente están cerca de antiguas minas de estaño y plomo, o existen por los alrededores concentraciones de monumentos megalíticos -cromlechs en su mayoría - o surgen en colinas o montañas consideradas como sagradas por los autóctonos de la zona: el monte Shasta (California), montaña de Sorte (Venezuela), monte Athos (Grecia), cerro del Uritorco (Argentina)... En España hemos comprobado que también siguen la misma secuencia, añadiendo a esta conexión otros factores como el relativo a la existencia próxima de generadores o centrales eléctricas. Los lugares en los que se han visto estas luces, recogiendo diversas fuentes históricas y folclóricas, reúnen parecidas características. Algunos de estos enclaves serían la montaña de Montserrat y monte Turó de l'Home (Cataluña), el Pico Sacro (Galicia), el monte de Amboto (Vizcaya), etc. En resumen, estos fenómenos lumínicos se asocian con factores geológicos, megalíticos, auríferos y folclóricos en dosis proporcionales. Lo más seguro es que no sean excluyentes sino que todos ellos tengan relación entre sí y unos explican a los otros.

Siguiendo el rastro histórico de estas luminarias, Javier Sierra ha destapado algunos episodios vinculados a ellas, y que hoy pueden rastrearse, -a decir de sus investigaciones- gracias a la huella dejada en escudos de armas, blasones y leyendas. Uno de los casos más significativos es el que rodeó la fundación de la ciudad de Teruel en el siglo XII. Un grupo de soldados escogió el enclave tras observar cómo una luminaria celeste, una especie de estrella de gran magnitud, «caminaba» sobre un toro en una colina próxima. Los soldados consideraron este fenómeno como una señal divina y decidieron crear sobre aquella muela un primer foco de población. En el escudo de la ciudad aparece una imagen taurina, recordando su origen. Otra «leyenda luminosa» célebre nos remite a la localidad de Manresa (Barcelona), donde todavía en nuestros días se celebra la fiesta de la *Misteriosa Llum* que conmemora los extraños fenómenos lumínicos que sus habitantes presenciaron el 21 de febrero de 1345 en el interior de la Iglesia del Carmen, cuando una pequeña esfera ígnea atravesó los muros de piedra del templo y «bailó» ante los atónitos fieles.



A estos seres de luz se les asocia tradicionalmente con los fuegos fatuos a falta de una explicación más convincente, pero su comportamiento es tan sutil y tan inteligente que dudamos que un fuego fatuo tenga la suficiente habilidad como para hacer todo lo que se describe en este capítulo.

Salamandras, ¿bichos o espíritus?

Lo cierto es que desde que el hombre tiene memoria se han visto bolas de luz cerca de los habitáculos humanos, sobre la superficie de las aguas y en el cielo. Las explicaciones que se han barajado para explicar estas presencias luminosas han sido muchas, y algunas de ellas tan contradictorias que han arrojado más oscuridad al fenómeno.

Adentrándonos en el terreno del folclore, los elementales del fuego (cuyo animal arquetípico es la salamandra) están considerados como seres cuya sustancia está compuesta del elemento más sutil: el fuego. Viven, por consiguiente, más tiempo, son menos dados a densificarse para adoptar figuras humanas y sus pensamientos y actitudes son mucho más elevados que los de sus congéneres del elemento tierra y agua. En este sentido, el abate de Villars reproduce este curioso diálogo en su obra *El conde de Gabalis*:

En cuanto a las salamandras, habitantes inflamados de la región del fuego, son servidores de los filósofos, pero no buscan con mucho interés su compañía, y sus hijas y mujeres se dejan ver muy rara vez.

-Tiene razón en ello -le interrumpí-, y yo me guardaría mucho de su aparición.

-¿Por qué? -dijo el conde.

-Porque, señor, ¿qué necesidad tendría yo de conversar con una bestia tan fea como una salamandra, macho o hembra?

-Está usted equivocado -replicó-. Ésta es la idea que tienen los pintores y los escultores ignorantes. Las mujeres de las salamandras son muy hermosas, más que todas las otras, ya que pertenecen a un elemento más puro.

Con independencia de la hermosura de los habitantes de este elemento de la naturaleza, lo cierto es que el nombre de «salamandras» les viene un poco ancho a estas criaturas. Hemos observado que la clasificación en cuatro elementos que nos propuso en el siglo XVI el médico y alquimista suizo Paracelso tenía sus ventajas y desventajas. Por lo que respecta a las criaturas del fuego está bastante forzada, ya que en la tradición popular no se utilizaba este nombre para designadas, siendo muy reacia a recoger espíritus elementales de aspecto antropomorfo que vivieran permanentemente en este ígneo elemento, a no ser que pensemos en el dios Vulcano de la mitología griega, o en el clásico «demonio rojo», rodeado de llamas, que nos transmite la vieja tradición cristiana.

Para el citado alquimista, los seres más representativos que habitan este cuarto elemento serían las salamandras comunes, que no son otra cosa que una familia de animales anfibios de cuerpo alargado del orden de los urodelos, los cuales, debido a una creencia clásica y más tarde medieval de que podían ser incombustibles al fuego, los cabalistas los tomaron por habitantes de este estado de la naturaleza. Otros miembros de este elemento ígneo serían, según Paracelso, los fuegos fatuos, que hoy en día sabemos, gracias a la ciencia, que son llamas erráticas que se producen en el suelo por la inflamación del fósforo de hidrógeno desprendido de las materias orgánicas en descomposición, pero ¿hay otra clase de fuegos fatuos?

Paracelso no tuvo ningún empacho en sacar conclusiones disparatadas, cuando escribió que:

Iguals causas tiene la existencia de las sirenas, de los gigantes, de los enanos y también de los fuegos fatuos, los que no son más que monstruos de los hombres del fuego, con la misión de anunciar y señalar algo nuevo. Nada custodian, pero indican algo grave que ha de caer sobre los hombres. Y así, la presencia de fuegos fatuos indica que el país en que se producen está próximo a su ocaso, es decir: esto significa siempre monarquía, destrucción y otras catástrofes.

Dicho esto, lo primero que nos viene a la cabeza es que poca o nada vinculación mágica tienen las salamandras o los fuegos fatuos con el mundo de los elementales, al menos a simple vista, pues todo se puede explicar de manera científica. Lo gracioso de la historia es que Paracelso, al parecer, confundió o malinterpretó el término de salamandra (como igualmente le pasó con la palabra gnomo). Por una parte, como alteración del nombre de la Universidad de Salamanca, considerada entonces (siglo XV y XVI) como gran centro de la enseñanza nigromántica (sobre todo en su famosa «cueva de Salamanca»), y, por otra parte, por el nombre de estos anfibios y la leyenda que los rodeaba.

Hay que remontarnos al *Physiologos*, libro popular antiguo donde se relatan temas referentes a las ciencias naturales, cuyo origen está probablemente en el siglo II a. C., donde se afirma que la salamandra «cuando penetra en el horno ardiente, lo apaga. Y cuando entra en la calefacción del baño, apaga todo el baño». Esta idea la

retornó Plinio (siglo I d. C.) en su *Historia Natural*, y a él debemos acudir para conseguir más datos de estos presuntos seres flameantes. Este autor declaró que la salamandra -el anfibio- es tan fría que apaga el fuego con su mero contacto, pero acaba recapacitando y rectifica su opinión diciendo que, si realmente tuviera esa virtud, se usaría para sofocar los incendios. También nos pone sobre la pista de un animal alado y cuadrúpedo, la Pyrausta, que habitaba en el interior del fuego de las fundiciones de Chipre.



Las salamandras son unos anfibios urodelos con diversos géneros. La salamandra común (Salamandra salamandra), de color negro y manchas amarillas, tiene su historia zoológica pero también está rodeada de numerosas leyendas.

El gran orfebre y artista del Renacimiento Benvenuto Cellini (s. XVI) sufre esta influencia medieval y cuenta, en su *Vida*, un jugoso episodio que le ocurrió cuando tenía cinco años y que le dejó una huella imborrable. Vio jugar en el fuego a un animalito, parecido a una lagartija. Extrañado, se lo contó a su padre y éste le dijo que el animal era una salamandra, y acto seguido le arreó una soberana paliza con el único objetivo de que se le grabara en la memoria esa admirable visión, reservada a muy pocos mortales y, por supuesto, se le grabó.

El catalán Juan Perucho hace referencia, en el Dietario apócrifo de Octavio de Romeu (1985), a una página magistral del escritor Anatole France, quien dividió a los entes mágicos no maléficos en distintas clases: los silfos, los elfos, los gnomos y las salamandras. Respecto a estas últimas, dice que son presencias femeninas que viven en los crepitantes fuegos de las chimeneas y, aunque buenas cristianas, están hechas tiernamente para el amor. Pero la naturaleza benéfica de éstas fue puesta en entredicho por el sombrío cabalista Hércules d' Astarac, quien objetó: «Perdón.

Desgraciadamente he visto en casa de unos campesinos de Saint-Claude a una salamandra resoplando en la chimenea, junto a una gran marmita. Tenía cabeza de gato, cuerpo de sapo y cola de pescado. La rocié con agua bendita, desapareciendo enseguida con un ruido espantoso y acre humareda, como si la pusiesen a freír en una sartén. Me quedaron los ojos y barba medio quemados, lo que prueba la naturaleza maligna de las salamandras.»

Para la tradición esotérica, la forma típica que adoptan las salamandras es la de unas inteligentes «lenguas de fuego» surgiendo de cualquier núcleo de materia en ignición que va desde el pequeño fuego del hogar hasta una gigantesca erupción volcánica. Siguen siempre el rastro de un deva del fuego, Agni o «señor de las salamandras», siendo sus inmediatos colaboradores una especie particular de silfos o espíritus del aire que mueven éste para que los seres del fuego se propaguen e introduzcan en todas las direcciones posibles. Los devas superiores del fuego (que pertenecen a la categoría de entidades angélicas) son difíciles de percibir y controlar, ya que su expresión real y verdadera es sumamente peligrosa para el estado evolutivo actual del ser humano. Conviene tener en cuenta que los «seres de luz» que se manifiestan ante los humanos no son los espiritualmente más elevados -los Agnis-, sino formas más groseras de conocimiento y evolución -elementales- que, al estar tan cerca del plano terrestre, es más fácil para ellos hacerse visibles y trasladarse de un lugar a otro.

Paco Rabanne, siguiendo esta línea, escribía, no sin cierta exageración, que la Tierra, para reaccionar contra los ultrajes que sufre por causa del hombre, puede lanzar a sus genios contra nosotros:

Las salamandras a su vez causan gigantescos incendios forestales. (...) Estos fuegos no siempre son debidos a vulgares pirómanos, sino que son autocreaciones, amonestaciones dirigidas a los hombres.

Se observará que hasta ahora, y por todo lo expuesto, se pueden sacar varias conclusiones. Pocos seres son tan heterogéneos y volátiles como éstos. Las salamandras pueden ser masculinas o femeninas, pueden ser benéficas o perversas, viven entre el fuego de las chimeneas o camufladas en fuegos fatuos, se pueden transformar en las más variadas formas, etc., y todo en función del punto de vista humano, lo que significa que según nuestra relación con estas posibles entidades así será nuestra descripción subjetiva de las mismas. Incluso se ha llegado a confundir estas luces élficas con OVNI de toda clase. Paracelso dice de ellas que han sido vistas en forma de bolas de fuego, corriendo sobre los campos o asomándose a las casas. Una de las familias de las salamandras serían los actinios que aparecían como globos de fuego bien visibles y a menudo se veían flotando sobre el agua por las noches. David Tansley afirma que «parece ser que este elemental desempeña un papel clave en los fenómenos de ovnis, a juzgar por la forma de manifestarse que le atribuyen los visionarios del pasado». Dice esto porque los que entran en contacto con ellos sienten calor, algunos llegan a resultar quemados y en muchos casos la hierba y los árboles quedan calcinados donde ha aparecido uno de estos «entes».

El fuego del hogar

Los personajes ígneos descritos como salamandras no tienen en España ni tradiciones ni leyendas dignas de mención. En el mejor de los casos, se limitan a unos minúsculos seres luminosos que aparecen en las chimeneas de los hogares o en algunos caminos, y sobre todo al culto que se rinde en determinadas zonas de España al fuego del hogar (*foc del llar*, en Cataluña o *lume do lareira* en Galicia), así como todas sus variantes. Hasta hace poco, en muchas casas rurales tenían una capillita en donde se veneraba una imagen de la Virgen o del Niño Jesús, que tal vez es una supervivencia cristianizada del *lararium* romano, altar diminuto que presidía el hogar y donde se rendía culto a los dioses domésticos o lares protectores de la casa, simbolizados por el fuego sagrado. Antes que ellos, los celtas relacionaban ambos cultos: el de sus dioses lares y el del fuego del hogar.

En el crepitar de sus llamas, en sus contorneantes chispas, mucha gente vio seres minúsculos, rojos, bulliciosos, amantes de la casa, aunque muy peligrosos para quien no sepa tener el comportamiento adecuado con ellos. Como son seres elementales y una de sus características es la transformación, el hecho de que algunos de ellos prefieran manifestarse como llamaradas, lenguas de fuego que recorren el cielo, fuegos fatuos que salen del camino o bolas luminosas que saltan y brincan, no quiere decir que no puedan aparecer de otras formas más humanas o animalescas, según las ocasiones. De ahí que no se trate de elementales circunscritos primordialmente al elemento fuego, aunque se muevan con facilidad en el mismo.

En la antigüedad, el fuego se relacionaba con una persona viva, protectora del hogar, cuidadora de la casa, grata y apacible. Todavía hoy se le invoca como deidad, se le trata y mira como a un ser vivo, recibiendo en algunas zonas ofrendas y libaciones. La prueba de que siempre ha sido considerado como un ente vivo, la tenemos en que en gallego no se dice, por lo general, apagar la luz o el fuego, sino «matar o lume», «morreume a luz», «mateille o candil», etc. En Galicia no sólo se conserva todavía el culto al fuego, sino que es corriente la creencia de su origen divino, hasta el punto que en el País de Bergantiños (La Coruña) cuando uno escupe en el fuego, le increpan diciendo:

-«¡Judío, no escupas en el fuego que salió por la boca del ángel!» (non crispas no lume, judío, que salen pó la boca do angele).

En algunas aldeas de Asturias, siguiendo con esa tradición de veneración al fuego, se considera pecado escupir u orinar a las llamas y echar en ellas cáscaras de huevo.

De la vieja Europa procede la costumbre de encender leña de Pascua con un fragmento de sus precedentes que se guardaba para esta ocasión durante todo el año. De esta manera el demonio no podía hacer daño a la casa. Así lo creían al menos en Alemania y en Francia, donde se asegura que los restos del leño de Navidad preservaban el hogar de los rayos y de los incendios.

En Cantabria, cuando el «travesero» que ardía en Nochebuena se apagaba antes de consumirse, era presagio de desdichas futuras. Para el caso existía un refrán que decía:

Si se apaga el travesero,
habrá enfermos en enero.

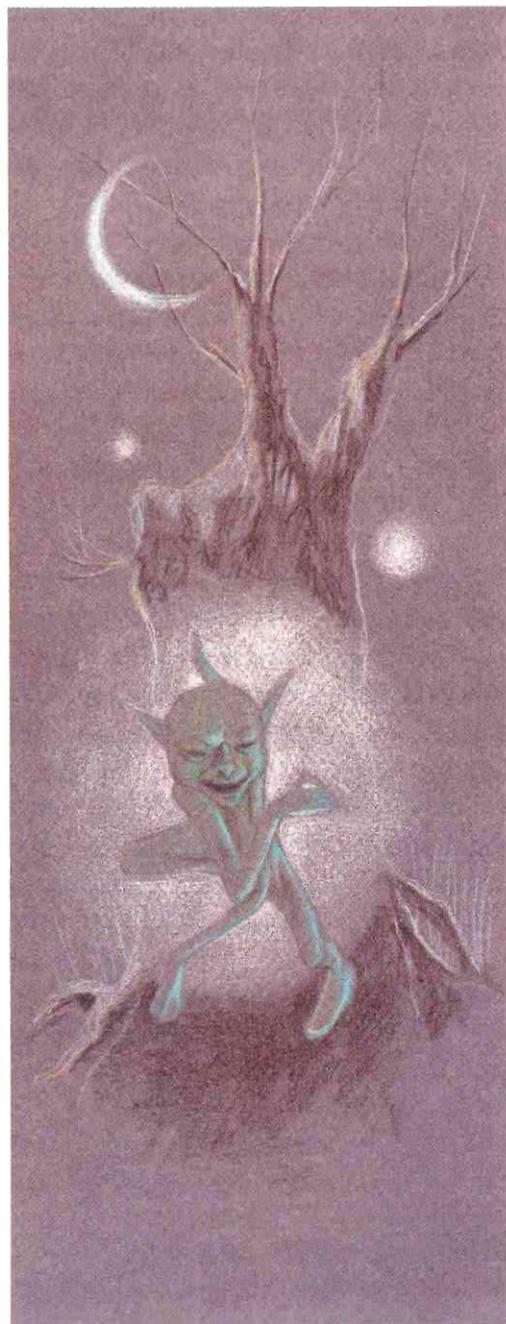
Echar pan o borona sobre el travesero encendido o escupir sobre él era considerado como algo pecaminoso y de negro augurio.

Se procuraba que el fuego no se apagase en días tan señalados como Navidad y Pascua, en los cuales se hacía «o lume nava», y en Recesende -y otros pueblos inmediatos- se llamaba así a la hoguera de San Juan. De todos ellos, el fuego más misterioso es el de Navidad, que se dejaba encendido toda la noche para que se calentaran

las almas de los difuntos de la casa. Siguiendo en orden de importancia, estaría el fuego de las candelas, que el día de la Purificación encienden todavía en algunos pueblos gallegos en número igual al de las almas perdidas antes de nacer o de bautizarse. Del mito a la superstición tan sólo hay un paso.

Los genios vascos del fuego

Desde tiempos ancestrales el fuego ha tenido extraños poderes en el País Vasco, y entre ellos tenía la virtud asignada por ciertos genios invisibles de devolver dientes nuevos a cambio de que se le entragaran los viejos.



En el País Vasco tienen sus particulares seres luminosos, como el resto de la Península siendo llamados con diversos nombres, entre ellos el de *Idittus* e *Ireltxos*, siniestros habitantes de simas, cuevas y pozas

doméstico maléfico) se invoca la protección del numen benéfico con estas palabras: *Que a cambio vengas a mí, tú, Gauargui.*

Por esta razón, los niños euscaldunes recitan en varios pueblos algunas fórmulas cuando arrojan a las llamas los dientes que se les caen, como ésta de Ataun: «Virgen María, toma el diente viejo y dame el nuevo», que es una vieja creencia pagana, más tarde cristianizada. No obstante, este tipo de supersticiones no están tan arraigadas en el País Vasco como en otras partes de España. Con razón muchos investigadores, entre ellos Martín de Anguiozar, han asegurado que este pueblo es el menos supersticioso de toda la Península, lo que no significa que carezcan de un rico panteón mitológico repleto de inquietantes entidades.

Los *idittus* son un ejemplo de lo dicho, conocidos con este nombre en Vizcaya, principalmente en Guernica, Bermeo y Munguía. Pero también recibe otras denominaciones como *Irel*, *Ireltxo*, *Iraltxo*... Se cree que habitan en cuevas, simas o pozas. Aparecen con figura humana en algunas ocasiones, si bien pueden presentarse en forma de asno, de carnero y de puerco. Sin embargo, se los asocia principalmente a imágenes de fuegos fatuos o pájaros que lanzan llamaradas por el pico (de las *quimeras* de la mitología clásica se decía que vomitaban llamas). A pesar de que no son maléficos, ello no obsta para que debido a su naturaleza, los *idittus* den sustos colosales a quienes tienen la desventura de topárselos.

Se divierten con los humanos, a los que probablemente ven insignificantes, y así se cuenta, por ejemplo, que personas movidas por la curiosidad, si observan a uno de ellos y cometen la imprudencia de seguidos, son atraídos poco a poco a precipicios o parajes tenebrosos, donde los dejan solos, asustados y rendidos.

Lejos de parecer un sencillo trabalenguas, estas dos palabras, *Gauargui* y *Gaueko*, designan a dos seres de la mitología vasca de una importancia capital para entender algunas de las creencias del pueblo vasco.

Gauargui se trata siempre de un genio benigno que en su origen posiblemente fuera el guardián de la noche, el cual en Euskadi está personificada como *Gaueko* (genio maligno). Para el vasco, la casa tiene el sentido de templo familiar, lugar donde uno está protegido y a salvo de los genios y espíritus de la noche. De aquí el dicho popular de que, «el día para el de día; la noche para el de noche». El día es para el hombre y la noche es para *Gaueko*, extraño genio que no permite que los hombres efectúen trabajos después del toque del Ángelus, castigando sobre todo a aquellos que tratan de hacerse los valientes en el silencio y la oscuridad de la noche, alardeando de no tener miedo a nada.

En Régil (Guipúzcoa) y en sus contornos se reconoce con el nombre de *Gauargui* a un genio de la noche que aparece en forma de luz o punto luminoso en la tierra, en algún árbol o encima de algún peñasco. En la región de Iturrotz, al conjurar a *Inguma* (genio

José Miguel de Barandiarán recoge el testimonio nervioso y atropellado de uno de sus comunicantes que aseguraba haberle visto: «... se ve de noche, está en una rama y golpea usted con palo y se queda en el palo. Ahora está aquí y luego se va por el aire y se coloca en la montaña del otro lado, así es la Luz.»

La mitología vasca entiende que el ser humano es el señor del día, pero al oscurecer y ponerse el sol, debe de refugiarse en el calor del hogar, pues fuera reina *Gaueko*, el «Señor de la noche», genio agresivo que no deja que los hombres realicen trabajos nocturnos. *Gaueko* está considerado como un ser soberbio. En sus dominios de la noche, todo hombre que desee romper la paz de las penumbras y el silencio de esas horas se arriesga a enfrentarse a su tremendo poder. Debido a este motivo ataca principalmente a los arrogantes que lo desafían.

Se trata sin duda de una de las últimas representaciones existentes del antiguo poder de los seres de otro mundo sobre la Tierra, cuando la luz era de los hombres y la oscuridad suya por esta razón se le ha confundido algunas veces como una manifestación del diablo.

En cuanto a su aspecto y hábitat, *Gaueko* es invisible y se oculta en el viento nocturno, haciendo sentir su presencia mediante una ráfaga de aire que eriza el cabello a quien la siente mientras le invade una sensación de temor. Habita en todo el País Vasco y el norte de Navarra, así como en el suroeste de Francia.

Cuenta Barandiarán que:

En Ataun antiguamente se reunía todas las noches un numeroso grupo de hilanderas en el caserío Lauzpeltz. Una vez, la muchacha del caserío apostó con sus compañeras a que traía agua de la fuente de Joxintxiota situada en el monte en que se halla el caserío Iturrotz.

Y tomando una herrada se encaminó hacia la fuente, mientras las demás hilanderas la observaban desde el portal de Lauzpeltz a la luz de la luna. De vez en cuando le gritaban las compañeras: «¿Dónde vas?» En tal sitio contestaba ella, nombrando el sitio por donde iba; pero en una de las llamadas, ella no contestaba. Las hilanderas del portal se asustaron de que algo malo había ocurrido a su compañera.

En esto una ráfaga de viento sopló en el portal de Lauzpelzt y dejó oír estas palabras: «Gae, gaezkoenzat, eta eune eunezkoenzat» (la noche para Gaueko, y el día para el día).

Y no es la única leyenda de este estilo...

La Luz de Luzifer

Hay genios que guardan estrecha relación con Mari y, a veces, no son más que variantes nominales del mito. Se los asocia con ciertos fenómenos lumínicos y atmosféricos, lo que nos lleva de nuevo a la conclusión de que todos estos espíritus están íntimamente asociados y no existen etiquetas estáticas para encuadrados.

En Bedayo, en un lugar agreste e inaccesible del monte Balerdi, cercano a la mítica Sierra de Aralar, se sitúa la cueva Sugarzulo, donde un ser conocido como Suarra se manifiesta en forma de relámpago de fuego. Cuenta Satrústegui que al dueño del caserío Arrupe le aconteció una experiencia personal con este ser hacia el año 1960, Regresaba de Bedayo por la noche, después de un rato de tertulia en la sidrería, cuando fue sorprendido por el súbito resplandor de una bola de fuego que salió de la temible cueva. Quedó vivamente impresionado y comentó que muchas veces había oído hablar de ese fenómeno, pero no lo había experimentado personalmente hasta entonces.

Muchos lo consideran un demonio, y otros el alma en pena de un americano de Azkárate, de mal vivir y peor morir, que falleció en el siglo pasado.

En La Burunda (Navarra) se prefiere llamar a este personaje luminoso con el sonoro nombre de Luzifer. Reside durante el invierno en Urbasa, en el fondo de una sima misteriosa de la que apenas hay más referencias que el nombre. Por la primavera se traslada a la sierra de Aralar, donde tiene su morada veraniega. Se le ve cruzar el firmamento envuelto en llamas, generalmente de noche, coincidiendo con los días más calurosos del año. Hay quien cree ver en el resplandor del fuego la silueta de alguien cabalgando sobre un caballo, lo que nos recuerda en ciertos aspectos a los espectrales caballucos del diablo que cabalgan por los cielos de Cantabria dando bramidos terroríficos durante la noche de San Juan.

No cabe ninguna duda de que este genio guarda estrecha relación con las fuerzas poderosas de la naturaleza. Luzifer se relaciona en el valle navarro de La Burunda con la lluvia y las tormentas de verano, fenómenos éstos que condicionan los resultados de las cosechas.

Dicen que la bendición de mayo neutraliza la acción de Luzifer. Refieren en Urdiáin que, al llegar la comitiva a la cueva *Kurutzetako harria*, tenía lugar un experimento espectacular. El sacerdote arrojaba el bonete al interior de la sima y, si el genio se encontraba todavía dentro, el bonete salía despedido hacia arriba. Recitaba

entonces los conjuros de rigor y Luzifer quedaba atrapado en el antro y prisionero para el resto del año (lo cual hace alusión mímica a al cautiverio del Lucifer del Apocalipsis). Colocaban las cruces alrededor de la cueva y la rociaban con agua bendita. Ya no podría provocar tormentas en los sembrados y quedaba garantizado el éxito de las cosechas. Barandiarán hace referencia a un conjuro similar que se realizaba también el día 3 de mayo en Aya, pero referido a Mari.

Otros relacionan esta anécdota con la sima llamada Artzaan baratza, a la que echaban unas piedras que, en caso positivo, eran relanzadas al exterior, procediendo los comisionados en la forma descrita anteriormente. Los comunicantes de Jose María Satrústegui coincidían en la apreciación de que no existe tal cueva, ya que no la han localizado los pastores en sus constantes correrías.

La fantástica geografía de los mitos no tiene por qué coincidir siempre con la topografía vulgar de los hombres de a pie.

Los Joanets catalanes

Hemos hecho referencia a la noche mágica de San Juan, noche en la que ocurren prodigios lumínicos y en la que se hace factible que diminutos seres de leyenda puedan penetrar en nuestro mundo tridimensional. En Galicia, el historiador Manuel Murguía relata que cubriendo un helecho con una servilleta blanca durante esa noche, al día siguiente aparecerá llena de gnomos, y Joan Amades comenta algo similar referido a Cataluña: si en esta noche se recogen dos piedras en el campo y se encierran en un cajón, no abriéndose hasta pasada una semana, se las hallará convertidas en dos traviesos diablillos.

Curiosamente, en la comarca del Ripollés a los genios del bosque les llaman *Joanets*, Y a veces con el nombre genérico de *follets*. Son formaciones lumínicas inteligentes, al estilo de los *idittus* vascos, que ven ciertas personas cuando se adentran en los bosques de Campelles, Queralbs, Tegurá o Freixenet, sobre todo en la noche de San Juan. Estos seres tienen fama de guardar grandes tesoros en lo más recóndito de los bosques, o en las cuevas y simas, y allí donde salen las lucecitas es el lugar donde habría que excavar para poder encontrar la riqueza oculta.

Todos estos datos nos hacen suponer que no se tratan de follets en el sentido que deben ser considerados, es decir, como duendes domésticos, ni tampoco de extraños *enanos* que custodien riquezas. Debido a su revestimiento de luz se les suele confundir la mayor parte de las veces con, OVNIs y fantasmas, pero ¿qué son en realidad?

El mismo Josep M. Armengou, célebre investigador de fenómenos paranormales, relata una experiencia personal que tuvo en julio de 1989 mientras rodaba un episodio para la televisión catalana, estando en el castillo de Castellbó. Allí pudo contemplar a estos pseudo-follets o «*joanets*» luminosos, con el consiguiente susto para todo el equipo televisivo. Tampoco él pudo encontrar explicación al fenómeno.

La luz de Mafasca

Al igual que ocurre con los duendes, es frecuente en las islas Canarias asociar a lo elementales con todo tipo de manifestaciones propias de los difuntos, lo que no quiere decir que necesariamente sean las almas de los muertos las que produzcan el fenómeno. A este respecto, existe en la árida isla de Fuerteventura un minúsculo y perdido rincón llamado Mafasca con un curioso secreto. En tan remoto lugar cuentan que en las oscuras noches de luna nueva una extraña y misteriosa luz salta y baila delante de los caminantes que recorren el enclave. La luz es enormemente rápida y parece jugar con ellos.

Josefina Mújica señala que esta luz no puede ser confundida en ningún caso con un fuego fatuo ya que no es propio de los mismos el ejecutar esta rara danza. La explicación tradicional de este fenómeno se encuentra recogida en una vieja leyenda, la cual cuenta que tres amigos regresaban a su hogar en una noche de carnaval, alegres y felices después de bailar y beber toda la velada. Al ser el mes de febrero, la noche era fría y oscura e iluminaban el camino con cerillas, cuya luz era claramente insuficiente, hasta que quedaron perdidos en medio de una oscuridad total. El alcohol que habían bebido les impedía pensar correctamente, pero, no obstante, uno de ellos tuvo una idea y propuso quemar unas aulagas secas para iluminar el camino o al menos calentarse en espera del amanecer.

Aunque fueron gastando las escasas cerillas que les quedaban no conseguían ver nada, pues el viento helador las apagaba una tras otra. De pronto, uno de los jóvenes vio una cruz de las que marcan el lugar donde se ha producido un accidente o donde se encuentra una sepultura cristiana y propuso quemada para iluminar el terreno y así encontrar las aulagas.

Dos de los amigos no querían, pero el que había propuesto la idea los tranquilizó prometiendo que volvería para colocar en su lugar la más hermosa cruz que pudiese hacer él mismo. Una vez dicho esto, quemó la cruz y con la luz que produjo el fuego encontraron los arbustos que quemaron hasta que la luz del amanecer les permitió continuar su camino. El joven que hizo la promesa jamás regresó a Mafasca a sustituir la cruz quemada. Desde el momento que falleció se dice que la insólita luz es su alma que vaga en pena por no haber cumplido su promesa..

Otra tradición popular sitúa su origen siglos atrás, en la época de la esclavitud. Según parece, hubo una señora en Jandía que tenía entre sus propiedades a dos esclavos. Por diversas razones, a cual más variada, decidieron escaparse un día, subiendo de Jandía hacia las «tierras de adentro». El desconocimiento de la zona y las penurias que habían sufrido hicieron posible que muy pronto el hambre les acosara, de tal forma que a la altura de la Cuesta de Pedrea encontraron un carnero que inmediatamente sacrificaron para poder comérselo. Una vez muerto el animal, se percataron de que no tenían leña con la que asado, pero encontraron una cruz de madera que finalmente usaron para tal fin. La tradición termina hablando del castigo que los esclavos recibieron por quemar la cruz, cuya penitencia era vagar en forma de luz.

José Gregorio González, que ha investigado personalmente estas luces, comenta, en su obra Los OVNI's en Canarias, que el misterioso fenómeno consiste en la aparición de una luz o pequeña bola lumínica de un color azul (muchas veces rojo) que termina tornándose rojo antes de desaparecer. Se suele producir con una relativa frecuencia en la zona de Mafasca, aunque existen casos relativos a otras áreas cercanas, dentro de la llanura central, puesto que Mafasca se ha quedado prácticamente deshabitada. Los testigos se cuentan por cientos y los casos no parecen obedecer al fenómeno de rayo en bola, según opinión de los propios científicos.

El tamaño máximo que adquiere esta luz es el de una bola de billar o una pelota de tenis, y entre sus características se enumera una especial: la luz tiene cierta tendencia a acercarse a las personas, incluso, en ocasiones, a acompañar o guiar a los testigos en sus trayectos nocturnos. Al margen de inspirar un relativo temor y provocar algún que otro susto, lo cierto es que estas luces nunca parecen haber perjudicado a nadie (al menos en las Islas Afortunadas).

Una de las últimas apariciones que ha tenido la luz de Mafasca ocurrió el día 9 de octubre de 1992. Nos cuenta José Gregorio González que los testigos fueron dos jóvenes de Jandía que se encontraban en la localidad de Antigua bien entrado el atardecer. En el camino de regreso, una pequeña luz se puso a la altura del coche. La describieron *como una esfera «porosa», como un panal de abejas o una pelota de golf de color rojo. Era algo así como la brasa de carbón ardiendo pero sin llama.* Su luz no destellaba, desapareciendo al cabo de un minuto aproximadamente.

En torno a la misma zona donde la luz de Mafasca hace su aparición, ha sido visto la denominada luz de Leme, concretamente entre los llanos de la Concepción y la charca de Los Molinos, de características similares a la anterior. También aquí los aldeanos hablan de un alma en pena que en el momento que encuentre su descanso eterno dejará de aparecerse.

En la isla de Gran Canaria encontramos varias de estas luces una de las cuales, tras sus frecuentes apariciones, dio nombre al Puerto de la Luz. La isla de Tenerife tampoco es ajena a estos fenómenos. Se han recogido varios testimonios en el pueblo de Güimar que describen la aparición de una extraña luz en las zonas más altas de esta localidad. Sobre Güimar hay mucho más que decir y volveremos a esta localidad un poco más adelante.

¿Entidades del folclore o alienígenas?

Hay tantas descripciones de seres de otros mundos enumerando monstruosidades de todas las formas y tamaños y con temperamentos tan caprichosos) que es un tanto reconfortable saber que algunos tienen el mismo aspecto que nosotros y parecen tener buenas intenciones.

DAVID TANSLEY: Mensajeros de la luz (1977)

NO es de ahora la discusión sobre el origen de algunos supuestos extraterrestres que dicen visitar la Tierra con diferentes motivaciones. Algunos ufólogos, contactados y videntes han especulado que procedían de planetas de ésta y otras galaxias (llámense Ganimedes, Marte, Ummo, Solaris, Nibiru, etc., de remotas estrellas (Sirio, Aldebarán, Apu, Las Pléyades...) del interior de la Tierra (intraterrestres) o de otras dimensiones paralelas a la nuestra. También se ha asegurado, desde un punto de vista psicológico, que son alucinaciones individuales y colectivas, proyecciones mentales de nuestro inconsciente o que son seres espirituales de una gran evolución. Tampoco han faltado opiniones que apuntaban a que en realidad eran los antiguos dioses de nuestros antepasados que renacen con nuevos aspectos, o los jinas, elementales, gnomos y hadas de la mitología de todos los pueblos del mundo...

Las luminarias inteligentes

En el capítulo anterior nos hemos adentrado en todo un mundo sobrenatural donde las entidades del folclore (las llamemos gnomos, hadas, espíritus, genios...) tienden a manifestarse o transformarse en bolas de luz y otras formas más indefinidas. Se han visto incluso luces que luego se materializaban en un rostro o en una silueta, y viceversa. Las explicaciones que nos han suministrado diversos especialistas son de lo más variadas, asociándose en numerosas ocasiones estas luces élficas con los OVNI. Nos encontramos tal vez ante uno de los mayores enigmas de nuestras tradiciones, persistente en el tiempo y despistado en grado sumo.

Los flecos de este fenómeno poliédrico se extienden prácticamente por toda España. En Extremadura, y sobre todo en tierras hurdanas, es relativamente frecuente la aparición de luces con formas, colores y evoluciones que nos hacen especular con toda clase de hipótesis. A principios y mediados de este siglo, por las alquerías de Ahigal y Rivera Oveja rondaba una gran luminaria, la cual sobrevolaba los campos en el más absoluto silencio. Su forma era, a veces, genuina: estrecha por abajo y ancha por arriba, como «una de esas escobas de palma» de dos o tres metros de altura. J. J. Benítez recogió un caso espectacular: el de la muerte repentina de un hurdano (vecino de Cambroncino, llamado Nicolás Sánchez) el 20 de octubre de 1917 al tener un encuentro con un «espanto» o Luz de Rivera Oveja. Recuerdan los vecinos que Nicolás echó mano de un cuchillo y gritó: «¡O te apartas o te aparto!» Entonces la luz avanzó buscando las patas de la mula en la que estaba montado. «La impresión y el mal aire le dejaron postrado y sin aliento y duró nueve días.» En el acta de defunción aparece como causa de la muerte «enfermedad desconocida». Benítez especula con la posibilidad de que Nicolás estuviera expuesto a los efectos de una radiación ionizante de naturaleza desconocida y procedente de la «luz» que se interpuso en su camino. Concluye diciendo que «la casuística OVNI está repleta de esos casos de testigos que han sufrido toda clase de quemaduras, como consecuencia de la aproximación a dichas naves». Nicolás no se enfrentó a una nave en el sentido literal de la palabra -argumenta Benítez-, sino muy posiblemente a un «artilugio» teledirigido, una especie de «nave de exploración». Nos confirma que el caso de «Colás» seguirá marcando un hito en la pequeña gran historia de la ufología hispana ya que estamos frente al primer «encuentro OVNI» conocido, «con resultado de muerte».

La tradición señala la encrucijada de la Revuelta de las Brujas, en la localidad cacereña de San Martín de Trevejo, como uno de esos lugares misteriosos donde aseguran que están retenidas las almas de los brujos de la

región, esperando en su cautiverio a que un conjuro apropiado los libere. Son invisibles, pero se manifiestan en forma de pequeñas lucecitas, sobre todo cuando hay vientos tempestuosos.

Ni qué decir tiene que, desprendido de todo revestimiento folclórico, el «asunto Mafasca», la «Luz de Rivera Oveja» y otros de similares características, recuerdan poderosamente una de las piezas más extrañas del «rompe cabezas OVNI». Nos referimos, naturalmente, a los «*foo-fighters*»: esa especie de pequeñas bolas ígneas que se introducían dentro de las carlingas de los aviones, y que fueron vistas durante la II Guerra Mundial por las potencias del Eje y los Aliados en medio de la contienda. Unos y otros atribuyeron siempre aquellas «armas» al enemigo, sin más argumentos que sus propias sospechas. Alemania, por ejemplo, llegó a formar un comité para investigar esas incómodas esferas dentro de un enigmático «Sönder Buró, nº 13», pero nunca se alcanzaron conclusiones definitivas. Lo cierto es que, al terminar esta terrible guerra, nunca nadie se responsabilizó de la creación de aquellos «*foo-fighters*».

En numerosos «avistamientos caseros», el testigo lo que aprecia son pequeñas o grandes luces extrañas, como bolas de energía, que se desplazan de una parte a otra del interior de su domicilio. Estas luces también están muy vinculadas a fenómenos místicos sufridos por algunas personas en sus procesos de trance o meditación. También es interesante comprobar que estas esferas luminosas están directamente asociadas a los que Herbert Thurston llama luces místicas (en su obra *Fenómenos físicos del misticismo*, 1961). Las describe relacionadas con fenomenologías de tipo mediúmnic o incluso espiritista. Muchos santos y santas de la cristiandad y de otras religiones han asegurado ver estas luces a lo largo de sus trances místicos (el caso de Santa Teresa o de sor María Jesús de Agreda, por ejemplo). Igualmente, en numerosos *poltergeist* es frecuente que antes, durante o después del fenómeno se vean luces aparentemente «inteligentes» pululando por la habitación o por toda la casa.

¿Vienen del cosmos o de otras dimensiones?

El investigador sevillano Ignacio Darnaude expone más de 220 hipótesis sobre la cuna de estas entidades. Una de las conclusiones a las que llega es que los OVNI y sus tripulantes no provienen de donde ellos dicen que vienen. Se les ha pillado en bastantes contradicciones e incoherencias. Mienten como bellacos y fingen papeles que no les corresponden, porque de alguna manera están representando una continua farsa. Algo similar se podría decir de algunas entidades del folclore que se manifiestan en nuestro mundo y cuyo comportamiento, aparentemente «absurdo» y contradictorio, hace que sea francamente difícil seguirles el rastro.

A pesar de todo, hay bastantes casos donde parece evidente la vinculación entre OVNI, humanoides, EBEs, alienígenas, extraterrestres, ocupantes, o como queramos llamados, y el mundo habitado por los «elementales», también llamados «gente menuda». Los ufólogos creen que hasta el momento existen unos cinco mil casos de encuentros con «humanoides» (no con luces) catalogados en todo el planeta. De ellos más del 80 por 100 corresponden a seres de inequívoco aspecto humano, aunque con variantes morfológicas, y la gran mayoría corresponden a seres similares a hombrecillos de un metro o metro y veinte centímetros de altura, de grandes cráneos y extraños dedos. De un estudio estadístico realizado en la península Ibérica por Ballester Olmos a finales de los años setenta, relativa a los ocupantes de estas naves, se desprendía que el 53 por 100 de los seres vistos por los testigos eran considerados enanos hasta una altura aproximada de 1,20 metros.

Algunos de ellos tienen una estatura anormal y no pueden clasificarse con los datos biométricos convencionales, bien por bajos (humanoides de unos 7 centímetros de altura) o por altos (6 metros de altura). Respecto a los extremadamente «bajitos», son los que más similitudes tienen con las entidades del folclore. Veamos dos ejemplos: en abril de 1945 un sacerdote -mientras recolectaba champiñones en un campo próximo a la localidad de Reneve (Francia)- vio un «hombrecito» de unos 15 a 17 centímetros de altura, de edad avanzada, cabellos grises, con barba, vestido con un traje color rojizo que le cubría todo el cuerpo, excepto la cabeza. En agosto de 1973, a la orilla de un riachuelo cercano a la localidad de Ibagué (Colombia), cuatro niños vieron a cuatro diminutas criaturas de unos 20 centímetros de altura. Su vestimenta era de color blanco con un bonete gris sobre la cabeza. Al aproximarse los testigos, los cuatro «hombrecitos» se esfumaron en el aire. Pero, tal vez, los seres más «liliputienses» se localizaron en Bukit Mertajam (Malasia) en agosto de 1970: medían solamente 7 centímetros de altura.

Tales estadísticas sitúan su procedencia tan sólo en tres lugares: del cosmos, del fondo del mar o del interior de la Tierra.

Diversos investigadores contemporáneos del mundo subterráneo como Charles Marcoux, Von Daniken o Henrique Bose Dan Souza opinan que la gente del subsuelo se sirve de artefactos para desplazarse por la vasta red de galerías subterráneas. Y no sólo utilizan sus aparatos en el sistema de túneles, sino que ocasionalmente

aparecen también en nuestro cielo. Lo curioso es que otras personas, anteriores a la aparición oficial del fenómeno OVNI (1947), ya habían postulado esta posibilidad. Ferdinand Ossendowski, en 1923, describe que la gente de Agharti recorren las estrechas hendiduras que hay en el interior de nuestro planeta en «carros extraños y desconocidos para nosotros», y Nicolás Roerich cita en un libro publicado en 1928 (*Heart of Asia*) que vio un gran cuerpo esférico brillante que volaba muy alto y que se movía a gran velocidad. Los lamas le susurraron que «es el signo de Shamballah».

Por todo esto, no nos debe extrañar que muchos testigos afirmen ver a estos seres de pequeña estatura rodeados de extrañas luces que pululan por los alrededores. La descripción de elementales y humanoides a veces es coincidente. Ambos tienen una fisonomía deforme o rara, con grandes cabezas, traviosos, raptos, que hacen experimentos de un claro matiz sexual, que recogen minerales o vegetales, etc. En otras ocasiones, parece que esta vinculación con la mitología y el folclore parece esfumarse al encontrarse al lado de estas pequeñas criaturas -que visten con trajes ajustados- aparatos o naves de alta tecnología por la que suben o descienden y que no acaban de encajar con lo que dicen las más remotas tradiciones.

Cada vez hay más investigadores que están de acuerdo que este fenómeno no se puede estudiar desde una sola perspectiva. Se sabe que estamos inmersos en temas resbaladizos y contradictorios, y que cualquier intento de sacar conclusiones o de dogmatizar están condenados al fracaso. Posiblemente, muchas de las apariciones actuales de seres con estas características corresponden a entidades no humanas procedentes de otras dimensiones (ampliamente descritas en el folclore y tradiciones universales) y otras procedan realmente de planetas alejados de nosotros unos cuantos miles de años luz. También puede ser que unos imiten a otros, es decir, que se basen en las creencias de cada cultura para pasar desapercibidos, camuflándose con entidades en las cuales los testigos están dispuestos a creer, o, por el contrario, que nunca admitirían su existencia. De esta manera crean deliberadamente una cortina de humo donde es difícil determinar el origen de unos y otros. Así ocurre con múltiples avistamientos del tipo de la «tercera o cuarta fase», cuyos protagonistas son enanos verdes, cabezones o casi robotizados.

En España se comentó en su día el caso de los «hombrecillos» vistos en el pueblo conquense de Villares del Saz, en 1953, o los de Aznalcázar, en Sevilla en 1935, y en general los denominados «visitantes nocturnos de dormitorio». Todos éstos, al fin y al cabo, siguen un mismo patrón de conducta. Lo problemático está en los «otros», aquéllos que no se ajustan a un modelo o esquema previo, sino que cada uno es de su padre y de su madre, pequeños o altos, peludos o sin un solo pelo en su cuerpo, de aspecto animalesco ó deforme, pacífico o agresivo...

Enanos cabezones y barrigones

Dentro de todas las variantes que nos ofrecen las leyendas sobre la aparición de pequeñas criaturas hay algunas que aparentemente tienen vinculaciones con los llamados «humanoides» estudiados por los ufólogos. Designamos con el nombre de enanos barrigones a unos pequeños seres de aspecto antropomorfo, con una altura aproximada de 70 centímetros, cabeza ovoide, sin cuello, con brazos desproporcionados en relación a su cuerpo, con pies muy grandes y, sobre todo, con una gran barriga (ventripotente).

Un ser de estas características fue visto a finales de septiembre de 1967 por Mauricio Wiesenthal, español a pesar de tener apellido germano, cuando regresaba con su automóvil a Barcelona en el tramo comprendido entre los municipios de Sant Quirze Safaja y Sant Feliu de Codines, ambos en la comarca catalana del Valles Oriental.

Esta especie de gnomo de color verde brillante fue observado cuando intentaba cruzar la carretera, irrumpiendo en la misma al salir súbitamente de la oscuridad por la parte derecha y atravesándola tranquilamente. El testigo creyó haber atropellado al pequeño ser bípedo pero no fue así. Parecía ir desnudo o bien llevaba un traje muy ajustado, emitiendo un resplandor de «color verde neón» fosforescente. Al poco tiempo contó el suceso al investigador catalán Antonio Ribera que inmediatamente recordó otros seres parecidos, de prominente barriga, que aparecieron en el pueblecito francés de Arc-sous-Cicon, a unos 30 kilómetros de Pontarlier, en julio de 1967, con la diferencia de que los humanoides vistos por un grupo de niños franceses eran de color negro -descritos por una niña como «chinitos negros»- que estaban escondidos entre las matas, de un metro de altura aproximadamente. El ser, según contaron, corría de un matorral a otro «pero mucho más aprisa» que una persona humana.

El historiador irlandés Jan Gibson informaba en el año 1982 de la existencia de pequeñas criaturas en Aragón, que en el libro de Juan Domínguez Lasierra son denominados como los «epanos bilbilitanos», es decir, oriundos de Calatayud o sus proximidades. Serían miembros -según' este escritor- de una olvidada raza de seres



Uno de los aspectos más inquietantes del fenómeno OVNI, en cuanto a los encuentros denominados de la “tercera y cuarta fase” (avistamiento y contactos con sus tripulantes), es el gran parecido físico que tienen a veces con algunos seres pertenecientes a las leyendas de gran parte del mundo.



diminutos que pobló el valle del J alón en la noche de los tiempos. Tal vez una de estas criaturas apareció en el mes de abril del año 1994, en la localidad zaragozana de Torralba de la Ribota, donde otro niño -llamado Diego Percebal- y dos amigos más fueron testigos de la aparición de un ser barrigudo, de color gris cenizo, de poco más de un metro, recubierto de vello por completo, en el interior de la ermita derruida de la Vitgen de la Cigüela (a 14 kilómetros de Calatayud), sobre la cual, meses antes, ya se había observado una gran luz. La extraña criatura huyó a toda velocidad pero sin tocar sus pies el suelo, como levitando... En una psicofonía hecha a propósito en la ermita se pudo grabar una voz gutural que gemía.

En nuestra casuística OVNI se mencionan otros casos similares aunque no siempre idénticos. Tal es el que aconteció el día 26 de febrero de 1966, a 7 kilómetros de Algeciras, muy cerca de la isla Cabrita. Es una fecha y un lugar que nunca podrá olvidar el médico ginecólogo José Juan Rivera, de cuya seriedad y profesionalidad nadie duda en dicha localidad. Tuvo un extraño encuentro con un «humanoide» cuando contaba 26 años. Iba con su moto en dirección a Punta Carnero para hacer unas fotos, cuando cruzó ante sus narices (a unos cuatro metros) una especie de homínido que iba dando grandes zancadas o saltos de metro y medio, con los brazos desproporcionados en relación a su cuerpo, llegándole por debajo de las rodillas y totalmente rígidos, como pegados al cuerpo. Todo él era o vestía de negro, con un cráneo muy redondo; tipo negroide, sin pelos. Los saltos los ejecutaba con la espalda erguida, por lo que el doctor Rivera desechó que fuera realmente un mono.

Le siguió durante unos minutos hasta que desapareció de su vista sin saber cómo lo hizo. Al llegar frente a una vaguada vio que en el fondo de la misma había una máquina ovoidal, de unos 15 metros de longitud, de color gris sin brillo.

La peculiaridad de que avanzara dando saltos es propia de algunos elementales del bosque. El que tuviera los brazos desproporcionados le asemeja a los enanos barrigones. El que su aspecto sea oscuro o negro les asemeja a los *tragos* y a los *negrets*.

Una importante pista que no debemos dejar de lado es la relación que tienen estos «enanos barrigones» con las naves supuestamente extraterrestres. Decimos esto porque desde hace pocos meses se viene especulando en medio mundo sobre uno de los «secretos mejor guardados por la Fuerza Aérea norteamericana». Nos referimos a la filmación de las presuntas autopsias practicadas a varios ocupantes de una nave aérea u OVNI que se estrelló en Roswell (Nuevo México) en el año 1947. Según los datos que afloraron en el verano de 1995, se pudo filmar toda la necropsia y las imágenes resultantes, mantenidas fuera de circulación hasta ese verano, fueron publicadas por distintos medios de comunicación, revelando bastantes datos desconcertantes, entre otros que sus cuerpos pertenecían a una especie bípeda desconocida en la Tierra, que medían un metro cuarenta centímetros de estatura, que poseían un vientre muy abultado (sin que esto significara que estuvieran embarazados), con una prominente cabeza y seis dedos en cada una de sus manos y pies. ¿Tienen algo que ver estos seres, tripulantes de naves, con las apariciones de enanos y gnomos de similar aspecto físico acaecidas en otros tiempos? Javier Sierra, uno de los que mejor conocen este caso, ha escrito que la cuestión de los OVNI estrellados (y de Roswell en concreto) no escapa a ese factor de lo absurdo que persigue al fenómeno, a esa teatralidad en la que parece enmarcarse cualquier encuentro con esta clase de seres, provengan de donde provengan y se llamen como se llamen.

¿Y por qué ese «factor de lo absurdo»? Sencillamente porque aunque un documento de la clase de la «filmación de Roswell» era la prueba que muchos curiosos de la vida extraterrestre estaban esperando, las características anatómicas de las criaturas filmadas no se corresponden con lo que relataron los testigos del caso Roswell en 1947. La controversia ha llegado hasta tal punto que el propio Sierra afirma, en su obra *Roswell: secreto de Estado* (1995), que la referida filmación, «que contiene imágenes de las autopsias a dos criaturas de aspecto vagamente humano, no forma parte del caso Roswell en sí». Es decir, que estamos como al principio: sin pruebas definitivas... cosa que, como el lector más avisado ya habrá captado a estas alturas, forma parte intrínseca de esta clase de fenómenos.

Pero prosigamos. Un vecino del concejo asturiano de Aller llamado Melchor Prieto Dosal, minero jubilado de 60 años de edad, vivió en el mes de junio de 1995 una de esas experiencias que marcan para toda una vida. Cuando cabalgaba por un paraje del monte del valle de Cervigao, conocido como la Vallina el Caleru, para dar de comer al ganado, avistó una especie de engendro. Vio una silueta con anatomía semejante a la humana, de poco más de ochenta centímetros de estatura, cabeza desproporcionadamente grande con un cuello casi inexistente. Según este testigo, «parecía un muñeco». Estuvieron diez minutos observándose mutuamente y luego el extraño ser «voló súbitamente sobre mi cabeza y en ese momento intenté cogerlo con las manos, pero la caballería que yo montaba se espantó y tuve que descabalgar violentamente».

Pero hay muchos más casos...

El polémico gnomo de Girona

Sorprendente y polémico donde los haya éste caso que el profesor D'Arbó ha bautizado como nuestro «gnomo nacional». Y es sorprendente porque, en este mundillo tan resbaladizo y frágil en el que nos movemos, hay muy pocos datos fehacientes y pruebas fidedignas que faciliten o intenten demostrar la existencia real de estos seres, pruebas que se limitan, en el mejor de los casos, a contactos visuales con testigos humanos y a fotografías (como el de las supuestas «hadas» de Cottingley, en Inglaterra).



¿Es un gnomo o un animal teratológico? Hay opiniones para todos los gustos, y algunos investigadores lo consideran nuestro «gnomo nacional».

Que alguien diga que ha visto a un gnomo es algo en lo que podemos creer o no, según nuestras tragaderas, pero que se afirme que alguien ha sido capaz de capturar a un gnomo vivo y coleando (aunque horas más tarde se muriera) es harina de otro costal. En las tradiciones que hemos consultado existen muy pocos casos de captura de un espíritu de la naturaleza y, desde luego, sin ninguna prueba que lo demostrase, y menos si ésta consiste en conservado metido dentro de un frasco relleno de formal.

Aportemos uno de estos escasos datos. En el año 1138 dicen ciertas crónicas -recogidas por Jacques Bergier- que fue capturado un enano o gnomo en los sótanos de un monasterio alemán. Este ser era negro y no hablaba ningún idioma. Como no conseguían soltar prenda de él, al fin lo dejaron libre con objeto de ver qué hacía: volvió al sótano, levantó una piedra y se introdujo en un túnel por donde nadie consiguió seguido. Al final, el túnel fue cerrado y sellado con una cruz y, por supersticiosa precaución, ya no se quiso investigar más.

También es Bergier quien en la misma obra narra como «hecho absolutamente cierto» otro espectacular y controvertido caso: la aparición de un niño y una niña de color verde, una tarde de agosto de 1887, cerca de la población de Banjos y al cual ya hemos hecho referencia. ¿Tendrá la misma credibilidad?

Iniciemos el relato del gnomo gerundense de forma cronológica. Todo empezó un domingo de septiembre de 1989 en un lugar popularmente conocido como «el bosque encantado de Girona», a tan sólo 11 kilómetros de la

capital, donde fueron a pasar un día de campo un par de matrimonios amigos. Uno de los testigos, Mario Añaños, comentó que mientras preparaban la barbacoa oyeron unos ruidos o gemidos extraños. Cuando uno de ellos puso una casete de música fue el momento en que vieron a un pequeño ser que los observaba detenidamente con unos ojos penetrantes, huyendo acto seguido a pequeños saltitos. Los campistas reaccionaron con rapidez y fue capturado por el sencillo procedimiento de echarle encima una manta.

Como no sabían muy bien qué hacer con él, lo metieron en la jaula de un periquito, y, aunque le dieron toda clase de comida, no la probó, muriendo al día siguiente. Se pusieron en contacto con un parapsicólogo catalán, Ángel Gordon, que tuvo la oportunidad de verlo aún vivo y de describir su aspecto físico: medía entre 12 y 15 centímetros, de color azul (aunque cuando le pusieron en un frasco de formol, su color se fue transformando en verdoso), con manchas en la piel. Sus pies eran de tipo anfibio, como para efectuar largos saltos, y detrás del cogote tenía tres pelos bien diferenciados. Con orejas parecidas a un conejo, ojos rojos saltones, boca prominente similar a un hocico y con una protuberancia en la cabeza, parecida a un gorro frigio o a un gorro de los pitufos. Su aspecto físico movía más a la repugnancia que al afecto. Emitía un sonido similar a las hienas, como una risa histérica para llamar la atención.

El frasco de formol lo guardaron en el congelador de la trastienda de una farmacia barcelonesa hasta que fue llevado a la facultad de Biología de la Universidad de Barcelona para ser analizado por el doctor Linares de Mula. Para él sólo existían dos posibles explicaciones: o era un caso teratológico, es decir, un animal con malformaciones genéticas de tipo monstruoso, o, por el contrario, era el hallazgo de un ser raro y primitivo, desconocido para la ciencia actual.

Para salir definitivamente de dudas, fue trasladado a los laboratorios del Instituto de Biología de Washington, en EE.UU., llegando los científicos, tras su estudio, a una clara conclusión: se trataba de un ser deforme de la naturaleza, nacido de la unión de dos criaturas del bosque, es decir, se trataba lisa y llanamente de un animal teratológico. Pero según otros datos suministrados por la misma entidad, era un animal celular completamente formado, o sea, que no se trataba de un feto, con una morfología anfibia, ya que sus pies tenían membranas, desplazándose a saltos como si fuera una rana, aunque también tenía partes similares a una rata. Los norteamericanos, tan sensacionalistas ellos, publicaron en la prensa local que se trataba de un «animal extraterrestre».

El profesor D' Arbó, que ha investigado con detalle este caso del «gnomo nacional» y con quien he podido conversar sobre el mismo, ha manifestado que se ha encontrado a otro de la misma especie en los frondosos bosques húmedos del norte de los Pirineos, en el macizo montañoso de Garraf, entre Barcelona y Sitges. Es un lugar parecido al desierto de Arizona, lleno de túneles y pequeños huecos. Incluso discurre un río subterráneo llamado «La Falconera» que ha dado origen a un sinfín de leyendas.

Por supuesto, tampoco faltan quienes creen que todo es una superchería y que se trata de dar publicidad a un feto malformado haciéndolo pasar por un ser sobrenatural, buscando con ello claros intereses económicos. D'Arbó opina que uno de los lugares de Cataluña donde más pueden abundar estos espíritus de la naturaleza es la comarca gerundense de La Garrotxa. En el libro *Duendes* tuvimos oportunidad de recoger varias leyendas relativas a los follets y a las pesantas. Es un lugar especial donde existen unos cuarenta volcanes y grandes bosques húmedos, y las gentes del lugar aseguran ver espíritus del bosque que corren por debajo de la maleza. D'Arbó también estuvo, junto con su equipo, en la sierra de Collserola, en la provincia de Barcelona, en busca de un «poblado de gnomos». Encontró un árbol en cuyo interior se veían pequeños caminos y una especie de casitas. Cuando reveló las fotografías, comprobó que del árbol salían luces azuladas que no se pudieron ver a simple vista.

En la línea del polémico gnomo de Girona habría que encuadrar sucesos como el acaecido en 1989 (del que el periodista Antonio José Ales publicó un pequeño reportaje que tituló «El caso del duende de la noche»), donde un taxista madrileño vio cruzar ante él un pequeño ser que, según sus propias palabras, «no podría ser de este mundo». Declaró: «Juro por mis hijos que lo que ví fue como uno de esos gnomos que aparecen en las películas de televisión.» Otros informantes le aseguraron a Ales que habían visto un ser parecido en el pueblo de Alcorcón, así como en Villaviciosa de Odón y en Boadilla del Monte, todas ellas localidades de Madrid, pero con una característica distinta, porque además de cruzar la carretera con toda tranquilidad, sobre su cabeza parecía flotar una «especie de esfera roja», aproximadamente a un metro sobre él. Un testigo declaró: «La última vez que lo he visto le hice fotos con todo el descaro y fue en el Parque de Lisboa, en Alcorcón», y se trataba de un ser de un metro de altura, aproximadamente, vestido de blanco.

Algo parecido a estas descripciones se cuenta del mal llamado «duende de Ladrillar», población situada al norte de los valles hurdanos y que se dejó ver en los últimos días del mes de febrero de 1907. El periodista Iker Jiménez logró saber que aquel pequeño ser de gran cabeza y largos brazos siempre iba escoltado por dos «bolas

de fuego voladoras» que iluminaban todo a su alrededor. Este enano parecía deslizarse por el suelo y emitía un grito gutural.

Que el lector no se extrañe de encontrar a engendros similares cruzando el Atlántico. Los *ikals*, similares a humanoides negros, peludos, de un metro de altura, en los que creen los indios tzletal de México, siempre se les ha visto asociados con unas luminarias o esferas volantes que parecen perseguidos a cierta distancia. Estos pequeños seres viven en cavernas, vuelan mediante un aparato adosado a su espalda y, de cuando en cuando, raptan a algún que otro indígena.

Monjes sobrenaturales

Mucho más sugestivas y misteriosas son las leyendas que tienen que ver con tesoros ocultos y encantados. Tanto duendes, enanos como gnomos gustan de vestir hábitos monásticos para disfrazarse y asustar a los viandantes (en el caso de los duendes) o mientras custodian determinadas riquezas (en el caso de los enanos y los gnomos). La abundante casuística que sobre ellos existe en el folclore mundial no nos debe inducir a pensar que se trata de alguna orden monacal de origen sobrenatural que prefiere esta vestimenta para cubrir sus vergüenzas. Antes bien, muchas de sus apariciones están estrechamente relacionadas con las almas en pena y con los supuestos tripulantes de naves interplanetarias. Para el alemán Saintine, estos seres consiguen la invisibilidad con sólo bajar una pequeña capucha, que forma parte de sus prendas.

Uno de los lugares donde tradicionalmente se asegura que menudean esta clase de misteriosos monjes custodios de riquezas es en los mágicos Montes de Toledo, donde algunas de las cuevas y barrancos -tan numerosos en la zona de Los Yébenes- están plagados de tesoros guardados por extraños encapuchados con guisa de frailes a los que se ha visto paseando en silencio, saliendo y entrando de sus escondrijos subterráneos de vez en cuando.

Es significativo que la toponimia del lugar delate alguno de estos enclaves en los que las apariciones de estos seres son más abundantes que en otros. Entre Viu de Llevata y el Pont de Suert (Ribagorza) hay unas rocas que llaman las «Roques del Frare». La leyenda refiere que un fraile o monje del monasterio de Labaix aparecía allí, justo a la hora del crepúsculo, a los caminantes, al estilo bonzo, es decir, prendido en llamas. La gente señala un hueco largo en forma de lecho donde decían que dormía aquella alma en pena. Bastantes investigadores, ajenos a esta leyenda, creen que posiblemente se trata de una piedra rosoladora o fecundante, y así fue utilizada por nuestros antepasados.

Otro dato más respecto a la toponimia. Cerca de Altea (Valencia) está la «Cueva del Fraile», en Capnegret, cuyo nombre ya nos pone sobre la pista de un extraño enano con capucha de fraile que la habitaba. La explicación que daban los marineros a esta aparición era que en realidad se trataba del espíritu de una persona que a la edad de doce años había llevado los hábitos de franciscano durante dos años como consecuencia de la promesa que su madre hizo a San Francisco si le curaba unas fiebres que padecía. El santo cumplió su parte, pero el niño, de mayor, no se caracterizó por su bondad y generosidad hacia los demás. Asesinó a su hermano y él acabó muriendo en el mar, yendo a parar su cadáver a esta cueva. A partir de aquí surgió la leyenda del encapuchado que aún se mantiene.

Todas estas apariciones no se remontan exclusivamente a un pasado indeterminado. En nuestros días también se dejan ver con sus hábitos frailunes, con intenciones diversas según cada caso. Ya hemos comentado que a estos pequeñajos y curiosos seres vestidos de monjes también se los relaciona con ciertos supuestos tripulantes de naves extraterrestres, y no porque vistan «exactamente» así, sino por adquirir esta semejanza desde el punto de vista de los testigos.

Citemos un caso representativo de esto que estamos diciendo. En el pueblo valenciano de Turís, en julio de 1979, un agricultor llamado Federico Ibáñez observó un objeto semiovalado blanco y brillante posado en el camino de acceso a sus campos. Vio salir detrás de un algarrobo a dos seres idénticos que a gran velocidad se introdujeron en el objeto metálico. Tenían una altura de unos noventa centímetros y vestían una indumentaria muy ancha y blanca que les cubría todo el cuerpo, salvo la cara y las manos. En la cara llevaban unas gafas negras. Al testigo le dio la impresión que los trajes «estaban hinchados de aire». Al realizarse un croquis sobre su anatomía aparentaban la forma de dos monjes regordetes.

Los «transparentes» de las Canarias

La diferencia entre los «monjes enanos» y los «transparentes» es que estos últimos son mucho más altos y están asociados con luces más que con naves. Así como los primeros tienen grandes diferencias entre ellos en cuanto a comportamientos, no ocurre lo mismo con los «seres transparentes», que visten túnicas plateadas y

tienen una actitud beatífica.

En una de las islas canarias - Tenerife- existen en la actualidad varios mitos sobre una serie de personajes sobrenaturales, que van desde hombrecillos blancos, a veces denominados como nanas, que los campesinos de Güimar aseguran haber visto en incontables ocasiones, hasta diminutos «diablillos» de ojos rojos y piel verdosa (vistos en la localidad de La Matanza de Acentejo), pasado por altos y transparentes seres de luz. No deja de ser sorprendente que la zona donde más se dejan ver es en el Barranco de Badajoz, muy cercano a las enigmáticas pirámides de Güimar, por lo que algún investigador ya ha aventurado la hipótesis de que tal vez se trate de guardianes de las riquezas que albergan estas pirámides pre-guanches. Son conocidos los túneles o galerías subterráneas que existen en toda la zona, su relación con fenómenos lumínicos y la aparición de «hombres blancos» vistiendo largas túnicas. Estos seres suelen ser de elevada estatura, irradiando cierta luminosidad que transmite una sensación de bienestar. Su realidad física se ve atenuada por una constitución semitransparente. ..

Se han encontrado relatos sobre ellos en Tenerife (en el interior de una galería del Barranco de Badajoz). Asimismo, en los barrancos de La Orotava, así como en los barrancos de Güimar, situados espalda con espalda, donde se ha observado a «hombres vestidos de blanco» en numerosas ocasiones.

Sin olvidamos de La Palma (incluida una foto grana de una figura semitransparente en la Caldera del Taburiente). Un testimonio recogido por José Gregario González de un abuelo palmero, llamado Juan A. G., relata lo sucedido en una noche que pasó en La Caldera hará unos treinta años. Vio a su lado como unas chispas o estrellitas de luz se fueron juntando lentamente: «Cuando abrí los ojos al sentir un calor muy bueno, había a mi lado un hombre bastante grande del que, me crea o no, parecía salir luz. Estaba clarito, pero al mismo tiempo parecía como si estuviese hecho de neblina. Era medio transparente.»

Seres similares están también, «cruzando el charco», en Sudamérica.

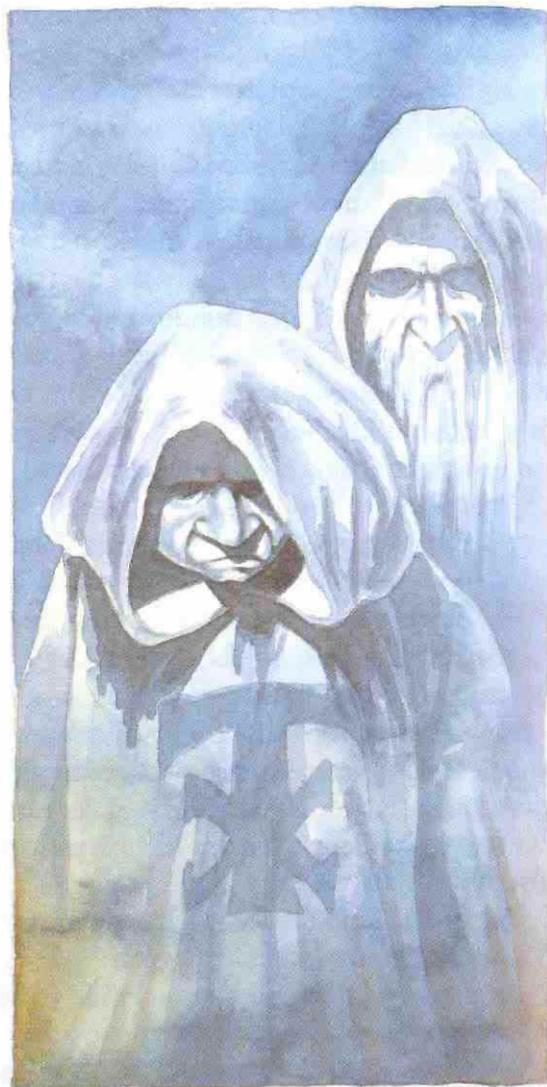
A finales de 1992, dos arqueólogos de Vigo le hacían partícipe al investigador Manuel Carballal de la existencia de una zona al sur de la selva venezolana donde se veían extrañas luces, con presencia de grutas inexploradas, así como de seres vestidos de blanco que salían de ellas.

A finales de 1991, una serie de amigos salieron de una casa con destino a la montaña de la Mussara, a 30 kilómetros de Tarragona. A uno de ellos, Enrique Martínez Ortiz, jamás se le volvió a ver, ya que desapareció sin dejar rastro al poco de comenzar la excursión por la montaña que, según la tradición local, ya tenía fama de ser un misterioso enclave proclive a los fenómenos paranormales y considerada una puerta de entrada a otras dimensiones.

Jorge Roberto Boluda, uno de los compañeros que estaba con él ese día, vivió una singular experiencia en el lugar donde ocurrieron los hechos. Según sus propias palabras:

Cuando llegamos a la abandonada iglesia de la Mussara observé unas figuras ataviadas con lo que parecían ser unos hábitos con capuchas, lo que les daba una apariencia similar a la de los monjes. Les hablé, pero me ignoraron completamente. Parecían seres transparentes y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

En las fotografías que se han hecho de la montaña aparecen extrañas figuras amorfas y etéreas que flotan sobre el suelo, envolviendo todo lo que se encuentra a su alrededor una espesa niebla de color azulado, similar fenómeno que también ocurre en el aludido Barranco de Badajoz. ¿Coincidencias?



Es común que a muchos seres de la naturaleza se les vea con extraños hábitos o vestidos al modo de frailes. Ocurre con los duendes, con las almas en pena, con algunos gnomos y también con algunos humanoides.. .

Los tesoros de las pequeñas criaturas

Los gnomos, duendes, manitos y hombrecitos de las peñas, pigmeos, etc., por ejemplo, viven en y debajo de la tierra, trabajando sobre las rocas, árboles, flores. Construyen sus casas en cavernas, en minas, en viejas casonas que las cubren de vegetación. Son los guardianes de los tesoros ocultos. Manipulan la energía etérica construyendo o fabricando piedras, minerales en general, piedras preciosas. Sin ellos no existiría el hierro ni el oro.

ANTÓN PONCE DE LEÓN PAIVA:
En busca del anciano (1994)

EL asturiano Constantino Cabal se hizo eco de algunas de las *traditions* recogidas por Apeles Mestres y dice que en «Cataluña, en efecto, se encuentran enanillos todavía, pero ya se ha olvidado su papel». No obstante -continúa-, por España aún corren cuentos de enanos guardadores de tesoros que pagan al jorobado que tiene la fortuna de agradarles, quitándole la joroba y dándole a la vez una fortuna... Esto mismo también ocurre en las Baleares y en otras zonas del mediterráneo.

La actividad de custodiar tesoros no es propia tan sólo de duendes, como sugería el jurisconsulto Torreblanca, sino, tal como estamos viendo, de enanos y gnomos. Todo esto demuestra hasta qué punto, durante mucho tiempo, se dio por hecho que los elementales que custodiaban tesoros conocían el secreto al químico de la transformación de los metales y además la ubicación de las más ricas minas auríferas.

El misterio de los tesoros secretos, custodiados o no por feroces seres sobrenaturales, originó la aparición de toda una caterva de estafalarios personajes que aseguraban saber dónde podían encontrarse, razón por la cual eran denominados «tesoreros». No crean que era una actividad tan lucrativa y sencilla como pudiera pensarse, ya que, además de tener que localizar el tesoro encantado con pistas generalmente muy vagas, a menudo tenían que vérselas con la Inquisición, que asociaba estas actividades a asuntos propios del demonio. Como inestimable ayuda contaban con un valioso libro llamado vulgarmente el Ciprianillo (nombre derivado de San Cipriano, que antes de hacerse cristiano fue mago), y que, según el investigador Jesús Rodríguez López, tenía la propiedad de obligar a mouros, lumias y negrumantes a que sacasen desde sus escondrijos los tesoros que ocultaban.

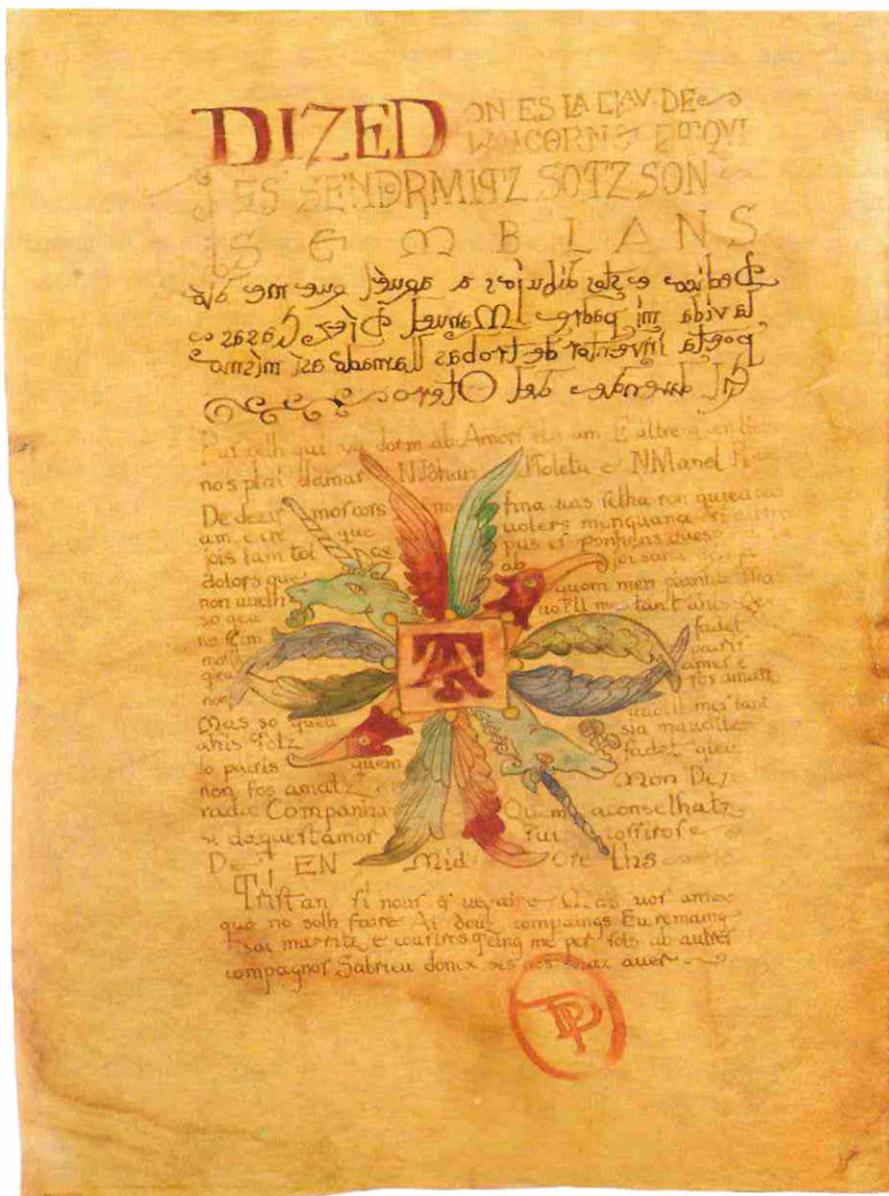
Los mouros y el Libro de San Cipriano

El *Libro de San Cipriano* es un auténtico grimorio, es decir, un libro de rituales mágicos, de invocaciones, de pactos con el demonio, de búsquedas de tesoros encantados y demás zarandajas, que circuló de mano en mano por diversas regiones españolas, principalmente en ediciones en portugués y castellano. Su historia ha sido magníficamente estudiada por Vicente Risco, que lo entronca con la épica europea llegada hasta nosotros por el Camino de Santiago. Su tradición -siguiendo a Risco- podría surgir de la Crónica del Arzobispo Turpin en cuyo capítulo IV indica la idea clásica de los libras de desencantos: que bajo los castras, mamoads, castillos en ruinas, etc., hay tesoros ocultos dejados por los «mouros», entendiendo esta palabra como habitantes de una raza antigua y, por lo tanto, legendaria.

Las referencias orales que se hacen a este libro de «esconxuros» y desencantamientos son muy numerosas por el habitante castreño, lo cual revela la creencia en su poder mágico, aunque los relatos que nos han llegado sobre su utilización están plagados de fracasos por no cumplir adecuadamente con el ritual, como ocurrió en el castro de Elviña (La Coruña), donde todos los vecinos de Bisbarra sabían que allí se aparecían unos «mouros» que daban muchas onzas de oro a aquellos que les llevaban ganado, leche o manteca, hasta que un buen día un rapaz de Someso y su amigo fueron con el Libro de San Cibrao debajo del brazo a buscar un tesoro mayor. En el momento preciso de empezar su lectura, se trabucaron y de la tierra se levantó un engendro -que nunca

supieron qué era- con un viento y una fuerza extraña que les llevó por el aire a más de 600 metros del castro, dejándolos en medio de un prado, con los huesos molidos y sin ganas de repetir la experiencia.

Un ejemplar del *Ciprianillo*, editado a principios de este siglo o a finales del XIX, dedica su capítulo VIII a *O desencanto de thesouros*, el cual contiene los siguientes apartados:



Posiblemente el grimorio o libro de conjuros más conocido en España es el Libro de San Cipriano. En él se puede encontrar casi de todo, desde cómo invocar a un espíritu hasta cómo encontrar un tesoro encantado.

- 1) Triángulo o dibujo que se debe trazar en el suelo, en el que deben introducirse los desencantadores de tesoros para evitar males mayores.
- 2) Oraciones y letanías de los santos, pronunciadas en latín macarrónico, para desencantar el *tesouro*, rezadas con devoción y de rodillas a ser posible.
- 3) Una segunda oración de desconjuro, también en latín, pero muy mezclada con portugués.
- 4) Por último, se incluye un *roteiro de tesouros* en el que se indican 148 lugares de Galicia, ni uno más y ni uno menos, en los cuales existen tesoros encantados, generalmente indicados con topónimos muy genéricos, inespecíficos y corrientes, como *castro*, *fonte* de..., etcétera, para que sea difícil, si no imposible, su localización, sólo reservada a grandes conocedores de sus misterios.

La utilización del *Ciprianillo* para desencantar tesoros exige su adecuado manejo. Así, conviene leer y «desleer» con agilidad el texto de las oraciones, pues si se comete un error en la lectura el tesoro no se desencanta ni a la de tres. Además del *Ciprianillo* y de los consejos de *meigas* o *cregos* (curas), el

humano intrépido puede desencantar a los mismísimos seres míticos, sean éstos llamados mouros, mouras, donas, encantos, gnomos... y sus tesouros respectivos, acertando con la fórmula y el procedimiento adecuado.

Quien acceda a este «libro secreto» tendrá la oportunidad de hacer que los encantos que existen en los castros traigan prestos los tesoros que guardan y que fueron escondidos, entre otros, por la legendaria raza de los *mouros*. Jesús Rodríguez López, al que ya hemos hecho alusión, manifiesta, en su obra *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares* (1895), que varias personas le aseguraron que el libro era real y que la autoridad eclesiástica había condenado más de una vez a sacerdotes y clérigos que se prestaban a leedo revestidos de estola. Este autor nos transmite una curiosa creencia que consiste en suponer que para que el encanto traiga el tesoro deseado, hay que buscar también (además de leer *O Ciprianillo*) la hierba llamada «da cabra», la cual, para saber si es auténtica, al depositada en el agua debe ir contra corriente. Sobre este extraño hierbajo, conocido también como «hierba mágica de San Cipriano», se dicen bastantes barbaridades, como que para buscada hay que ir a un nido de golondrinas y coger los huevos sin que el pájaro lo note. Una vez cocidos, se vuelven a poner de nuevo en el nido, y cuando la golondrina, al pasar los días, comprueba desesperada que tardan en salir los polluelos, se dirigirá a un lugar desconocido a buscar esta hierba para cubrirlos con ella y tratar de reanimados. Ése es el momento de capturada, para desconuelo de la golondrina, que se queda compuesta y sin hierba que llevarse al nido.

El cura, la persona más óptima para leer las estrofas rituales precisamente por el carácter sagrado que representa, debe de tener además mucho valor y sangre fría, ya que cuando salga el culebrón -o lo que sea- que custodia el tesoro, no debe dejar de leer el libro, ni intentar huir -que sería lo lógico- si no quiere quedarse él y todos sus acompañantes allí presos para siempre como unos pardillos más a engrosar la lista de los seres encantados, «*per sécula seculórum*».

Los magos y ocultistas aún invocan a los gnomos para obtener su ayuda en la búsqueda de tesoros. Cuando lo hacen, se protegen antes trazando a su alrededor un círculo mágico (el famoso círculo de Salomón o similar), y con la cara hacia el norte recitan en voz alta la llamada «oración de los gnomas», que no queremos reproducir en su totalidad por si algún incauto se le ocurre ponerla en práctica. La oración termina con esta frase:

Tú, que llevas el cielo en tu dedo como una sortija de zafiros; tú, que ocultas bajo la tierra, en el reinado de las pedrerías, la esencia maravillosa de las estrellas, vive, reina y sé el eterno dispensador de las riquezas que nos has hecho guardianes. Así sea.

Una vez recitada la oración completa de forma correcta, dicen los antiguos grimorios que se aparecen uno o varios gnomos y es entonces cuando hay que decides lo que se espera de él o de ellos. Normalmente se solicita información sobre la ubicación de algún tesoro oculto o sobre algún poderoso secreto de la naturaleza.

Los diablos tesoreros

Como hemos ido viendo, debido a la figura tan particular que tienen algunos seres de la naturaleza, con la llegada del cristianismo el vulgo los identificó con entidades demoniacas sin serio. ¿Es el diablo en realidad? se pregunta Constantino Cabal, y él mismo se responde: el demonio guardián de tesoros, el enano, el gnomo, el lutín, el hada, el íncubo... todos son, en verdad, uno y lo mismo: muertos o almas en pena. Parece cierto que todos ellos serían habitantes del astral o seres extradimensionales, pero no estamos de acuerdo en cuanto a identificados en una misma categoría, pues, por desgracia, las cosas no son tan sencillas, aunque su forma de proceder ante los humanos sea muy parecida. Tal vez esta confusión es deliberada por parte de estas entidades, y lo que pretenden, precisamente, es camuflarse (además de transformarse) en una amalgama de seres, con lo cual se consiguen dos claros objetivos: pasar más fácilmente desapercibidos, lo que, ante la dificultad de seguirles el rastro, da pie a que surgan leyendas increíbles sobre ellos, eludiendo, en todo caso, la prueba definitiva sobre su existencia. Pero no nos desviemos.

A un viejo cura de San Pedro de Nora (Asturias) -cuenta Constantino Cabal- se le metió en la cabeza que el diablo reservaba sus tesoros para entregárselos al Anticristo, bajo tierra, a una hondura excepcional; y se propuso quitárselos. Tenía fortuna, y se la gastó en la construcción de un pozo. No dio con ellos, y cogió el *Cipriánico*. Lo leyó y, resuelto a vencer a cualquier costa, se fue a un monte a las doce de la noche durante nueve días e hizo al diablo un novenario. Al fin, buscó un aldeano que se determinara a acompañarlo en la noche de la prueba y al monte que se fueron los dos... Llevaba capa de coro, estola, el libro debajo del brazo, un rosario y todo lo que fuera menester para conjurar a tan infernal ser.



Los tesoros de las pequeñas criaturas no son siempre riquezas materiales y codiciadas por los seres humanos, otras veces estos tesoros pueden consistir en valores espirituales cargados de un alto contenido simbólico. En cualquier caso, siempre están custodiados por fieles espíritus guardianes.

-¿Y qué piensa usted hacer?.. -le preguntó tímidamente su compañero.

-En cuanto se presente Satanás, le echo encima la estola, y ya no podrá escaparse hasta que no me diga el lugar en que guarda todas sus riquezas...

Llegaron, trazaron un círculo, se metieron dentro y esperaron. El pobre sacerdote, obsesionado, leyó la invocación del Libro de San Cipriano y, de pronto, surgió ante ellos un demonio horripilante... El aldeano se aterró, llamó a Dios en su auxilio, echó a correr y el demonio desapareció instantáneamente.

Parece que esta aventura del cura de San Pedro es una pintoresca fantasía que corrió entre los vecinos, y que el cura a quien se alude, reputado por ellos como santo, era más equilibrado que como lo presentan en la leyenda. Esto al menos aseguraba de él don Aquilino González, ecónomo (1917) de Ribadesella. En la misma Asturias se refieren a otras historias con pelos y señales. Don José Aza, cura de Pola de Lena; don Álvaro González, don José González y cierto sacerdote de León quisieron asimismo apoderarse de las riquezas del diablo. Fueron a Villar de Vidas y tras las ceremonias de costumbre, le hicieron comparecer.

-¿Qué queréis?

-Queremos oro.

-¿Y qué me daréis en cambio?
-El alma de este rapaz.

El rapaz era un criado que habían llevado con ellos para la ocasión. El diablo se marchó por sus riquezas, que eran todas las del mar, y volvió al poco tiempo con ellas en un carro de bueyes. Instantáneamente, un sacerdote cogió al chico y lo hizo entrar en el círculo mientras el otro rociaba al supuesto Satanás con chorros de agua bendita. Satanás, carro y riquezas se hundieron en un pozo que aún se ve... Y durante varios días, el diablo, en el tejado de don Álvaro, estuvo clamando así:

-Dame lo que me ofreciste...

y la verdad de todo esto es que algunos seres sobrenaturales nunca escarmientan en su trato con los humanos, y viceversa.

Los espíritus guardianes

No es nueva la creencia que asegura que cada lugar sagrado (considerado como un lugar de poder) posee sus propios espíritus guardianes para protegerlo de aquellos que se adentren en él sin la suficiente preparación o conocimiento. Serían los dueños invisibles del enclave, custodiando permanentemente las riquezas o los restos humanos de la gente que algún día llegó a habitarlos. Conocedores de esta sabiduría antigua, nuestros antepasados solían pedir permiso a estos espíritus antes de penetrar en sus dominios o de realizar cualquier tipo de excavación. Este permiso podía ser muy variado: desde recitar determinadas oraciones hasta ofrendarles algunos alimentos o aromas. De no hacerla así, el éxito de la misión, e incluso la vida de los exploradores, podría correr peligro.

Entre estas costumbres se habla de tres tipos de espíritus protectores. En primer lugar, estarían las almas de los guardianes que, primero en vida y luego después de muertos, vigilaban el lugar. En segundo lugar, los propios espíritus elementales que habitan ese entorno y, que son reacios a injerencias por parte de extraños. Por último, estarían los seres creados para tal finalidad por grandes magos.

Esta última posibilidad sería la más extraña aunque, según ciertos datos, no muy infrecuente. En nuestra obra sobre los Duendes decíamos que existe una variedad de ellos llamados «demonios familiares», muchos de los cuales fueron fabricados ex profeso para realizar determinada actividad relacionada con la brujería. Llegando más lejos, algunos sacerdotes egipcios, algunos monjes tibetanos y algunos chamanes americanos serían capaces de crear estos seres para custodiar algún recinto sagrado. Si esto fuera cierto, se explicarían así muchas leyendas relativas a la maldición que sufren algunos exploradores incautos y ambiciosos cuando se topan con estos guardianes. Lo difícil es distinguir cuando nos hallamos en presencia de un fantasma, de un elemental o de un homúnculo creado para la ocasión. Todos ellos se encargan de poner obstáculos y trabas para impedir que las obras continúen.

Los ejemplos sobre espíritus guardianes de tesoros (y no sólo materiales) abundan en el folclore europeo. Paracelso escribía en su tratado sobre los «elementales» un párrafo sumamente revelador, al indicarnos una de las ocupaciones secretas y distributivas de estas pequeñas criaturas:

Sabed así que los gnomos, los pigmeos y los hombres tienen por misión proteger los tesoros de la tierra, es decir, los metales y otros objetos. Pues allí donde se encuentren esas criaturas hay tesoros poderosos y en cantidades asombrosas. Son custodiados, conservados y ocultados por esas gentes para que nada salga a la luz del día hasta su momento oportuno. Pues, cuando son encontrados, se dice:

-En tiempos remotos vivían aquí gentes de la montaña y hombres de la tierra, pero esas épocas ya han pasado.

Lo que significa tanto como que ha llegado el tiempo de que sean revelados. Y es que los tesoros de la tierra han sido distribuidos de tal modo, que los metales que son encontrados, como plata, oro, hierro, etc., son los mismos que fueron puestos al principio de la creación y para toda la eternidad, de ahí que sean vigilados y conservados por las gentes, para que no salgan a relucir a la superficie en un sólo día, sino paulatinamente, poco a poco, ahora en un país, después en otro. Por lo que las minas cambian de lugares con el tiempo y están distribuidas por países desde nuestro día primero hasta el último. Es así como hemos de entender a las gentes del fuego, quienes son guardianes de aquellos lugares del fuego que tienen por vivienda. Pues allí son fraguadas las cosas que otros se encargan de vigilar, allí son elaboradas y

transformadas. Y es que cuando el fuego se extingue, sigue entonces la vigilancia de los hombrecillos de la tierra, y tras la vigilancia de los hombrecillos de la tierra, los tesoros quedan al descubierto.

No sucede otra cosa entre las gentes del aire, quienes vigilan afuera las piedras que están sobre la superficie y que han sido producidas y preparadas por las gentes del fuego en los lugares que habitan; y allí donde se encuentran caerán en manos de los hombres. Y aquéllos las custodian tanto tiempo como sea necesario, pues allí donde hay tesoros, habrá gentes que los cuiden. Ésos son los tesoros escondidos, que no han de ser revelados todavía. Precisamente por eso, porque son guardianes de tales cosas, hemos de entender que, aun cuando hayan sido creados sin alma, esos guardianes son, sin embargo, parecidos e iguales a los hombres.

Por citar tan sólo unos ejemplos donde intervienen estos guardianes decir que Publio Hurtado menciona en Extremadura al gigante morado; de las ruinas de la dehesa del Berrocalillo, que daba unos potentes golpes de maza capaces de aterrorizar a los buscadores de tesoros que se adentraban en una sala subterránea de dichas ruinas, la cual custodiaba fielmente. De cualquier forma, dicen que por fin sacaron de allí unas cortinas que se destinaron más tarde a cubrir el cristo de San Lázaro.

En el mes de mayo de 1958 un grupo de obreros que cavaban un hoyo para instalar un poste de un tendido eléctrico en un promontorio de Wexford, en Irlanda, tuvieron una experiencia curiosa. Los aldeanos del lugar ya les habían advertido que aquel promontorio era la morada de la Gente Menuda-que no eran otra cosa que sus gnomos locales-, y que si instalaban el poste, éste se caería. Como era de esperar, los obreros hicieron caso omiso de estas advertencias, considerándolas burdas supersticiones, pero a la mañana siguiente, al presentarse en el lugar, observaron con asombro que el pesado poste yacía en la tierra. El capataz, incrédulo, ordenó colocarlo de nuevo y vigilar a los aldeanos como principales sospechosos. Al día siguiente, ídem de lo mismo, a pesar de que el resto de la línea seguía en su sitio. De nuevo el capataz ordenó colocar el poste, pero hincándolo a más profundidad. A la mañana siguiente, imagínenselo. La sonrisita de gente era difícil de disimular. La conclusión es fácil de adivinar: el poste se colocó, por fin, unos metros más allá del promontorio y allí sigue todavía.

Cuatro años después, en 1962, ocurrió otro suceso espectacular con estos gnomos. El escenario esta vez se sitúa bastantes kilómetros más al norte, en Islandia, en una planta de procesamiento de anchoas. Los obreros hicieron oídos sordos de una leyenda islandesa que aseguraba que en una construcción se debe reservar un trozo de terreno para los misteriosos «hombrecillos ocultos». No se respetó esta tradición, invadiendo las taladradoras el terreno que pertenecía a estos seres, rompiéndose de forma extraña los brocados de los taladros. El director de la fábrica consultó a un vidente, y éste, estableciendo contacto telepático con los «hombrecillos», comunicó que una entidad muy poderosa había elegido aquel terreno como habitáculo, pero, si le daban cinco días, buscaría otro lugar. El director de la fábrica accedió a esta condición y a partir del quinto día se reanudaron los trabajos sin que hubiera ya ningún problema. En estos dos casos no custodiaban riquezas ocultas pero sí un lugar sagrado para ellos.

Las aluxes precolombinos

En Mesoamérica y Sudamérica existen abundantes testimonios de habitantes del submundo y de dioses guardianes de túneles, a veces vinculados a tribus feroces de indígenas. A este respecto, existe una historia real en la que interviene el presidente de EE.UU. Franklin D. Roosevelt. En el mes de marzo de 1942 se entrevistó en la Casa Blanca con David y Patricia Lamb que acababan de regresar de Chiapas. Le contaron que en la jungla de este estado mexicano se encontraron con un grupo de hombres pequeños y de piel clara, de rasgos similares a los de los nativos indios. Dijeron que eran miembros de la tribu de los lancandones y que su misión consistía en ser los guardianes de un gran templo de piedra situado en una «ciudad perdida» en donde habitaban los «antiguos», a quien ellos veneraban.

Relatos como estos abundan en América Central y del Sur. Al igual que los olmecas y los mayas, los zapotecas del valle de Oaxaca gozaron de una desarrollada civilización, y eran muy hábiles en los campos del arte, de la astronomía y de la arquitectura. Sin embargo, sus orígenes son desconocidos, aunque, según diversos mitos, los zapotecas creían descender de los árboles, de las rocas y de los jaguares. Los restos de la capital zapoteca, conocida en la actualidad como Monte Albán, se encuentran a unos 12 kilómetros de la ciudad de Oaxaca. Los arqueólogos que excavaron en 1931 el lugar quedaron impresionados por el oro, jade y turquesas que encontraron en las tumbas de los dirigentes zapotecas, pero el descubrimiento más asombroso fue una compleja red de pequeños túneles demasiado pequeños para que los utilizaran los adultos. Las dimensiones van

desde los 30 centímetros de altura a los 64 centímetros de ancho, y los más pequeños no llegan a los 30 centímetros de alto. En un principio se pensaba que era un sistema subterráneo de drenaje, pero se han encontrado huesos humanos al final de cada túnel. Es uno de tantos enigmas que tal vez se relacione con los enigmáticos aluxes.

Tanto en Yucatán como en el estado de Quintana Roo (México) hay creencias acerca de la existencia de seres diminutos que pueden vivir en túneles y cuevas, llamados duendes, aluxes o aluxes. Son pequeños, sabios y poderosos. Se comunican con gentes muy especiales -chamanes- para enseñarles ciertas artes curativas. El curandero Don Antonio, de Quintana Roo, explicó al neurofisiólogo Jacobo Grinberg que el origen de su conocimiento estaba relacionado con la existencia de duendes que viven en los campos, con los cuales se comunica utilizando unas pequeñas esferas que ellos han depositado en lugares estratégicos y que sólo pueden ser encontradas por aquellos hermanos que tengan un cierto desarrollo evolutivo o iniciático.

Las esferas de Don Antonio le fueron enviadas dos veces. En la primera ocasión, él se sintió poco preparado para utilizarlas e incluso las regaló a un amigo, y entonces las esferas desaparecieron. En la segunda ocasión, las mismas aparecieron en un lugar alejado de su milpa justo con una advertencia de aceptarlas para hacer el bien y curar. A partir de entonces las utiliza para visualizar el futuro de sus pacientes con la ayuda de sus duendes, los cuales están muy ligados a la naturaleza de esos contornos.

No es la primera vez que nos encontramos con extrañas bolas o esferas asociadas a estos seres diminutos, con aspecto de humanoide. De hecho, la casuística ufológica mundial recoge numerosos relatos que implican la presencia de tales esferas. Uno de ellos, quizá el más significativo, tuvo lugar el 6 de diciembre de 1978 en las inmediaciones de Marzano, no muy lejos de Génova (Italia). Allí, un guardia de seguridad de la compañía Metronotte llamado Fortunato Zanfretta fue sorprendido por una enorme criatura de casi tres metros de altura y cabeza triangular, que lo arrastró hasta el interior de una especie de aeronave luminosa donde permaneció alrededor de cincuenta minutos de los que conscientemente no recordaba nada. La odisea de Zanfretta no terminó ahí, ya que este policía jurado tuvo otros seis encuentros más con aquella horrible criatura, que le marcaron para siempre su vida. Pues bien, a lo que íbamos: uno de los aspectos menos conocidos de aquellos «encuentros» fue que sus secuestradores entregaron al policía una esfera de propiedades desconocidas, y le orientaron para que se la entregase como prueba irrefutable de la existencia de extraterrestres al astrónomo norteamericano Joseph Allan Hynek. Lo cierto es que Zanfretta nunca entregó la preciada esfera a Hynek -considerado por muchos «padre» de la Ufología Científica-, por cuestiones que ahora no vienen al caso, y aún es el día de hoy que este policía esconde su «tesoro ufológico» en espera de que sus secuestradores le indiquen un nuevo destinatario.

Pero centrémonos: por lo general, esta clase de esferas son de colores y con un diámetro no superior a un centímetro. Otros chamanes, asimismo, usan esferas para sus prácticas de curación: Don Pan chito y Doña Sara, de Yucatán, así como Doña María, de Mérida.

Don Antonio afirma que sus ayudantes siempre han sido duendes y que proceden del «oriente». Para Doña Rufina, de Puebla, la explicación está un poco más clara, asegurando que en el interior de la Tierra está el Talokan (el Tlalokan de los antiguos aztecas) en el que habitan seres benévolos -como los talokes taskaltiani- y seres malévolos -como los talokes hacendados- que son como «hombrecitos con cotoncito». También dice que los tepenanes -cuidadores de los cerros, los achinaniméj -cuidadores de las aguas- y otros duendes pueden apoderarse del tonal o nombre o espíritu de una persona, lo cual produce una enfermedad, principalmente a causa de un mal comportamiento con la naturaleza.

Con independencia de los distintos seres con quienes contactan los chamanes mexicanos, existe un aspecto común en los túneles que recorren las entrañas de Yucatán: el de los aluxes que, igual que en Europa, viven en el interior de las cuevas. Escépticos y personas con un alto nivel cultural han tenido la ocasión de encontrarse con ellos. Patricia Jacobo, gerente del Hotel «Los Aluxes» de Mérida, ha sentido su presencia en numerosas ocasiones. «Ellos suelen cambiar de lugar objetos o simplemente los roban», aseguraba en 1995 al periodista Pablo Villarrubia y no es la única.

Hace años, Santiago Cachón Espinosa se introdujo en una cueva del municipio de Oxkutzcab y varios aluxes lo condujeron hasta un tesoro formado por 47 piezas de jade. Cachón los describió físicamente como pequeños seres con semblante de adulto y cuerpo de niño que correteaban desnudos por las galerías. Su agilidad les permite correr tanto hacia delante como hacia atrás. Sólo aparecen cuando el sol ya se ha puesto. Sobre la cabeza llevan puesto una especie de sombrero.

No menos intrigantes fueron los sucesos acaecidos en la ciudad prehispánica de Oxkintok, a 14 kilómetros del municipio de Maxcanú, donde, entre 1986 y 1990, una misión arqueológica española -encabezada por Miguel Rivera Dorado, profesor de Arqueología Americana de la Universidad Complutense de Madrid- restauró parte

de la gran ciudad, cuya historia se remonta al año 700 a. de C. En ella, además de esculturas semejantes a las halladas en Tiahuanaco (Bolivia) a miles de kilómetros de distancia, se encuentra el Zaat Tun Zaat o Laberinto Subterráneo, donde se descubrió la tumba de un sacerdote maya y de su esposa, pero sólo después de haber realizado un pacto con los aluxes que les impedían proseguir su trabajo.

Según Gaspar Antonio Xiu Cachón, autor del libro *Los aluxes, duendes del Mayab*, estos seres molestaron continuamente a los arqueólogos para que desistieran del propósito de seguir excavando, escondiéndoles picos y palas. Algunos arqueólogos enfermaron, y muchos trabajadores se negaron a continuar acosados -así lo aseguraban- por los aluxes, que les tiraban piedras y ensuciaban el agua. Pero lo más curioso sucedió al llegar a la tumba: entonces un aire asfixiante invadió la cripta donde se encontraban los arqueólogos, las cámaras de vídeo fallaron y los carretes se velaron por completo. Ante esta inusitada situación, el profesor Dorado ordenó que los chamanes acudieran a la excavación para que, con sus rezos y evocaciones de rituales ancestrales, pidieran a los aluxes el poder seguir con su trabajo. Sólo después de esta ceremonia (depositando ofrendas de hierbas, mazorcas de maíz, cigarros puro y humo de copal) los fenómenos cesaron.

Quién sabe si los aluxes son los auténticos guardianes de los mundos subterráneos, creados, como afirman ciertas leyendas, por medio de sortilegios y encantamientos realizados por los chilames o grandes magos de una época remota, precolombina. Tal vez el día que demostramos nuestro profundo respeto por la sabiduría que encierra las antiguas tradiciones, estos seres nos permitirán acceder al inframundo y, entonces, los dioses nos harán partícipes, por fin, de todos los secretos que conservan bajo tierra.

El flautista de Hamelin

Pero no todos los tesoros que se guardan en el interior de la tierra consisten en riquezas materiales. Algunos son de otra índole, y las claves nos la suministran algunos relatos aparentemente infantiles.

De todos es conocido el popular cuento del «Flautista de Hamelin», que ha tenido distintas versiones literarias, de las cuales escogemos una de ellas, la escrita por el poeta inglés Roben Browning a finales del siglo pasado. La historia en cuestión, muy resumida, es que en el pueblecito alemán de Hamelin, situado en Brunswick, cerca de la famosa ciudad de Hanover, apareció un buen día un extraño personaje extranjero -que decía ser flautista- proponiendo un remedio a la plaga de ratas que asolaba la ciudad. Tras acordar el precio (mil florines), el flautista se encargó de limpiar la ciudad de las ratas, ahogándolas a todas con tan sólo tocar su flauta mágica. Una vez finalizada la labor, el alcalde y la corporación se negaron a pagarle el precio estipulado, por lo que en represalia el flautista encantó a todos los niños de Hamelin con el sonido de su flauta consiguiendo que le siguieran hacia el profundo río Weser.

«Sin embargo -escribe Browning-, el flautista cambió de rumbo y, en lugar de dirigirse hacia el sur, se encaminó hacia el oeste y rumbeó hacia la colina de Koppelberg, con los chicos siempre pegados a la espalda.

Todos se sintieron aliviados. Pero sucedió que, al llegar al pie de la montaña, se abrió de par en par un portal maravilloso, como si de pronto hubiese surgido una caverna. El flautista avanzó y los niños lo siguieron. Y cuando habían entrado todos, hasta el último, la puerta se cerró de golpe.»

«¿Dije todos? -se pregunta Browning-. Me equivoco. Uno de ellos era renco y no había podido bailotear como los otros. Cuando, muchos años después, le reprochaban su tristeza, solía decir: "Es muy sombrío el pueblo desde que se fueron mis compañeros. Y no puedo olvidar que estoy privado de contemplar todos esos maravillosos espectáculos que también a mí me prometió el Flautista".»

Luego, el niño describe este mundo de gozo «donde brotaban fuentes y crecían árboles frutales, y las flores desplegaban matices más hermosos, y todo era extraño y nuevo, donde los gorriones eran más brillantes que los pavos reales y los perros más veloces que las corzas, y las abejas habían perdido sus agujones y los caballos nacían con alas de águila. Y justo cuando me sentí seguro de que en ese lugar iba a curarme de mi renquera, la música se detuvo y yo me quedé allí parado, del lado de afuera de la montaña, abandonado muy a pesar mío y obligado a seguir renqueando en este mundo y a no volver a oír nunca más hablar del hermoso país». Está haciendo referencia a una enésima versión del maravilloso País de las Hadas.

No se le escapará al lector avisado que en este cuento se habla de sonidos embelesadores (como los que se atribuyen a algunas hadas y a algunos enanos) y de mundos subterráneos, precisamente de donde dicen venir extraños personajes, tanto altos como bajos, portadores de algún mensaje. Robert Dickhoff, que analizó el trasfondo histórico de dicho cuento, se preguntaba ¿qué conocimiento tenía el extranjero de aquel pasadizo o túnel y adónde llegó con su carga humana? Sugiere que su destino era nada menos que Agharti, un reino subterráneo situado en Asia Central. En una nota a pie de página, Harold Bayley especula con que el flautista y

los niños entraron en un pasadizo en las montañas Koppenburg, en Alemania, una de las "puertas" al inframundo...

Los enanitos de los cuentos

Hablando de cuentos, me viene a la memoria los mal llamados «cuentos de hadas» que, en realidad, son relatos arquetípicos del devenir del ser humano en este mundo. En mucho de ellos aparecen enanos y gnomos, no tanto como protagonistas sino como personajes claves en el desarrollo de la historia, y cuando lo hacen no suele ser de manera desinteresada. Ayudan a hilar o a transformar la paja en oro, pero piden a cambio collares, anillos o incluso el primer hijo de la mujer a la que prestan ayuda (como ocurre en el cuento de los hermanos Grimm «Ramploncito»). En «Blancanieves», aunque los siete enanitos quedan profundamente impresionados por su belleza y sus desgracias, dejan bien sentado que el precio que la niña deberá pagar por permanecer con ellos será su trabajo.

Enanos y gnomos han sido siempre susceptibles de numerosas interpretaciones simbólicas. Se les asocia al elemento tierra, a las riquezas minerales, a la suerte y a otros eventos afortunados. Juan Eduardo Cirlot nos propone una de estas interpretaciones al decir que es un símbolo ambivalente (como por otra parte ocurre con todos los elementales): «En el folclore y la mitología, aparecen como seres de inocente carácter maléfico, con ciertos rasgos infantiles de conformidad con su pequeño tamaño, pero también como entes protectores o cabiros, siendo éste el caso de los enanos del bosque de la Bella Durmiente.» Para el psiquiatra austriaco Bruno Bettelheim, los enanitos que aparecen en los cuentos han fracasado en el proceso de desarrollo hacia la condición humana más madura y permanecen fijados en un nivel preedípico (los enanitos no tienen padres, no se casan ni tienen hijos). Incluso ve en estos «hombrecillos» connotaciones fálicas debido *a sus cuerpos abortados y su trabajo en las minas (ya que) penetran hábilmente en oscuros agujeros.*

Los enanos, al igual que los gnomos, son la personificación de aquellos poderes que quedan fuera del campo consciente; serían los «guardianes del umbral de lo inconsciente», como diría el psicólogo Carl Gustav Jung. Como para hablar de estos temas tan vidriosos no hay nada mejor que poner un ejemplo, hemos escogido, a diferencia del anterior, un auténtico cuento de hadas, el de «Blancanieves y los siete enanitos», sobradamente conocido por la película de dibujos animados realizada por Walt Disney. Su argumento se ha popularizado tanto que es difícil encontrar a alguien -sea pequeño o adulto- que no conozca casi todos, los detalles de esta historia. Pero la realidad es que la película deja bastantes aspectos importantes fuera de su argumento «original».

Los hermanos Grimm, que fueron célebres recolectores de tradiciones y leyendas alemanas allá por mediados del siglo XIX, recogieron este cuento de antiguos relatos orales que se pierden en el tiempo, siendo su versión la que más tarde se ha utilizado para escenificar obras de teatro o para hacer versiones infantiles del mismo (incluida la de Disney). Brevemente resumido, dice que la madrastra de Blancanieves, cuando ésta contaba siete años de edad, acude al método del espejo para que le diga quién es la más hermosa de la región y el espejo le contesta que es su hijastra. Entonces manda a un cazador que la lleve al bosque y le dé muerte, trayéndole sus pulmones y el hígado como prueba. El cazador, en el último momento, se compadece y la deja libre. En su lugar, mata a un cerdito y lleva a la reina dichas vísceras que rápidamente cocina con sal y se las come. Blancanieves, perdida en el bosque, encuentra al fin una casita donde se echa a dormir. Cuando cae la noche volvieron los dueños de la casa, «eran siete enanos que excavaban y extraían metal de las montañas». Al descubrirla, la admiten en su casa con la condición de que cocinara, hiciera las camas, lavara, cosiera y tejiera. Por las mañanas, los «enanitos partían hacia las montañas, donde buscaban los minerales y el oro y regresaban por la noche».

La malvada reina se puso delante del espejo-chivato y exclamó:

Espejito, espejito de mi habitación.
¿quién es la más hermosa de esta región?

Entonces el espejo respondió:

La reina es la más hermosa de este lugar,
pero pasando los bosques,
en la casa de los enanos,
la linda Blancanieves lo es mucho más.

La reina, encolerizada, urde la forma de matarla. Se disfraza como una vieja buhonera, se dirige a la casa de los enanitos y ofrece a la niña cintas de todos los colores. Elige una de ellas y la bruja le intenta colocar el lazo de la cinta elegida, aprovechando para apretarle el cuello hasta dejarla casi muerta. Vuelve a su palacio y el espejo le delata que Blancanieves sigue viva. Regresa a la casa de los enanos y esta vez le ofrece un peine envenenado para peinar sus negros cabellos. La incauta Blancanieves, a pesar de las advertencias de los enanos, vuelve a caer en la trampa y, al ser peinada, se desploma en el suelo. La madrastra, de nuevo en su palacio y al consultar al espejo, se cerciora que tampoco en esta ocasión ha logrado acabar con ella. Vuelve a la carga una tercera vez, en esta ocasión con una manzana envenenada, y Blancanieves, incomprensiblemente y casi bordando la estupidez, hace caso a la bruja: ésta corta la manzana en dos partes, la roja para la niña (la que contenía veneno) y la blanca para ella. Esta vez cae muerta de verdad (o al menos eso parece, y así se lo confirma el espejo). Los enanos, horrorizados, le hacen un ataúd de cristal y allí permaneció mucho tiempo sin descomponerse. Un día pasa un príncipe, que se prenda de su belleza. Los enanos acceden a que se la lleve a su palacio. Al ser trasladado el ataúd en las espaldas de sus sirvientes, tropezaron contra un arbusto y, como consecuencia de la sacudida, expulsa de su garganta el trozo de manzana envenenada. Vuelve a la vida, se casan y es invitada a la boda la madrastra, a la que tenían preparada una trampa: le habían puesto unos zapatos de hierro sobre carbones encendidos que la obligaron a calzar y «a bailar hasta que le llegara la muerte».



Los siete enanitos de Blancanieves han tenido diversas interpretaciones y lecturas. Todas coinciden es que eran feos y que estaban estrechamente vinculados a la vegetación del bosque donde vivían.

Desde el momento que este cuento fue divulgado (como otros muchos) y traducido a numerosos idiomas, surgieron, al lado de las teorías literarias y folclóricas, toda clase de interpretaciones esotéricas, simbólicas y alquímicas. Este cuento no está exento de una serie de datos clave para encontrar la piedra filosofal, auténtico tesoro ansiado por los alquimistas. Blancanieves, según esta interpretación, es la virgencita, la minera del oro.

Los siete enanos o gnomos son el aspecto de la materia mineral en sus siete prolongaciones (los 7 metales). Blancanieves es entregada por la madrastra al cazador verde para que la mate. Finalmente, después de una muerte aparente tras haber mordido la manzana maléfica, la virgen se casará con un bello y joven príncipe. El príncipe es el mercurio filosofal (sabido es que el atributo del mercurio de la mitología es una perpetua juventud). De la unión de este mercurio y de la virgen surgirá la conclusión de todos los cuentos: fueron felices y tuvieron muchos hijos...

Según Robert Ambelain, la multiplicación hermética obtenida con la piedra filosofal es conforme al precepto bíblico de «creced y multiplicaos».

Blancanieves sería, por consiguiente, el resultado final de una perfecta preparación alquímica. ¿Cómo se obtiene? Con los siete enanos que representan los siete metales: el plomo, el estaño, el hierro, el cobre, el

mercurio, la plata y el oro, relacionados a su vez con los siete planetas: Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, Luna y Sol, a su vez relacionados con los siete caracteres humanos principales: gruñón, simplón, soñador, alegre, etc.

Puestos a marear la perdiz, lo último sobre Blancanieves y sus acompañantes viene de la mano de un historiador, alemán, Eckard Sander, que ha «descubierto» que los hermanos Grimm se inspiraron en una persona real llamada Margarethe van Waldek, una condesa de origen alemán que vivió en la primera mitad del siglo XVI. SU belleza era tal que fascinó nada menos que al joven Felipe II cuando, aún príncipe, viajó a aquellas tierras. Esto en cuanto a la supuesta Blancanieves; en cuanto a los enanos, dice que la condesa jugaba con siete niños desnutridos que trabajaban duramente en las minas de la familia van Waldek, circunstancia que los había envejecido prematuramente. Debido a su extrema pobreza, vestían con harapos, largos abrigos y gorros roñosos. Según Sander, la bella Margarethe terminó sus días envenenada -como Blancanieves- por los intrigantes de la corte, que perpetraron un plan para que el monarca español no pudiera casarse con ella. Que cada cual piense lo que quiera. Se puede hacer cábalas de todo tipo con la condición de que sean inverosímiles. Personalmente opino que es una pena que el mito (tan rico en carga simbólica) se rebaje a la categoría de mera anécdota histórica cogida por los pelos.

Los innombrables

En el folclore, el dios con cuernos se convirtió en Robin Goodfellow (Robín buen hombre), y en Puck, duendecillos traviesos que podían ayudar al hombre si éste conseguía ponerlos de su parte... También prosiguió el culto secreto al Dios con cuernos entre las familias que conservaron la vieja fe pagana y de ellas surgió el movimiento brujeril moderno y la religión wiccana.

VIVIANNE CROWLEY:

La antigua religión en la nueva era (1991)

Los daimones

DESDE que el mundo es mundo se ha hablado de dioses y de demonios, de las fuerzas del bien y del mal, de los seres de la luz y los seres de la oscuridad, como si de dos eternas polaridades se tratase. Y por encima de todos ellos habría un Dios para los cristianos, un Ein Shoph para los cabalistas o un Innombrado para los hindúes. Los dioses -con minúscula- serían poderosos miembros de la gran jerarquía del Cosmos Inteligente. Serían diversas formas de consciencia que rigen y configuran los distintos aspectos del universo y de la naturaleza, es decir, de todo lo manifestado.

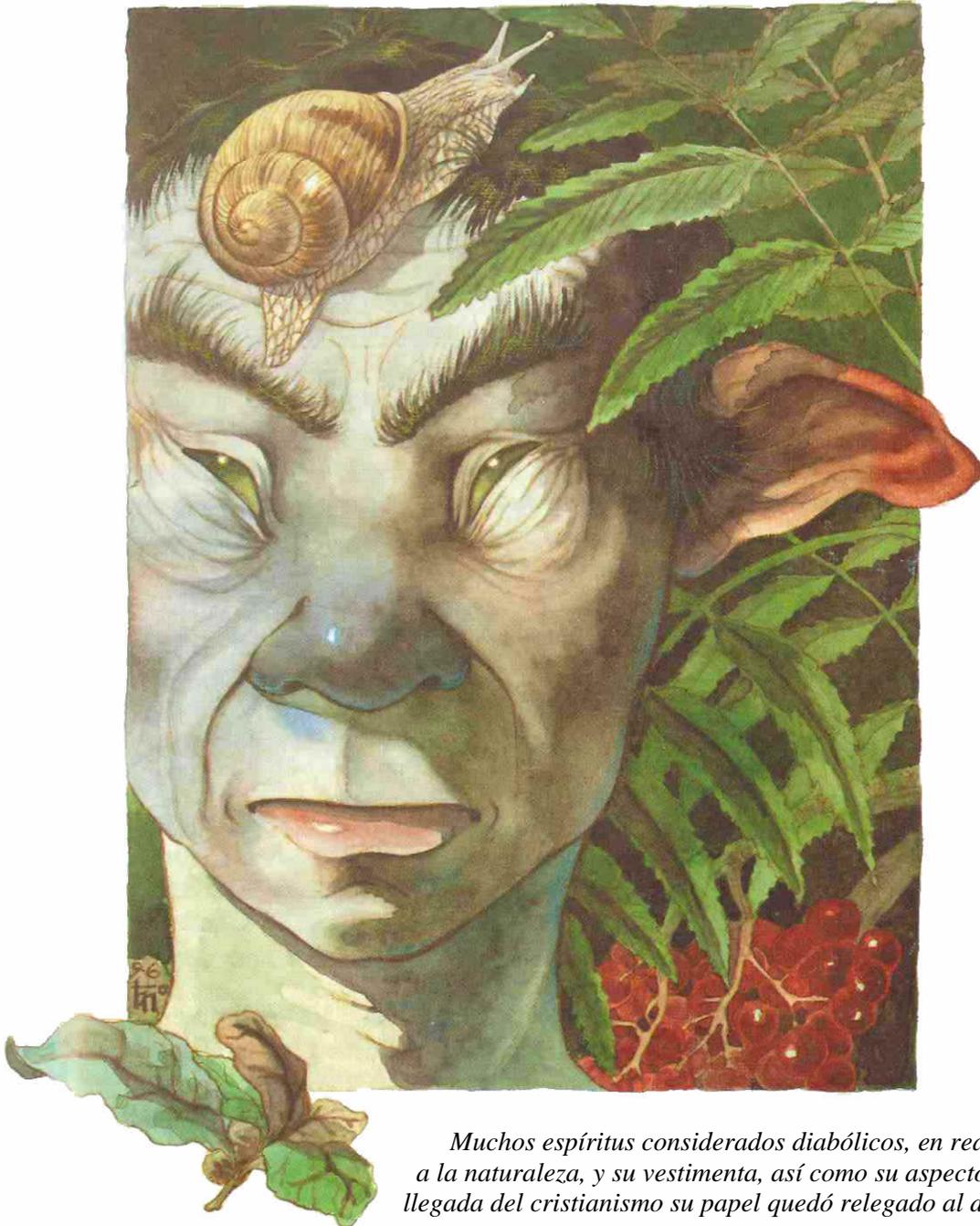
Cada uno de los cuatro elementos de la naturaleza (cuatro estados de la materia a los que se puede adscribir todas las formas de existencia y de manifestación, visibles o invisibles) sería la circunscripción de actividad de alguno de estos dioses que, a su vez, en esa cadena jerárquica, delegan funciones en forma de consciencia menores y en áreas de operaciones más reducidas. A todos estos seres que operan en la naturaleza los griegos los llamaban «daimones», que significa originariamente una potencia sobrehumana que, en principio, puede ser positiva o negativa.

Los daimones serían, por lo tanto, los espíritus de la naturaleza, de donde se deriva la palabra «demonio». En este sentido, dirá Heráclito que todo está lleno de ánimas y de daimones y, por esta razón, la palabra *daimón* designa tanto a seres divinos y semidivinos, que hacen de intermediarios entre los dioses superiores y los hombres, como a ciertas energías interiores que actúan en el hombre mismo.

Ya hemos comentado que a algunos elementales se les emparenta frecuentemente con los demonios, tanto por su origen como por su aspecto físico (cuernos y rabos). Pero, sobre todo, porque con la llegada del cristianismo se demonizó a todas aquellas divinidades que eran adoradas por los ritos paganos (no olvidemos que duendes, elfos o hadas son muy anteriores al concepto cristiano de demonio).

Es en la mitología griega cuando surge la palabra *demon* o *daimón*, ya utilizada por Hornero en el siglo VII a. C. Estos *démones* o poderes eran en un principio neutros, podían ser benéficos o perversos con el ser humano y se creía que eran una especie de semidioses o genios que poblaban un lugar intermedio entre los dioses y los hombres, fuera del tiempo y del espacio convencional. También se creía que algunas almas o espíritus de determinados difuntos se convertían; asimismo, en daimones que, por su especial naturaleza, estaban en contacto con el mundo de los hombres y de la materia, pudiendo degradarse, acarreado a los humanos desgracias o enfermedades, por lo que en el transcurso del tiempo se asoció a estos seres con la personificación del mal. Pero lo más sorprendente es que se llegaron a confundir e identificar, pasando los años, términos tan diferentes como demonio, diablo, Satán o Lucifer para intentar referirse a los mismos siniestros personajes. Aunque esta obra no es la más apropiada para distinguir cada uno de estos conceptos, la verdad es que los demonios acabaron asociándose a los ángeles caídos o vigilantes de la Tierra, que al parecer cayeron en esta condición por haberse unido a las hijas de los hombres y por haberles enseñado ciertos «secretos» poderosos y aparentemente insignificantes como son los conjuros, el recoger plantas, fabricar espadas, cuchillos, metales, brazaletes, etcétera, conocimientos que, a la larga, serán heredados por los brujos, hechiceros, curanderos y

chamanes en general de todo el mundo. Parte de estos demonios serían aquellos que, según la tradición, ni fueron tan malos como para irse al infierno ni tan buenos como para quedarse en el cielo, permaneciendo en un mundo intermedio y paralelo al nuestro, en una realidad alternativa, en un mundo dentro de otro mundo.



Muchos espíritus considerados diabólicos, en realidad están asociados a la naturaleza, y su vestimenta, así como su aspecto físico, los delata. Con la llegada del cristianismo su papel quedó relegado al de demonios de poca monta.

Los duendes, enanos y gnomos tendrían una mezcla entre los espíritus descritos y los antiguos genios telúricos de los campos y los bosques que, con la llegada del cristianismo, fueron todos asimilados a una sola categoría que no es otra que la de simples demonios, desprovistos de mucha de su carga maléfica y dotados, en cambio, de un cierto sentido del humor, pícaros y a veces bobalicones a los que casi siempre un ser humano les puede engañar utilizando todo tipo de trucos y tretas. Son presa de los instintos más elementales, lo cual es su perdición, como son los alimentos y las cuestiones referentes al sexo, pero poseen grandes poderes que los hace superiores a los humanos, capaces de levantar un puente, un dolmen o un castillo en una sola noche y capaces de cambiar la realidad espacio-temporal del sujeto que cae víctima de sus hechizos.

La creencia que sobre el origen de los demonios tenían los eruditos de la España del siglo XVI nos la transmite el bueno de don Antonio de Torquemada en su obra *jardín de flores curiosas* (1570), donde alude, en uno de sus pasajes, al pecado de ambición y soberbia de Lucifer y a la caída con él de todos sus seguidores, diciendo que no tuvieron la misma suerte: *Los que quedaron en los lugares intermedios fue porque no pecaron con tan gran de determinación y vehemencia como los otros (...)* y para este efecto permitió Dios que quedase

mucha parte de ellos en el aire y en la tierra y en el agua hasta el día del Juicio) que irán todos a los abismos) lugar determinado del infierno.

En otro de sus párrafos especifica algo más las cualidades de un grupo de estos demonios:

El tercer género de demonios que están en la tierra... son los que tienen por principal oficio perseguir a los hombres... éstos nos fatigan, éstos nos dan trabajo, éstos nos engañan y atraen a todas las maldades que hacemos y cometemos contra la majestad de quien nada nos hizo y nos crió: y así, nos pone acechanzas de día y de noche...

Prohibido pronunciar su nombre

Toda esta tropa de desheredados de la fortuna son los que, después de pasar por todos los tamices impuestos por las culturas y religiones dominantes de cada momento, formaron parte de nuestras tradiciones. Pero su creencia siempre ha llevado implícito uno de sus mayores problemas: el peligro de pronunciar el auténtico nombre de estas criaturas.

Nuestros antepasados sabían que ni a culebras, hadas o demonios conviene citados por su propio nombre. Por esta razón, en los siglos XVI y XVII, al diablo o demonio se le designaba prudentemente con otros paliativos «por si las moscas» (recordemos que Belcebú es el «señor de las moscas»), pues nombrar a un ser de estas características y de connotaciones tan negativas podría acarrear serias desgracias.

Miguel de Cervantes sigue esta norma y en el *Quijote* lo llama «el enemigo de la concordia», «el émulo de la paz» y «el malo». Incluso, eufemísticamente, al diablo se le ha llamado «Diantre», como al demonio se le ha llamado «Demontre» o «Demonche». También se han buscado términos más apropiados, como hacen en Galicia, donde al «demo» le asignan nombres tan diversos como Abelurio, Cachano, Demachiño, Rabudo, Sucio, Resalgario, Xuncras, etcétera.

Lo más normal era nombrar al demonio por sus atributos, cualidades o señas: el maligno, el enemigo, el tentador, patas de gallo, patas de grulla, Pedro Botero, Patillas, Pateta, el Mengue, etc. Si tal variedad se ha dado a nivel general, ¿cómo no se iba a producir lo mismo a nivel regional o local? En cada zona de España han seguido la misma costumbre de evitar en lo posible su invocación o «nombrarlo a derechas». Pero en ocasiones lo que se manifiesta no es precisamente el diablo, en su concepto más malvado, sino algún espíritu de la naturaleza con similares características físicas: cuernos, rabo, pezuñas, prendas de color rojo... aunque con mejores y evidentes intenciones, sobre todo la de divertirse a costa de un ser humano, sin buscar con ello la perdición eterna de su alma. Lo del alma era una asignatura pendiente que tenían nuestros teólogos e inquisidores, que no podían admitir, por una lado, que estos oscuros seres tuvieran una como nosotros y, por otro, que precisamente hicieran pactos con los humanos para apoderarse de sus almas tan preciadas para ellos, tal vez para conseguir así su inmortalidad.

Estos pactos diabólicos ha generado mucha literatura y muchos procesos inquisitoriales. Hacia fines del siglo XVIII, un obrero de Madrid, llamado Juan Pérez, fue procesado por el Santo Oficio por negar que existiera un demonio capaz de apoderarse del alma humana. Pérez admitió este pecado, y explicó sus razones con argumentos tan contundentes como éstos:

Luego de sufrir toda clase de infortunios en lo que atañe a mi familia, mis bienes y mis negocios, perdí la paciencia y, en mi desesperación, llamé al Demonio, implorándole que me vengara en mis enemigos, a cambio de mi alma y mi cuerpo. Repetí esto un día tras otro, pero en vano: el Demonio no aparecía. Por ello, consulté a un hombre .que afirmaba ser mago, quien, a su vez, me condujo hasta una mujer que, según él, lo superaba en habilidades. Ella me dijo que, durante tres días, acudiera corriendo a la colina Des Vitillas, que allí invocase a Lucifer como el Ángel de la Luz, y, ofreciéndole mi alma, renunciase a Dios y a la fe cristiana. Lo hice, pero nada vi y nada oí. Ella me dijo que tirara mi rosario y todos los artículos de fe cristiana, que renunciase a mi fe en Dios, y me comprometiese a servir a Lucifer, reconociéndolo como la divinidad más grande.

Hice esto, y, sin embargo, Lucifer no apareció. La anciana me aconsejó que escribiera un pacto con sangre, reconociendo a Lucifer como amo y señor, al que debía llevar al mismo sitio y leerlo en voz alta. Lo hice, pero fue inútil. Entonces reflexioné: si hay demonios, y si están realmente ansiosos por apoderarse de almas humanas, nunca tendrán una oportunidad más favorable que la que yo les di. Puesto que ellos no se apoderaron de mí cuando me les ofrecí sinceramente, era evidente que tales Demonios no existían.

Aunque, tal vez, si hubiera tenido el Ciprianillo a mano otro gallo la hubiera cantado.

La sabiduría del pueblo intuiría que, en realidad, había dos tipos de demonios, al menos, bajo esta denominación. U nos serían los inequívocos diablos bíblicos, causa de males y objeto de exorcismos por parte de la Iglesia. Los otros serían unos juguetones espíritus de la naturaleza que eran inofensivos para la paz del alma, aunque no del cuerpo. A estos últimos pronto se atrevieron a llamarles diablos, pero añadiéndoles el adjetivo de «burlón» -o el diminutivo de «diablillo»-, para que no hubiera ningún tipo de dudas en cuanto a sus verdaderas intenciones, a pesar de su inconfundible fisonomía y de que la mejor manera de conjurarlos era recitar alguna oración cristiana, esbozar ciertos gestos o repetir nombres sagrados.

En España existe aún una expresión popular, cada vez más en desuso, que dice: «¡Ojalá te lleve Pateta!» Este Pateta es uno de los nombres con que familiarmente se designa al diablo y, según el diccionario, se le aplicaría a la persona que tiene un vicio en la conformación de los pies o de las piernas, es decir, en las «patas», y esto es así porque el diablo quedó cojo al caer despeñado de los cielos, razón por la cual todos aquellos seres sobrenaturales que tienen una malformación (patas de cabra) o cojera en sus pies se les ha equiparado tradicionalmente al demonio. Muchos personajes del folclore lo atestiguan: el diablo cojuelo, las lamias, el diablo burlón, el busgoso, el pedrete, los sátiros, ciertos duendes, los simiots, etcétera.

Diablillos burlones

Sin duda alguna, los seres que aquí vamos a presentar son los más agradecidos a la hora de quedar reflejadas sus hazañas en las leyendas. Son miembros pertenecientes al elemento tierra, a mitad de camino entre los duendes y los faunos, con patas de cabra, que se aproximan a los lugares humanos y buscan el contacto con los hombres en varios sentidos (alimentario, juguetón, sexual...), con peor temperamento que los trasgos en la ejecución de sus picardías y divertimentos.

Para Cabal no hay duda de que, así como las xanas son las que hace tiempo se llamaron dianas, la forma masculina de la diana no puede ser otra que el diaño, o sea el diaño.

El diaño tiene un cercano parentesco con el trasgo, con la diferencia de que el primero no optó por irse de sus acogedores bosques frondosos en busca de los hogares humanos. Prefirió observar de lejos a los hombres, no desaprovechando la ocasión para gastarles de vez en cuando alguna broma, travesura o burla -para hacer honor a su nombre- incluso dentro de ámbitos tan peligrosos como los cruces de caminos y tan hogareños como las cuadras o las cocinas.

Burlas favoritas del diaño son todas aquellas relacionadas con la Iglesia, como cambiar de sitio algún renglón del Breviario cuando el cura lo está leyendo. Se pretendía hacerle incurrir en herejía durante unos instantes y blasfemar en otros. Esta acción tan irreverente le debe proporcionar cierto gustillo irrefrenable, pues si alcanza con éxito su objetivo se oye en todo el templo una estruendo a carcajada de las que hacen época y hacen erizar el vello a las beatas.

Aunque resulte difícil de creer, el diaño no pretende hacer daño físico y no es más que un ser con un comportamiento infantil en la mayoría de las ocasiones e incorregible bromista que se ríe de la ingenuidad de la gente. Como todos, el diaño también tiene sus puntos débiles en los que se le puede atacar. La simple alusión al nombre de Jesús o de la Virgen María basta para alejarlo inmediatamente del lugar donde sea visto u oído. Una de las fórmulas para espantarlo, recogida en el concejo asturiano de Allande, es recitarle esta oración en bable:

*Jesús, María y Xoxé
si yes el Diaño
de ti arreniego
mal añu pa ti
doite mierda de gatu negru
la cruz te lago
veite a las Peñas de Fontoira.*

El mito de los diablos burlones se extiende geográficamente por Galicia, Asturias y Castilla-León, sobre todo por las comarcas leonesas de Los Argüellos y Arbas, pero no es infrecuente que ocasionalmente surjan en cualquier otro lugar. Al diaño burlón le ha visto mucha gente en tierras limítrofes entre León y Asturias. A primeros de siglo apenas hay un aldeano -confiesa Cabal- que no le haya encontrado en un camino o no le deba una broma. Curiosamente, en Asturias se diferencia al trasgo del diaño, cosa que no ocurre en Galicia o en León, donde se confunden trasnos y diablos burlones de manera sistemática.

El diaño es un actor consumado del esperpento y un maestro del transformismo. A veces le agrada convertirse en todo tipo de animales: burro, caballo, gallo, carnero, vaca, puercoespín, sapo, lobo (como en la localidad leonesa de Almuzara) o en un perro negro (en Millaró, también de León). Otras veces 'en un niño o un hombre normal y corriente que habla, se ríe y se burla de todo bicho viviente hasta que desaparece de repente, soltando una risa estruendosa a o canturreando alguna cancioncilla burlesca.

Los aldeanos, cuando salen por la noche, si se topan en un sendero de forma inopinada con un caballo o un burro, saben que no deben montarlo, pues si lo hacen están aviados al no poder pararlo, tumbarlo ni desmontarlo hasta que llega a un río o a un arroyo cualquiera y entonces el equino lo arroja violentamente para que «disfrute» de un buen remojón. Algunas veces la broma es más pesada porque el extraño caballo o burro crece y crece, da grandes saltos y se encoge de pronto, como un acordeón, estirándose luego súbitamente. No hace falta describir cómo se debe sentir la dolorosa entrepierna de la víctima en cuestión que tenga la desgracia de estar encima de él.



El diaño burlón de la cornisa cantábrica puede adoptar infinidad de formas para perpetrar sus fechorías. Una de ellas es la de transformarse en gallo para lograr así ser llevado a una casa humana y burlarse de sus moradores.

Es frecuente que los protagonistas de estos sucesos se llamen Juan, o derivados de este nombre. En el pueblo de Felmín (León) se le apareció el «diablo burlón» de esta guisa ecuestre a un mozo llamado Juanón cuando éste iba a cortejar a una zagala en la fiesta de Getino. En Salienza, concejo asturiano de Somiedo, se recuerda la aventura de un vecino llamado Juan García, a quien le acaeció algo similar a lo de Juanón, aunque en esta ocasión no iba o regresaba de ninguna fiesta, sino que se dirigía a regar por la noche un campo que tenía en Turria, al final de la Veiga Valbarán. Iba con paso cansino y mascullando:

-Si Dios o el Diablo quisieran depararme un caballón, me haríen un gran favor.

Dicho y hecho. De pronto oyó un relincho y vio un caballo joven, de armoniosas proporciones, en el cual montó. En ese mismo instante el caballo empezó a correr y a ponerse gordo, redondo, resbaladizo, como si fuera un balón o un globo, pero él, en lugar de caerse, al suelo, que era lo más lógico, le golpeaba con una vara en las orejas, empezando el caballo a enflaquecer y quedarse casi en los huesos, hasta que su espinazo se le clavaba en la entrepierna del mozo. Pero ni con ésas, el aldeano seguía arreándole en las orejas para que se detuviese. Al final, Juan García exclamó en voz alta:

-¡La Virxen! ¿Qué clase de caballón ye ésti?

Al oír el nombre de la Virgen, el «caballo-diaño» dio un brinco y lo arrojó al suelo. Éste se levantó y echó a correr, pero a lo lejos oyó que el diaño le gritaba:

-¡Tiru, tiru, rulo!... ¿Cómo va tu culo?

A lo cual el aldeano se llenó de coraje, se volvió y le replicó:

-¡Tiru, tiru, beichas!... ¿Cómo van las tus orechas?

Esta cualidad provoca que sea difícil encuadrarlo en un grupo específico, ya que pueden ser atribuidas también sus fecharías a sus parientes directos los «trasgos», al «pesadiellu» e incluso a las «lamias», como ocurrió en Cangas de Onís donde relatan las acrobacias que ejecutaba una bella moza forastera en el baile de una romería bailando mucho mejor que ninguna otra. Era, a todas luces, la indiscutible protagonista de la noche, disputándose todos los mozos en edad de merecer, hasta que en un vuelo de su larga falda descubrieron que tenía pies de cabra, cualidad esta muy común en las «lamias», pero que en esta leyenda asturiana prefieren atribuir al diañu.

Existen varias versiones del siguiente relato, pero he elegido una de ellas por considerada más completa. Tres mozas del concejo de Allande fueron una noche al molino a moler maíz, y como la operación duraba hasta el día siguiente por la mañana, se acostaron cerca del banzal, escuchando el ruido de los molinos hasta que se quedaron dormidas.

Al amanecer, cuando ya los pájaros cantaban a la orilla del río, las mozas oyeron llorar un niño recién nacido. Una de las mozas sentóse encima de un «follicu» y al mismo tiempo que se restregaba los ojos preguntó:

- ¿Quién de vosotras parió este niño
- Serías tú que fuiste la primera que lo oíste llorar. -Serías tú.
- O tú.
- O ésta.

Y las tres armaron gran riña sobre cuál de ellas era la madre del niño (que el lector pase por alto el insignificante detalle de que una de ellas pueda tener un niño en plena noche sin que las demás se enteren). Por fin, una de las mozas, compadecida del recién nacido que lloraba a pulmón abierto, le cogió en brazos y dijo:

- Mientras aparece la madre, yo me hago cargo del niño.

Cuando la moza llegó a su casa, encendió un buen fuego, calentó agua y con ella lavó al rapaz. Después lo secó cuidadosamente y, llenándolo de caricias, le puso pañales limpios y lo envolvió en una manta.

- ¡Probín! -le decía la moza-, calla, que te vaya preparar lechecita caliente, y mientras tanto vaya ponerte aquí, junto al fuego.

Cuando la moza estaba cogiendo un cazo para calentar leche, el supuesto niño dio un brinco espectacular y dijo socarronamente:

¡ Cucurucú.
Amantásteme.
Calestásteme.
y secásteme el cú!

En San Miguel del Río, aldea situada en el antiguo camino real de León a Asturias, existe el mito del diablo burlón tanto en forma de gallo como de cabrito. En la de gallo, la moza que lo encuentra lo lleva a la cueva del Saborín para hacer lumbre y calentarlo, saliendo al final volando y canturreando una canción similar a la anterior:

Ijujú, que te comí la merienda;
ijujú, que te la comí;
ijujú, que te vi las tetas;
ijujú, que te las vi.

Una variante de este tipo de broma se recuerda en las localidades de Teberga (Asturias) y en la de San Miguel del Río (León), donde una anciana recogió un cabrito pequeño que tenía una pata rota y estaba casi muerto de frío, llevándolo a casa envuelto en un mandil. Al verlo tan famélico le hizo comer sopas de boroña (pan de maíz), lo acunó y luego lo acostó en su propia habitación. La mujer se desvistió para irse a la cama y, como tenía por costumbre, antes de acostarse se santiguó, por lo que el fingido cabrito, al ver esto, se puso en pie, dando un estornudo y gritando:

Ayayay, que comí sopeso
Ayayay, que les comí.
Ayayay, que vi el culo.
Ayayay, que te lo vi.

Y al decir la última estrofa salió por la chimenea.

Otras veces, este mismo cabrito es cogido por algún mozo fornido y lo lleva al hombro en dirección a su casa, pero, según va caminando, el animalito va pesando más y más, hasta que el muchacho agotado lo deja caer al suelo. Entonces el cabrito se transforma súbitamente en diaño dando una pirueta. Para colmo de todos los males, le orina encima y luego, por si hay represalias, pone los pies en polvorosa.

El Pedrete

Es frecuente encontrar referencias sobre diablos burlones en las tradiciones de otros países europeos. El premio Nobel de Literatura Federico Mistral nos cuenta la historia de cuatro jóvenes de Aviñón (Francia) que se van una noche de parranda. Cuando regresan a su casa ven a un caballo negro y uno de ellos lo monta de un salto. Entonces el segundo le pregunta:

- ¿Queda sitio para mí?

Y, en efecto, quedaba sitio y lo montó también. El tercero preguntó lo mismo y lo mismo hizo y el cuarto mozalbete al ver aquello, gritó:

- ¡Jesús, María y José! ¡Pero si queda un sitio todavía!

En ese mismo momento, en cuanto oyó tan devota expresión, el caballo desapareció, dando los mozos gracias a Dios por haber salido tan bien parados de tan extraña aventura. Es la misma historia que recoge Vicente Risco de un grupo de mozos gallegos que van de «tuna» por la noche y se encuentran con el diaño en forma de caballo. La pequeña diferencia es que, una vez están todos encima, la caballería se mete en el río, momento en el que uno de los jinetes, al darse cuenta de lo extraño de la montura, exclama:

- ¡Ay, Xesús, que nunca tal vin!

En la alta Bretaña reciben el nombre de «Martine», que engaña a los viandantes bajo diversas tretas, unas veces transformado en carnero, otras en vaca y otras en buey.

El pueblo llano, como hemos dicho anteriormente, ha tenido tendencia a utilizar, dentro de su vocabulario más cotidiano, diversos nombres eufemísticos para señalar a entidades revestidas de cierto temor antes de decir su auténtico nombre. Se buscaron palabras derivadas de Pedro (Botero) como antítesis del Pedro apóstol, y ahí están los nombres de Perete, Perellón, pedrete, Pedrito... para referirse a ellos.

Una de estas entidades es el llamado Pedrete. A este geniecillo barbudo el antropósofo Mario Rosa de Luna lo incluye dentro de la categoría de los gnomos, aunque consanguíneo del Busgoso. En concreto, aunque con un nombre más familiar, no sería otro que el mismísimo diaño burlón. Es llamado también «el Pedrito», y se dedica a dar sustos monumentales a los borrachos que vuelven rezagados de las romerías.

Cuenta Rosa de Luna, en su obra *Por la Asturias tenebrosa. El tesoro de los lagos de Somiedo*, que un mozo de Ponteiviello, al volver de cortejar a la novia, se había bebido unas botellas de sidra y tropezó con Pedrete. Éste lo persuadió de que montase cierto caballo blanco que allí se presentaría, caballo que era el propio Pedrete, metamorfoseado. Una vez hubo montado lo llevó por riscos y valles, mostrándole mil maravillas. Al acabar el

viaje y apearse, el mozo se burló de Pedrete diciendo: «¡A caballo vine en ti, gran bestia!, a lo que éste respondió irónico: ¡Sí, pero yo te quemé los calzones!»

Y en efecto, un olor a chamusquina, y un vivo escozor en salva sea la parte, indicó al mozo que tenía quemados los calzones y algo más...

En Curniana se le conoce con este nombre, y quien lo ha visto en su forma habitual lo describe como un «homín pequeñín», con patas de cabra, cuernos y rabo, con blusa y gorro colorado.

Su carácter eminentemente pagano se refleja, como ocurre con el resto de la familia de los diablos burlones, en que cuando oye pronunciar algún nombre sagrado huye aterrorizado.

El «Río del Diablo»

Alfredo Gil del Río, en su obra *La Rioja en el camino del tiempo*, recoge una preciosa leyenda a su vez tomada de Felipe Abad León en Estampas Cidaqueñas. Se refiere al aprovechamiento de las aguas de Valdelloto de la Sierra de Laez, aguas que fueron codiciadas desde siempre incluso por los demonios... La leyenda se sitúa en las tierras riojanas donde aparecen unos personajes, que el narrador llama diablos, pero que tienen toda la pinta de ser elementales subterráneos de los campos, con ciertas inclinaciones libidinosas, capaces de realizar auténticas proezas arquitectónicas con tal de conseguir sus objetivos.

Cuenta que vivía en Bergasa una joven bellísima llamada Quiteria, quien habitualmente ayudaba a sus padres en los trabajos de regar las alubias que tenían sembradas en una finca que poseían en el término de Valdelloto. Ya jovencita marchó a Calahorra como criada de una familia que la enviaba a llevar agua al señorío que vivía en la plaza del Raso (hoy llamada Plaza de Quintiliano).

Un día, cuando realizaba aquella labor, se le apareció, según la leyenda, el diablo, quien con voz suave y cariñosa le susurró al oído:

-Si te casas conmigo, no necesitarás trabajar tan duramente y antes de salir el sol tendrás diariamente las ricas aguas de Valdelloto en la mismísima plaza del Raso.

La joven, quizás por su propio asombro, aceptó ingenuamente la proposición. Por otro lado, la promesa resultaba fantástica e irrealizable. El diablo aquel movilizó a todos sus amiguetes y compañeros de Aragón, Navarra y Rioja. Era preciso hacer en esa noche un canal de cuatro leguas, desde Valdelloto hasta el Raso de Calahorra. Debía ser subterráneo, para no ser descubierto por los labradores, y muy sólido, de cal y canto, para que no hubiera filtraciones y llegara entero y fresco hasta el lugar convenido.

Los diablos de Aragón trajeron consigo dos gallos, uno blanco y otro negro. Tenían por misión espiar los contornos y dar los oportunos avisos con sus cantos. Este elemento los identifica con algunos espíritus de la naturaleza, que forzosamente deben retornar a sus guaridas en el momento que empieza a despuntar el día, avisados casi siempre por el canto del madrugador gallo.

El gallo blanco cantaba: «¡Cal y canto, cal y canto!», que, según la contraseña, significaba que nadie los veía y podían seguir construyendo afanosamente el cauce o río con esos dos precisos materiales. El gallo negro debía avisar cualquier peligro diciendo: «¡Canto y quieto, canto y quieto!»

La obra avanzaba velozmente en la oscuridad de la noche, cuyo silencio sólo era alterado por el canto del gallo blanco. El cauce subterráneo atravesaba ya las jurisdicciones de Bergasillas, Carbonera, Tudelilla, Bergasa y Arnedo en una extensión de unos 20 kilómetros en medida actual. Los diablos empezaban a regodearse, moviendo con satisfacción sus negros rabos. Ya estaban en la Planilla de Calahorra, a menos de 500 metros de la plaza del Raso.

Pero de repente, aquel día -nadie lo esperaba y así son las leyendas amaneció una hora antes de lo acostumbrado. Las campanas de las torres y los conventos de Calahorra empezaron a tocar llamando a oración matinal.

Los labradores salían al campo con sus ganados de labranza. Unos hablaban y otros cantaban.

El gallo negro se alborotó, y desde la altura del cerro comenzó su quiquiriquí que decía: «¡Canto y quieto, canto y quieto!» Los diablos, despavoridos y confusos, enemigos como son de la luz y del trato de los hombres, emprendieron una precipitada fuga a esconderse en sus madrigueras de Aragón, Navarra y La Rioja, y el «Río del Diablo», llamado así desde entonces, se quedó inacabado, en la Planilla de Calahorra, sin conseguir la meta del Raso.

Sin duda los diablillos sobrevaloraron sus capacidades constructoras ó sus conocimientos de la duración de la noche no eran del todo exactos. Lo cierto es que la criada salió con sus cantaros, a la hora de la salida del sol,

según lo convenido, pero tuvo que volverse sin agua. El cauce subterráneo, de cal y canto, existió y existe todavía. Los labradores de Bergasa y de Arnedo lo conocen muy bien y con frecuencia aparecen trozos de él bajo tierra, cuando hacen surcos con los aperos del tractor. Sigue siendo un misterio quién o quiénes fueron sus habilidosos constructores. De hecho, el cronista Martínez San Celedonio, en su obra Calahorra milenaria) escribe que esta ciudad se encuentra minada por una red de galerías subterráneas.

Precisamente, en el término de Arnedo existen unas galerías conocidas con el nombre de «Cuevas de los moros» o de los «Cien Pilares», por su semejanza con un sistema laberíntico sostenido por enormes pilares. ¿Quién los construyó?, y ¿por qué esa insistencia en relacionar estas cavidades subterráneas con seres sobrenaturales?

Trasnos gamberros

Ya hemos dicho que en Galicia al trasno en algunas ocasiones se le llama «demo» (demonio), no sólo por evitar decir su nombre, sino también porque se le asemeja al diablo burlón.

Refiere Andrés Suárez, en su libro *Luaña. Mitos, costumbres y creencias de una parroquia gallega*, una serie de relatos sobre algunas apariciones del trasno en esta localidad gallega -agrícola y ganadera-, y que le fueron contados por algunos parroquianos durante la década de 1940 a 1950. En la obra señala a los testigos con sus respectivas iniciales, por lo que no es una licencia gratuita por parte nuestra. Cita varios casos cuyo protagonista ha sido, según le refirieron, el mismo trasno, pero sus fechorías poco tienen que ver con el duende doméstico, ya que no las hace dentro de las casas sino en las afueras y muchas veces en el campo. Los aldeanos lo llaman trasno aunque encaja perfectamente en la modalidad del diaño burleiro gallego, y esto por varias razones: se suele presentar como un niño aterido de frío que busca fingido consuelo, otras veces, y amparado en la invisibilidad, da empujones y otras se presenta como un animal.

Sin embargo, hay tres relatos donde se describe físicamente al trasno y donde se aporta datos interesantes para determinar su origen. En uno de ellos dice que S. P. vio a uno de ellos en el monte de Toxa, el cual estaba subido en la copa de un pino. Se trataba de un hombre más bien bajo que vestía con un traje oscuro, tenía dos cuernos y no llevaba rabo. En otro relato, habla del matrimonio F. R. Y M. C. que vieron un trasno que salía corriendo por detrás del carro, después de molestar a los bueyes. Era más bien alto, con un solo cuerno en esta ocasión y con rabo. Sus piernas tenían forma caprina y al mismo tiempo que corría daba brincos; detalles significativos que no dejan lugar a dudas de su naturaleza.

Pero el relato más espectacular (y uno de los más sorprendentes de los que personalmente he podido leer relacionados con estas entidades) es el que hace referencia a uno de los vecinos de la localidad, su buen amigo G. P., que a la sazón contaba con unos cuarenta años.

Según el citado autor, G. P. le contó muy en privado que cierto día de abril fue a echar agua a un terrenillo que poseía cerca de Luaña, dejando el sombrero detrás de un muro que allí existía para resguardado del fuerte viento que soplabla aquella tarde. Instantes después, cuando volvió a recogerlo, se encontró con la desagradable sorpresa de que el trasno había hecho en él sus necesidades, por lo que, malhumorado, se dispuso a lavarlo en el reguero próximo. Cuando estaba ocupado en tal operación sintió que alguien le daba una fuerte patada en el trasero. Inmediatamente, volvió la cabeza y pudo ver al trasno corriendo, con sus cuernos y hocicos de gato, piernas de cabra y sin rabo.

No resignándose a vedo escapar, se quitó la chaqueta y la emprendió a pedrada limpia, persiguiéndolo por entre los tajos para ver, acto seguido, cómo el extraño ser cogía su chaqueta y la colocaba en lo más alto del mayor pino de los alrededores, derribando a continuación una pared que le había costado mucho sufrimiento a G. P. levantar.

Éste, perdidos totalmente los estribos, fue a casa para coger su escopeta y los perros, continuando la persecución en el mismo lugar donde la abandonara. Lo encontró de nuevo, pero los perros escaparon babeando por lo que, de nuevo, él sólo continuó detrás del autor de tantas fecharías. Tuvo que dejado por imposible: cada vez que disparaba, el trasno se reía y aún tenía tiempo para realizar solemnes cortes de mangas.

No terminó ahí la desgracia para el pobre hombre, ya que siempre que cualquiera de la familia acudía al regadío para echarle agua, el diablillo llevaba a cabo las mismas trastadas. Por fin, su mujer consiguió que una vecina le prestase un cuerno de macho cabrío herméticamente cerrado por la base con piel del mismo animal y repleto de un trozo de evangelio y corteza de roble. El cuerno en cuestión parece que fue comprado en Santa Comba y que tenía verdaderamente un poder especial para hacer huir al trasno, pues desde aquel día nunca más se le volvió a ver por los alrededores.



En la localidad gallega de Luaña está localizado uno de los más extraños y curiosos encuentros tenidos por un ser humano con un trasno o diablo burlón

Una vez leído este capítulo, creo que sería bueno recordar la reflexión que hizo el astrofísico francés Pierre Guérin:

Los modernos ufonautas y los demonios de épocas pasadas son probablemente idénticos. Estos últimos aparecen en cada periodo histórico revestidos, precisamente, con el aspecto que los testigos de la época esperan ver, en función de sus condicionamientos culturales y del momento histórico. El mismo efecto camaleón es también característico del fenómeno ufológico.

Dentro del folclore internacional, este «efecto» lo estamos observando continuamente y, como es lógico que nuestra mente cartesiana todavía albergue dudas al respecto, adentrémonos en el siguiente capítulo.

Sátiros silvestres

... porque se acuerdan por la noche de ese fantasma alto, alto y blanco, blanco, que es la Estadea, y por el día, del sátiro al que los poetas han hecho funerales desde que nadie volvió a verle en las montañas polvorientas de Grecia ni en las florestas de Italia, pero que vive misteriosamente refugiado -con el extraño nombre de Rabeno- en las umbrías de Galicia, sin más cronistas que las viejas y las mozas que hablan de él entre risas y miedos, en la penumbra de la cocina donde arden el tojo y el brezo y las ramas de roble vestidas de musgo gris.

WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ:
El bosque animado (1950)

Joculadores y dusios

UNA vez llegados a este extremo, el lector tal vez se esté preguntando si todos estos seres que hemos ido presentando (de distinta calaña pera, por lo general, simpaticones) tienen algo que ver entre sí. Casi todos ellos formarían parte del genérico grupo de los espíritus elementales de la naturaleza en su vertiente masculina, y digo casi porque algunos escurridizos seres escapan hábilmente de este encuadramiento. Ahora bien, al igual que ocurre con nuestra humanidad y las distintas razas y etnias que la componen, también estos espíritus gozan de una diversidad encomiable. Los que vamos a presentar en este capítulo son personajes no menos estafalarios que los anteriores, pero con unas características comunes: su gusto por las mujeres y por tener algunos de ellos cuernos y extremidades inferiores terminadas en pezuñas hendidas. Su correspondencia es clara respecto a los sátiras y los faunos de la mitología clásica.

Para Constantino Cabal hay dos clases de faunos en la memoria del vulgo de diferentes países: los joculadores y los dusios. Unos y otros tienen cuernos, patas de cabrón, andan de noche por los caminos, buscan la soledad de la selva y tienen una especial debilidad por los encantos del sexo femenino. Sin embargo, los joculadores - que significa burlones- son faunos que se pasan la vida alegremente, divirtiéndose con todo y con todos sin agraviar seriamente a ninguno. Estos serían nuestros «díaños burlones» y los Pedretes asturianos. Mientras que los *dusios* serían seres ansiosos de mujeres que se apoderan de ellos y se caracterizan por tener más mala uva que los *joculadores*. Entre estos últimos, Cabal encuadra al busgoso, y nosotros incluiríamos también al tentirujo, así como a otros más dudosos (razón por la que no forman parte de este volumen) pero de claras tendencias sexuales como al *feram* tarraconense, al *rabeno* gallego y al *esgarrapadones* del Pirineo. Lo más seguro es que estos tres personajes, lejos de formar parte de los espíritus de la naturaleza, fueran seres humanos pervertidos cuya lasciva e indecorosa actuación quedó mitificada en algunas antiquísimas leyendas.

Desde nuestro punto de vista, estos sátiros, individuos sobrenaturales de dudosa moral, serían representantes del que hemos dado en llamar Pueblo Antiguo, aunque de una familia o rama distinta a los descritos en el capítulo correspondiente a los enanos. Se les suele vincular a los megalitos, poseen extremidades animalescas y suelen mostrar un deseo de acercamiento; con personas de género humano (sobre todo si tienen faldas), dando valiosos consejos a aquéllos que entran en contacto con ellos (como ocurrió a San Antonio Abad o como hace el busgoso).

Miyo (Emilio Fiel), en una línea de pensamiento armónico con la naturaleza, comenta que los elfos que desaparecieron visiblemente de los bosques europeos hace miles de años, constituían una raza que estaba unida al mismo tiempo a los poderes telúricos de la Tierra y a los poderes cósmicos del cielo. Por sus pies redondeados, con gran parecido a las pezuñas de cabra, absorbían la fuerza telúrica que les permitía disponer de un enorme poder mágico y gran longevidad. En su cabeza tenían algo parecido a dos pequeñas excrecencias membranosas capaces de condensar las energías etéricas. Con sus flautas «reproducían el sonido sutil del canto de la creación, actuando directamente con ellas sobre la espiritualidad».

Igualmente refiere que eran seres básicamente nocturnos y evitaban al máximo los rayos solares. Disfrutaban detectando metales y cristales preciosos que forjaban hasta convertidos en hermosas joyas de gran poder. Los también llamados faunos realizaban juegos amorosos con las ninfas para expandir las energías capaces de fecundar los campos. Sólo con la llegada del cristianismo «estos seres fueron perseguidos e incluso repudiados por el inconsciente colectivo, hasta el punto de que su aliado de poder, la cabra, pasó a convertirse (como todos los antiguos dioses vencidos por la espada) en símbolo del demonio».



En la mitología griega eran frecuentes las representaciones de dioses con patas de cabra y raptando a mujeres para satisfacer sus deseos. También en la mitología española encontramos sucesos parecidos

Miyo, como otros tantos autores, pone la mano en la llaga del problema. Se asociaban estos seres de patas caprinas a entidades demoniacas por el mero hecho de ser divinidades paganas. Todas estas divinidades mitológicas, sin excepción, eran para los Padres de la Iglesia, como San Jerónimo, San Agustín, San Isidoro, o más tardíamente para el jesuíta Nieremberg, simple y llanamente demonios. Si bien les traía al fresco indagar sobre sus orígenes, sí les preocupaba sobremanera las relaciones sexuales de los faunos con las mujeres, tal vez por el indudable aspecto morboso que de ello traslucía. Varios tratados teológicos y demonológicos están llenos de estas curiosas referencias, sin ahorrar palabras en cuanto a detalles escabrosos se refiere.

San Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías* llega a las siguientes conclusiones:

Los «peludos» en griego se llaman panitas; y en latín *íncubos* o bien inuos, derivado de *inire*, del trato carnal que acá y allá mantienen con animales. Del mismo modo, los íncubos toman su nombre de *incumbere*, esto es, de fornicar. A menudo estos desalmados cohabitan también con mujeres, con quienes tienen relación carnal. A estos demonios, los galos los llaman «dusios», porque viven continuamente en esta inmundicia. A quien el vulgo da por lo común el nombre de íncubo lo conocen como «fauno higuera».

Otra cuestión era determinar si realmente podrían engendrar hijos. Lo cierto es que en las leyendas españolas no hemos encontrado ningún caso de descendencia mítica provocada por la unión sexual de un ser de los bosques con una mujer humana, a diferencia de las hadas, más proclives a tener prole con simples mortales. Los seres masculinos buscan, al parecer, el contacto carnal única y exclusivamente por puro deleite lujurioso.

Sabido esto, no nos debe extrañar que los mal llamados «demonios de los bosques», velludos, con pequeños cuernos, pies de chivo, cola y rudos instintos sexuales, estén presentes en todas las culturas y mitologías europeas y se les llamara en la Antigüedad con distintos nombres según la zona geográfica donde fueran vistos: Dusio (Francia); Fauno y Silvano (antigua Roma); Sático y Pan (antigua Grecia); Busgoso (Asturias)... Los hay con características mixtas entre animales y humanos como los Hombres Caprinos, de algunas islas del Mediterráneo y de los Balcanes. En la Gascuña se le llama «Hombre Cornudo». En la alta Bretaña, «Le Fauxsinge». En la baja Bretaña, sin embargo, recibe el nombre de «Santirine». Durante la Antigüedad los sáticos fueron confundidos con los silenos, aunque estos últimos tenían rasgos de caballo en vez de macho cabrío.

En Escocia es el «Ourisk», tomado de la mitología celta, a quien Walter Scott, por su figura, compara con el dios Pan, así como el «Meming» escandinavo. El dios Pan fabricaba armas encantadas para proteger a los animales, corría por los montes persiguiendo a ninfas y se divertía como un niño haciendo súbitas apariciones para asustar a viajeros y leñadores. Con todo ello provocaba lo que más tarde se convino en llamar el pánico. Estas características las adoptaron más tarde otros espíritus de la naturaleza, y en España tenemos varios miembros de esta lujuriosa familia.

Tentirujos trentis y traucos

En las cuencas del Saja y del Besalla, aún a mediados del siglo pasado, se recogían testimonios del tentirujo, pequeño diablillo tentador, que, como todos los suyos, sentía especial atracción por las mozas jóvenes y bonitas.

Su principal costumbre- era excitar carnalmente a las mujeres que se encontraban en soledad, aunque sus travesuras se limitaban tan sólo a producir en ellas un gran desasosiego. Se desconocen los afrodisiacos o medios secretos que utilizaba para lograr sus escabrosos propósitos, aunque Adriano García- Lomas piensa que podía tratarse de la raíz de la mandrágora, la cual ingería en grandes cantidades. De todos es sabido que esta raíz tiene forma humana y ha sido utilizada por la brujería para preparar pócimas mágicas de claro contenido sexual.

Las peores cotillas de los pueblos susurraban que cuando una mozuca tímida y moderada experimentaba de pronto un gran cambio y se hacía frívola y desvergonzada, era porque ¡había tropezado con el tentirujo!

Es curioso que tanto el tentirujo como el trenti tengan en su nombre el mismo origen (trenti-rujo, trenti-rojo). Para Julio Caro Baroja, es un resto de la antigua veneración que se profesaba a los árboles y a los bosques. No debemos olvidar que, en Cantabria, árboles sagrados como el roble, el tejo y el haya eran objeto de culto y especial adoración.

Físicamente, el tentirujo es descrito, sin exagerar, como un ser pequeñajo (en torno a los sesenta centímetros), de piel verdosa o amarillenta, con pequeños ojillos verdes y cara de mal genio. Algunos dicen que tiene cara de viejo, con un rostro surcado de numerosas arrugas, porque siempre está cabreado, debido a los continuos fracasos obtenidos. Se ve adornado con dos pequeños cuernecillos en la frente, y calza botas de punta retorcida. En ocasiones muy especiales (aunque no sabemos cuáles), viste con una capa encarnada.

García-Lomas encuadra al tentirujo como un enano de los bosques cubierto con una boina de rabo inhiesto y vestido con un ropaje rojizo, como así indica su nombre. No hace falta haber estudiado a Freud para deducir que el apéndice de la boina es un claro símbolo fálico, que caracteriza las tendencias de este personaje.

Poca diferencia podemos encontrar en el trenti, en cuanto a su aspecto físico y en su comportamiento con los «duendes silvestres», es decir, con toda la caterva de diablillos burlones que merodean por los alrededores de las casas buscando el contacto humano femenino como centro de sus burlas lascivas.



El tentirujo sería uno de esos “gamberros” invisibles que frecuenta algunas zonas boscosas de Cantabria en busca de mujeres para desazonarlas un poco. Dos aspectos que le caracterizan son la ingestión de mandrágora y el peculiar gorro que siempre lleva en la cabeza.

El trenti habita- en los neblinosos bosques del centro de Cantabria y su alimentación está constituida por panojas y endrinas, pero, a diferencia de otros seres, jamás prueba el agua, ya que para él es un veneno terrible. También le gusta la miel y el grano de cereal que roba a los campesinos, así como la leche, siendo éste uno de los manjares favoritos de todos los duendes y, por extensión, de casi todos los elementales.

Su esporádica relación con los seres humanos se limita a poco más que la persecución a que antaño sometía a las mozas con las que topaba en los senderos del monte. Normalmente las acechaba escondido entre los árboles o los líquenes y les pellizcaba los muslos después de tirarles de las faldas. No obstante, en algunos pueblos aseguraban entre sonrisillas que si bien muchas mozas se asustaban del trenti otras iban gozosas tras él a lo más profundo del bosque.

Según palabras de Manuel Llano, era:

[...] unenanu que andaba por los montes vestiu con un ropaje de hojas y musgos. Dormía en las toreas en el invierno y debajo de los árboles en el verano. Era malicioso y picara. Se escondía entre las matas de los senderos y jalaba de las sayas de las, muchachas. ¡Cuántos sustos dio a las mujeres el mal pecau!

Es de naturaleza primitiva, y sabemos que, siendo de cara negra y de oscuro pelaje (como los trasgos), tiene los ojos grandes y verdes. Su gusto por las ropas y adornos hechos a base de hojas de helecho y musgo le da un extraño aspecto de «hombre-planta», con lo que alcanza un alto grado de camuflaje con el entorno vegetal. Su unión a la naturaleza es tan profunda que difícilmente se le encuentra lejos de su hábitat originario, generalmente constituido por un grupo de robles y helechos en los que construye su guarida. Su altura no sobrepasa el metro de altura.

Los trentis vivían en toda Cantabria, pero poco a poco se han quedado relegados a las zonas boscosas del Saja y de los Picos de Europa. Hace mucho tiempo que no se ha visto ninguno. No obstante, todavía algunos ancianos, cuando ven a una moza de aspecto rebelde y malencarada, suelen decir:

-¡Ésa no se asusta ni del mesmu trenti!

Ramón Sordo Sotres recoge un relato en Juentes que nos pone sobre la pista del nombre que recibe este pequeño personaje y coincide en afirmar que el trenti es una variante del trasgu. Sotres insiste que «era una cosa pequeña que vestía de colorau, traía cuernos y rabu y andaba con la trente y el garabatu al costín, cuando con unu cuando con otro, era... les herramientas d' el. La trente (es) como una pala de dientes, cuatro o tres de jierru, y el garabatu también, é como una trente pero doblada».

Trente es en Cantabria: tridente, horcón de tres dientes metálicos. También apero de labranza, a modo de azada con tres dientes de hierro, si bien las modernas suelen tener hasta ocho púas. (...) Es síncope de «tridente», del latín *tridens*, *tridentun*. El trasgu de Juentes, por tanto, posee cuernos, rabo y tridente, atributos todos ellos del diablo, según nos lo pinta nuestra cultura. Al parecer, un primitivo mito referido al trasgu portaría un tridente y por eso en algunas historias le quedaría el nombre de trenti. Recordemos que el trasgo montañés lucía un pequeño rabillo y dos cuernecillos casi incipientes o rudimentarios. En algunas versiones se le atribuían pezuñas.

En Chiloé, la isla grande de Chile (antiguamente llamada «Nueva Galicia»), se localiza un entorno semejante a Galicia y a Cantabria en cuanto a su clima, geografía y mitología.

En esta isla encontramos un ser libidinoso llamado *Trauco*, representado como un hombre pequeño de un metro de altura, perverso, que cubre su cabeza con una capucha hecha a base de bayas de quilineja (una trepadora local). A veces lleva un hacha entre las manos, y todo su poder misterioso y magnético reside en sus ojos. A cuantas mujeres mira, las hace caer en un irresistible sueño o aturdimiento. La leyenda no dice qué hace con ellas, tan sólo que desaparece sin dejar rastro camuflándose entre las ramas de los árboles. Incluso en esta isla tienen el equivalente de la bruja xuxona gallega o de la *guajona* cántabra: el trauco está casado con la «Fiura», vieja bruja de nariz aguileña de dedos ganchudos.

Los mitos hermanan a los pueblos y acortan las distancias. Es seguro que si hiciéramos una investigación más a fondo por el complejo mundo mitológico hispanoamericano, encontraríamos trentis, tentirujos y traucos (con otros nombres) de las características aquí señaladas, pero tan ingente labor daría para otro libro y todo tiene su momento...

Los simiots

No todos los seres que tienen patas de chivo se comportan de la misma manera. En el libro VII de las *Fábulas* de Esopo figura una titulada el «Sátiro y el caminante», debida al autor latino Aviano que vivió en el siglo III de nuestra era. Escribe que los sátiros son unos hombres de pequeña estatura que moran en la parte de Libia, en el nevado monte Atlas, los cuales tienen unos pequeños cuernos en la frente y los pies semejantes a las cabras. Joan Amades hace una interpretación geográfica de esta fábula y dice que ni África en general ni el Atlas en particular son regiones que se distingan como propicias a la nieve. En su interpretación particular, entiende que Libia es Llivia (localizado en Cerdeña), que Atlas son las montañas de Arlés, y que esos sátiros eran los simiots. Concluye Amades: «Nosotros no lo afirmamos ni lo negamos y nos limitamos simplemente a exponerlo. »

Pero ¿quiénes son los simiots? Según una abundante documentación medieval, en las vertientes septentrionales de los Pirineos marítimos catalanes se padeció una plaga de unos pequeños y extraños seres que

eran una especie de híbrido entre persona y animal, conocidos con el nombre de simiots, palabra que denotaba un evidente aspecto simiesco. Tenían cuernos y pies de chivo. Estaban considerados como seres de aspecto humano, pero bastante peludos y de visión repugnante. Vivían encaramados en los árboles y eran huraños al hombre. Para Amades, su retrato coincide con el de las divinidades mitológicas sílvicas Pan, Fauno y Silvano.

Estos seres causaban la ruina del país provocando la pérdida de las cosechas y de los ganados. En los mentideros y conciliábulos callejeros se contaban de ellos cosas prodigiosas y casi nunca buenas: eran los que provocaban tempestades o los que raptaban a los niños de las aldeas de todas las comarcas. Ya se pueden imaginar que en esta zona a los infantes no se les asustaba «solamente» con hombres del saco o cocos de poca monta. Los que realmente quitaban el sueño a grandes y pequeños eran estas terroríficas criaturas salidas de cualquier antro del Averno.

Nos cuenta Jacinto Verdaguer que en el año 1072 un sacerdote de la villa de Arlés del Tech, población del antiguo condado de Rosellón y Cerdaña (cercana a la falda norte del monte Canigó, escenario de múltiples relatos y leyendas mágicas) fue a Roma en busca de la protección del Papa contra los simiots. Cuando el sacerdote contó estos hechos al Sumo Pontífice, éste le dio autorización para trasladar los cuerpos incorruptos de dos santos desconocidos todavía por estas tierras. Se trataba de las momias de dos reyes armenios, San Abdón y San Senent, que por alguna extraña razón servirían de eficaces talismanes para ahuyentar definitivamente a los simiots. Fueron llevadas a la Cataluña francesa con todo el cuidado, conservándolas en la pequeña iglesia de Arlés. Al poco tiempo de permanencia en este recinto sagrado, sus contundentes efectos se empezaron a notar, ya que a partir de entonces los simiots desaparecieron de la comarca y San Abdón y San Senent pasaron a ser santos de la devoción del pueblo que, bien porque les cogieron confianza, o bien por catalanizar rápidamente sus nombres, lo cierto es que les empezaron a llamar coloquialmente Sant Neu i Sant Non.

Para el investigador de lo paranormal Josep M. Armengou, los simiots no son otra cosa que una actualización moderna de un mito más ancestral, referido a los llamados «Home de la Molsa» (hombre del musgo) y el «Home de la Escorça» (hombre de la corteza), como divinidades tanto del bosque como de la montaña. Ambos reciben el nombre de «Jan del Base» y, según las zonas, estos ancestrales «Jan» son llamados «Jan Pelut» o «Jan del l'Onso», de los cuales se han encontrado referencias en la Cerdaña, aunque, sin lugar a dudas, donde se han visto con mayor asiduidad a los «Jan» ha sido en las comarcas de Ribagorza y en el Pallars.

Joan Amades no estaba muy convencido de que estos monstruitos tan sólo se dejaran sentir en siglos pasados, llegando a escribir: *Els pocs pastors i bosquerols que saben donar certa raó del simiots, en parlen com si fos una cosa relativament moderna la seva extinció.* Él sabía que a finales de los años cincuenta, entre la población campesina de los valles pirenaicos de la Cataluña francesa, subsistían aún vestigios de la creencia en estos seres. Para los más incrédulos, el recuerdo de los simiots aún no se ha extinguido, pues cada 30 de julio la Iglesia reparte entre los payeses del Roselló agua manada de las sepulturas que albergan los despojos de los santos, procedente de las barricas que sirvieron de ataúdes en el traslado de sus huesos. El beber esta agua, aparte de sus propiedades curativas, significa recordar a los simiots y todos estos acontecimientos que hemos relatado. Pero la cosa no acaba aquí. Los seres descritos tienen un gran parecido con los enanos que vio el anacoreta egipcio San Antonio Abad en su retiro espiritual en el desierto de la Tebaida en el siglo III. SU biógrafo San Jerónimo describe así la escena del encuentro:

Al poco tiempo, en un pequeño valle rocoso cerrado por todos lados, vio a un enano de hocico en forma de bocina, cuernos en la frente y miembros como patas de cabra.» Al verlo, San Antonio preguntó quién era, y respondió: «Soy un ser mortal y uno de los habitantes, del desierto al que los gentiles rindieron culto bajo varias formas engañosas, con los nombres de faunos, sátiras e íncubos. He sido enviado como representante de mi tribu. Venimos a suplicarte que pidas a tu Señor que nos dispense sus favores, pues también es nuestro Señor que, según hemos sabido, vino una vez para salvar al mundo y cuya voz resuena en toda la Tierra.»

El biógrafo acaba diciendo que nadie sienta escrúpulos en creer este incidente, *pues tenéis que saber que un hombre de esa especie fue llevado vivo a Alejandría, para ser exhibido ante los maravillados ojos del pueblo. Cuando murió, se embalsamó su cuerpo con sal, para evitar que el calor del verano lo descompusiese, y así fue presentado a Antíoco, para que el emperador pudiese verlo.*

Los maridos de las lamías

Varios cuentos, leyendas y supersticiones del País Vasco (tanto francés como español) fueron recogidos por W. Webster y Julien Vinson entre los años 1874 y 1876, Y entre ellos algunas relativas a unos seres lascivos considerados los compañeros de las bellas y paganas lamias de pie de cabra.

A decir verdad, nos han llegado pocas referencias del compañero masculino de la lamia vasco navarra, quedando eclipsado por la importancia, poder e influencia de las Jéminas. Pero esto es correcto tan sólo para el País Vasco español, porque en el País Vasco francés, las lamias son consideradas genios rústicos de uno u otro sexo, siendo mucho más importantes los machos que las hembras y en ocasiones aparecen como parejas que tienen hijos. Tanto unos como otras suelen ser infieles con mucha facilidad, pues las lamias-machos se dedican a secuestrar a hermosas aldeanas que retienen en sus moradas subterráneas, y las lamias-hembras se suelen enamorar y casar con los humanos.

Cree José Miguel de Barandiarán que los *maïde* -genios domésticos asilvestrados- son los maridos de las lamias y, según algunas tradiciones muy poco fiables, las lamias tenían a sus hijos por la boca, que es una de las muchas barbaridades que sobre los genios de la naturaleza se han escrito.

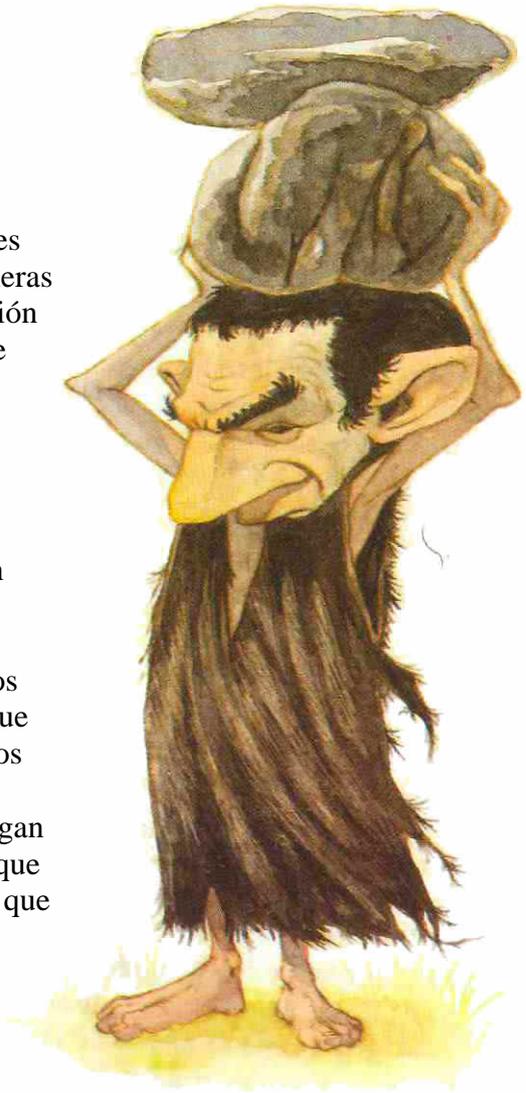
A los *Maïde* se les atribuye en Soule (País Vasco francés) la construcción de los cromlechs y, en Mendive, la de los dólmenes de la región, aunque es más habitual adjudicadas, a sus compañeras las lamias, a las que también atribuyen los franceses la edificación de las iglesias de Arras y Espées, el puente Licq y la catedral de Amiens. ¿Qué hacen seres paganos construyendo edificios religiosos? A veces la lógica está reñida con las leyendas.

Lo más seguro es que estos *maïdes* sean o bien restos del Pueblo Antiguo (korreds y dusios, en definitiva) o bien una deformación semántica de los *mairuk*, raza legendaria vasca sucesores de los *baxajaun*, los «señores del bosque», que serían los auténticos constructores de los megalitos debido sobre todo a su gran estatura y su colosal fuerza.

Uno de los comunicantes de Vinson le habla de lamias machos o lamiñas secuestradores de bellas mujeres. Se menciona -aunque muy de pasada- sus relaciones con los «moros», entendidos éstos como raza mítica y gigantesca (al estilo de los *mairuk*). De los lamiñas, tal y como nos los presenta Vinson, no se dice que tengan alguna deformidad en sus extremidades, aunque es de suponer que sí, debido a que tienen parecidas costumbres que los sátiros y a que sus acompañantes femeninas -las lamias- sí las tienen.

La protagonista de la historia es Margarita, hija de la casa Berterretche, de Cihigue que cuidaba los rebaños en la montaña siguiendo la costumbre de la familia. Un día un lamiña se acercó a ella, y, no teniendo otra cosa mejor que hacer, la secuestró echándola sobre sus espaldas. Al anoecer, los padres comenzaron a inquietarse al ver que Margarita no volvía y, al día siguiente, pidiendo ayuda a sus vecinos, fueron a buscarla, pensando que se habría caído por algún hoyo. Recorrieron inútilmente todos los alrededores. Cuando ya anoecía, se retiraron con tristeza hacia casa.

De pronto encontraron a un mendigo que venía de Aussurucq hacia Cihue. Éste les dijo que había visto la víspera, al anoecer, a un lamiña que entraba en su gruta llevando sobre sus espaldas a una joven muchacha que profería fuertes gritos. Entonces la pena de los padres aumentó mucho más. Temiendo que los lamiñas les aplastaran con piedras en caso de acercarse a su gruta, optaron por abandonar con gran dolor a su querida hija.



Diversas tradiciones atribuyen tanto a las lamias como a sus maridos, los lamiñak, la construcción de dólmenes y otros monumentos megalíticos, como asimismo hacían los descendientes del llamado "Pueblo Antiguo".

En esta época había en el barrio hombres salvajes, hermosos, grandes, fuertes y ricos, a los que se conocía con el nombre de «moros», que más tarde fueron aniquilados por Rolando. Todas las semanas, los moros y los lamiñas se reunían alrededor de la campana de Mendi para correr sus juerguecillas.

Ya habían transcurrido cuatro años desde que Margarita Berterretche sufrió tan ignominioso secuestro, encerrada en la gruta de los lamiñas; le alimentaban con pan blanco que ellos mismos hacían. Durante su estancia, los lamiñas no perdieron el tiempo y la joven había concebido a un hijo que ya tenía tres años de edad.

Un buen día, en que todos los lamiñas habían ido a divertirse con sus amiguetes los moros, ella se había quedado sola en la gruta en compañía de su hijo, al que dijo:

-«¡Estáte en silencio!, ¡en silencio!, ¡enseguida vengo!», y se escapó corriendo. Cuando llegó a su casa, sus padres apenas podían creer que fuera su hija. La abrazaron, lloraron, rieron y prepararon una gran cena en su honor. Sin embargo, su madre no ocultaba negros presagios y no tardó en entristecerse, diciendo a los comensales:

-«Los lamiñas vendrán seguramente a buscada; es necesario esconderla para que ellos no fa puedan encontrar.» De inmediato se cavó un gran hoyo en el establo, bajo el pesebre, para que ella pudiera respirar y recibir la comida.

Apenas Margarita se había metido en el escondrijo, cuando un grupo de lamiñas llegó a Berterretche en su busca. Se les dijo que ella no' estaba allí y se les invitó a buscarla si querían. Revisaron toda la casa y rápidamente se dieron por vencidos. La abandonaron sin más explicaciones.

Margarita estuvo en el escondite -por si acaso- durante tres días y tres noches; pero su padres, temiendo que algún mal pudiera llegarle por culpa de los lamiñas, decidieron enviarla lejos de allí: a París. Los lamiñas, que no las tenían todas consigo, volvieron, en efecto, a los pocos días, pero hicieron el viaje en balde, pues, por el momento, Margarita estaba en Tardets.

Vinson acaba aquí la narración y se queda tan fresco pues nada dice del fin del hijo de Margarita ni de ésta en París.

Xanos y anjanos

No hay que ser muy listo para imaginar que la gran familia de los gnomos y resto de espíritus masculinos de la naturaleza deben tener su contraparte femenina para que la especie no se llegue a extinguir de manera irremisible. Aun así, hemos encontrado pocas referencias que nos hablen de los consortes masculinos - considerados como tal- de las hadas españolas, maridos con los que forzosamente se tienen que aparear las lamias, xanas y anjanas para poder procrear, pues, que sepamos, entre sus virtudes no se encuentra la generación espontánea de su prole.

Al *xanu*, o genio masculino de las fuentes asturianas, se le ha identificado casi siempre con el diablo. En la Antigüedad conservaba su auténtico nombre, del que derivó posteriormente el de *Xuan* o Juan. Es de recordar que, en Asturias, Xuan es el nombre genérico que reciben los genios o dioses de los diversos fenómenos de la naturaleza. Veremos que uno de los nombres del nuberu es el de Xuan Cabrito, o genio de las nubes tormentosas, pero también hay otros menos conocidos como Xuan de la Borrina, Xuan de Riba, Xuan Blancu o Xuan Barbudo, identificado como genio del sol; Xuan del Aire y Xuan de la Vara Llarga, el genio del viento otoñal que sacude los castaños Xuan Canas, el de los pozos y de los ríos que acecha a las personas; Xuan dos caminos, al duende de los caminos y encrucijadas, etc. También hay que recordar que otro de los nombres que reciben las xanas es el de xuanas o juanas, por lo que la relación entre unos y otras parece evidente. .

Una cosa queda clara, y es que las hadas no son hermafroditas. Existe una leyenda de una xana que fue ayudada en su parto por una mujer. La acción se localiza en una cueva de la Cogolla, en el Monte de Naranco (Oviedo). Tampoco suelen mantener relaciones estables con sus maridos, ya que, siempre que se hace alusión a ellas en las leyendas, se las encuentra en solitario o junto a otras hadas, y cuando ocasionalmente tienen contactos con un ser masculino, éste es un ser humano de carne y hueso.

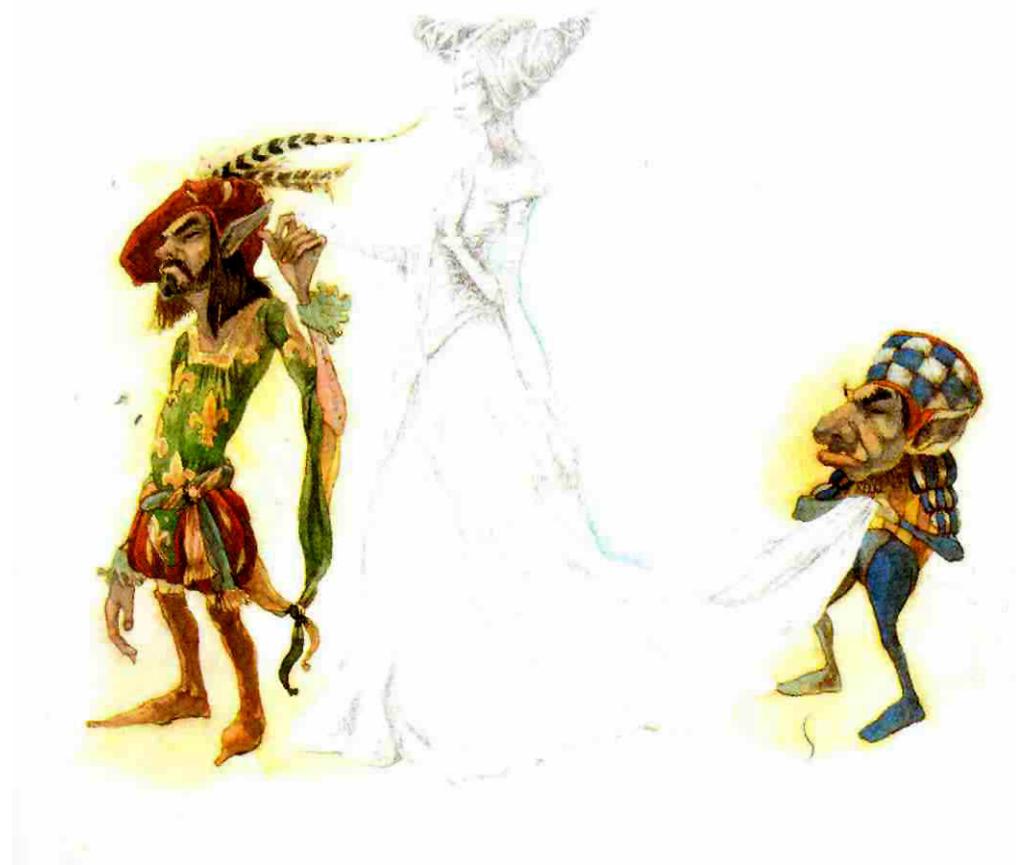
Escribe Aurelio de Llano en los años veinte que «no hay noticias de que exista el xan, sin embargo, ellas (las xanas) tienen hijos. Y cuando nadie las ve, sacan de la cuna a los niños de los campesinos y los llevan consigo, dejando a los *xaninos* (hijos de las xanas) en lugar de aquéllos para que las aldeanas les den de mamar. Y cuando lo creen oportuno devuelven al niño ajeno sin hacerle daño y recogen el suyo».

Por su parte, el folclorista José A. Sánchez Pérez nos suministra otro pequeño dato, casi a nivel anecdótico, en su obra *Supersticiones Españolas* (1948). Nos habla de la existencia del xanu, al que cataloga como a la misma xana pero de sexo masculino. Éste tenía la virtud de esconderse entre las nubes, y termina diciendo que «hoy se han olvidado completamente del xanu». En realidad, de lo que se han olvidado es del nombre porque lo que es el personaje parece corresponder al nubero.

Las xanas -nos dice Constantino Cabal, al que no se le escapa una tienen maridos, hijos, padres... el «xanu» existe aún, y se le conoce con el nombre de Juan Canas. Se perdió la noción de su figura, aunque se le supone chiquito, de mala intención y fuerte... Vive oculto en las aguas de los ríos y a la vera de los pozos, y acerca de su trabajo, dicen que se limita a agazaparse y atisbar a las personas. Y cuando el que se allega a su escondrijo se descuida un sólo instante, le hecha el «gavito», tira, se lo lleva, y lo esconde en el agua para siempre... Es decir, produce el encantamiento en su víctima y es arrebatado al País de las Hadas.

Las madres de Somiedo, que saben esto, aún dicen a sus niños con la idea de atemorizarlos:

-¡No te acerque ahí, que te coge Juan Canas!...



Los xanos y los anfanos serían los hipotéticos maridos de las xanas y las anfanas, es decir, de las hadas de la cornisa cantábrica. Pero eso no quiere decir que los encantadores espíritus femeninos de la naturaleza no busquen el contacto de los humanos para tener también sus devaneos amorosos.

Equiparándole a un vulgar hombre del saco, lo cual es frecuente con bastantes personajes o espíritus de la naturaleza. Su correspondencia con el nubero no es tan descabellada si pensamos que éste también recibe como nombre el de Xuan Cabrito, y que al genio del viento otoñal que sacude los árboles se le llama Xuan de la Vara Llarga y Xuan del Aire. Además, en poemas regionales de la primera mitad del siglo XVII un ensalmador evoca el poder de los xanos de esta manera:

*Xanu, qu'entre les ñubes escondido
el to saber me soples pel óido,
ya que ye para ti cosa muy llana,
manda la cerviguera y l'al Morrana
donde estaben, y dexa sin tropiezo
d'Alfonso Frieria niervos y pescuezo...!*

Por lo que se refiere a la mitología cántabra, García Lonias comenta que las anjanas que se casaban con mortales acababan perdiendo su hechizo y su poder mágico y que no podían tener correspondencia masculina. Desmiente que los anjanos tuvieran tres ojos como decía Manuel Llano, pillándole en una nueva mixtificación. Llano, con la fantasía que le caracterizaba, hacía referencia a que las anjanas se casaban cuando eran jóvenes con los anjanos que:

[...] eran muy güenos, muy gordos y muy bajos, que tenían tres ojos: dos en la cara, que eran negros, y el otro un poco más arriba de la nuca, que era colorau.

Continúa diciendo que las anjanas y anjanos tenían hijos e hijas. Éstas últimas adquirirían la condición de anjanas después de casarse. En cambio los hijos, sólo cuando empezaban a ser viejos, se convertían en anjanos. Éstos usaban unos vestidos confeccionados con piel de oso y caminaban descalzos. Robaban el dinero a los ricos egoístas que nunca daban limosna y a los avariciosos, para entregárselo después a los pobres que encontraban en los caminos, sin que éstos se dieran cuenta, haciendo así la competencia a Robin Hood o a nuestra más cercano Diego Corrientes.

Después de esto cabe preguntarnos: ¿Quién era el xan, xanu o anjano que tan pocos rastros ha dejado en las leyendas del lugar? ¿Acaso podría ser uno de los elementales rijosos ya descritos, tipo diaño burlón o sátiras de tres al cuarto, que se apareaba con estos bellos seres femeninos con la única y exclusiva finalidad de mantener a la especie, algo similar a lo que dicen que hacían las mujeres Amazonas en los mitos precolombinos?

Si consideramos válida la teoría de que las hadas proceden etimológicamente de las dianas, y que estos seres mitológicos tenían como «parteneres» masculinos a los dianos que, más tarde, fue derivando a la palabra diaños o diablos, no sería descabellado pensar que son éstos precisamente sus maridos, algo infieles y alocados, es cierto, pero con los cuales se aparearían para tener a los xaninos y a las haditas.

Los señores del bosque

También entre los viejos árboles se encuentran a veces formas minerales y pétreas que representan hadas, faunos o geniecillos pícaros, que son un símbolo de la fuerza que irradia de ese lugar. En los robles, las hayas, las encinas y olmos existen también pequeñas cavidades profundas que es donde aparecen estos seres citados (que son los encargados de su crecimiento) en el curso de las ceremonias, siempre que sean invocados adecuadamente. Toda persona que llega a contactar con uno de ellos no lo olvida jamás, pues recibe de regalo un cierto conocimiento de los secretos de la Tierra.

MIYO: *Devas y naturaleza mágica* (1995)

SON infinitas las tradiciones existentes sobre una serie de divinidades que protegen los bosques donde viven. Se consideran 'pequeñas entidades invisibles y totalmente vinculadas al árbol, flor o arroyo donde viven; de tal manera que, si desapareciera ese elemento natural -como lo es un árbol-, el ser que lo habita desaparecería con él. Son los neblinosos «elfos o gnomos de los árboles». Este culto dendrolátrico fue muy común en la Antigüedad y por ello muy perseguido. San Martín de Dumio, en el siglo VI, lanzó sus personales diatribas contra las personas que ejercían ese culto:

¿Qué es sino adoración diabólica al encender cirios a las piedras, a los árboles, a las fuentes o por los trivios y observar las kalendas y echar ofrenda sobre el tronco o poner vino y pan en las fuentes?

En otras ocasiones, estas divinidades están representadas con forma de genios o de hombres generalmente de gran tamaño y fuerza, peludos y defensores de los animales y del entorno natural donde viven. A veces se les hace pertenecer a una raza humana casi extinguida, pero con una categoría superior a la de los humanos ordinarios. Estos dioses eran sabios dotados de gran poder, no tanto sobre los hombres, sino sobre los elementos de la Madre Tierra. Por esta razón, en todas las leyendas están considerados como los auténticos dueños y protectores de la vida de los bosques, montañas, selvas o sencillamente Señores de la Naturaleza. Sus cualidades y poderes se sitúan entre los correspondientes a un superhombre de gran fuerza y a un dios. En el capítulo quinto hacíamos algunas incursiones entre el mundo mitológico de antaño y el mundo ufológico de hogañío. Los seres con patas de cabra tampoco se escapan a esta clase de coincidencias. Se han visto "humanoides caprinos" en Marruecos, Estados Unidos, Brasil, en el País Vasco, en Extremadura... J. J. Benítez afirma categórico que de su «existencia real -aunque parezca increíble- no tengo la menor duda».

Culto al dios cornudo

En el año 1953 el escritor Arthur C. Clarke publicó una de sus novelas de ciencia-ficción más conocidas, la titulada *El fin de la infancia*. No sabemos si por intuición o por sus profundos conocimientos del folclore y la mitología, lo cierto es que en su argumento se tocan algunas piezas claves de los seres que hemos presentado en el capítulo quinto y de los que ahora vamos a hablar.

Clarke nos describe el primer contacto de la humanidad con una civilización extraterrestre. Una flota de grandes naves sobrevuelan nuestro planeta desde hace varias generaciones, observándonos muy de cerca. Los Superseñores, como se hacen llamar, están en contacto continuo con la Tierra (llena de violencia y de conflictos) por medio de la radio. Llegado el momento, descienden unas cincuenta astronaves extraterrestres pero, curiosamente, evitan revelar su aspecto físico. Los seres del espacio son bondadosos pero omnipotentes e imponen al hombre la paz, así como un gobierno mundial y profundas reformas. Hacen todo esto a través del secretario general de las Naciones Unidas, pues durante 50 años estos seres no se dejarán ver ni un solo

momento. Su misión, dicen, es facilitar el paso de los hombres de la fase de la infancia a la de la madurez, no la de mezclarse con ellos.

El motivo de no dejarse ver es porque consideran que los terrestres no están suficientemente preparados para el choque que provocará su aspecto físico: son casi humanos, salvo por sus -pies hendidos, sus pequeños cuernos y su larga cola terminada en punta de flecha, es decir, los Superseñores son para nosotros seres mitológicos, réplica exacta del diablo. Cuando se les pregunta si han visitado antes la Tierra y si las leyendas del diablo son una especie de recuerdo de esta visita, ellos responden: «No se trataba precisamente de un recuerdo. Ya saben ustedes que el tiempo es mucho más complejo de lo que suponía la ciencia terrestre. Pues este recuerdo no venía del pasado, sino del futuro.»

Como hipótesis no tiene desperdicio: las tradiciones no procederían de nuestro pasado más remoto sino de nuestro futuro más lejano. La nueva física habla de «universos interpenetrantes» donde todas las posibilidades son abarcables, sencillamente porque la conciencia del hombre es capaz de concebirlas. .

Se sabe que antes del año 400 d. C. la fuerza dominante en el pensamiento religioso residía en la figura de la Gran Diosa o Gran Madre y más tarde se empezó a implantar el concepto de un dios supremo masculino. Históricamente, las iglesias cristianas sólo se han fijado en sus cuernos y rabos y en su relación con la brujería para identificar al dios cornudo con Satán, el mismo que preside los aquelarres. Igualmente se le ha considerado el consorte de la diosa Diana en las ceremonias de brujería wicca. Las primeras representaciones a este dios cornudo ya se hicieron hace 12.000 años, en el Paleolítico, representado en las pinturas rupestres del norte de España y del sur de Francia. En ellas se aprecia a un dios cazador y con cuernos, parte hombre y parte animal. En la cueva de La Pasiega (Cantabria), por ejemplo, hay una pintura de un hombre con cabeza de bisonte que toca un instrumento musical. Si bien salieron a la luz nuevos dioses, el dios cornudo siguió teniendo una fuerza dominante y su arquetipo fue tan poderoso que todavía estaba presente en los albores de la era cristiana, 10.000 años después, bajo la forma del dios Pan y otras divinidades cornúretas. En Babilonia y Egipto a los cuernos se les consideró un símbolo de la divinidad. Cuantos más cuernos tenía una deidad, más importante y sagrada era, como la diosa Istar que tenía siete. Pasando los siglos, tener cuernos en la cabeza, tanto en el sentido real como metafórico de la palabra, no significó precisamente una cualidad para ser elevado a los altares.

La antropóloga británica Margaret Murray expuso una sugerente teoría en 1921 consistente en que la vieja brujería, considerada ésta en términos generales, era y es el último resto del culto a Diana en el occidente de Europa, lo que ella llamaba *The Witch Cult*. También defendió el hecho de que las brujas dieron culto a un misterioso dios cornudo de remotos antecedentes, casi prehistóricos. Pero Julio Caro Baroja, en *Las brujas y su mundo*, no ve la necesidad de seguir la pista de este dios a través de los siglos. Cree que buscarlo en los procesos de brujería bajo los rasgos de Satán o del Macho Cabrío, como hacen algunos, es un abuso de los que se cometían con facilidad en la época en que la antropología se basaba en la comparación de rasgos aislados. Dice que es menos arriesgado buscar sus antecedentes históricos directos en el culto a ciertas divinidades femeninas del paganismo europeo de un lado y de otro en la dem9nología de origen medieval. Con cierta frecuencia, Diana aparece acompañada por unos númenes a los que genéricamente se llaman «dianae» (como ocurre con el mundo de la mítica Mari, en el cual quien entra a formar parte de él también se les llama por extensión Mari). Estas «dianae» serían equiparables, y así lo demuestran sus rasgos etimológicos y mitológicos, a las ninfas, siendo antecesoras directas, según Caro Baroja, de las xanas, anjanas, ijanas... de nuestro país.

Con la llegada del cristianismo, y como se puede suponer, a la diosa Diana y a sus *dianaen* pronto se las equiparó a demonios y como tal fueron combatidas (sobre todo por el recalcitrante arzobispo Martín de Braga). A pesar de todo, en una época tan tardía como los siglos V y VI parece haber florecido en Europa, sobre todo en ámbitos rurales, el culto a estas entidades femeninas y en concreto a Diana como diosa de los campos y de los bosques, asociada a un numen masculino llamado «Dianum» o Jano (del que deriva, tal vez, el diaño de la cornisa cantábrica).

Este Jano o dios cornudo tiene una evidente relación con el dios Pan de los griegos, que simbolizaba la totalidad de la naturaleza y se le representaba siempre con unos atributos y unas cualidades preeminentemente promiscuas, como deidad asociada a la fecundidad de la tierra.

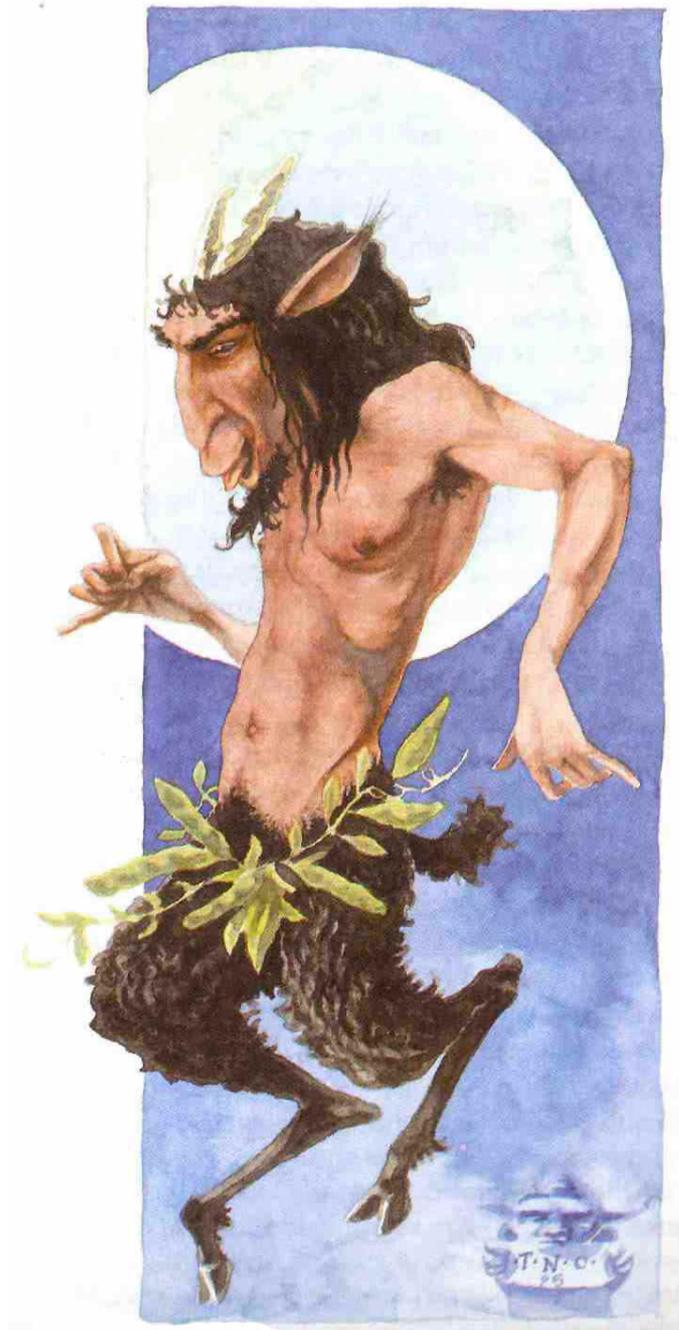
El ancestral «dios cornudo» se equipara a menudo con el dios egipcio Atis o con el «Cernunnos» de los celtas, y creemos que representa el principio masculino equilibrador en lo que esencialmente es una religión femenina. Para el historiador Pedro Bosch Gimpera, tanto los dioses generales como los tribales de los pueblos celtas se representaban con atributos zoomorfos. Así tenemos el caso de «Cernunnos», que estaba provisto de cuernos, al igual que «Tarnos Trigano», que tenía forma de toro pero con tres astas en lugar de dos.

En la mitología vasca se habla de un numen subterráneo llamado Akerbeltz (macho cabrío negro) cuyos rasgos generales es que vive en regiones del interior de la Tierra, siendo jefe de muchos genios. Provoca

tempestades, tiene propiedades curativas y una influencia benéfica en todos aquellos animales encomendados a su protección. De ahí que en muchos caseríos criaran un macho cabrío en sus establos. La brujería vasca de los siglos XVI y XVII dio especial relieve a esta vieja representación del numen subterráneo siendo adorado en el *akelarre* (lugar de asambleas) por brujas y brujos en las noches de los lunes, miércoles y viernes (no de los sábados). En su honor se bailaba y le ofrendaban panes, huevos y dinero.

El busgoso asturiano

El busgoso es muy parecido físicamente a los faunos descritos por los antiguos escritores latinos. Es totalmente peludo, con rostro y brazos humanos y la cabeza coronada con dos cuernos retorcidos. Hay quienes dicen que tiene patas y pezuñas de cabra, aunque no es algo totalmente confirmado.



El busgoso está considerado el “Señor de los bosques” en las leyendas asturianas, muy parecido a los faunos descritos en la mitología clásica, pero con mejores sentimientos

El nombre de busgoso no es más que la traducción al bajo latín corriente de la palabra *Silvanus*, en la que *Silva* significa «bosque» y el sufijo «Anus» equivale al «osus». Roso de Luna considera que el Rey de los Aulnos o de los Olmos y Sauces de la mitología céltica, sería en Asturias el busgoso. Pero tiene otros nombres.

En Piloña le conocen como «mofasu», en Tinéu como el «peludu» y en Liberdón y Miyares como el «vellosu», y nos imaginamos que ya sabrán por qué.

Su imagen es ambivalente. Por un lado, algunas leyendas nos lo presentan como defensor de la naturaleza y de los animales del bosque, impidiendo con sus acciones que los cazadores den muerte a muchos de ellos, poniendo obstáculos al paso de éstos. Sería un ecologista a ultranza, tan sólo enemigo de leñadores, pescadores y cazadores indiscriminados poco respetuosos con la naturaleza, siempre dispuesto a ayudar a caminantes perdidos. Pero, por otro lado, dicen que el busgoso, como buen fauno, tenía excesiva afición a las faldas de las mujeres asturianas. Era acusado no sólo de perseguidas, sino también de secuestradas y de llevadas a su guarida.

Debemos reconocer nuestra extrañeza ante este hecho aparentemente disonante con la personalidad que caracteriza al «señor de los bosques». Si damos crédito a algunas de estas leyendas, de buenas a primeras pasa de ser un buenazo a convertirse en un rijoso violador de mozas.

De todas formas, este tópico negativo se fue extendiendo hasta el extremo de que en Boal -según comenta el cronista Bernardo Acevedo- tenían por cierto que los besos del busgoso podían transmitir el escrofulismo, la tisis y toda suerte de enfermedades caracterizadas por una palidez cadavérica. Pensamos que aquí está una de las claves de esta inmerecida fama, proviniendo de varios factores como el habersele atribuido las mismas barbaridades que a los sátiros o a los faunos de la mitología grecorromana (debido sobre todo a su inconfundible aspecto físico), también porque a lo largo del siglo XVII, en Europa, muchos certificados de defunción describían como causa de la muerte el trato sexual con un «hombre del bosque» y, por último y más importante, porque tal vez los propios

cazadores y leñadores vertieron estas acusaciones para su propio beneficio y conseguir que todo el mundo los temiera, les discriminara y los alejara de las zonas en que ellos cazaban, pescaban y talaban.

En 1903 Jove y Bravo describe bucólicamente al busgosu como un fauno que «pasea su melancolía en las soledades de las selvas, se aparece de vez en cuando a los que penetran en lo más enmarañado del bosque para enseñarle su camino. Su cabeza está coronada por espesa cabellera, de la que brotan dos cuernos retorcidos, como los de cabra; el rostro, los brazos y el torso son humanos».

El folclorista Francisco González Prieto refiere, en 1921, que un viejo campesino le dio la siguiente definición de este ser de los bosques:

*Suel con el cazador ser rencorosu,
pero el viaxeru que no i da motivu
enseña i el caminj ye compasivo
el xenior de les selves, el busgosu.*

En las zonas montañosas, los busgosos se ayudan para moverse entre las peñas con un pequeño cayado (como ocurre con algunas anjanas cántabras). Las leyendas no nos dicen de qué material está hecho, pero suponemos que deberá ser de madera de pino, pues éste es el árbol que estaba consagrado al dios Pan, siendo las ramas de pino uno de los principales atributos de los sátiros.

No tiene por costumbre aparecer cerca de los poblados. Habita en las áreas q1ontañosas de Asturias, preferentemente en los bosques. No, existe ninguna mención de ellos en lugares urbanizados, debido a que les molesta el ruido de las máquinas humanas, y evitan cuidadosamente todo contacto con la civilización, a diferencia de otros seres elementales como los trasgos o los diablillos burlones.

Si el busgosu es un «cazamuñeres» humanas, debe ser porque escasean las hembras de su misma especie, aunque al parecer sí debía compartir sus ratos de soledad con una «busgosa». Raso de- Luna es el único, que sepamos, que hace referencia a la «partenere» femenina de este ser de, los bosques, diciendo que, «como todos los dioses de la Antigüedad, tiene una bellísima e irresistible compañera, cuyo nombre asturiano se ha- perdido, por desgracia, como tantos otros, sin duda porque no hay ya en Asturias labios de poeta digno de enaltecerla». Todo parece suponer que este ser de los bosques ha pasado a engrosar la lista de las especies extinguidas. Para algunos ni siquiera ha existido nunca. Aurelio de Llano afirma categórico y casi despectivamente que es un mito literario traído a estas tierras por otros escritores (por Laverde Ruiz, sobre todo):

Este mito no existe en Asturias. Yo recorrí los espesos ,bosques de Ponga, Caso, Quirós, Somiedo y Muniellos, interrogué a los ancianos y a las pastoras y no encontré a quien hubiera oído hablar del busgoso.

De parecida opinión, aunque matizada, es su paisano Constantino Cabal que, asimismo, confiesa que tampoco encontró ninguna referencia sobre su existencia en la época actual, todo ello motivado, tal vez, por la continua deforestación, incendios y masivas replantaciones de eucaliptos que le obligaron a refugiarse en los últimos bosques caducifolios asturianos, hasta que fueron desapareciendo, que no muriendo, paulatinamente uno tras otro. También hay otra teoría que la expondremos cuando hablemos del baxajaun.

No hay que olvidar que sus raíces tal vez se encuentren en el culto al dios céltico Cernunnos, «señor de los animales», y así lo pueden atestiguar diversos topónimos asturianos como la Sierra Cermuñu, en el concejo de Salas y Cermuña en Miayo (Villaviciosa).

Constantino Cabal hace una curiosa observación, basándose en la etimología, cuando identifica el fantasma que acompaña al follet catalán con Pan, es decir, con un fauno mitológico que anda de aventura por los bosques y en algunos casos se adentra en los hogares. El que los viejos catalanes -nos dice- lo junten con el follet se explica porque hubo un tiempo que se confundieron las hazañas de uno y otro personaje, y las que hoy se refieren al follet se atribuían entonces al fauno.

Ramón Sordo Sotres menciona al bus gasa en una historia recogida en la zona de Abantro-Caso, a orillas del río Nalón, a un tal Pepe de la Ricastañera que le habló de la existencia hace bastantes años de un ser mitad chivo mitad hombre, con pelo por todo el cuerpo, cuernos retorcidos de cabra y barba que la llegaba hasta las rodillas, viviendo en el bosque. También a Ramón Sordo debemos el mérito de que haya recogido otro de los nombres que recibe este cornudo ser, el de *calabiernu*, llamado así en algunas zonas de Piloña, provisto de cuernos de cabra y raptor de mujeres.

Las fiestas populares se encargan muchas veces de perpetuar antiguas creencias y ritos que de otro modo se perderían en el tiempo. No es extraño que un personaje tan singular haya dejado alguna huella dentro de las tradiciones asturianas. En San Juan de Beleño (Ponga) desfila el primer día del año por las calles del pueblo un

personaje fantástica denominado el mazcaritu (enmascarado). Va vestido de retales y pieles y es considerado el Señor de los hombres y de las bestias. El mazcaritu da pellizcas en el culo a las mujeres y persigue a las jóvenes. Mancha con hollín a los hombres y en ese día es el rey de todo, pudiendo hacer lo que se le antoje (eso en teoría). Es una especie de hombre salvaje (al estilo del busgoso) y anunciaba hace tiempo la llegada de la fertilidad y el Carnaval, que en Asturias se llama Antroxu. La Iglesia acabó prohibiendo estas mascaradas por considerarlas un pelín obscenas, puesto que al final todos los mozos buscaban mozas con las que yacer (Constantino Cabal llamaba a estas carnavaladas «hacer el ciervo»). En Bulgaria al parecer existe un desfile parecido y se llama «Señor de los animales», aunque posiblemente con un final distinto.

La fama, figura y hazañas del busgoso, pasando el tiempo, las hizo olvidar otro fauno que deambulaba por los bosques en busca de mujeres, también con pezuñas y con cuernos en la frente: nos referimos al incorregible diaño burlón, aunque éste perdió el carácter de señor de los bosques para convertirse en un diablillo menor, en una especie de duende silvestre.

El baxajaun vasco

Los folcloristas asturianos Jove y Bravo y Aurelio de Llano consideran que en la mitología de los vascos hay un mito igual: el del hombre de los bosques, que en eusquera se le denomina basojaún o baxajaun. Este personaje, a poco que miremos en sus raíces mitológicas, pertenece más bien a la raza de los gigantes que posiblemente hace milenios pobló las tierras de los vascones, siendo su mito protohistórico. No obstante, Alberto Álvarez Peña me confesó que uno de sus comunicantes, el director del Museo Etnográfico de Grandas de Salime, le dijo que su padre había aprendido por sucesivas generaciones de *ferreiros* (herrereros) una historia en la cual un herrero obtenía el secreto de la fabricación de la sierra del *demo* (el demonio). Uno de este gremio se presentó un buen día en la cueva donde vivía el demo y le dijo que en su pueblo ya conocían la sierra (cosa que no era cierta) a lo que el demo contestó:

- Eso es que ya habéis visto la hoja del castaño.
- Nunca la vimos pero ya la veremos -contestó el herrero, y así fue como inventaron la sierra.

Esto viene a cuento porque esta misma leyenda se atribuye al baxajaun vasco, y el que obtiene el secreto es un personaje denominado San Martinico. Jove y Bravo habla del busgoso situándolo en Boal, concejo occidental junto a Grandas de Salime, Eilao y Ozcos en los que hay constancia de la llegada de herreros y carpinteros vascos en los siglos XV y XVII para instalar herrerías y mazos hidráulicos. Así que probablemente esta gente trajese consigo el mito del baxajaun y las leyenda asociadas a él que luego pasaron al acervo mitológico del busgoso.

La palabra vasca *baxajaun* significa «señor salvaje» o «señor de la selva», y es casi seguro que designa a una raza mítica que habitó en lo más profundo de los bosques y de las cavernas. No obstante, el antropólogo José Miguel de Barandiarán prefería denominar a estos seres como genios bienhechores con forma humana. Sobre ellos se ha dicho de todo. Louis Charpentier en *El misterio vasco* comenta que los *basa-Jaunak* eran una casta de hombres sabios acerca de todas las cosas de la naturaleza. Eran, en cierto modo, los «sacerdotes» de Mari, la Tierra Madre. Eran, de hecho, los señores de la naturaleza, aunque más adelante nos diga algo tan gratuito por su parte como que en «otros tiempos y lugares fueron llamados druidas».

Los *baxajaunak* estaban dotados de unos poderes sobrehumanos. Protegían a los rebaños y daban terribles gritos en la montaña al acercarse alguna tempestad para que los pastores retiraran su ganado. Cuando algún miembro de este clan estaba cerca de los rebaños, siendo su presencia previamente anunciada por las ovejas con un colectivo sonido de cencerros, los pastores permanecían tranquilos porque sabían que durante ese día o esa noche no vendría el lobo a molestarlos. Un poderoso ser los protegía a todos. Tradicionalmente se considera que la pareja femenina del baxajaun es la *basandere*, que en vasco significa «señora salvaje», haciendo su aparición a la entrada de determinadas cuevas, como en la de Mondarrain, donde peinaba su cabellera con peine de oro, es decir, lo mismo que hacen las *lamias*, a las que también se relaciona con otra raza mítica vasca, los «gentiles».

La leyenda atribuye al baxajaun la mayor parte de los descubrimientos que condicionan la vida del hombre: son los primeros cultivadores de la tierra (el hombre obtuvo de ellos la semilla del trigo, del mijo y del maíz), los primeros molineros, los inventores del arte de soldar el hierro y los primeros en utilizar la sierra.

El investigador José María Satrústegui, en su obra *Mitos y leyendas*, nos refiere unos curiosísimos datos que recogió en Valcarlos y Ondarroa en una «experiencia imborrable de mi vida» (1955-1964). Dice que varios de

sus comunicantes Se expresaban con pleno convencimiento de la presencia de los baxajaun y que un anciano, a quien visitó en su caserío, confidencialmente le dijo:

- Existían, no me importa decido, estoy convencido de que existían. Ahora se han alejado, no sé por qué.

El musgoso cántabro

Nos aclara Manuel Llano que «media historia de la Montaña la han escrito los brezos, los escajos, las hojas crespas y brillantes de los acebos». Llano, siendo fiel a su modo de actuar, cita al roblón, gigante con pelos de hierbas secas, barbas de brezo y mandíbulas de roble, y al musgoso. Como es habitual, García-Lomas cree que su paisano tenía una desmedida afición a adornar a sus personajillos míticos con elementos de la flora (viniera o no a cuento) y a los colores (añadimos nosotros).

El musgoso, caracterizado por su zamorra de musgo seco y sombrero de hojas verdes, es descrito poéticamente por Carmen Stella de esta guisa:

*En las altas brañas
andaba el musgoso
Era alto y delgado
y de piel de lobo
calzaba esarpines.
De hojas y rozo
sombrero gastaba
y negros y hondos
en la cara blanca
los pequeños ojos.*

Podríamos decir que entre todos los seres mágicos que pueblan o poblaban los montes y bosques de Cantabria, no hay ninguno tan bondadoso y afable como el musgoso, protector de los desvalidos a los que avisa de la presencia de todo tipo de bestias (jabalíes y lobos) y seres malignos (como lo pueden ser el ojáncano y la guajona). Son muchos los que le deben la vida.

El musgoso es alto, delgado, con la cara muy pálida, los ojos hundidos y una larga barba negra y descuidada. Nadie lo describe con cuernos. A estas alturas ya saben que recibe su nombre por la vestimenta que utiliza y que le confiere un aspecto pseudovegetal. Además, calza botas de piel de lobo y lleva una mochila o zurrón de cuero amarillo, donde guarda una flauta mágica, hecha con un material que, al igual que el báculo de las anjanas, no es de este mundo.

Al musgoso más que vérselo se le oye, pues siempre hace sonar su flauta cuando un peligro o una calamidad se aproxima. El sonido de la flauta avisa al montañero que puede producirse un alud, al pastor de la peligrosa proximidad del lobo, al campesino de la llegada de la tempestad y, de este modo, salva una y otra vez la vida o las haciendas de la gentes (a las que Manuel Llano añade casi siempre el adjetivo de «honradas», para darle un tono moralizante a las leyendas que iba recogiendo). Por la noche, en cambio, nunca toca este instrumento, sino que silba. Un silbido agudo y penetrante que rasga las tinieblas y avisa en los prados, los caseríos y los barrancos que se aproxima el mal en alguna de sus muchas manifestaciones.

Se podrá pensar que el musgoso es un ser de mal agüero, pero en realidad no es así; simplemente da la señal cuando cree que el peligro acecha. Otra de sus características es su incapacidad para permanecer quieto. Siempre está en movimiento, sin que eso quiera decir que padece el «baile de San Vito». Anda a lo largo y ancho de llanuras, bosques y montañas, silbando en la noche y tocando la flauta por el día. Difícil de ver, algunos le atisban en el horizonte, delgado, encorvado, con su eterno zurrón y las manos encogidas como si tuviese frío.

No todos los estudiosos están de acuerdo en la existencia del musgoso. Algunos piensan que jamás ha existido, como es el caso de García-Lomas, que directamente lo considera una invención de la febril imaginación de Manuel Llano. Nosotros creemos que es una transposición, casi literal, del musgoso asturiano a estas tierras vecinas, con ligeras variantes. Sin embargo, otros recogen algunas leyendas atribuidas a él, como aquella de un pastor de Cabuerniga que se perdió entre unos peñascos. Desesperado por lo que pudiera pasarle a él y a las ovejas que había dejado, se sentó en una roca y empezó a llorar, pero entonces oyó un chasquido y, al

acercarse al lugar de donde parecía que venía, notó que el ruido se alejaba. Lo siguió y de pronto se encontró de nuevo en medio de sus ovejas.

Existen casos semejantes al musgoso, busgosu y baxajaun en Europa, parientes lejanos de estos esquivos y extraños seres que, como ellos, tienen la extraña misión de avisar del peligro que se avecina a los pastores, campesinos, viajeros y a cualquiera que se cruce en su camino y conozca la forma de reconocer su aviso de alarma. El investigador Carlos Canales menciona al hombre de la noche o «Dooiney-Oie», que recorre las llanuras y montes de Inglaterra avisando a las gentes del peligro que llega, para lo que utiliza un cuerno semejante a los empleados en los Alpes suizos y austriacos. Algunos de estos seres son extremadamente primitivos y semisalvajes, como el «Howlaa» de la isla de Man, que avisan por medio de aullidos y que, al igual que el musgoso, no se deja ver con facilidad.



Al musgoso no se le suele ver; pero sí oír las deliciosas melodías de su flauta mágica, anunciando algún peligro próximo. Sus leyendas son tan escasas, que existe el serio peligro de que haya desaparecido definitivamente.

Los hombres del musgo

Existe un amplio grupo de seres sobrenaturales conocidos genéricamente por el nombre de «hombres del musgo». Estos elementales, de los cuales el más conocido es el *mannikin* (que no se encuentra en España), están limitados a las escasísimas áreas no frecuentadas por el hombre. Sus leyendas se han extendido y distorsionado. Hay que distinguirlos de los «hombrecitos verdes», puesto que éstos son pequeños elfos cuya

piel tiene esta pigmentación, a diferencia de los «hombres del musgo» que se camuflan y visten con ropajes verdes sacados de la propia naturaleza que los rodea. Precisamente por la dificultad que implica el poder ser vistos por ojos humanos (como ocurre con el trébol de cuatro hojas), se dice que quien lo consigue tendrá mucha suerte en su vida, si además les deja algo de sus manjares favoritos (el intrínquis consiste en acertar con esta comida). Al igual que los *erdluitle*, conocen los secretos de las propiedades curativas de todas las hierbas y plantas. Sus conocimientos son tan amplios que abarcan también a los cultivos y a la agricultura, hasta el punto que pueden ayudar al hombre a conseguir fructíferas cosechas e incluso convertir las hojas de los árboles en piezas de oro. Defensores del modo de vida tradicional, siguen tres reglas como normas de conducta:

- No arrancar nunca la corteza de los árboles.
- No hacer pan con la semilla de matalahúva (semilla del anís).
- No contar los sueños a nadie.

Siempre que nos encontramos con frases y aspectos filosóficos referentes a sus vidas y a sus costumbres, comprobamos que están cargados de profunda sabiduría y que su completo significado a menudo se nos escapa por lo sorprendente. Lo cierto es que aquella persona que siga fielmente estas normas de conducta tan particulares se ganará el aprecio de los hombres del musgo, pues estará en consonancia vibratoria, ideológica y ecológica con ellos.

En otros lugares de Europa se habla también de *doncellas del musgo*, que serían su pareja femenina, pero mucho más bellas que sus maridos, llevando unos sombreros de alas muy anchas, parecidas a pamelas, y vestidas con trajes «prêt-a-porter» recogidos directamente de la floresta. En el año 1989 se realizó una película en Estados Unidos, titulada en España *Gnomo Cops* (aunque en inglés era *Up World*) dirigida por Stan Winston. Su argumento es tan malo como imaginar que un gnomo-excavador salido del mundo subterráneo ayudaba a un policía a resolver un crimen, pero tenía el interés de ver a un ser de un metro aproximado de estatura, bien caracterizado por sus creadores, cuyo vestido estaba confeccionado a base de trozos de corteza de árboles.

Los seres pertenecientes a este amplio grupo suelen medir en torno al metro de estatura, y debemos señalar que viven en pequeñas comunidades aisladas, casi siempre alejados de los humanos, con muchas probabilidades de que hayan desaparecido, al menos en Europa.

El césped engañoso

Existe una sospechosa similitud entre los hombres del musgo y muchos de los duendes campestres del occidente francés y de las Islas Británicas, caracterizados todos ellos por tener elementos vegetales en su vestimenta o anatomía, como, por ejemplo, el denominado «césped engañoso», que en realidad es un travieso espíritu de la naturaleza de aspecto vegetal.

Esta tradición es frecuente en Gran Bretaña, pero también la hemos encontrado en España. Entre los pueblos de Arbulo y Orenin (Álava) se halla situada la llamada «fuente de Mari» (Mariturri), y se cree que allí andan de noche tanto los brujos como ciertos genios malignos, de forma tal que si algún viajero o caminante pisase la yerba que crece junto al manantial, inmediatamente sufrirá una especie de encantamiento. Perdería el sentido de la orientación y no sabría encontrar el camino emprendido, aunque conozca el lugar a la perfección. Habría una modificación espacio temporal muy común en esta clase de relatos.

Estos extravíos se atribuyen en Irlanda a las hadas o a los *pixis*, que se metamorfosean en un penacho de hierba o césped engañoso que, al pisado, provoca el hechizo en el ser humano, consistente en que las referencias que tenía el caminante, sean éstas árboles, postes, riachuelos, veredas, etc., desaparecen de pronto, estando situadas otras en su lugar que son irreconocibles. En el libro sobre *Hadas* ya hablamos del efecto especular del mundo de estos seres: todo tiene su correspondencia con el nuestro. Allí también hay árboles, ríos, casas, niños, comida, vestidos... pero el observador humano lo percibiría como si lo estuviera viendo a través de un espejo, como si penetrara en una dimensión paralela. Una prueba de esto que decimos es el conjuro que conocen en Irlanda para evitar los efectos del césped engañoso. Es tan sencillo como volverse la chaqueta del revés y llevarla puesta de este modo.

Hace ya tiempo que no se ve ninguno, lo cual, sin duda, hay que atribuido a la destrucción de los únicos lugares en los que estos pequeños seres podían sentirse a gusto en nuestro mundo, los bosques silenciosos y oscuros, en los que gustaban de oír el rumor del viento y ver a los animales correr en libertad por el campo.

Para los amantes de los refranes existe en España una frase popular que hace referencia a pisar buena o mala hierba, significando que a uno le salen bien o mal las cosas. El maestro Correas en su *Vocabulario de refranes* incluye la frase «pisar buena hierba» y comenta: «Dícese de la persona que está de buen humor mejor que el que tiene.» Añade Correas que es corriente decir: «Alguna hierba, mala o buena, has pisado.»

Texto que ha confundido a varios lingüistas afirmando que la frase «pisar buena o mala hierba» está tomada del camaleón que muda del color, según donde se sienta y significa tener buena o mala fortuna en función del color camaleónico. Por el contrario, para Iribarren es posible que la frase hubiera nacido de los pastores y ganaderos aludiendo a los pastos, señalando que es probable que provenga de alguna vieja superstición popular en relación con las hierbas del campo, opinión ésta que no estaría muy desencaminada, desde nuestro punto de vista, por lo dicho anteriormente respecto al «césped engañoso».

Seres del agua

... y que haya dichos Tritones (que llaman hombres marinos), no es materia de duda, como consta en los archivos de Portugal: donde se movió pleito antiguamente entre el Rey y el Gran Maestre de Santiago sobre a quién pertenecía el tributo de los tritones y sirenas de la mar y se sentenció que el tributo de las sirenas tocase al Rey y el de los tritones al Gran Maestre.

PADRE FUENTELAPEÑA: El ente dilucidado (1676)

Tritones u hombres marinos

AUNQUE parezca mentira, en nuestro país las tradiciones sobre tritones u hombres acuáticos son las menos abundantes en relación con el resto de los personajes que aparecen en este libro. La presencia de entidades marinas ha quedado muy diluida con el paso de los años y apenas quedan marineros que recuerden alguna historia larga y sabrosa sobre estos «hombres marinos», a diferencia de las sirenas, cuyo mito se ha perpetuado mucho más en el tiempo, incluso en zonas de secano (ver al respecto el libro de *Hadas*). A pesar de esta escasez de noticias, hemos podido recoger algunas referencias a espíritus masculinos del mar, siempre considerados como seres de antaño, sin apenas leyendas en la actualidad, al menos entendidas a la vieja usanza, aunque no si adquieren nuevas mutaciones y nuevos aspectos ante los ojos de los humanos...

En la tradición mágica europea hay una considerable diferencia entre los elementales del agua salada (habitantes de mares y océanos) y los del agua dulce (habitantes de ríos y lagos) tanto en el carácter como en el aspecto. En tanto los que habitan los lagos son hermosos, de apariencia joven y seductora, los marinos son serios, de piel arrugada, de rostro envejecido y lucen largos cabellos enmarañados. Solamente en aquellas regiones o países en los que la diferencia entre el mar y los ríos no es muy acusada (como en los Países Bajos, Noruega o Islandia, tierras de rías y fiordos), los elementales del agua adquieren muchas más semejanzas.

Al, contrario de las mujeres marinas, sus congéneres masculinos son menos abundantes (o eso parece) en cuanto a la cuestión demográfica, lo que tal vez explicaría que las ninfas y las sirenas estén en continua busca y captura de bellos mortales humanos para sus devaneos amorosos.

El abate de Villars es explícito al respecto:

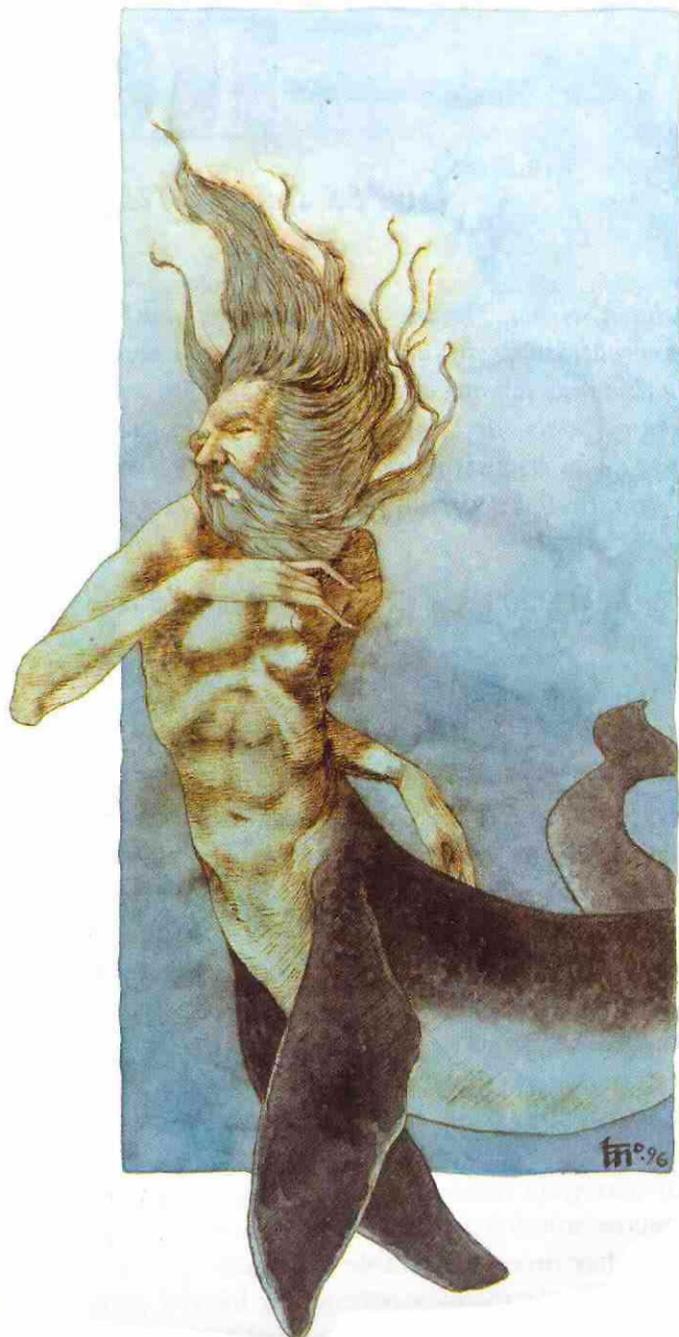
Escuche usted hasta el final y sepa que los mares y los ríos están habitados lo mismo que el aire; los sabios de la Antigüedad llamaron ondinas y ninfas a esta clase de pueblos, Entre ellos los varones son escasos y las hembras en gran número; su belleza es extrema y las hijas de los hombres no pueden comparárseles.

Hace años, cuando las naves que recorrían los mares dependían de los elementos climatológicos para alcanzar su destino, todo capitán que tuviese una buena relación con los «genios del mar» era respetado por la tripulación al completo y se le concedía respetuosamente un poder de mando absoluto. Todos los marinos eran conscientes del riesgo que representaba estar a mal con los tritones. No sólo el barco, sino también sus vidas corrían un serio peligro. No temían tanto al tritón como a lo que representaba, es decir, a las fuerzas incontroladas de las aguas y las olas, muchas veces precedidas por algún comportamiento irreverente de los marinos hacia la mar. Saben (o, al menos, lo sabían) perfectamente que estos seres son los genios responsables de las tormentas y galernas en el océano, de la fuerza de los huracanes, y pueden incluso influir en los vientos. Creemos que todo esto son poderosas razones para estar a bien con ellos.

En cuanto a la apariencia que muestran, según se recoge en decenas de historias, los *hombres marinos* del norte de Europa y de los mares fríos, son altos, con largas barbas de color blanco, aspecto de ancianos y dientes verdes (o iguales a los de los peces). El ejemplo prototípico lo constituyen los *merrows* de Irlanda, que, al igual que nuestros duendes, llevan siempre puesto un gorro de color rojo. Como elementales que son, los hombres marinos cambian de forma con frecuencia y pueden aparecer transformados en caballos, toros o personas. En

Noruega aparecen convertidos en ocasiones en centauros, y en Escocia, donde suelen tener apariencia humana, son auténticos gigantes. De entre todos ellos destacaríamos a los siguientes:

- Los *daoine-mara* de Escocia, peludos, con barba, de nariz chata y aplastada, color amarillento y brazos largos y simiescos.
- Los *mermen*, de Suecia, Noruega y Dinamarca, de color verde y aspecto de peces, pero con barba y largos cabellos. Los *havmand*, de Noruega, son de aspecto juvenil, en contra de lo habitual, y tienen cola de pez, por lo que se asemejan a los del mar Mediterráneo. Los *nöke* se diferencian de sus congéneres porque solamente tienen un agujero en la nariz y usan sombreros verdes. En Holanda habitan los *neckers* que son de un tamaño muy pequeño.



Los tritones son recordados como los consortes masculinos de las sirenas, pasando aquellos a un segundo plano en la importancia que se les da en las leyendas. España no es una excepción, pero sí existen algunos testimonios increíbles

sin sacar nunca la lengua. Cuando lo llevaron a la iglesia no mostró señal alguna de veneración o de creencia. Un buen día se escapó mar adentro y no volvió a aparecer nunca más. El monje cisterciense acaba el capítulo con esta frase: «Podrían contarse un montón de maravillas y sucesos de este género.»

Los *hombres marinos* del mar Mediterráneo tienen colas de pez, como las sirenas, usan tridentes (símbolo mágico asociado siempre a los tritones) y cabalgan sobre la grupa de los delfines, con los que se comunican sin problemas en su mismo idioma.

Habitan en cavernas y cuevas en el fondo del océano y algunos son capaces de construir maravillosas ciudades. Normalmente llevan vida familiar (con la excepción de los «Hombres de los fiordos», en Noruega, que viven solos y sus motivos tendrán).

De lo expuesto hasta el momento se deduce que existen dos tipos de hombres-marinos: aquellos que tienen cola de sirénidos (los tritones de la mitología clásica, compañeros masculinos de las sirenas) y aquellos otros que tienen extremidades perfectamente humanas, pero revestidos con una especie de escamas por toda su piel y que saben nadar a las mil maravillas. Estos últimos son los más extraños, como ocurre con el caso del «hombrepez de Liérganes», del Pece Nicolás o del Vell Marí, personajes que se distancian mucho de los tritones, porque unos entran de lleno en el mundo de los «seres elementales» y otros en el mundo de las anomalías físicas, y deben ser estudiados bajo otro prisma.

Citemos la historia de un hombre (sin saber muy bien si realmente pertenece a la raza humana) que era una especie de híbrido entre las dos clases expuestas. Al parecer, moraba en las profundidades del mar, y su historia la escribe el monje cisterciense Ralph de Coggeshall en su *Chronicon Anglican* (1066-1223), obra en la que también se hace referencia a los «niños verdes» de Suffolk. En el capítulo titulado «De cierto hombre salvaje capturado en el mar», escribe que, en tiempos del rey Enrique II, unos pescadores capturaron a un extraño hombre con sus redes. Estaba totalmente desnudo, con cabellos de aspecto revuelto y enmarañado y con una larga barba de color verdoso. En su pecho abundaba el vello y poseía unos pelos como cerdas.

Lo llevaron al castillo de Oreford, y allí comía ansiosamente todo lo que le ponían delante, devorando el pescado tanto crudo como cocido, pero

Las cuatro zonas del misterio

Dato revelador que hemos observado: en España existen cuatro zonas marítimas donde se asegura que se ven con mayor frecuencia luces no identificadas y extraños objetos marinos. Es más, se considera que pueden ser supuestas bases de OSNIs (Objetos Submarinos no Identificados), los cuales estarían alojados en sus profundidades. Estos cuatro particulares enclaves serían:

- Sur de las islas Canarias.
- El Triángulo del Silencio, en las islas Baleares.
- El golfo de Cádiz.
- Costa gallega, desde Vigo a La Coruña.

Además en las costas cercanas a estas cuatro zonas se han visto pequeños humanoides saliendo y entrando en el mar, bien «a su aire» o bien dentro de naves discoidales. Pero, curiosamente, también corresponden con zonas donde tradicionalmente se han contado historias sobre hombres marinos.

El gran naturalista clásico Plinio ya dio conocimiento puntual de haberse visto en su época (siglo I d. de C.) a dos hombres-pep en la bahía de Cádiz. Este dato nos demuestra que la tradición sobre la existencia de estos seres en nuestro país (y en concreto en esta zona) es muy antigua. Pero esta misma bahía alberga muchos más secretos. En ella apareció, cinco años después de su extraña desaparición, Francisco de la Vega, el denominado «hombre-pep de Liérganes» en el año 1679. Cuando unos pescadores lograron atrapado con sus redes, atrayéndolo previamente con pedazos de pan, observaron que se trataba de un hombre joven, corpulento, de tez pálida, cabello rojizo y con dos cintas de escamas que le recorrían el cuerpo: una descendía de la garganta hasta el estómago y la otra le cubría todo el espinazo. Tenía unas uñas muy gastadas. Este personaje había nacido en la localidad cántabra de Liérganes y desapareció mientras nadaba en la ría de Bilbao. Después de nueve años de convivencia con los seres humanos y de no saber pronunciar otras palabras que tabaco, vino y pan, volvió a desaparecer en el mar, perdiéndose todo rastro de él hasta el momento...

Pero aquí tampoco acaban las cosas. Aparte de los muchos sucesos que han debido acaecer en esta zona y que nunca han sido dados a conocer, existen otros que sí han trascendido a la opinión pública, como el ocurrido en el mes de septiembre de 1989 en la playa de Los Bateles, en Conil (Cádiz). Cinco jóvenes vieron deslizarse sobre las olas a dos seres de gran cabeza, sin pelo, vestidos con túnicas de color blanco (siempre las dichas túnicas), adentrándose en la playa. Formaron una especie de trinchera en la arena y al cabo de unos pocos minutos salieron «transformados» en un hombre alto y rubio y una mujer morena, ataviados con ropajes normales. ¿Seres no humanos infiltrados en nuestro mundo a modo de «quinta columna»?

En otro de los enclaves mencionados, la costa gallega, también tienen lo suyo. En una Memona del Arzobispo de Santiago, escrita en 1620 por Jerónimo del Hoyo y recogida por García-Lomas, se menciona un caso sucedido en La Coruña sobre un monstruo marino de esta naturaleza. En toda esta costa, hasta Portugal, las referencias son continuas. Escribe el jesuita Eusebio Nieremberg, en su obra Curiosa y oculta filosofía (siglo XVII), que «antiguamente en Portugal se vio a un hombre que salía del mar tocando con la boca una concha». En la actualidad, es decir, en los primeros meses de 1996, se están produciendo en esta zona gallega numerosos avistamientos de luces, «naves nodrizas» y objetos que salen y entran del mar con relativa frecuencia. El misterio continúa y se perpetúa.

El humanista Pedro de Mexía, autor de Silva de varia lección (1540), se preocupó por la naturaleza de estos seres y recoge algunas observaciones sobre por qué ciertas personas tienen una especial habilidad para moverse por el mar. Dice -por ejemplo- que suelen ser muy ágiles aquellos que tienen el bazo pequeño, lo cual, unido a aspectos astrológicos favorables en el momento de su nacimiento -como nacer bajo el signo de Piscis-, favorecen su adaptación al medio marino, desarrollando una especial predisposición a las artes natatorias. Tampoco se lo tomen a risa, pues peores comentarios se han dicho.

Por su parte, Pietro Martire d'Anghiera, o de Anglería, se refería a ciertos marinos vascongados de su época (1457-1526), que aseguraban haber oído en pleno mar una música muy agradable que atribuían a los hombres marinos. De esta afirmación se hizo también eco Lope Martínez de Isasti, historiador de Guipúzcoa.

El «Ven Marí» (Baleares)

Existe otra zona llamada el Triángulo del Silencio, delimitada por las islas Baleares, Tortosa y la costa del Levante, en la que tradicionalmente se han visto extrañas luces, desaparecen barcos y personas y ocurren aberraciones magnéticas. En sus contornos está el islote de Es Vedrá (y las experiencias que tuvo el Padre Palau con una «dama blanca»), y en esta área también se sitúan varias apariciones de extraños seres marinos, entre ellos el «Vell Marí.»

Los más ancianos de las islas lo describen con rasgos humanos, cuerpo regordete y cubierto todo él de pelo corto. Acompañaba a las embarcaciones en sus travesías. Tenía mucha afición a la música, imitando todo tipo de melodías con su boca. Carlos Garrido dice que antiguamente se concedía gran valor a la piel del «Vell Marí», utilizándose sobre todo como poderoso amuleto. Se colocaba sobre el vientre de las mujeres parturientas para ayudarles a dar a luz sin problemas. Si se llevaba a bordo de las embarcaciones ahuyentaba las tormentas de granizo, y si su pelo se erizaba era señal inequívoca de que se aproximaba una borrasca.

Su habitáculo se situaba en las cavidades marinas de la isla de Cabrera, como la «Cava d'es Secret» o la «Cava Blava». El Triángulo del Silencio ha servido también, como su propio nombre indica, para silenciar las acechanzas de éste y otros seres marinos.

El «Home-Marín» y diaños acuáticos (Asturias)

Es en los concejos occidentales de Asturias, como en Tapia de Casariego y El Franco, donde los relatos sobre este curioso personaje eran más abundantes, aunque su creencia y, por consiguiente, el temor hacia el «Home-Marín» ha menguado un tanto. Ya sólo se asustan -si es que se asustan- los niños pequeños, mencionando a este extraño ser, mitad hombre y mitad pez, de dientes verdosos y cuerpo cubierto de escamas. Los abueletes aseguraban que antaño asolaban las costas, rompían redes, aparejos y realizaban mil trastadas similares, siendo el terror de los marineros. Su recuerdo aún pervive en las mentes de algunos viejecitos de Colunga.

M. Fernández y Fernández, en *El Franco y su concejo* (1898), escribe un escueto relato no carente de interés. Unas mozas solían ir a por agua a una fuente cercana a la playa y un «hombre-marín» las observaba, las seguía, las acechaba y, en cuanto alguna quedaba sola, la tomaba como presa. Esto lo hizo varias veces hasta que un día lo cazaron y encerraron, negándose a comer. Con el tiempo y la falta de agua, acabó muriendo. En ningún caso se le describe con cola de pez y nunca se le nombra como el consorte de la sirena.

Nos dice Constantino Cabal que al lado de la sirena ponen los asturianos al tritón, esto es, el «hombre-marín» que se aparece en sus playas, el cual es muy de temer y se mueve con la misma agilidad en el agua que en la tierra, aunque su recuerdo es ya confuso. Antaño -nos dice- se creía a ojos cerrados en estos hombres marinos, y para demostrar su realidad se apelaba al testimonio de pescadores buenos y veraces que hablaban de tritones de su tiempo que abandonaban la mar, se escondían en las cuevas y acechaban a las mozas. Lo que ocurrió con uno de ellos se contó una vez en actos públicos, «actis publicis testatum est...» para que las futuras generaciones no pudieran ponerlo en tela de juicio.

Pero también, al lado del tritón local de Asturias, habría que colocar al *diañu acuático*, llamado así porque sus fecharías prefiere realizarlas en el agua y, en concreto, en el mar, aunque no desdeña los ríos. Una de las diferencias notables del diaño con el trasgo común es que éste rehuye el contacto del agua siempre que tiene oportunidad de hacerla. Por el contrario, uno de los lugares donde el diaño burlón hace más travesuras es en los puertos de mar, con pasatiempos tan «graciosos» como romper las redes o ponerse a caminar tranquilamente sobre las aguas en busca de una barca aislada. Cuando la encuentra, se planta delante de ella y tiende las redes para pescar, haciendo la competencia desleal a los marineros. Al final se lleva todos los peces de los alrededores y encima se ríe.

En Luarca -concejo de Valdés- estaban unos hombres entre las peñas intentando pescar barbos, cuando en un momento dado de la noche oyeron con nitidez cómo se venía abajo, con gran estrépito, el cantil, y entre el ruido del derrumbe se oyeron claramente las carcajadas sonoras del diaño. Una vez que cesó la confusión, los pescadores comprobaron que el cantil seguía en su sitio y que todo había sido una mera ilusión acústica, auspiciada por el burlón acuático.

En otra ocasión, un pescador de La Arena subía por el río Nalón de noche, con bastante dificultad por cierto, hasta que oyó una voz que lo llamaba por su nombre desde la «fonte La Espilonga», diciendo que atracase allí su barca. Cuando se acercó a la orilla, ya bastante fatigado, no vio a nadie, volviendo a escuchar la misma voz más arriba que le decía lo mismo. Remó de nuevo y llegó al sitio donde parecía que provenía aquella voz.

- ¿Quién me llama?

- Atraca aquí, hombre – oyó decir desde la otra orilla del río.

El pescador, visiblemente cabreado y, por qué no decirlo, bastante asustado, le soltó de corrido la siguiente oración que tenía aprendida de memoria para estas ocasiones:

*Jesús, María y Xosé
si yes el Diañu
de ti arreniego
y la cruz te faigo*

no volviéndose a oír más, al menos por aquella noche, al gracioso sin gracia del diañu burlón.

El lantarón (Cantabria)

Julio Caro Baraja menciona que, en el Renacimiento, el jurisconsulto Alejandro de Alejandría fue el autor más conocido de los que subrayaron varios casos de apariciones de tritones y nereidas (ninfas de los mares interiores), algunos de los cuales recogió el Padre Feijoo en su *Teatro crítico universal* (siglo XVIII). Aclara Baroja que Feijoo, que había sido demolidor de tantas fábulas erróneas, destructor de tantas supersticiones, creyó, sin embargo, que podían existir hombres anfibios, como el caso de Francisco de la Vega, el hombre-pezu de Liérganes, o como las sirenas. No era para menos, pues los testimonios eran bastante abundantes.



El lantarón es el ser... mitológico marino por excelencia de Cantabria. De rastro difuso y de escasas leyendas, su recuerdo es muy débil dentro de las tradiciones cántabras.

Un caso similar al de Francisco de la Vega lo publicó el *Semanario Pintoresco Español*, en enero de 1840. Numerosos vecinos de Torrelavega (Cantabria) vieron el día 8 de noviembre de 1839 un extraño ser que, en principio, confundieron con un hombre que nadaba con mucha facilidad, pero al ser observado más detenidamente se vio que realmente carecía de brazos visibles y era de color moreno, llegándose a apreciar que nadaba «con una cola de pez». Días después se volvió a repetir la insólita visión y posteriormente, ante la falta de más avistamientos, se fue olvidando el incidente, pasando a engrosar las listas de inexplicables «fenómenos forteenos», tan larga en nuestro suelo ibérico como en otras partes de Europa. Lo curioso, si cabe, es que en el año 1741 existe un antecedente muy similar a este caso, observado en esta ocasión por el naturalista Georg Wilhelm Steller al norte del Pacífico, cerca de las islas Aleutianas, donde vio un extraño animal que describió como un «mono de mar», teniendo el privilegio de contemplarlo por espacio de dos largas horas, apreciando detenidamente cómo este ser tenía una larga y estrecha cola similar a la de los tiburones, con la que se propulsaba, sin que tampoco viera brazo alguno.

Póllux Hernández hace referencia a la difuminada existencia de un personaje marino. Para apoyar su mención trae a colación una carta autobiográfica que llegó a escribir de su puño y letra el mismísimo hombre-pezu de Liérganes antes de morir, en la

que relata sus experiencias en el mar, así como la de otros seres como el lantarón, considerado el rey del mar que baña las costas cántabras. En su delirante descripción comenta que sus pies son enormes, con los dedos unidos por una membrana. Tiene el cuerpo robusto y musculoso, la piel de color verdinegra como las algas. La cabeza es ovalada, con dos enormes ojos verdes saltones. Sólo se alimenta de pulpos. Lleva como báculo una vara de saúco, árbol sagrado de cuyas bolitas negras, mezcladas con leche de sirena realiza una pócima que por la noche le hace fluorescente y le confiere poderes sobrenaturales. La verdad es que está describiendo a una especie de rey de los tritones, sacado de la mitología griega, con añadidos literarios que poca falta hacen al mito.

Cabe destacar, por último, la existencia de unos restos zoomórficos conservados en el Museo de Santander, correspondientes a un ser supuestamente capturado en la costa cantábrica y muy semejantes a otros encontrados

en la localidad de Manzanilla (costa del Pacífico mexicano). Se trata de un «monstruo» de boca muy grande, con dos cuernos coriáceos, en forma de antenas, de pequeño tamaño, no superando los 30 centímetros. Sea como fuere, lo cierto es que los hombres marinos, de los que se tiene constancia en todas las partes del mundo, han dado pábulo a todo tipo de hipótesis para tratar de explicar su origen. Encuadrados dentro de los espíritus de la naturaleza es una de ellas, y tal vez la más adecuada, pero no nos olvidemos de actuales referencias «tangenciales» que añaden datos a las tradiciones existentes sobre estos seres, así como al hecho de que diversos autores los relacionen con tripulantes de OSNIs (como lo creía Iván T. Sanderson) o con descendientes mutantes de una civilización anterior, como la de los atlantes.

Espíritus entre las aguas y las nubes: maxios canarios

Para complicar aún más la cosa, parece existir una cierta e indeterminada especie de seres acuáticos (de la familia de las ondinas y nereidas) que se aclimatan perfectamente al medio marino tanto como al mundo aéreo.

Su hábitat no está permanentemente en las aguas de los ríos o de los mares, sino que viven flotando en el cielo y de alguna manera constituyen el enlace entre los genios del mar (o tritones) y los del aire. Están considerados como genuinos espíritus etéreos de las nubes, alejados de esos 'otros elementales, de aspecto más fiero y de modales más groseros que abundan en la mitología de todos los pueblos y que en España están representados por el nubero.

Para Charles W. Leadbeater (muerto en 1934) existe una interesante variedad de *nereidas* (*sic*) que considera como espíritus de las nubes, los cuales pasan casi toda su vida en «las aguas que están en el firmamento». Para él habría que considerados como el anillo de tránsito entre los espíritus del agua y los del aire. Sus cuerpos son de materia etérea y pueden permanecer mucho tiempo fuera del agua. Sus formas suelen ser de gran tamaño y de estructura de malla. Cuando el cielo está despejado gustan de sumergirse en el mar. Su habitual residencia «es el luminoso silencio de las nubes, que por pasatiempo favorito modelan en fantásticas formas o las disponen en las seriadas filas a que llamamos cielo aborregado». La verdad es que estos seres descritos por el teósofo se parecen más bien a los silfos anglosajones o a los ventolines, de la mitología asturiana. Cuando el citado autor habla de las sílfides o espíritus del aire, como un tipo superior del reino de los espíritus de la naturaleza, dice algo que es característico de nuestros ventolines, y es el hecho de que están dispuestas a llevar cualquier mensaje que sea necesario por el placer que experimentan en servir de mensajeras a los seres humanos y verse adoradas y reverenciadas con profunda devoción y afecto como «queridos espíritus» y «ángeles custodios». Ni qué decir tiene que a todos estos personajes del astral les gusta aparentar lo que no son, como si no tuvieran bastante manifestándose en su verdadera forma.

Pero al lado de la imagen negra de las tormentas atribuidas a geniecillos más o menos perversos, existe otra imagen de los fenómenos atmosféricos más bonancible y relacionada con viejos cultos a los antepasados. Los maxios serían, básicamente, los espíritus de los guanches que vagan por los mares, corporeizándose en forma de nubecillas blancas durante algunas fiestas canarias importantes y, sobre todo, como no podía ser menos, en el día mágico de San Juan, que por aquellas épocas remotas y paganas recibiría otro nombre. Lo que -es seguro es que los guanches conocían la fecha del inicio del solsticio de verano.

El «Faican» de la isla de Gran Canaria (especie de sumo sacerdote y adivino guanche) o el «Guañameñe», en la isla de Tenerife, eran los intermediarios que ponían en contacto a la comunidad de iniciados con los maxios. Leamos, en texto original, lo que nos dice Gómez Escudero sobre ellos:

Los de Lanzarote y Fuerte Ventura tenían como lugares o cuevas a modo de templos, ande hacían sacrificios... de ciertas cosas de comer... quemándolas tomaban agüero en los que havian de emprender mirando a el juma; dicen que llamaban a los «Majos» (o magos) que eran espíritus de sus antepasados que andaban por los mares i venian alli a darles aviso quando los llamaban... i dicen que los veían en forma de nuvecitas a las orillas del mar; los días maiores de el año, quando hacian grandes fiestas... veíanlos a la madrugada el dia de el maior apartamento de el sol en el signo de Cáncer, que a nosotros corresponde el dia de San Juan Bautista.

En definitiva, se trataría de una especie de «ventolines» canarios, más en la línea de los silfos, cuya presencia era siempre signo de buenos vientos, óptimos augurios y favorables presagios.

Los demonios de las nubes

¡Ay del tiempo en que los silfos decidan dejar de sostener a los aviones que caerán al suelo! ¡Ay del tiempo en que los silfos dejen de filtrar los rayos ultravioletas del sol!

PACO RABANNE: Trayectoria (1992)

Los señores del tiempo

COMPRENDEMOS que poner un poco de claridad en estos enmarañados temas mitológicos, con tantos nombres que salen a relucir, es sumamente difícil. Pero vamos a intentado una vez más. Que el lector no se confunda y siga siempre esta premisa: en todos los órdenes de la naturaleza hay personajes sobrenaturales positivos y negativos (para evitar lo de bueno y malo que no encaja en estos seres, como ya hemos dicho en obras anteriores). El que habiten en un mismo elemento (en este caso el aire) y la sustancia primordial de su organismo esté constituida por este mismo elemento, no quiere decir que sus comportamientos, aspiraciones y evolución sean las mismas. Existen devas -o espíritus superiores de la naturaleza- y ayudantes menores para ejecutar su misión -los espíritus inferiores de la naturaleza-, y dentro de estos últimos sus misiones y manifestaciones son muy distintas. No es de extrañar que hayan sido considerados indistintamente como ángeles y como demonios. Además de todo esto, existe otra serie de personajes, esta vez humanos, que son «especialistas» en conjurar a estas entidades y que el vulgo acaba identificando a unos con otros, como no podía ser menos.

Dicho esto, pasemos a hacer una pequeña referencia a estos devas superiores que tanta importancia tienen en el desarrollo de la vida en nuestro planeta. Estos devas, según su función en el universo y su evolución espiritual, reciben diversos nombres. Don Lucio Campos, del estado de Morelos, célebre granicero mexicano (chamán y curandero elegido por el *poder del rayo*) a quien la descarga eléctrica de un rayo le dejó «dormido» durante tres años, nos habla de unos extraños personajes. Durante ese tiempo fue instruido por misteriosas entidades invisibles y aéreas que él llama «los señores del tiempo», capaces de llevar consigo las nubes, la luz y el agua y de descargar el rayo sobre quienes eligen (aunque no se sabe si es preferible tener tan dudoso honor). Este chamán describió a la «gente del tiempo» como seres que «viajan en una nube y sacan de sus dedos el poder del relámpago... Los señores del tiempo cabalgan en la nube y para ellos no hay cansancio, ni amor sexual. Son ligeros, animosos y alegres, y de un trueno se llevan varias almas con ellos al sitio donde todo es posible».

Don Lucio nos está hablando no de los elementales, sino de una categoría superior: de los devas, de los «seres del trueno» o «guías de la humanidad». Los taoístas y algunas tradiciones germánicas los llamaban los dragones alados, y tener la oportunidad de entrar en contacto con uno de ellos era el mejor signo de haber sido elegido por el espíritu para realizar una misión especial e importante sobre la Tierra. Estos «señores del tiempo» se sirven de la ayuda de los silfos y las sílfides para lograr sus cometidos. Asimismo, es creencia general que algunos elementales del aire están aliados con las ondinas o espíritus de las aguas, para condensar el agua de la atmósfera que más tarde transforman en lluvia.

Estos devas aéreos serían los responsables, desde el punto de vista esotérico, de algunos fenómenos eléctricos de la naturaleza, tales como los relámpagos, los rayos y los truenos, así como también de los fenómenos atmosféricos, tales como la brisa, el viento, los huracanes, la lluvia, el granizo, etc., siempre ayudados por fieles servidores.

En todos los panteones mitológicos hay reservado un lugar de honor a un dios que, entre otros atributos, posee el de dominar los fenómenos atmosféricos. Curiosamente, muchos de los nombres que reciben empiezan por la letra T (de tormenta o de trueno, por ejemplo).

En Grecia el todopoderoso Zeus era reverenciado bajo los nombres de *Tonante* y *Tronituante*. Se creía que Zeus mandaba el rayo y el relámpago. En el panteón celta este dios de la lluvia era denominado *Teutater* o *Taranis*. Entre los germánicos como *Wotan* u *Odín*. Los escandinavos como *Thorrr*; que recorría el cielo montado en un carro cuyas gigantescas ruedas producían el trueno. El dios asiático *Hada* (nada que ver con los

espíritus feéricos) era el dios del rayo y le correspondía la misión de abrir las puertas del cielo para hacer caer la lluvia. En la mitología azteca tenían a su *Tlaloc*, dios del cielo que regía las nubes, rayos, relámpagos y truenos.



Los silfos han sido considerados como etéreos espíritus del aire que viven en la parte sutil de nuestra atmósfera, que de cuando en cuando entran en contacto con los humanos.

Se dice que la espada de Réquila, rey de los suevos, que gobernó en el año 441, fue forjada bajo el poder de *Thiw*, dios del trueno, por siete genios del aire con poder sobre la tempestad, la lluvia y el viento. Siete días trabajaron en ella, siempre bajo la luz de la luna llena. Finalmente, cuando terminaron, escondieron la espada en el interior de un tronco quemado por el rayo, en lo más profundo del bosque del Campo de las Estrellas (Compostela), para que así su secreto quedase bien guardado por la oscuridad, la bruma y el silencio...

Silfos y demonios atmosféricos

A algunos espíritus del aire se les denomina corrientemente como sílfides o silfos (según sean de un sexo o de otro), viviendo y moviéndose en las regiones aéreas. Serían espíritus incoloros y transparentes que se confunden con el azul del cielo, por lo que es inútil adjudicarles una imagen física determinada. Se mueven con una inusitada rapidez, e incluso para alguien dotado de visión etérica le sería difícil percibirlos. Sus tamaños varían entre un palmo de altura hasta menos de un centímetro. La luz los excita y, sin embargo, la oscuridad los apacigua. En el mundo esotérico son llamados «elementales comunicadores» porque gracias a su ubicación etérica propician la comunicación de los seres humanos a través de las distintas tecnologías que poseen, sean éstas radio, telegrafía, televisión, teléfono, etcétera.

Bastantes autores consideran que los espíritus del aire, junto con los del fuego, pertenecen al nivel más avanzado de evolución de los elementos de la naturaleza, afirmación que pondrá en duda algún que otro lector cuando siga leyendo las páginas de este libro y se adentre en los entresijos de nuestros particulares nuberos ibéricos.

Para Villars, no hay duda de que el aire está lleno de una inmensa multitud de pueblos de figura humana, un poco fieros en apariencia, pero muy dóciles en realidad. Añade que son muy aficionados a las ciencias, amistosos con los sabios y enemigos de los necios y los ignorantes. Sus mujeres e hijas son de una belleza viril, tal como han sido descritas las Amazonas. Pero advertimos que todo lo que diga este autor hay que ponerlo en cuarentena.

Rua Aller y Rubio Gago creen que los nuberos y resto de divinidades menores del aire podían ser los céfiros mitológicos del *Sama Veda* indostánico, llamados *maruts*, quienes regentaban el aire junto con las sílfides. Estas divinidades mayores y menores de los pueblos arios, presentes por toda Europa, llegaron al final al noroeste peninsular, en las distintas oleadas de pueblos que invadieron España, y pasaron a tener un sitio en

nuestra mitología, es decir, defienden la tesis de los pueblos germánicos como introductores e impulsores de una serie de personajes que formaban parte de su folclore.

Con el asentamiento de la religión cristiana, los seres de la montaña y de las nubes no tenían ya derecho a la condición de dioses y se fueron transmutando en diablos de poca monta o en seres fantásticos maléficos y caprichosos, siendo convertidos sus antiguos lugares de culto en ermitas o iglesias. En el mejor de los casos recibían denominaciones de genios tutelares, invocados por lo «bajinis» y a hurtadillas, por si acaso. Se creía que habitaban en lo alto de las montañas y eran buenos y malos para las gentes de cada lugar según personificaran los anhelos de lo que esperaban de ellos.

Dentro del folclore español no tenemos constancia literal de estos silfos o «seres del aire» anteriormente descritos, al menos, como lo hemos hecho; antes bien, según en la zona donde se dejen manifestar, se les asocia y relaciona como «diablos o demonios de las nubes», adoptando una figura antropomorfa, feúcha, envejecida, de malas pulgas y peores modales, es decir, lo contrario de los silfos y las sílfides, que son considerados los seres más evolucionados dentro de la gran familia de los elementales) viviendo cientos de años (llegando a veces a los mil, que ya es llegar), no representando rasgos de envejecimiento, y rara vez asumen la forma humana.

A nuestros hispánicos habitantes del aire les iría mejor el nombre de «seres atmosféricos», y reservemos la palabra «espíritus del aire» para los silfos, de los que aquéllos serían una burda y campechana variante, no exenta de humor y de evolución, pues los nubereros, así como el resto de la familia de los «demonios de las nubes», estarían en un estado evolutivo claramente inferior no sólo a los elementales del aire o silfos descritos, sino incluso a los elementales de las aguas.

Antonio de Torquemada, en su *Jardín de flores curiosas* (1570), sitúa estos seres atmosféricos en el primer lugar del escalafón diabólico. Los describe diciendo que están en el medio de la región del aire y de allí abajo hasta la tierra, siendo los que algunas veces «mueven los vientos con mayor furia de la acostumbrada, los que congelan las espantosas nubes fuera del tiempo, los que hacen venir los truenos, rayos, relámpagos y granizos y apedrean los panes y viñas y frutos de la tierra, y de esto se aprovechan los nigrománticos cuando quieren hacer estos daños».

Hay que tener presente que los pueblos de la antigüedad atribuían estos sobrecogedores fenómenos atmosféricos a causas en un principio intangibles, inspirados por entes perversos o demoniacos que poco a poco fueron haciéndose más humanos, antropomorfos, pero, eso sí, con cualidades físicas de fealdad e incluso monstruosidad, para dejar bien claro que estamos tratando con seres muy poco de fiar y pertenecientes a un mundo oscuro, diferente al de los humanos.

Cuando en algunas épocas históricas aparecieron ciertos brujos y hechiceros que decían tener el poder de conjurar los nublados y las tormentas, y además lo demostraban, el pueblo acabó por equiparados, la mayoría de las veces por miedo o ignorancia, al propio ente sobrenatural y maléfico originador de esos fenómenos. El conjurador y lo conjurado casi se convirtió en lo mismo, pues tanto el uno como lo otro no dejaban de ser los agentes causantes y devastadores de las tormentas, así como los que podían poner fin a las mismas.

Por consiguiente, en muchas zonas del mundo, al igual que en España, se atribuyó la autoría de estas tronadas, cargadas de sobrecogedores fenómenos eléctricos, tanto a invisibles seres fantásticos como a tenebrosos seres humanos, con una mezcla entre ambos que era difícil distinguir sus contornos. En las Galias, y entré los pueblos celtas en general, estos personajes de carne y hueso eran llamados «tempestarios». En Cataluña y el Rosellón se atribuyen estos poderes a los brujos y brujas (*bruixots*). En el País Vasco a la mítica Mari y su cohorte de sirvientes y adláteres sobrenaturales (Odei, Eate y Aidegaxto). En Asturias, a las brujas tempestarias o nubereros, además de a los «nubereros» como seres de otro mundo. En Galicia a los «tronantes» invisibles y a los negrumantes y escoleres visibles. En Cantabria tanto a los nubereros, brujos o anjanas perversas como a los «mengues». En León, a los reñubereros y a los ñublaos. En Castilla, a los nubleros y a los regulares, y en otras zonas de España, como iremos viendo, o bien a seres indeterminados e invisibles, sin nombre, que cabalgan las nubes, o bien a personas con nombres y apellidos, mañosas y diestras (a veces, siniestras) en las artes brujeriles. En esta obra, lógicamente, vamos tan sólo a referirnos a los primeros: los que forman parte de los espíritus masculinos de la naturaleza.

Los vientos de las brujas

¿En qué lugar del mundo no existe alguna tradición que asocie algunos vientos machaconamente persistentes a ciertas presencias e inteligencias? Muchos de estos vientos están cargados de leyendas porque, por la intensidad con la que soplan o por la zona de donde proceden, determinan el carácter de las personas que los sufren.

Muchos se han hecho acreedores de formar parte de las supersticiones y de las creencias de algunos pueblos. Comúnmente se les llaman «vientos de las brujas», pero no porque los provoquen estas entidades femeninas, sino por la condición especial que tiene su presencia. Cada país, cada región, cada comarca y casi cada zona rural posee su viento embrujado y, a veces, sus propios protagonistas fantásticos.

En Israel se llama *sharav*. En el sur de Alemania y Suiza, el *foehn*. En la Costa Azul, el *mistral*. En la zona levantina, el *poniente*. En la Costa Brava, la *tramontana*, etc. Por lo general, son vientos fuertes procedentes de zonas secas que alteran el ambiente y a las personas. En Cantabria se le llama el *sur* y por eso se dice una expresión popular de «está asurao» cuando alguien está irascible.



En Cataluña y, en general, en toda la zona mediterránea existen unos peculiares follets del viento que son los encargados y los responsables de provocar ciertos vientos que traen de cabeza a los lugareños.

Se sabe que los síntomas que sienten algunas personas sensibles a estos vientos antes de que éstos hagan acto de presencia, son fuertes jaquecas, estados de ansiedad, dolores de huesos, trastornos intestinales, cambios de carácter... con toda esta sintomatología, ¿cabían dudas de que se les asocie con entidades perversas? Incluso hay una nueva disciplina médica que estudia estos trastornos derivados del clima y del medio ambiente en los organismos vivos: la biometeorología. Lo fácil es culpar a los espíritus o las brujas, pero, como en cualquier problema que se presente, puede haber un poco de todo y eso lo saben muy bien nuestros campesinos.

Víctor Balaguer, en su obra *Al pie de la encina*, recoge leyendas de una comarca concreta catalana como es El Montseny, y escribe sobre algunos procedimientos de conjuros que son más propios de neutralizar a vampiros u hombres-lobos que a las tormentas. Pero dejemos que sea él quien nos lo cuente:

Toda esta comarca de Montseny, amigo mío, está llena de supersticiones y leyendas. Todo son cuentos de brujas, de encantamientos, de maravillas, de aparecidos, de damas blancas y damas rojas, de diablos negros y demonios colorados, de brujas que cabalgan invisibles por los aires montadas en palos de escoba, conductoras y guías de tempestades que por enojo o venganza descargan sobre sitios determinados. Y como para concluir con las brujas, según decir del pueblo, no hay sino el humo del laurel que las ahoga y la bala bendecida que las mata, de ahí que cuando el lejano trueno en el espacio y las nubes aturbonadas en el Montseny anuncian la tempestad, las mujeres acuden presurosas a encender grandes hogueras de lauro que elevan al aire su densa y odorífera humareda, y los hombres no cesan de disparar escopetazos a las nubes, cargada su carabina con balas en que hay la señal de la cruz y están bendecidas por el cura párroco.

En el Pallars por *fullet* entienden un viento que silba muy fuerte durante los meses de noviembre y diciembre, que arranca árboles de cuajo y se lleva los tejados (Sarroca de Bellera, Paúls). En Isil, en el valle de Aneo, creen que lo dirige las brujas o el mismo demonio. Con la furia que lleva arranca todo lo que encuentra a su paso. Asimismo, cuando en primavera el viento hace mover los trigales, en el valle de Aneo dicen que aquellas ondas las produce el *fullet*: viento arremolinado que a veces se lleva la hierba segada de los prados. En el mismo caso, en Paúls, suelen decir: «Ara pase lo fullet.» Y en la Ribera de Cardós, *fullet* o *folet* está considerado un torbellino de viento, una ventada impetuosa. Este nombre le viene, según indica la creencia popular,) de que dicho torbellino es un ser sobrenatural, un follet maléfico.

Fuera de esta comarca también aparece este *follet del vent*, pues en Tremp la ráfaga de viento atorbellinado toma el nombre de *folet*, y tanto en el Ripollés como en el valle de Ribes y comarca Olot, «en los remolinos de viento va siempre un follet».

Nubleros y regulares

Hablemos ahora de algunos de estos pavorosos personajes sobrenaturales que tanto asustaron a los antepasados de nuestros abuelos de Castilla y León. En el pueblo palentino de asomo los seres atmosféricos son llamados «nubleros» y van encima de las nubes, siendo los encargados de conducir, como su propio nombre indica, los nublados. En otra localidad de la misma provincia, Carrión de los Condes, también creían en estos demonios hasta el punto que, en caso de nublado, sacaban santos con peana y todo tipo de reliquias para conjurados.

Cuando el nublado se alejaba del pueblo de Osorno en dirección este, gracias a los correspondientes conjuros, sahumeros y demás rituales variopintas, los del cercano pueblo burgalés de Melgar de Femamental decían: «Ya han sacado el zancarrón», y había siempre dos hombres dispuestos para sujetar al cura, porque aseguraban que estos espíritus de las nubes lo elevaban del suelo al comenzar con sus exorcismos. Existe aún una zona de este pueblo conocida como «la pedra», porque dicen que estos demonios descargaron allí, en cierta ocasión, todo el granizo a petición del párroco, que esta vez sí fue obedecido.

Otro nombre que reciben es el de *regulares*, en concreto en el pueblo sanabrés de Avedillo, donde se cuentan varios casos en los que han intervenido formando parte de sus leyendas locales. Suelen actuar, a diferencia de otros seres similares, en grupos o manadas y de forma lamentablemente regular, de ahí su nombre. César Morán Bardón refiere que en esta misma localidad zamorana el señor cura conjuraba una nube, rogando a Dios que no hiciese daño a personas ganados ni a sementeras. De rodillas estaba con su libro abierto, cuando de pronto vio caer del cielo a un «hombre» de pie. Lo miró asustado y lo reconoció al instante, porque en el seminario habían estudiado juntos años atrás. Recordaba que había sido expulsado por sus gamberradas y su mala conducta. El párroco pregunta al antiguo compañero y seminarista:

- ¿Pero, eres tú? ¿Qué estabas haciendo?
- Disponiendo la tempestad... -respondió llanamente.

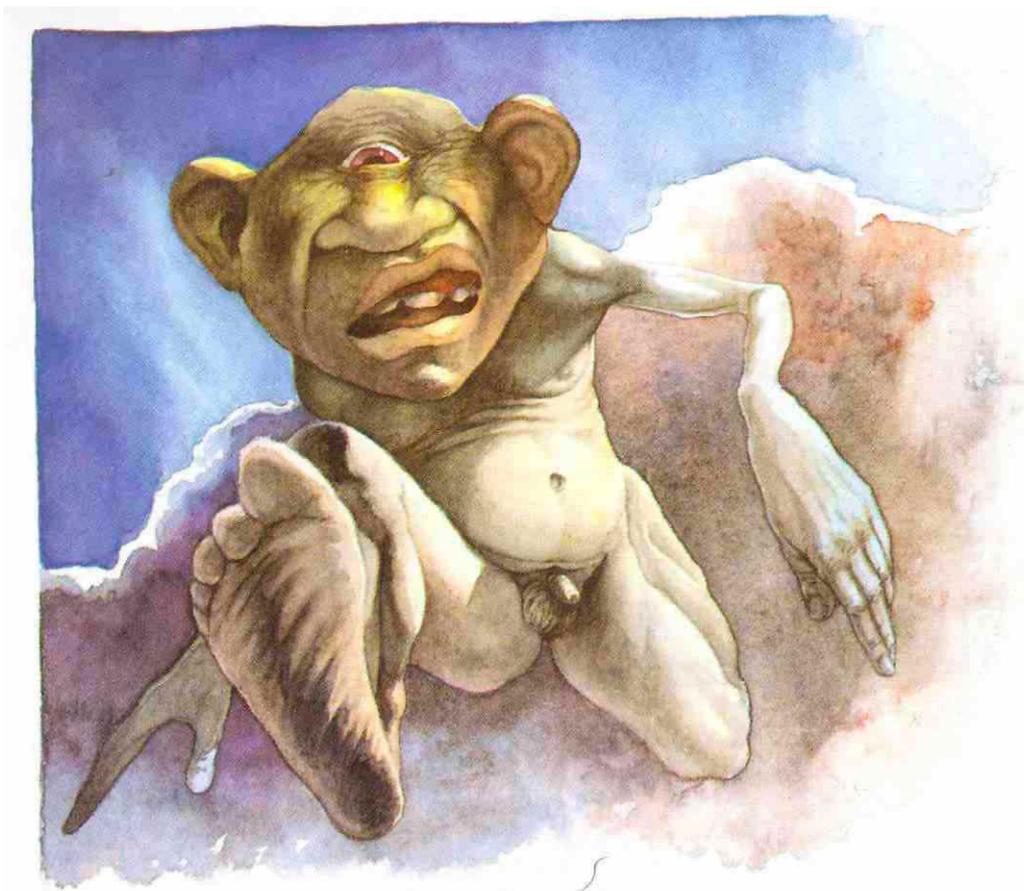
Sin salir de la provincia de Zamora, en Abezames cuentan que hay diferentes tribus de demonios en las nubes. Cuando luchan entre sí, lo cual es bastante frecuente, se producen los nublados y las tormentas, pagando las consecuencias los sufridos humanos, no quedándoles otro remedio que gesticular algún corte de mangas, gritar algún improperio o tañir campanas para procurar que se alejen lo antes posible de sus campos.

Nos asegura el investigador José Francisco Blanco que en la provincia de Salamanca no ha podido encontrar denominación particular para estos diablillos de las nubes, y tan sólo cita el pueblo de Sorihuela, donde gráficamente dicen que los truenos son provocados por «ángeles que andan a tajazos».

Reñuberos y ñublaos leoneses

En la provincia de León, estos «demonios» también reciben diversos nombres: «riñuberos», «renuberos», «riñoberos» o más comúnmente «reñuberos», cuyo mito ha pervivido hasta hoy, si bien localizado en determinadas áreas.

En los Argüellos se les atribuyen todos los males atmosféricos, desde el granizo hasta los rayos y las centellas. El aspecto de los *reñuberos* es fácil de deducir, toda vez que en dicha zona se dice de quien tiene un aspecto mal encarado y feo que «parece un reñubero». En la comarca de Las amañas, en concreto en Rosales, se dice que son «quienes manejan todo el tinglado de las nubes: los truenos, los relámpagos, tempestades, nieves y granizo».



En La Bañeza se consideraba que algunas tormentas eran formadas por un polifemo gigante. Este es un claro ejemplo de cómo se mezclan dos mitos en uno solo (el de los reñuberos y el de los cíclopes).

Ángel Raimundo Fernández, en su obra *El habla de Oseja de Sajambre*, denomina «ñuberos» a unos espíritus maléficos, viejos y de tez morena, estableciendo así un paralelismo con los «renuberos» o «renuberus» de La Magdalena y Otero de las Dueñas. El parecido con su vecino de Asturias (el nuberu) es casi absoluto.

En las llanuras de León, el reñubero es de carácter muy semejante. Son perjudiciales para los campesinos y para la agricultura porque fabrican las piedras del granizo y las arrojan sobre las cosechas. El reñubero suele estar considerado, por lo tanto, como un ser maligno y asociado al demonio. En estos versos de Nicolás Benavides se comprueba perfectamente:

*Un olor a azufre había
que por poco nos ahogamos
en un chopo de allí enfrente
(un chopo de los más altos)
una sombra mu gigante se espurría (estiraba)*

*sin tener piernas ni brazos,
a la ramas se agarraba,
por el tronco iba trepando
y, alla arriba, muy arriba, hizo una mueca
y marchó después volando.*

Nos dice Alonso Garrote que para el «pueblo maldito de los Maragatos», a estos seres se les denomina «reñubeiros», y se los define como «brujo o personaje fantástico que las gentes sencillas pretenden haber visto caer de las nubes y tomar forma humana en tiempo de tormentas, con objeto de hacer mal de ojo y ser portador de calamidades para las personas y los sembrados». Esta creencia se separa de otras, en el sentido de que a estos seres no sólo se les atribuye los males de la agricultura sino también las enfermedades de las personas. Es curioso anotar que otro de los así llamados «pueblo maldito», muy cercano geográficamente a la maragatería, como son los Vaqueiros de Alzada, los designa prácticamente con el mismo nombre: «renubeiros».

En tierras de La Bañeza consideraban que las tormentas, especialmente las que tienen una tonalidad rojiza, eran producidas por un ser mítico de un solo ojo, guardián de un tesoro, que cuando se enfurecía hacía soplar fuertemente el viento, formando este tipo de tormentas temibles. Este cíclope gigante, que se enmarca dentro del núcleo mitológico de otros cíclopes hispanos (como los vascos, montañeses o asturianos), solamente puede ser muerto por un muchacho y para ello ha de clavarle una astilla al rojo vivo en su único ojo. No nos extrañaría que esta variante polifémica formara parte de alguna leyenda asturiana, pues del nuberu también se dice que posee un solo ojo sano.

El infatigable cronista de lo insólito, Antonio de Torquemada, nos cuenta un curioso caso acaecido en la ciudad leonesa de Astorga, su pueblo natal, que lo emparenta con otros sucesos similares de nuestra mitología asociados a las hadas y a las sirenas. Tiene como telón de fondo la maldición de,:: una madre a su hijo, pero con «demonios de los aires» como protagonistas. Aunque no cita el nombre, creemos que los protagonistas serían unos perversos reñuberos.

Vivía, en el siglo XVI, una familia honrada con dos hijos, y uno de ellos, que tendría unos trece años, hizo cierta travesura de la cual se enojó tanto su madre que «comenzó a ofrecerle y encomendarle muchas veces a los demonios que se lo llevasen delante. Esto era a las diez de la noche, que hacía muy oscura, y como la madre no cesase de seguir sus maldiciones, el muchacho con miedo se salió a un corral que en la casa había y allí desapareció».

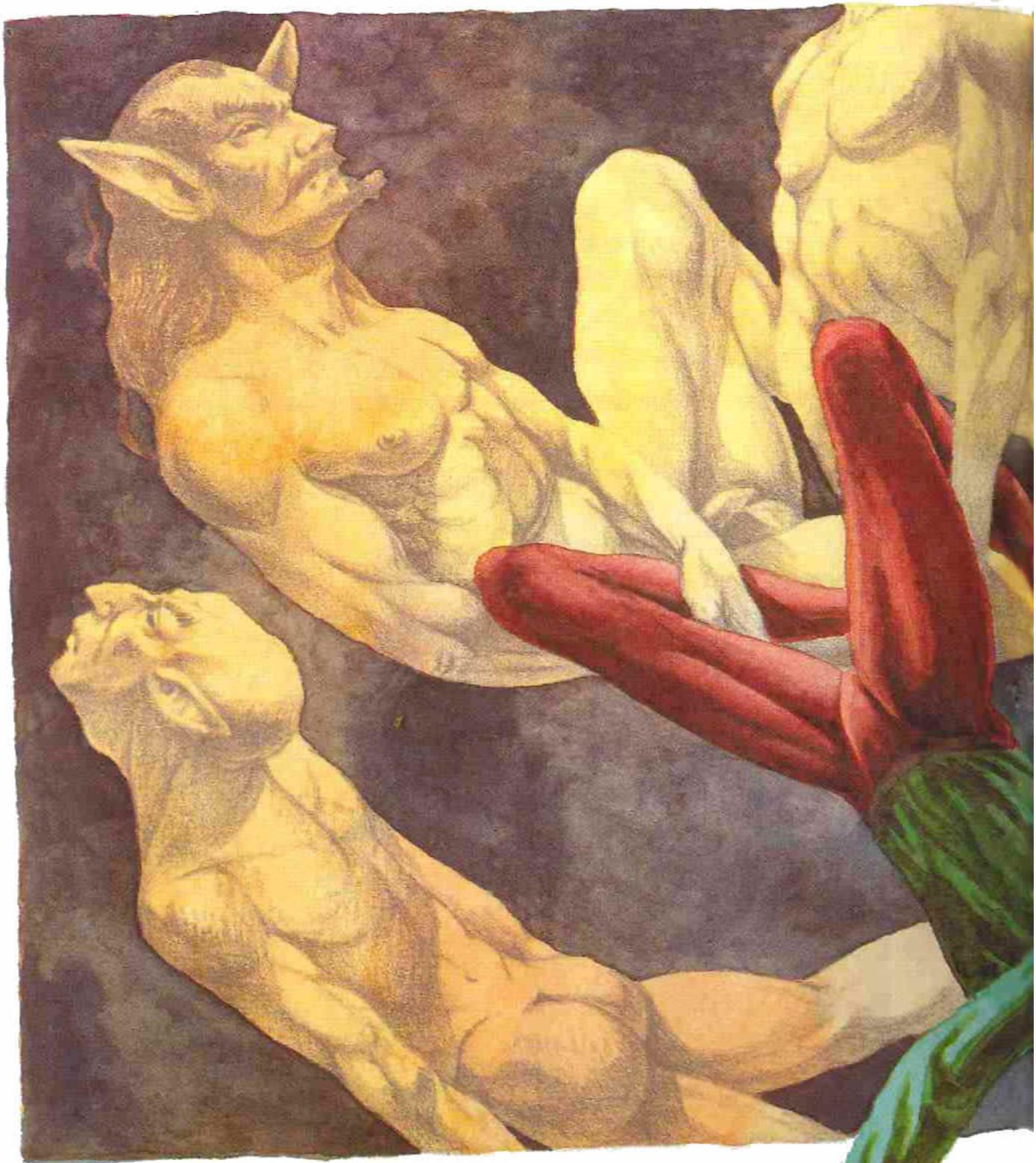
Lo buscaron por todas las partes, pero lo cierto es que no dejó ni rastro, comprobándose que las puertas estaban todas cerradas y ninguna ropa ni enser faltaba que hiciera sospechar alguna huida. Así pasaron dos horas hasta que los padres oyeron un ruido estruendoso en la habitación superior, subieron rápidamente, abrieron la puerta con llave y encontraron al muchacho aturdido y maltratado, con la ropa rasgada y con el cuerpo magullado, con rasguños similares a los que dejan las espinas.

Al día siguiente, el chico parecía haber vuelto en sí, momento que aprovecharon sus padres para preguntarle qué había ocurrido la noche anterior. Él les dijo que, estando en el corral, había visto sobre sí «unos hombres muy grandes y muy feos y espantables, los cuales, sin hablar palabra, le tomaron y llevaron por el aire con tan gran velocidad que no hay ave en el mundo que tanto volase, y que, descendiendo a unos montes muy llenos de espinos, le habían traído arrastrando por medio de ellos para una parte y para otra, de manera que le habían puesto de la suerte que veían; y que al fin le acabaran de matar, sino que él tuvo tino de encomendarse con gran voluntad a nuestra señora que le valiese y que, a la hora, aquellas visiones le habían vuelto por el aire y le habían metido por una ventana pequeña que estaba en la cámara y que allí lo habían dejado y se volvieron por donde habían venido».

Acaba diciendo Torquemada que conoció a ese muchacho después de mucho tiempo, y constata que de esta malaventura quedó sordo y abobado «de manera que nunca fue el, que antes era y pesábale de que le preguntasen o trajesen a la memoria lo que por él había pasado».

Pero dejemos un buen sabor de boca. Francisco Rúa Aller y Manuel Rubio recogen a un curioso ente del aire llamado el *ñublao*, tuya. creencia surge solamente en Riolago de Babia (León), y, a diferencia de los reñuberos y de sus parientes los nubereros, es de naturaleza pacífica, asociado también a las tormentas.

Considerado un espíritu de carácter benéfico, semejante a una deidad forestal, vuela sobre los árboles del bosque durante la tormenta y también cuando ésta concluye. Donde el *ñublao* planea, dicen, surgirán las mejores maderas para leña, y los campesinos que sean amables con ellos, sin proferir conjuros o gestos hostiles, obtendrán como agradecimiento una buena cosecha que será la envidia de sus vecinos de lindes.



Antonio de Torquemada cuenta como cierto un suceso que ocurrió en Astorga, en el siglo XVII, a un muchacho de trece años. A partir de la traumática experiencia que sufrió ya no volvió a ser el mismo





Sugaar, Aidegaxto y Odei

En el País Vasco hablar de Mari es aglutinar en una sola palabra muchas facetas. Por un lado, es un espíritu femenino de la naturaleza al que se atribuyen funciones de otros seres sobrenaturales. Para Barandiarán «es considerada como jefe de los demás genios», y entre sus virtudes y defectos está la de castigar con frecuencia las faltas cometidas por los hombres, siendo uno de esos castigos el enviar a los pueblos el pedrisco bien ella misma o a través de su hijo Mikelats o de otros genios subterráneos (entre los cuales figuran «Odei», «Eate», «Elususo» y «Aidegaxto»), lanzando las más negras y pavorosas tormentas, dirigiéndolas a voluntad entre los valles y las montañas.

Dentro de las creencias populares está Sugaar, que en vasco significa «culebro» o «serpiente macho» y, como genio terrestre que es, se manifiesta no sólo de esta manera serpentiforme, sino de otras muchas, prefiriendo atravesar el cielo en forma de hoz o media luna de fuego, como Mari. Así le han visto, al menos, en la comarca de Ataun (Guipúzcoa). Su paso indica siempre presagio de una tempestad no, muy lejana. En Goyerri es conocido con este nombre -Sugaar- y en pocos sitios más, pues es un personaje que no se menciona mucho en la actual mitología vasca.

Se supone que habita en las profundas regiones subterráneas, como en Sugaarzulo (Ataun) y en Balzola (Dima), de donde sale a la superficie por la abertura de ciertos antros, estratégicamente situados, como los de la sima de Argamunde -en Ataun- y en la región de Betelu, en el monte Balerdi. En la región de Azkoitia (Guipúzcoa) al *Sugaar* o culebro se le llama *Maju* y se le considera el marido de la legendaria Mari, apareciendo en la misma forma que ésta quiera adoptar para la ocasión (hoz de fuego, animal, humana;..), con quien se junta todos los viernes de cada semana en las alturas, provocando entonces con sus devaneos amorosos una fuerte tormenta de lluvia y pedrisco. En Zarauz y Zumaya, comentan que estos encuentros se producen en realidad en las tardes del viernes, pero solamente para asuntos tan castos como peinar su larga y frondosa cabellera rubia.

Para algunos estudiosos del folclore vasco-navarro, como José María Satrústegui, Sugar o Sugaar es una mera variante nominal del mito de Mari, como ocurre con la «dama de fuego» de la cueva de Grobe, cerca de Alsasua, genio luminoso, curiosamente de naturaleza femenina, que aparecía peinándose el brillante cabello con un peine de oro.

En la *Crónica de siete casas de Vizcaya y Castilla*, de Lope García de Salazar, publicada en el año 1454, se relata como verídico el extraño acontecimiento de un *Sugaar* o culebro que se unió sexualmente con una princesa escocesa que vivía en Mundaca, la cual dio a luz a un niño que se convirtió en el primer Señor de Vizcaya (llamado Juan Zurúa). Por las referencias que tenemos del tal Sugaar, lejos de ser un dragón o una serpiente con rasgos antropomorfos, creemos más bien que se trataría de una entidad de luz u hombre luminoso de origen incierto pero sobrenatural.

El *Aidegaxto* sería uno de los muchos genios que forman y dirigen las tormentas, así lo creen en Laburdi. *Aidegaxto* significa «rayo». En otras zonas, como Mondragón, a este genio tormentoso se le designa con el nombre de *Odei*, que en vasco significa «trueno» o «tonante», y en Dohozti se le llama «Ortzia». Con el nombre de Bate se designa en Goyerri (Guipúzcoa) al genio de la tempestad, del fuego, de las grandes riadas y del viento huracanado. Su voz sorda e imponente se deja oír cuando se aproxima el pedrisco o un incendio en el monte o la venida torrencial de un río y el ventarrón que suena en un bosque.

También se le designa con otros nombres, según el lugar donde ejerza su influencia. Así, en Cegama se le llama «*Egata*», en Azpeitia recibe el nombre de «*Ereeta*» y en Araquil es conocido como «*Orots*». La expresión vasca «las barbas de Ereeta» designa simbólicamente a los mechones de llama que suben ondulantes de un bosque incendiado o de un edificio que se quema.

Los tronantes gallegos

En Galicia se le llama tronante (porque provoca los truenos), nubeiro (por su relación con las nubes), legromante (por ser brujo) o escolar (por ser sabio). Al «tronante-nubero-demonio» se le dota de elementos que pueden simbolizar su actividad: las tenazas y los zuecos con los que produce el ruido de los truenos. Símbolos semejantes se usan en otras zonas. En Andalucía creen que el trueno lo causan grandes carros que ruedan por el cielo. En Asturias lo identifican con el estruendo que se hace al jugar a los bolos. Los «tronantes-nubeiros-bruxos», en cambio, son considerados hombres y mujeres de carne y hueso que emplean diversos métodos para provocar las tormentas. Según el testimonio de uno de ellos en un proceso inquisitorial, primero necesitan subirse a la nube: esto lo hacen en una «polvoriña» (la forman amontonando un poco de polvo del camino y

orinando sobre él, y en el remolino que se forma sube el nubeiro) o en una «fumeira» (la hacen en el agujero de un topo). Una vez subidos en la nube, la dirigen libremente donde les apetece descargada.

Físicamente, los «tronantes-demonios» nunca ganarían un concurso de belleza: son muy feos, negruzcos, bajitos, con unos zuecos enormes y con dos grandes tenazas que les sirven de manos. Según recoge Rodríguez López, se les atribuye la misión de hacer bastante ruido (con los pies según algunos pueblos) y de sembrar el granizo y el pedrisco.

En la provincia de Orense dicen del tronante que es un monstruo pequeño y rechoncho que «hiere las nubes con los pies», produciendo el ruido de un trueno. Se cree que tanto el tronante como el nubeiro se caen de las nubes y cesa la tronada si un sacerdote, en su conjuro, llega a tocados con el agua bendita que arroja a los cielos.

En Bergantiños (La Coruña) lo consideran físicamente distinto, pues por estas tierras es alto y viste de forma elegante, como un caballero, aunque eso sí, igual de feúcho que los descritos con anterioridad. Va a las fuentes y levanta las aguas, provocando los truenos con el singular procedimiento de hacer rodar por el cielo cajas de hierro. En Sarria llaman a los espíritus de la tempestad «negrumantes», nombre que usualmente se aplica en Galicia a seres maléficos y perversos, condición que también se atribuye a las lumias. Habitan en lugares oscuros de los bosques, donde maquinan todo tipo de maldades y atrocidades. La palabra viene de negrume (negro) y simboliza lo negativo.

George Borrow, «Don Jorgito, el inglés», así llamado en Galicia cuando hace unos cien años cayó por estas tierras, publicó un curiosísimo libro titulado *La Biblia en España*, en el cual refiere sus andanzas y aventuras durante su misión. Entre sus observaciones y descubrimientos ya recoge leyendas referidas a la Santa Compañía y al tronante, como ser fantástico promotor de las tormentas.

Hace tiempo se decía, como un hecho real, y así lo recoge Leandro Carré Alvarellos, que el cura de Santaya de Probaos (ayuntamiento de Cesuras, partido judicial de Betanzos) era un hombre tan bueno y tan santo que su fama llegaba más allá de las tierras de Bergantiños y Barcala. El día de la fiesta patronal convidaba a comer a todos los pobres que a Santaya llegaban. Queríanle tanto sus feligreses que, en el tiempo de las sementeras, como en el de las siegas o las trillas, acudían complacidos a ayudarlo. Pero el caso fue que un año empezó a llover y descargó una gran tormenta cuando la era del señor cura estaba cubierta de haces de trigo y la malla iba ya a media mañana. Aquel año fueron muchos los daños ocasionados tanto en el granero del cura como en el de sus parroquianos.

Lo peor fue que al año siguiente, coincidiendo también con la malla del párroco, otra tremenda tromba de agua, producida por la tronada aterradora que estalló con gran estruendo, repitió la catástrofe. Y así aconteció los siguientes años, tan desafortunadamente, que, amaneciendo días claros y limpios de nubes y luciendo el sol en todo su esplendor, de repente se entoldaba el cielo y los truenos retumbaban en los campos, a la vez que las torrenciales lluvias lo encharcaban todo.

Decíase que aquello no podía ser sino cosa del diablo o de meiguería. Pero llegó un día que, temiendo que no tendrían más suerte que en los años anteriores, acudieron al Ayuntamiento, dispuestos para efectuar la trilla por si el tiempo les era favorable. Era en la víspera de San Juan de Medda, que tiene una ermita cerca de Santaya en la cual se celebra su romería.

El párroco, antes de comenzar a extender sobre el pavimento de la era los montones de trigo, habló a sus feligreses diciéndoles:

-Amigos míos: Hoy vamos a intentar nuevamente hacer la trilla de nuestro trigo; tengamos fe en que Dios Nuestro Señor y el bendito San Juan de Medela han de apiadarse de nosotros y no nos dejarán de su mano. Os ruego que os dispongáis para la trilla; pero, pase lo que pase, no huyáis de la era, ni tengáis miedo alguno por lo que podáis ver, sea lo que fuere.

Después de esto, hizo llevar a la era un viejo armario que tenía en la bodega; en él se metió con un libro en la mano y se puso a rezar. Pero cuando los malladores empezaron a realizar su labor, estalló la tormenta con más fuerza que nunca. Los relámpagos y los truenos se sucedían sin tregua y los nubarrones derramaron toda el agua que llevaban. Los malladores tuvieron un primer impulso de huida; pero, recordando las palabras del párroco, siguieron golpeando con los mallas en el trigo, a pesar de que la lluvia arreciaba en fuerza y cantidad. El señor cura, dentro del armario, seguía rezando y conjurando.

De pronto, al tiempo de retumbar un trueno horrísono que hizo estremecerse a cuantos allí estaban, vieron caer de las nubes unas grandes tenazas de hierro; y poco después, tras otro espantoso ruido, unas zuecas grandísimas; y luego cayó el tronante, ser espantoso que parecía un gigantesco mono, tan contrahecho, negro y

peludo como un demonio del infierno, que el vedo producía terror. Entonces salió el señor cura del armario, con el libro en la mano, gritando conjuros y diciendo:

-¡Matadlo, matadlo, para que nunca más pueda hacer daño a nadie!

Y los feligreses mallaron en el tronante con más fuerza y saña que en los montones de trigo, sobre los cuales había caído. Y la tronada y la lluvia se calmaron y volvió a salir el sol.

Como dato para la pequeña historia se dice que enterraron al tronante, con las zuecas y las tenazas, al pie de la ermita de San Juan en la víspera de la romería, ya que por su intercesión se rompió el conjuro y que allí sigue todavía.

El nubero

El nubero, nuberu o nubeiro, según se diga su nombre, respectivamente, en Cantabria, en Asturias o en Galicia, es un ser de características aún hoy en día no bien definidas, pero casi todos están de acuerdo que es el dueño y señor de las tormentas. En Asturias es un ser sobrenatural, y, por lo tanto, poco o nada tiene que ver con los llamados «tempestarios» o «conjuradores de las nubes», brujos o hechiceros humanos que, por artes mágicas, provocaban tempestades y tormentas.

Al nuberu se le considera generalmente como un ser maligno, extremadamente feo -en Asturias, cuando una persona carece de belleza, suele decirse de ella que «es más fea que el nuberu»-, de estatura elevada (para Aurelio de Llano, no para otros), con una boca tan grande como un pajar y de una fuerza ¡alosa!. Viste traje de pieles de carnero, tiene barba poblada (según varios vecinos de Bao, concejo de Ibiar) y cubre su cabeza con un sombrero negro de anchas alas. Respecto al sombrero se dice que a unos mozos de Proaza que trabajaban con lentitud en el campo, el nuberu les dijo: «¡Dairos prisa, que si no, vais a mojaros!» Los mozos, ante tal augurio, se rieron y el nuberu, enfadado agitó entonces su sombrero empezando inmediatamente a llover con todas las ganas.

En cualquier caso, la mayor parte de los testigos lo representaban similar a un anciano de tez casi negra, con ojos como brasas rojas en el fondo de dos agujeros y desde luego con enormes orejas. Respecto a su vestimenta, usa un zurrón como el de los pastores, sin embargo, Jesús Rodríguez...

López deja constancia que no sólo de pieles viste el nuberu. Nos dice que cayó uno de ellos en cierta ocasión que «vestía de señorito». No falta quien asegura que es tuerto o por lo menos que no ve bien de un ojo, poseedor de numerosos dientes muy apretados entre sí.

El nuberu puede adoptar forma humana, apareciendo normalmente, como le contó a Jove y Bravo un comunicante de Teverga, en forma de:

Hombrín pequeñucu, vieyu y arruga u como una mayuca, negru como la péz, más feu que 'I meu sobrin Pepe, que ye cuanto hay que decir; tien les piernes torcies como cádaes y delgaes como garabinos. De la cara vos digo nada; la boca llégai de oreya á oreya y véense los dientes que so'n como paletes y negros com' un tormentu; los güeyos brillen como dos fogueruques y maldito si vi en mi vida unes oreyes más grandes, que paecen fueres de figal, en fin que mete mieo, señoritu. Yo, ver, vilo una vez, pero desde entonces non volví a pasar por el monte de la Carbayera.

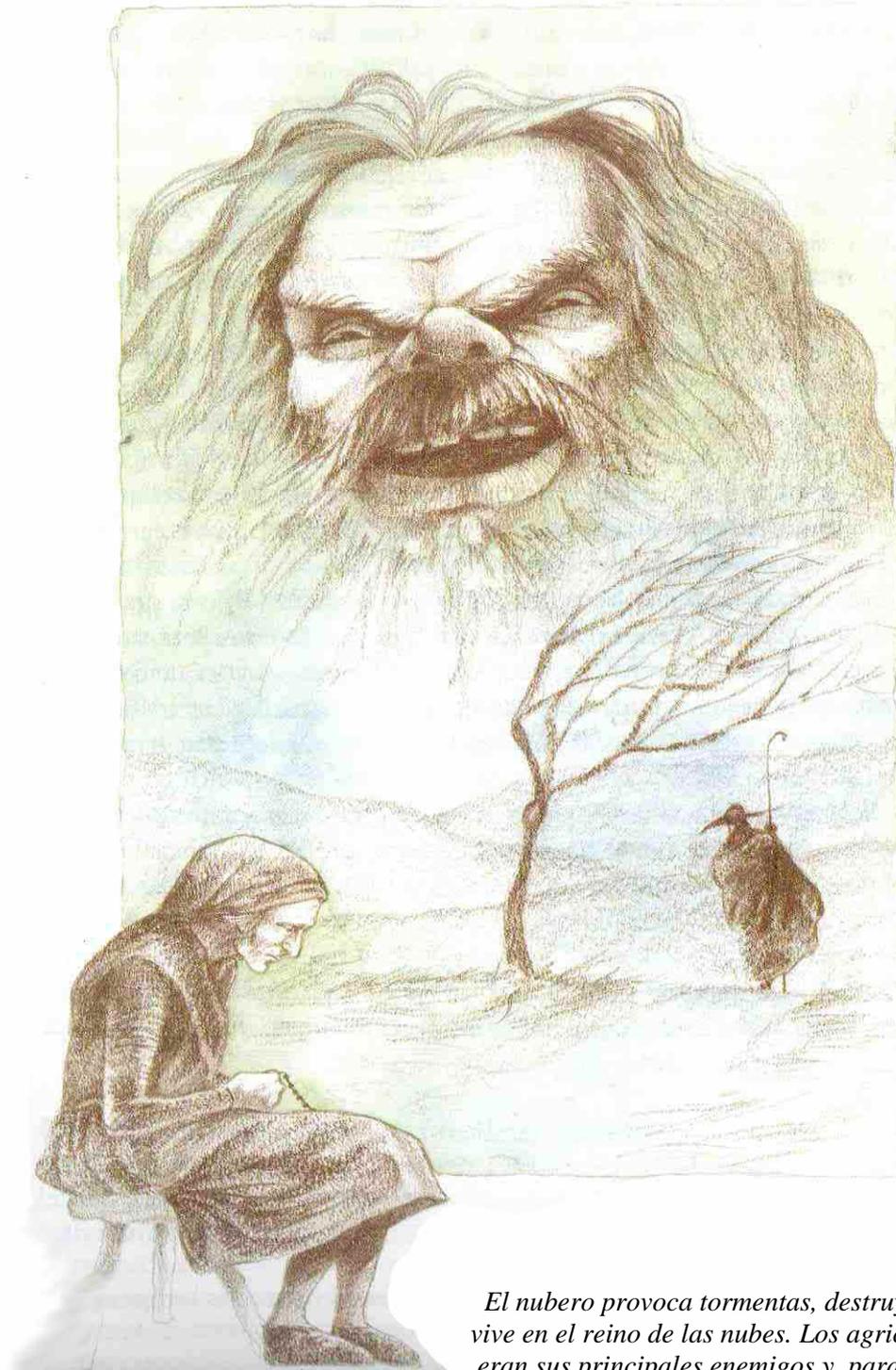
Un campesino contó a Jove y Bravo que tenía la cara «fosca y endemoniada», y aunque pasó mucho miedo, lo saludó con respeto, cosa que el nuberu agradeció, pues el caserío de Len de Fareros fue a la postre el menos dañado por la tormenta. Por ese aspecto malévolo que se le atribuye en Asturias, incluso hoy, coloquialmente, se dice a quien se presenta en un lugar con aspecto tenebroso que «tién cara de nuberu».

Suelen ser amigos de las lavanderas, que pueden ir en su auxilio para apagar un fuego cuando éste es tan grande que ellos solos no pueden hacerlo con el agua de sus nubes.

Entre las habilidades del nuberu está la de encrespar el mar, convocar los vientos, las tempestades y precipitar el granizo. No debe olvidarse que es difícil controlar su poder, ya que si el conjuro contra él falla, la tempestad o la tormenta será aún mayor. Viaja cabalgando sobre las nubes y las hace chocar para que estalle el trueno, desencadenando los relámpagos. Vaga de monte en monte, siendo su momento favorito para pasear la hora del crepúsculo, sobre todo el vespertino.

El nuberu, hasta donde hemos visto, es un ser vinculado más que al elemento aire, a la atmósfera misma. Por un lado, se le considera un genio maligno, si bien en ocasiones, protege a algunas personas y les dice el lugar en

el que va a desencadenar una tormenta. En Asturias también recibe otros nombres como ñuberu, renubeiru, escolar o escoleres, negrumantes, gurmantes y tronadores.



El nuberu provoca tormentas, destruye sembrados y vive en el reino de las nubes. Los agricultores y curas eran sus principales enemigos y, paradójicamente, también sus aliados.

En Somiedo, Can gas de Tineo, San Antolín de Ibias y para los vaqueiros de Alzada, al nuberu se le bautiza con el nombre de «renubeiru» y se le representa como un hombre chamuscado que vive en compañía de brujas. Baja por la chimenea y éstas, entonces, lo interrogan:

- Y qué, ¿apedreaste mucho?

- Sí, todo lo apedrei, menos un lado, porque allí salió una vieja con la pala del horno y ya no pude.

El vaqueiro de alzada designa también a los relubeirus como «escolares» (también ocurre en las localidades asturianas de San Martín de Luiña, Pola de Allande y Grandas de Salime), y el «escolar» no es más que el aprendiz de brujo, el principiante que aspira a ser un auténtico nuberu y dicen que es de pequeña estatura.

En algunos relatos se suele atribuir a las almas en pena las tempestades, pero la verdad es que son los menos.

A diferencia de otros seres, el nuberu puede llevar a la confusión, pues, para algunos estudiosos, pertenece al grupo de seres relacionados con los antiguos dioses, en este caso relacionado con el dios germánico Votan, ajeno totalmente al mundo de los elementales y, por otra parte, también se les suele asociar con las brujas y brujos, llamados «tempestarios», igualmente ajenos a la Gente Menuda. Catherina Michäelis busca orígenes al nuberu en el escandinavo Odín o en el germano Woden o Votan.

La confusión con Votan es lógica, pues este dios, entre sus inmensas atribuciones, tiene las de dirigir las tempestades y surcar el cielo montado en un trineo tirado por lobos. Traslada por el aire a sus protegidos, lleva barba gris, viste con pieles y oculta la falta de un ojo con un sombrero de alas muy grandes, infundiendo terror su extremada fealdad. En una de las descripciones que ofrece del nuberu en Quirós dice que es un paisanón vestido con pieles y con una saya negra, muy barbudo, que surca el cielo *esparrau* (montado) en un *forcau* tirado por lobos. Y ya hemos dicho que el nuberu es tuerto.

El investigador llanisco Ramón Sordo Sotres recoge una historia en Valle Baju, en Pellame1lera, donde los nuberu se introducían en las torcas (una especie de cuevas o simas) para sacarles la sangre a los cuélebres. También recoge en Cibrales una historia similar referida a unos extraños personajes -llamados gurmantes- que entraron en una torca para atrapar a un cuélebre. Cuando entraron mandaron a la gente esconder el ganado porque les dijeron que provocarían una granizada. Al final lograron sacar al cuélebre amarrado a los cordones de los zapatos. A Álvarez Peña le contaron en Piloña que los *gurmantes* o *grumantes* (adulteración de la palabra Nigromante) eran unos paisanos que iban vestidos de negro y conjuraban la tempestad valiéndose de unos libros. También en Piloña existe una difusa entidad llamada el «demonio l'airón», recogida por Gausón Fernández. Este ser traía el viento, rompía los árboles, tiraba las tejas de las casas y provocaba más de un disgusto a los aldeanos.

Juan Cabrito

Uno de los nombres que recibe el nuberu en Asturias es el de Juan Cabrito y, según las leyendas, vive con su mujer y sus hijos en una ciudad construida en la cumbre de una montaña cubierta de niebla y nubes. Desde este lugar sale a hacer de las suyas, o sea, a tronar y diluviar en el sitio que le plazca, si antes no se lo impiden los conjuros de los sacerdotes y el toque de las campanas.

Algunos autores dicen que el nuberu vive en casas de tierra sobre las altas cordilleras de Asturias y Castilla, y según algunos cuentos populares habita en las míticas ciudades de Lita, de Grito, de Grito, en Egipto, en Egipto o en Argel. Aurelio de Llano concede una gran importancia al hecho de que resida en Egipto, viendo en ello orígenes libio-fenicios, pero la verdad es que -según opina Álvarez Peña- es una visión un poco rancia. Al situarle la tradición en Exitu, Aurelio parece ser que lo traduce por Egipto, pero arqueológicamente no hay constancia de mercaderes fenicios en la costa asturiana como para pensar que tales pueblos han traído este tipo de divinidades. Hubo una tendencia a orientalizar algunos mitos y cuentos asturianos (según ya advertía Menéndez Pidal en 1895) cuando en realidad muchos de ellos estaban en las tradiciones célticas y germánicas.

No siempre se le ubica en Egipto y la fórmula de:

*Si vas a tierra de Egipto,
pregunta por Juan Cabritó*

cambia a veces y se transforma de la siguiente manera:

*Si vas po'll pueblo de Lita,
pregunta por Juan Cabrita.*

y otras veces dice así:

*Si algún día vas al África,
pregunta por Juan Noceda.*

Una leyenda recogida por Don Aurelio contiene elementos muy jugosos para comprender en parte el comportamiento de este ser de la naturaleza. Refiere que una tarde de mucha truenas se dejó caer el nuberu por

el término de Taja, concejo de Teverga, y durmió en casa de un mozo labrador. En agradecimiento, al despedirse de él le espetó un no muy acertado ripio:

*- Si un día vas a Egipto,
pregunta por Juan Cabruto.*

Sucedió que, pasando el tiempo, el labrador tuvo que ir al servicio del rey, como un componente más de la soldadesca de las cruzadas, dejando a su mujer sola al cuidado de la casería. En una de las batallas, el mozo cayó prisionero de los moros y lo llevaron muy lejos, pasando mil calamidades. Un día logró escaparse. Buscando seguridad, subió a una montaña muy alta y fue a parar a un pueblo donde abundaba la niebla, y allí pidió posada a una mujer que estaba a la puerta de su casa:

- No puedo darte posada porque no está aquí mi marido. Y si te la doy, cuando venga seguro que te matará.
- Escóndame por ahí aunque sea debajo de una cama, pues si no hay quien me dé posada tengo que dormir entre la niebla.

La mujer, compadecida del labrador, lo admitió en su casa. A eso de las doce de la noche llegó el marido y, en cuanto entró, un especial instinto le advirtió de una presencia extraña. Preguntó a su mujer:

- ¿Quién está aquí? A cristianizu me huele.
- Es un pobre que me pidió posada y se la di; no le hagas daño.
- Dile que se presente a mí.

Cuando el labrador se encontró frente al dueño de la casa, éste le preguntó:

- ¿Cómo viniste aquí?
- Me escapé de los moros.
- ¿De dónde eres?
- De Asturias, de la parroquia de Taja.
- Siéntate al pie del fuego y no tengas miedo; aquí nadie se meterá contigo.

Y aquel hombre, que era el mismísimo nuberu, entregó a su mujer una sarta de «delicateses» culinarias como lagartos y culebras para que los fuera guisando. Después de cenar, le dijo el nuberu al labrador:

- Si eres de Taja, recordarás que una noche durmió en aquel pueblo un hombre muy alto, así como yo...
- Si, señor; durmió en mi casa y al marchar díjome que si algún día iba a Egipto...
- ¡Cierto! Que preguntaras por Juan Cabruto. Pues bien, ahora estás en Egipto y Juan Cabruto soy yo. Bien te conozco; no se me olvidó el favor que me has hecho cuando me recogiste en tu casa. Ahora te vaya dar una noticia que te interesa: tu mujer, creyendo que has muerto, se casa mañana con el vecino más rico del pueblo y para evitar el casamiento vaya proponene una cosa: hay en Taja un cura cojo, que, en cuanto yo aparezco sobre el pueblo y rompo el primer trueno, ¡tin, tan!, ¡tin, tan! comienza, a tocar la campana y a conjurarme y no soy capaz de tumbar allí ninguna piedra. Y tengo interés en apedrear el término de Taja para fastidiar al cura. Si me facilitas un terreno libre para descargar en él una buena nube, te llevo a tu pueblo antes de que se case tu mujer.
- Mi padre tiene una roza en el monte y puede usted descargar sobre ella todas las nubes que quiera – respondió el labrador.

Hecho el pacto, Juan Cabruto lo llevó por el aire, envuelto en la niebla, y lo dejó al pie de la iglesia de Taja. Los novios esperaban que llegara el cura para casados. El labrador estaba muy desfigurado. Se presentó a su mujer y ésta no le reconoció. Entonces él enseñó una marca que tenía en el pecho y le preguntó:

- ¿Me conoces ahora?
- ¡Sí! Tú eres mi marido.

Y se suspendió la boda. Así acaba la leyenda. Lo demás se deja a gusto de la imaginación del lector.

Todos contra los tronadores

Tengan por ciento los buenos cristianos que de cien mil que vean venir sobre su tierra, apenas en uno de ellos vienen diablos.

PEDRO CIRUELO:

Reprobación de supersticiones y hechicerías (1539)

NI qué decir tiene que las tormentas, con todo el aparato eléctrico que las rodea, siempre han sido origen de diversas supersticiones entre el campesino y agricultor de todas las latitudes puesto que muy a menudo arrasaban las cosechas y mataban a personas y ganado. Este gran temor a las fuerzas incontroladas de la naturaleza ha hecho que la Iglesia haya prescrito una serie de ritos propios para conjurar el peligro de las mismas y para ello prohibió los provenientes de otras esferas, calificándolos como meras prácticas supersticiosas o paganizantes.

El miedo a seres demoníacos e invisibles que cabalgaban en las nubes, propiciando a su antojo y capricho los más espantosos fenómenos atmosféricos, capaces de asolar unos campos y otros no, hizo que en muchos pueblos se creara toda una extravagante parafernalia alrededor de estos mitos para protegerse y conjurados y así evitar que la tormenta o el pedrisco cayera en sus tierras, desviándola hacia otros lugares. Por esas épocas surgió una oscura figura que era la del «*conjurador de tormentas*», al que se pagaba con dinero o en especie para que provocase -o no- una tormenta, sabiendo el vulgo que, gracias a sus poderes, debía estar confabulado con los demonios de las nubes.

San Pablo ya hablaba en la *Epístola a los efesios* de los diablos que habitan en las regiones aéreas, contra los cuales el cristiano ha de protegerse, y esta idea motriz se fue reproduciendo a lo largo de los siglos: Orígenes (siglo III), San Agustín (siglo V), Santo Tomás de Aquino (siglo XIII)...

Todos ellos coincidían en que Dios había fijado dos sedes para los demonios: el infierno como castigo y el aire para provocar a los hombres. Pero el padre Benito Remigio Noydeus, a mediados del siglo XVII, sale de esta línea en su famosa obra *Práctica de Exorcistas y Ministros de la Iglesia*, donde atacaba, entre otras cosas, la creencia en estos seres atmosféricos, con éstos términos:

Por haber visto que muchos se engañan en entender que el Demonio engendra el nublado y que viene en aquellas nubes causando toda la tempestad de truenos y relámpagos, es menester que entiendan todos que proceden de causas naturales.

Curiosamente, en el mismo siglo que escribe Noydeus ocurrió un famoso, trágico y sobrenatural suceso en Burgos, en la festividad de San Roque, en el verano de 1642, del que nos da cuenta el Duque de Maura. En ese día, un nublado cargó tanta piedra de granizo que destruyó viñas, árboles y muchos edificios, desplazándose hasta el pueblo de Palenzuela donde estaban corriendo los toros. Se llamó a un clérigo para que conjurara la tempestad, al que varias personas tenían bien agarrado para que no le llevase el viento, arrimados y cobijados al amparo de los muros del Palacio del Almirante. «Y oyeron una voz en el aire que le decían: "Dejen ese clérigo, porque, si no, habrán de perecer juntamente con él." Soltáronle atemorizados de las voces, cayeron en tierra maltratados y heridos y vieron cómo cogieron al clérigo y dieron con él contra el edificio y le hicieron torta; de manera que murió instantáneamente.»

Dos eran las personas esenciales para que un conjuro surtiera cierta eficacia: el sacerdote y el campanero. Uno representaba el ritual cristiano, la sabiduría y la elite. El otro representaba al pueblo, la superstición y los ritos profanos. El sacerdote se valía de estola, agua bendita, oraciones, cruces y todo objeto religioso que cayera en sus manos. El campanero tan sólo tenía sus campanas y sus «toques», persiguiendo con su acción un determinado fin: utilizar el desorden (los ruidos) contra el desorden (el fenómeno atmosférico). En muchas ocasiones el conjuro era eficaz aunando los esfuerzos de curas y campanas.

Era importante distinguir la causa que producía el trueno y la tormenta: si el culpable resultaba ser un brujo que invocaba al tronante o al nubeiro, se le imponía como castigo andar durante años a cuatro patas o caminar desnudos en las procesiones.

Objetivo: tocar el badajo

Los «tronadores» en Galicia eran las personas capaces de acabar con la amenaza de los nubeiros y de los -tronantes. Estaban encargados de hacer sonar las campanas y alejar la tormenta, pues es bien sabido que las campanas de las iglesias tienen un poder especial para ahuyentar al trueno, siempre que suenen antes de que la tormenta dé comienzo, por esta razón en ciertos lugares de Galicia se tocaba «aos tronos», después de dar las doce campanadas, principalmente en aquellos casos en los que se veían nubes negras que presagiaban la tempestad (nubes de trono).

En cuanto a los «escoleres», poseían también los conocimientos suficientes como para alejar al trueno, al rayo y a la tempestad y en tiempos hasta se les pagaba un tributo (como medio ferrado de grano o media olla de vino, que cobraba al año «O tío Bernardo», antaño vecino de Prexegueiro).

Es difícil controlar el poder de estos seres atmosféricos puesto que opone gran resistencia al conjuro. A veces, durante la ceremonia, el sacerdote era sostenido por dos hombres para que «no le llevara el nuberu», así se cuenta, por lo menos, en el pueblo de San Martín de Luiña, en el concejo de Cudillero.

No es Galicia diferente a otras regiones del norte peninsular, y el principal conjuro dice así:

*Tente tron,
tente en ti,
que Dios manda máis ca ti.*

Sin embargo, en ciertas áreas de Galicia en las que hay vino, decían lo siguiente:

*Garda viño, garda pan
garda fuego de alquitrán.*

El jesuita Martín del Río creía que esta virtud de las campanas no se debía ni a su forma ni a su composición, sino al hecho de estar consagradas. .

El ritual prescrito por la Iglesia para conjurar este tipo de tormentas lo describe Pedro Ciruelo en su *Reprobación de supersticiones y hechicerías* (1539). Este autor decía de forma contundente que las campanas tañesen y los curas conjuradores se vistiesen con sus estolas y con candelas encendidas y que pusieran en el altar un misal, abierto por las páginas del «Te Igitur» del Evangelio. Si había alguna reliquia, ésta se colocaba sobre el altar y a la vez se cantaban diversos salmos, rezándose después la letanía de los santos. No obstante, el maestro Ciruelo, en el capítulo noveno, que lleva el título de «Disputa contra los comunes conjuradores de los nublados en tiempo de la tempestad», arremete contra los llamados nigrománticos que:

hacen creer a la simple gente que los diablos engendran el nublado, el granizo y el pedrisco y toda la tempestad de truenos, relámpagos y rayos, y que en aquellas nubes viene los diablos y que es menester conjurados para echados - de sobre la ciudad y lugar de sus términos, pues para este caso ellos han ordenado ciertos conjuros y dicen que con ellos harán de huir de allí a los diablos con sus nublados y les harán echar el granizo y piedra a otro cabo donde ellos quisiesen.

Es en el siglo XII cuando empiezan a aparecer 'grabados en las campanas determinados conjuros contra el granizo, la peste, los rayos y otras calamidades por el estilo. Era habitual que al menor indicio de tormenta se volteasen para «espantada». Así se estuvo haciendo durante siglos y así lo recomendaban hacer algunos prestigiosos hombres de la Iglesia hasta que una sentencia del Tribunal Supremo de 6 de marzo de 1905 prohibió en España «por razones de seguridad» tocar las campanas porque- se creía que el efecto causado era el contrario: se favorecía el desarrollo de estas tormentas. Esta sentencia se refería al pleito que interpuso el Ayuntamiento de Cassá de la Selva (Girona).

Pero es muy difícil arrancar de cuajo una arraigada tradición. El día 1 de febrero se sigue celebrando la festividad de Santa Brígida, que es la fiesta de los mozos de algunos pueblos de las provincias de Valladolid, Zamora, León y Palencia. En la víspera se hacen tañer las campanas, pero no un repique cualquiera sino el

«tente nube», que es un recuerdo ancestral de lo que hacían sus antepasados para evitar el nublado. Es un toque de campana extremadamente rápido y lleno de ritmo. Bajo su compás los mozos van repitiendo esta letanía:

*Tente nube / tente tú,
que Dios puede / más que tú,
si eres lluvia / ven acá,
si eres piedra / vete allá.*

y actuaba como conjuro.



Uno de los remedios más eficaces para conjurar a los nuberos y otros espíritus de las tormentas son los tañidos estridentes de las campanas de las iglesias, porque se juntan dos efectos demoledores para ellos: el hierro y el cristianismo.

La única defensa posible contra la acción de los pérfidos reñuberos leoneses era, sin duda, la utilización de este «tente nube» acompañado con la devoción a Santa Bárbara. En último término, siempre quedaban varias posibilidades que variaban en cada pueblo y en cada casa, desde velas y ramos benditos, pasando por el empleo de cruces y hachas. En la comarca leonesa de Los Otreros, en Jabares, el método consiste en aturdirlos con las campanas que repican la noche víspera de Santa Brígida, lo que impide que amenacen la cosecha durante al menos un año. A José Luis Alonso Ponga le informaron que así los reñuberos no podían «amasar la piedra». En Rosales se los combate con estas palabras:

*Marcha, trueno reñubera
a los montes Pirineos,
donde no hay pan ni paja,
no andes por estos careos.*

En Grandas de Salime (Asturias) existe el clásico conjuro para alejar al nuberu, el cual debe ser acompañado por un fuerte tañido de campanas:

*Deténte, nube y nublado,
que Dios puede más que el diablo.
Deténte, nube,
deténte, tú,
que Dios puede
más que tú.*

Asimismo, las tormentas de La Montaña (Cantabria) se combatían al compás del volteo de las campanas y con parecidos versos:

*Tente nube, tente nu
que Dios puede más que tú;
si eres agua, ven acá,
si eres piedra, vete allá;
siete leguas de mi pueblo
y otras tantas más allá.*

Las campanas «espantanublos», como hemos visto, siempre han tenido poder contra el trueno y la tormenta (o al menos así lo creían nuestros abuelos), pero su poder era mucho mayor si iba reforzado con una inscripción en latín grabada en la campana, como ésta que apareció en Galicia:

*Fuera plango, fulgura frango,
Sabbata pango
Excito lentos, dissipo ventos,
paco cruentos.*

(Plaño en la muerte, quiebro el rayo, celebro el sábado, activo al perezoso, disipo vientos, al cruel calmo.) En Cataluña y Aragón, al aproximarse la tormenta, aparte de quemar hierbas de San Juan bendecidas y hacer otras prácticas caseras, lo más corriente era tocar las campanas -el tente nublo- y salir el sacerdote a conjurar (*comunir*, se dice en Cataluña) la tormenta. Era creencia generalizada que tocando las campanas de las iglesias o de los conventos, con un «toque» determinado, huían las brujas despavoridas y se dispersaba la tormenta (así lo creían en el valle de Gistau), q que si tocaban las campanas de San Lorenzo de Surri (valle de Cardós) antes de que la nube amenazadora entrase en el término comunal, se cortaba y se disipaba (Ribera).

En un estupendo trabajo de Francesc Llop y Bayo sobre los rituales colectivos para alejar las tormentas, nos cuenta que los toques contra las tormentas han desaparecido entre los campaneros aragoneses. De los 80 entrevistados a lo largo de 1983 y 1984 solamente nueve recordaban estos toques. Igualmente han desaparecido de las tierras valencianas, con una única excepción: la campana mayor de la torre de Paterna, un pueblo de L'Horta, la cual fue bendecida en el siglo XV por el dominico Vicente Ferrér, quien le dio la facultad de alejar las tormentas. El «milagro» que se produce con sus sanes es tan visible como que las tormentas se dirigen siempre al vecino y rival pueblo de Manises, al otro lado del río Turia.

Estaba tan arraigada la costumbre de *comunir* a las tormentas o de que el sacerdote practicara exorcismo s en la puerta del templo, de cara a las nubes, que en la mayoría de las parroquias del valle de Arán, así como en algunas del valle de Anea, existía antiguamente, cerca de la iglesia, un edificio o torre cuadrada llamado *cumunidor* o casa de los conjuros, en donde, por turno entre toda la comunidad de la parroquia, pasaban la noche en guardia con un cura y el sacristán, para, en caso de tempestad, poder más pronto conjurarla con sus oraciones. En la entrada de San Juan de Plan (valle de Gistau), próximo a la iglesia, había un pequeño edificio rectangular que llamaban el «Escunchuradó», pues, como su nombre indica, desde él se predicaban los exconjuros para alejar a los demonios y a otros espíritus malignos.

Fueron muchos los monasterios en toda España, como el de la Merced de Huete, en los que había una torre con cuatro campanas, una de las cuales se tocaba cuando había tormenta, porque de esta manera se creía que se ahuyentaban a los espíritus que anidaban entre los negros nubarrones. Se afirmaba que en dichas nubes se oían voces que decían: «¡Aprisa, antes de que toque la campana de María, caigan piedras y rayos!» En el momento justo en que empezaban a tañer las campanas de la iglesia, solía cesar la tormenta.

Tiros y zapatazos contra las nubes

Otra forma de prevenir la acumulación de nubes tormentosas era atacando a las propias nubes. Me explico. Era costumbre muy general pegar unos cuantos tiros a las nubes para «cortarlas» (Ribera) o para ahuyentar a las brujas que las formaban (Ripollés), así como señalar a la nube para «cortada» con el filo de las segaderas, hachas y cuchillos (Tahull, Durro, Rialp, Queralps, Alto Ampurdán). Asimismo, se lanzaban petardos de grandes dimensiones para que alcanzaran a las nubes y deshacedas (en Aragón) .

Como norma, el demonio de las nubes exigía siempre una prenda u obsequio para llevar la nube a otra comarca, y en Villanueva de Teverga se supo que un cura quiso exorcizar una nube con procedimientos litúrgicos y al poco rato, sobre un tejo que estaba junto a la Iglesia, se oyó una voz que decía:

*¿Qué me das, curín marrano,
si me marchó para otro lado?*

No hemos encontrado con leyendas muy curiosas referentes a tales prácticas. Una muy difundida es ésta de Sobelles (Gerona), donde había un sacerdote muy «valiente» para *comunir* las brujas causantes de la tempestad, y cuentan de él que un día se acercó una nube, negra, y viendo que, a pesar de sus exorcismos, la tormenta se le venía encima, dio un fuerte puntapié a la nube con el objeto de apartarla de allí, pero con tal destreza que se le salió el zapato; efectivamente, la tormenta descargó en un bosque cercano, donde días después encontraron el zapato del cura, eso sí, un poco deteriorado.

El cura que hubo en la localidad citada, muerto hacia el año 1856, tenía fama de «esconxurar» al nuberu, y para ello solía rodearse de niños -«esculinos»-, porque la inocencia de éstos, según él, favorecía el conjuro. Un día, se puso a la puerta de la iglesia a conjurar la truenca y el nuberu no le hacía ni caso. Entonces, el cura le tiró con rabia un zapato, el cual desapareció en el aire y al poco rato fue a descargar la nube al monte. A Aurelio de Llano le contaron en 1921; en este mismo pueblo de Villanueva, que si venía la nube y no estaba en ese momento el cura, se reunían en asamblea sus habitantes y uno de ellos tiraba un zapato al alto y entonces el renubeiro -como también le llaman aquí-, que venía asentado en el centro de la nube, no podía pasar sobre el pueblo y marchaba con ella al monte.

Curioso procedimiento éste del zapato que, por lo que se ve, era mucho más eficaz que los exorcismos, los hisopazos de agua bendita y las jaculatorias beatíficas.

Era costumbre en Euskadi, para aplacar al genio del rayo o de la tormenta, que el cura lanzara al aire un zapato de su propio pie. Si el zapato desaparecía entre las nubes, significaba que el nublado se alejaba (así lo creían en Ataun, en Alzay, en Sara...). Un vecino de Orendain poseía esta particular fórmula de conjuro, que era decir en voz alta estas palabras: «Carga Murumendi, pasar Orendain'di descarga Gorrinendi», que interpretadas casi literalmente significan, más o menos, lo siguiente: Murumendi es la montaña (morada de Mari) en cuya cima es fraguada la tempestad; Orendai es el pueblo para el cual se pide protección; Gorrinendi es el monte de Gorriti donde el genio «Odei» debe descargar toda su furia.

De *Mikelats* cuenta una leyenda que quiso destruir los trigales del pueblo de Sara en la época en que era cura el famoso Juan Atarrabi (Atxular, según otros), pero éste opuso su «oración-conjuro» contra su fuerza mágica, ron lanzamiento de zapato al aire incluido, y aseguran que así logró salvar las valiosas cosechas de trigo.

Hierbajos y velas

En la zona de los montes de Toledo, para precaverse de las tormentas, los aldeanos acudían el domingo de Resurrección a misa, recogiendo agua bendita que llevaban en un recipiente a su casa. . En él arrojaban siete piedras y, cuando estallaba la tormenta, sacaban una y la tiraban sobre el tejado, conjurando de esta manera el peligro.

El origen y la naturaleza de las tormentas tienen gran importancia en Galicia, ya que según su procedencia tienen mayor o menor poder. Así, por ejemplo, cuando el *tronante* es femenino, lo cual puede ocurrir, trae mucha más lluvia.

Vamos a exponer uno de los procedimientos a seguir para acabar con un malvado *tronante* o, por lo menos, evitar que nos alcance a nosotros con su pedrisco o sus rayos.

1. En el momento en que comienza a llover, tenemos que encender una «vela de Jueves Santo» y quemar en la cocina trozos de ramo de Domingo de Ramos, hasta que conseguimos una buena y sofocante humareda.

2. A continuación se reza la oración de Santa Bárbara:

*Santa Bárbara bendita,
que nel cielo estás escrita,
Santa Bárbara doncella,
nos libres dunha centella
e dun raio mal parado.
jesucristo enclavado,
enclavado en la Cruz
Padrenuestro, amén Jesús.*

3. Después, ha de rezarse el Padrenuestro y luego el Trisagio. Existen al respecto varias fórmulas, de las cuales exponemos la utilizada en el Ribeiro, por ser la más original:

*De la súbita muerte,
del rayo y de la centella
libra este Trisagio y sella
a quien liréza, y advierte...* _(aquí se empieza a dar nombres)

Auguramos al lector que, si al comenzar a llover, sigue paso a paso este conjuro delante de sus amistades o familiares, adornando sus invocaciones con los convenientes gestos y demás parafernalia, tal vez no tenga éxito, pero impresionar, impresiona.

En ocasiones, todo este ritual es insuficiente, además es preciso «escoxurar» al trueno. Para ello deben encontrarse presentes tres curas, uno en cada puerta de la iglesia, aunque puede estar uno solo, siempre que sepa bien las oraciones. Cuando se inicia el conjuro, los tronantes no pueden soportado y necesariamente han de huir hacia los montes yermos y desolados. Por eso en Cotobade se decía al sentir el trueno: *Dios te mande tronante aos montes ermos, onde non fagas mal.*

El relámpago y el rayo son fenómenos atribuidos a Mari o a sus mandatarios, y para evitar que el rayo cayera en una casa era costumbre colocar un hacha en el portal con el filo mirando hacia arriba. Como uno de los símbolos de Mari es una hoz de fuego atravesando el cielo, consideran este instrumento como protector eficaz contra el rayo en algunas zonas de Euskadi, así como la guadaña por el mismo motivo. Como protección personal adicional, era costumbre derramar unas gotas de cera de velas encendidas durante los oficios de Semana Santa, tanto en las boinas o chapelas de los hombres como en algunas prendas de las mujeres, y parecido remedio practicaban para proteger a los animales domésticos y las habitaciones de las casas. Al ser estos genios responsables de posibles desgracias, los campesinos se protegían recurriendo a los habituales conjuros, que en Euskadi adquieren una cierta originalidad. El 3 de mayo, fiesta de la Invencción de la Santa Cruz, una comisión oficial de Urdiáin compuesta por el párroco y el alcalde, acompañados del sacristán y dos o tres representantes del Ayuntamiento, recorrían todo el término municipal. El sacristán preparaba la víspera las cruce citas de madera de espino blanco que luego se colocaban en los lugares tradicionales. El alguacil se encargaba de llevar la comida sobre un jumento, y todos ellos regresaban al atardecer, con la satisfacción plena del deber cumplido. *La cruz de los conjuros* solía quedar adosada a uno de los muros de la iglesia parroquial hasta el día de la Exaltación de la Santa Cruz, en el mes de septiembre. Tenían la convicción de que las tormentas no podían afectar a los sembrados mientras estuvieran las cruces colocadas en sus respectivos lugares de conjuro.

Para conjurar a *Aidegaxto* o tenerlo propicio, hay varios procedimientos, algunos ya mencionados aquí, que van desde encender velas bendecidas, quemar ramas de laurel en el hogar, llevar hojas de laurel o de espino albar sobre la cabeza durante las tormentas, colocar un hacha en el umbral de la puerta principal de la casa con el filo para arriba, hasta colocar en la puerta una cruz de laurel o ramas de árboles como el avellano, el fresno o el pino albar.



Muchas veces, para conjurar eficazmente a los «demonios de las nubes», hay que utilizar diversos procedimientos vegetales, como quemar ramas de laurel a las entradas de las casas, en las encrucijadas de los caminos o en los campos.

Un procedimiento original para indicar al molesto *Aidegaxto* la ruta que debe seguir la tormenta y dónde debe descargar, es utilizar los influjos mágicos de la hierba *Rumex Crispus*, o lengua de gato (que se enrollaba en la muñeca de la mano izquierda del brujo o conjurador en cuestión, mientras con la mano derecha señalaba a la nube el rumbo a seguir para descargar la lluvia), o simplemente el movimiento de un brazo señalándole la dirección, a la vez que se pronuncian ciertas frases rituales.

En Brañaseca encienden una vela bendita y colocan la pala del horno en el tejado, al lado de un hacha con el filo para arriba. En otros pueblos asturianos se encienden «velas tenebrarias» y se quema romero y laurel el Domingo de Ramos.

Mitos antiguos y mitos modernos

La confianza que nuestros antepasados depositaban en estos conjuros y oraciones era enorme. Existía una para conjurar a los nubeiros y a los tronantes, atribuida a Santo Tomás de Aquino, «*para defensa de los rayos de que era muy temeroso*», autorizada por decreto de 11 de junio de 1891 por el excelentísimo señor arzobispo de Santiago de Compostela, que garantizaba su «efecto infalible» y que fue difundida entre los feligreses mediante hojas impresas.

Nos dice Aurelio de Llano que «en la actualidad (su libro se publicó en 1922) en varias parroquias del occidente de Asturias, entre ellas las de Cibuyos, Jedrez, etc., pertenecientes al Concejo de Cangas de Tineo, los sacerdotes, cuando llega el nuberu, tienen que conjurarlo si no quieren caer en el desagrado de sus feligreses». El antiguo cura de Aguiños, parroquia de Somiedo, le tenía cogido el truco -o habría que decir mejor, los aires al renubeiru, y éste nunca logró apedrear ni descargar la nube sobre el pueblo, teniendo que hacerla en un despoblado que se llama Riufornu.

En el año 1926, un curioso y casual hallazgo aportó más datos sobre la antigüedad de los conjuros para protegerse del nuberu. En la localidad de Carrio (concejo de Villayón), en el occidente astur, se encontró un fragmento de pizarra con un «esconxuro» godo grabado en una de sus caras que, una vez traducido, se supo que servía para apaciguar a las tormentas, cuya datación se situó en torno al 650 d. c., mezclándose en el texto elementos cristianos con otros claramente paganos. Su contenido es una invocación a la protección celestial de

siete ángeles para preservar a los hombres, animales y sembrados de la agresión que pueda suponer cualquier contratiempo atmosférico. Aparecían los nombres de Miguel, Gabriel, Rafael, Ameniél, Uriel..., así como la representación del signo mágico de Salomón (signo éste que en el *Comentario del Apocalipsis* del Beato de Liébana se condenaba por considerado propio de encantamientos).. Estos «esconxuros» requerían de un brujo, ensalmador o sacerdote para ser llevados convenientemente a la práctica, y aquí surge el mito de los tempestarios o conjuradores de nublados, llegándose a confundir a estos personajes humanos con los mismos seres sobrenaturales que conjuraban a través de sus hechizos.

Además de los conjuros mencionados, se empleaban en Asturias y en otras zonas limítrofes diversos procedimientos, a cual más rebuscado, para ahuyentar a las malas nubes:

- En Pala de Somiedo colocan delante de la casa la pala del horno y el «redoviellu» (el ródalo) en forma de cruz.
- En Sistema colocan en el alféizar de la ventana una servilleta y sobre ésta una hogaza y un cuchillo.
- En Allande ponen un carro del revés, o sea, con las ruedas hacia arriba.

Por último, señalar algo que en la actualidad está dando que hablar en España y en Francia. Nos referimos a los aviones o avionetas «ladronas de nubes». Está enmarcado en lo que se ha dado en llamar *leyendas contemporáneas* o *mitos urbanos* (aunque más bien habría que denominados mitos rurales por la zona donde se producen algunos de ellos). El problema es el contrario del que hemos señalado en estas páginas. No provocan tormentas, sino todo lo contrario. Básicamente, se trata de la existencia de extrañas avionetas (sin identificar) que recorren los cielos de algunas localidades, evitando que las nubes se formen, impidiendo la lluvia.

Los agricultores de Soria y de Murcia creen que son una especie de «demonios del aire» que lanzan yoduro de plata a las nubes para impedir las precipitaciones, provocando una desoladora sequía en sus campos. El motivo y el origen de estas avionetas se desconoce por el momento, pero más de un campesino está dispuesto a conjurar a estos «demonios» a escopetazo limpio. Es la historia interminable...

Apéndice:

Seres mitológicos desmitificados

PARA muchos lectores todos estos seres que presentamos aquí son fruto de la imaginación de la gente y nada tiene que ver con la realidad o con la historia. En el mejor de los casos, serían proyecciones mentales de personas que ven lo que quieren ver. Si bien esto es verdad en muchos casos, lo cierto es que todos los personajes que han ido apareciendo en la obra forman parte de las tradiciones y el folclore de España, así como del resto de Europa, que se pierde en la neblinosa noche de los tiempos. Se puede decir que son personajes arquetípicos, cuyas características son comunes en todas las épocas y en todas las partes del mundo. En la mayoría de los casos sólo se conocen divulgadores de estas leyendas, añadiendo o quitando algo de su cosecha, pero respetando el núcleo primigenio de la tradición. En otros, los menos, se sabe que son mitos inventados de cabo a rabo por algún escritor o folclorista con la idea de añadir algún personaje más al panteón mitológico particular de su zona geográfica. A éstos nos vamos a referir en este capítulo, con el propósito de separar aquellos mitos que consideramos puros de otros que son advenedizos y carentes de un sustrato mitológico que los avale. Sabemos que tienen que existir muchos de estos mitos literarios, pero es difícil seguir su pista. Presentamos tres de ellos como muestra de otros que nunca se sabrá a que categoría corresponden.

El arquetu

Éste es uno de los seres masculinos que, como otros tantos, ha surgido en gran parte de la imaginación de Manuel Llano. El arqueta está considerado como el protector del ahorro y del trabajo, una especie de San Pancracio dentro de la particular mitología cántabra. En nuestra opinión, es un mito contemporáneo y como tallo vamos a exponer.

La poetisa Carmen Stella le dedica un pequeño romance, que empieza con estas estrofas:

*Vestía de blanco...
Blanco salpicao
de pintas. Pintucas
de color morao.*

*Na se sabe de él
Ni de onde vino
Ni onde vivía.
Ni aoundo jué...*

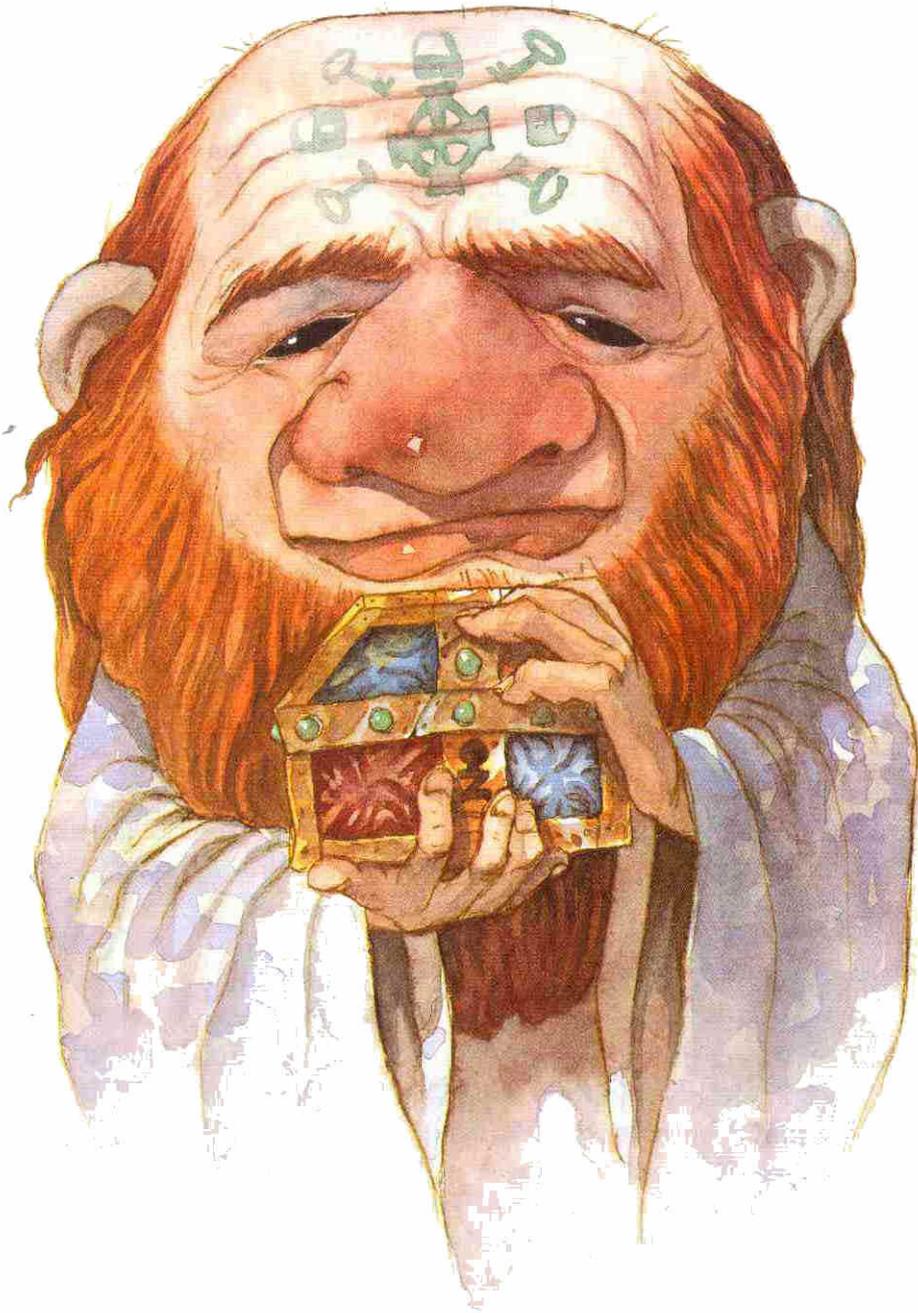
No nos extraña que se formule estos interrogantes, pues estaba versificando un mito literario, sin ninguna consistencia en las tradiciones montañesas.

Manuel Llano nos muestra al arquetu y, fiel a la literatura moralizante de este escritor, nos dice que ayuda solamente a las buenas personas, honradas y responsables, llegando a ser feroz y agresivo con aquellos que no hacen lo que deben después de que él les haya ofrecido su apoyo.

Lo describe como un viejo de larga barba pelirroja y vestido con un hábito blanco con pintas moradas (a Llano le encanta revestir a sus personajes de muchos colorines). En la frente lleva pintada una pequeña cruz verde, rodeada de «llavecitas y candados pintados». Utiliza una taleguilla de color gris claro y debajo del brazo una arqueta de oro con adornos de plata y de cobre, que es la que le da el nombre.

Es un verdadero consejero financiero, amigo del ahorro y de la administración del dinero conforme a los principios que han de guiar a «un buen padre de familia», que diría nuestro Código Civil. Da consejos a las gentes que encuentra en su camino, a ricos y pobres, a los primeros para que no malgasten sus caudales y los utilicen sabiamente y en provecho de los demás, y a los segundos sobre cómo usar mejor sus escasos recursos.

Cuando alguien perdía todos los bienes y se escondía en el bosque, avergonzado y triste, aparecía el comprensivo arquetu y, tras reprocharle su conducta, abría el arca de oro y le entregaba algunas monedas para que pudiera rehacer su hacienda. Si el beneficiado no se arrepentía o derrochaba en vicios la riqueza que se le había otorgado, estaba listo, porque este extraño personaje, salido de no se sabe muy bien dónde, lo perseguiría implacablemente hasta conseguir su ruina, condenándolo a pasar su vida pidiendo limosna en los caminos.



Con toda seguridad, el arquetu es un mito contemporáneo recreado por la imaginación de Manuel Llano y otros escritores, con la única finalidad de ampliar el número de seres sobrenaturales en la región cántabra

El escritor Póllux Hernández abunda en esta fantástica leyenda y habla de un muchacho que, muertos sus padres, heredó una considerable fortuna. En vez de ponerse a trabajar para conservar el patrimonio recibido, se dedicó a viajar y gastar todo lo que tenía. De regreso a su pueblo no tenía nada de dinero, pero eso no le detuvo. Vendió las joyas de su madre, las tierras y la casa de la familia. Y de nuevo se marchó. Cuando regresó por segunda vez era un hombre pobre, envejecido y desaliñado.

Un día, al anochecer, andaba por un prado solitario cuando, de pronto, notó que había alguien a su lado. Al darse la vuelta, vio que era un hombre anciano con una cruz verde pintada en la frente y una pequeña arca dorada debajo del brazo. El anciano le tocó el hombro y le dijo:

- Siempre puede uno arrepentirse. Compra la casa de tus padres, labra la tierra y trabaja duro y en serio y con lo que te quede podrás aguantar modestamente hasta que llegue la cosecha.

Entonces, el viejo le dio una pequeña arca, con una llave de plata.

-Aquí- tienes -le dijo-, todo lo necesario para realizar lo que te he dicho. Guarda todos los alías lo que no necesites y devuélvemelo dentro de tres años en este mismo lugar, pues necesitaré lo que tú me des para ayudar a otros desgraciados como tú.

A continuación, el muchacho sorprendido por lo que había ocurrido, vio cómo el arquetu se alejaba diciéndole: «Sé sensato y no olvides lo que te he dicho. Ahorra para la vejez.» A la mañana siguiente se marchó de la casa sin dar las gracias y se dirigió al pueblo. Cuando llegó a la fonda, pidió los manjares más exquisitos y caros y los mejores vinos.

Tras hartarse de comer, empezó a jugar. En ese momento, el posadero se acercó a él para darle la cuenta. Al ver lo insignificante de la misma, en comparación con lo que tenía en el cofre, rió con satisfacción. A continuación sacó el arca; pero la sonrisa se le congeló en la boca; el arca no era de oro sino de hierro viejo y oxidado. Preso de la furia, salió corriendo de la fonda y se perdió en el bosque. Cayó en un arroyo embravecido por las lluvias de la tormenta. Mientras se debatía arrastrado por la corriente escuchó la voz del arquetu exclamando una frase propia de la peor novela negra:

-¡Maldito derrochador! ¡Muere como un perro!

Suponemos que la presencia actual de este mito será muy escasa en una región donde desde hace tiempo está fuertemente industrializada y que cuenta entre sus entidades bancarias con una de las más poderosas de España. ¿Cuáles serían ahora sus consejos? De todos modos, sería curioso ver cómo actuaría en nuestro mundo tecnológico de brokers y de operadores financieros nuestro serio y responsable administrador.

Espumeros y ventolines

Aurelio de Llano parece acertar en esta ocasión al decir que tanto los espumeros como los ventolines, dos mitos astures, no tienen antigüedad y que han sido recientemente incorporados a la mitología astur por escritores como Gumersindo Laverde Ruiz

Yo nací a la orilla del mar -nos dice De Llano- y en mi vida oí hablar de los Espumeros, ni sabe dar cuenta de ellos aldeano alguno.

Confirma esta hipótesis el hecho de que Ramón Menéndez Pidal recuerde, en el prólogo a la obra de Aurelio de Llano, haber oído a su hermano Juan (recopilador de romances asturianos), amigo que fue de don Gumersindo, que éste le confesó en cierta ocasión haber inventado completamente las noticias relativas a los ventolines y a los espumeros.

No obstante, Constantino Cabal demuestra que antes que Gumersindo Laverde, ya habló de ellos el olvidado Tomás Cipriano Agüero en la revista *Álbum de la juventud* (1853), donde menciona a espumeros, xanas, lavanderas, Ventolines y acaba diciendo que no parece existir razón alguna que haga borrar este mito de la tradición astur, ya que pudo habersele olvidado, como se olvidaron otros, y por eso no cabe afirmar tajantemente que fue inventado por escritores modernos.

Seguramente Rogelio Jove y Bravo sabía de estos polémico s orígenes, pero aun así no tuvo pereza en recoger el mito, de los espumeros en el libro que publicó en 1902, donde ponía por escrito las informaciones obtenidas en sus viajes de estudio por las costas de su tierra. Dice de los *espumeros* que, a diferencia de los tritones y de las sirenas, son de apariencia humana, en concreto como silfos o pequeños geniecillos con el aspecto de niños, ... mofletudos y sonrosados. Disfrutan.-cabalgando las olas, revolcándose en la espuma junto a los rompientes o haciendo sonar su trompa que, como la de los tritones, está hecha con un caracol vacío, con lo que se asemejan a los enanucos cántabros, aficionados a tocar el bígaro.

Siguen la estela de los buques y bailan gozosos delante de los que llegan, pero jamás se alejan de las costas, ya que la tempestad les crea un gran temor. Así, cuando estalla la tormenta, salen del agua y se esconden en cavernas junto a los acantilados. Por eso, aunque casi nadie lo sabe, los mantos de espuma que cubren las rocas

cuando arrecia la galerna no son en muchas ocasiones sino enjambres de minúsculos espumeros buscando refugio en sus guaridas. Cabalgan sobre las crestas de las olas revolcándose en la espuma, cubierto su cuerpo con algas que les dan un aspecto verdoso.



El ventolín es un ser tan entrañable que debería existir. No obstante, nos tememos que tiene pocas raíces y consistencia mitológica, como así lo han demostrado diversos investigadores

La palabra «espumeru» es aún corriente entre los aldeanos de la costa, que lo definen así: «El Espumeru ye un fervor de espuma sobre las aguas del mar.» A Álvarez Peña le hablaron vagamente en Colunga de ellos diciéndole que «eran una cosa de esas de antes que andaba por el mar, como las serenas».

El otro mito astur dudoso son los ventolines, considerados una variante pacífica de los nuberos, siendo mucho más guapos y pequeños que éstos. Su tradición se halla localizada tanto en Asturias como en Cantabria. Estos seres bondadosos están cargados de una leyenda romántica y edulcorada. En Asturias, se dice de ellos que duermen a los niños con suaves y dulces susurros, haciéndoles soñar con princesas y palacios encantados. Son los guardianes del rocío nocturno y de las suaves lluvias. Tienen otra hermosa ocupación; son los portadores del último adiós de aquellos que mueren lejos de su tierra, es decir, de Asturias. Además, se dedican a llevar los suspiros de los enamorados ya gemir por las ventanas cuando en la casa hay un sepelio.

Jove y Bravo, cuando hace alusión a ellos, escribe:

¡Cuántas veces tienen que acudir en su auxilio los ventolines, empujándolos con su soplo blando hasta que penetren en las cavernas del acantilado! Porque los ventolines, aunque los son genios de las aguas, tienen más audacia que los espumeros. Parécense a éstos en la figura, pero ni se coronan de algas, ni se zambullen en las olas; vuelan con las alas de gasa como el Céfiro de la mitología pagana y con ellas pasan rozando las olas y levantando con su soplo esas neblinas blancas.. y transparentes, a través de las cuales suelen vedas los niños, porque sólo a los niños se muestran. Otras veces vuelan tierra adentro, sacudiendo sus alas empapadas de rocío sobre las plantas secas y las tierras quemadas por el sol, para refrescarlas. De noche penetran silenciosamente en las casas, y si alguna doncella enamorada suspira por su amante ausente, cuando todos duermen, ellos recogen esos suspiros y a través del espacio 'los llevan al afortunado doncel. De los ventolines, como de los espumeros, nada malo se cuenta; son espíritus benéficos, dulces, hermosos.

Aurelio de Llano afirma que en Asturias llaman ventolines a los remolinos de aire, y en algunas partes creen que cuando se forma un remolino de polvo, basta hacer la señal de la cruz para que se deshaga. Cuando vuelan hacia el interior, riegan con sus alas empapadas de rocío las plantas secas y refrescan la tierra reseca con solo volar sobre ella.

Manuel Llano no desaprovecha la ocasión para describir a «sus» ventolines como unos seres aéreos que viven en las enrojecidas nubes de la puesta del sol, parecidos a ángeles de grandes alas verdes, con ojos blancos y brillantes, es decir, que casi describe a los clásicos cupidos o «amorcillos» de los altares de las iglesias. Reconoce, no obstante, que «nosotros hemos oído hablar de los ventolines y no sabemos lo que son los ventolines del folclore marinero». Algo es algo.

«Cuando un pescador viejo se cansaba subiendo las redes -sigue diciendo Manuel Llano-, bajaban los ventolines de las nubes de la puesta del sol y le cargaban los peces en la barca, y además les limpiaban el sudor o los abrigan con las alas verdes cuando hacía frío. Después cogían los remos y traían la barca hasta cerca de las dársenas. Si no hacía viento, soplaban inflando los carrillos volando detrás de la embarcación y hacían una brisa que era lo bastante para que navegara la barca...»

No hace muchos años se cantaba una copla en Cantabria, recogida por Manuel Llano, que decía:

*Ventolines, ventolines
ventolines de la mar,
este viejo está cansado
y ya no puede remar.*

D, esta sencilla manera se conseguía que bajasen de sus nubes y prestasen ayuda al navegante.

Póllux Hernández cuenta la historia de un pescador de Suances, llamado el señor «Casca», siempre malhumorado y quejumbroso. Un día, uno de los pequeñuelos le hizo la siguiente pregunta:

-¿Que son los ventolines?

Casca le contestó que eso no eran más que majaderías, que él era ya muy viejo y nunca-había visto a semejantes angelitos de alas verdes.

Un día que salió a pescar tuvo un incidente y quedó aislado y herido en medio del mar. Durante mucho tiempo oteó el horizonte pero no vio ningún barco. Agotado, pensó que la única solución que le quedaba pasaba por cortar las redes, porque el viento no hacía su aparición y la barca no se movía. Se avergonzó de pensar que perdería toda la pesca, pero no encontró otra solución. Si no podía usar la red, remaría. Bogó y bogó una y otra vez, sin ningún éxito, hasta que los brazos agotados ya no respondían. Se tumbó cansado y desesperado.

El pescador no daba crédito a sus ojos cuando vio un enjambre de minúsculos seres de alas verdes y semitransparentes que se acercaron volando hasta su barca. Lo miraron con sus ojos blancos con atención, y en tanto que" unos recogían las redes, otros le abrigan y el resto soplaron con fuerza las velas y empujaron la barca hasta la costa. Dicen que el pescador jamás volvió a decir la palabra «majaderías».

Para Aurelio de Llano, estos apacibles seres es seguro que corresponden a un mito reciente, pues en Asturias, según él, hay muy poca tradición sobre ellos. Cree que son invención de Laverde Ruiz, pero, por contra, al igual

que ocurría con los espumeros, la referencia más antigua se debe a Tomás Cipriano Agüero, que en 1853 los describía así:

Los ventolines son más pequeños aún que los ñuverus; de día, por lo regular, están en la región del fuego; de noche, flotan en el espacio y a través de los rayos de la luna lógrase a veces distinguirlos. (...) Estos seres, a diferencia de los ñuverus, son hermosos y todas sus facciones muy proporcionadas. Los ventolines, cuando en la alborada de San Juan las xanas danzan en torno de sus madejas, flotando en la atmósfera elevan tiernos y melodiosos cantares, más dulces aún que el aura de la noche al suspirar amorosa entre las flores.

A partir de aquí, otros autores lo copiaron y añadieron datos de su cosecha (como Jove y Bravo).

En una carta fechada en Santiago de Compostela el 5-12-1877, escrita por Gumersindo Laverde Ruiz a Marcelino Menéndez Pelayo, y publicada en *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo*, Santander, 1977, se revela la auténtica identidad de este mito: «¿Has leído en la revista de Mazón unos artículos de Canella Secades sobre Creencias populares de Asturias? ¿Has visto lo que dice de los «ventolines y de los espumeros»? Pues sábetelo que todo esto tiene tanto de popular como yo de papa. Todo es cuestión de Tomás Cipriano Agüero y mía, y salió por primera vez bajo la palabra honrada de este amigo y paisano, entonces cultivador fervoroso de la poesía, en el *Álbum de la Juventud*, de Oviedo, en 1853, y de allí lo ha tomado, sin duda, no sé si de buena fe o a sabiendas de que era una superchería poética, el apreciable historiador de la Universidad de Oviedo.»

Ramón Sordo Sotres, serio investigador de leyendas astures y cántabras, encuentra el mito en el valle de Cabuérniga, pero con bastantes distorsiones. Le dijeron que se trataba de tres o cuatro bichos largos de alas grandes que primeramente fueron personas. Eran pequeños y muy traviesos.

Para embarullar aún más el asunto, un comunicante le dijo que estos pequeños seres acostumbraban a coser los ojos a la gente, dato éste que nos hace pensar que el mito hace un bucle y se vuelve a tergiversar, mezclándose con el de otros personajes.

Esto quiere decir que nos encontramos de nuevo con uno de los *leitmotiv* de este libro: las conexiones de unos mitos con otros, las interferencias de varias leyendas entre sí, los camuflajes que adoptan algunos seres sobrenaturales para no ser creíbles, el fenómeno del aparente «absurdo» que se produce en muchos de los relatos, la capacidad de rehuir cualquier intento de clasificación serio, las recreaciones conscientes o inconscientes que se realizan de viejas tradiciones, las falsedades enmascaradas que subyacen en muchos testimonios, las verdades ocultas que contienen los cuentos de hadas, el simbolismo latente en los comportamientos de muchas de estas entidades del folclore, la huella primigenia que perdura en infinidad de tradiciones a pesar de los siglos transcurridos...

Soy consciente de la dificultad intrínseca que tenía la elaboración de este libro (mayor si cabe que los anteriores que le han precedido), precisamente por todo lo dicho, y espero que el lector no se haya perdido en el laberinto que le he propuesto seguir en estas páginas y que haya visto -o incluido, al menos- algunas de estas conexiones que constantemente se producen, a modo de guiños, para todos aquellos que estudiamos el encantador mundo de las leyendas poblado de personajes que a veces nos hacen perder el sentido de nuestra realidad.

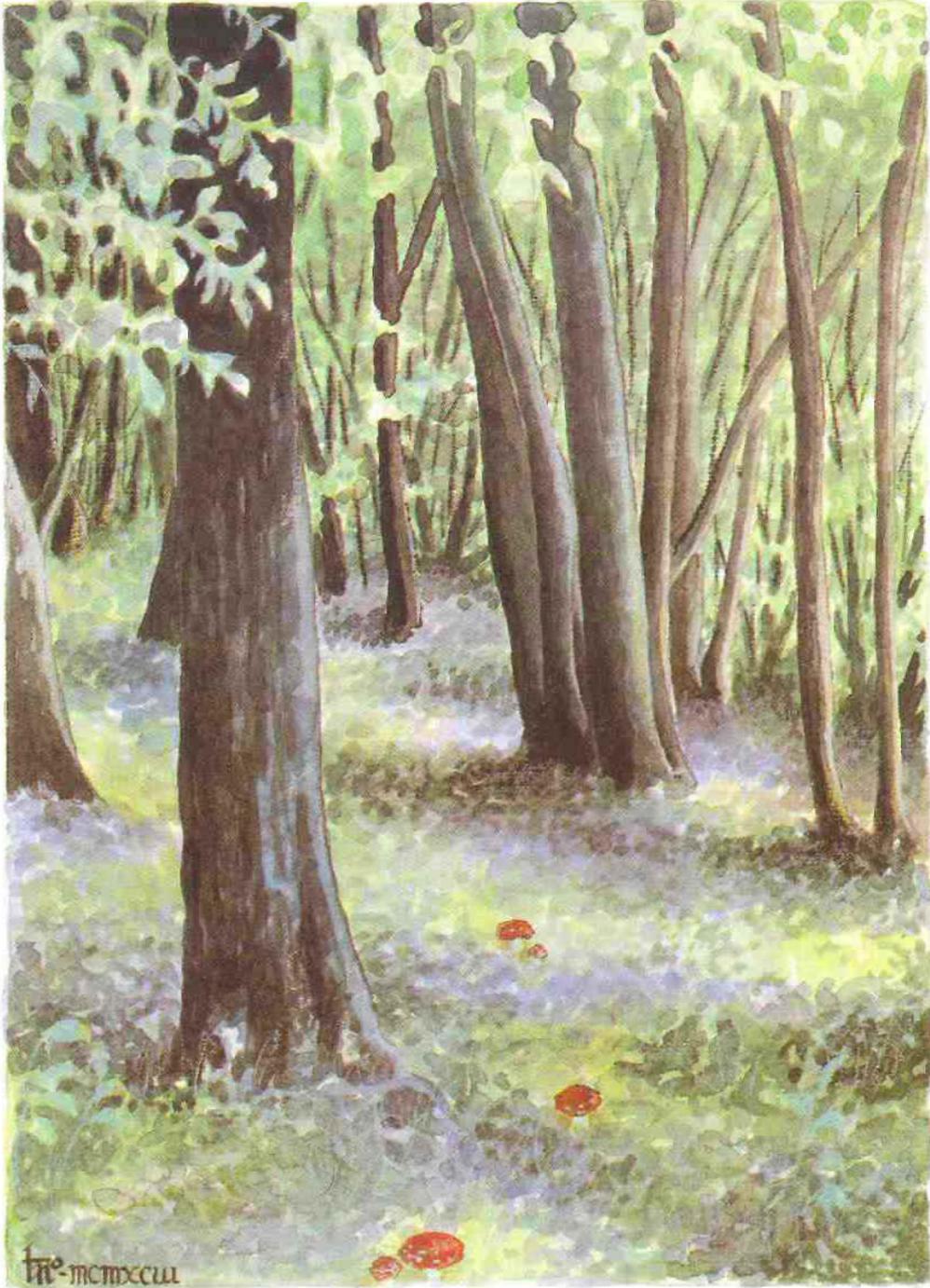
Si todavía te bulle la cabeza con tantos datos, nombres y seres que aparecen en este libro, recuerda lo que nos decía Saint Exupéry en *El principito*:

He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos,

y, en definitiva, ¿no son invisibles todos los espíritus de la naturaleza de los que hemos hablado?

Y el secreto que los envuelve aún sigue intacto...

Colorín colorado . . .



Se acercaba la época de las lluvias monzónicas y un hombre muy anciano estaba cavando hoyos en su jardín.

- ¿Qué haces? – le preguntó su vecino.
- Estoy plantando anacardos – respondió el anciano.
- ¿Esperas llegar a comer anacardos de esos árboles?
- No, no pienso vivir tanto. Pero otros lo harán. Se me ocurrió el otro día que toda mi vida he disfrutado comiendo anacardos plantados por otras personas, y esta es mi manera de demostrarles mi gratitud.

Nota

AMIGO lector: Si después de haber leído esta obra quieres hacernos partícipes de algún suceso que te haya acontecido a ti o a algún pariente o amigo, o que por azar hayas leído o escuchado relatos y leyendas relacionadas con los seres aquí presentados, te agradecería que lo escribieras y lo enviaras al Apartado de Correos número 53.112, de Madrid, con el objetivo de ir completando, en la medida de lo posible, una documentada guía o mapa sobre las apariciones y manifestaciones actuales de estos seres masculinos en nuestro país.

Bibliografía

- ALONSO PONGA, José Luis: *Tradiciones y costumbres de Castilla y León*. Ed. Imprime Sever-Cuesta. Valladolid, 1982.
- ÁLVAREZ PEÑA, Alberto: *Asturias mágica*. Ed. Conceyu Bable, 1992.
- AMADES, Joan: *Folclore de Catalunya. Costumes i creences*. Ed. Selecta. Barcelona, 1969; *Essers fantastics*. Extret del Butlletí de Dialectologia Catalana, XV, publicado por la Institució Patxot. Barcelona, 1927.
- ARMENGOU I MARSANS, Josep María: *Guía de la Catalunya misteriosa, mágica y paranormal*. Ed. Obelisco. Barcelona, 1990.
- ARROWSMITH, Nancy, y G. MOORSE: *Guía de campo de las hadas y demás elfos*. Ed. Olañeta. Mallorca, 1988.
- ATIENZA, Juan G.: *Guía de los pueblos malditos españoles*. Ed. Ariel. Madrid, 1985.
- BALAGUER, Víctor: *Al pie de la encina. Historia, tradiciones y recuerdos*. El Progreso Editorial, 1993. Edición facsímil de la de 1893.
- BALLESTER OLMOS, V. J.: *OVNI: el fenómeno aterrizaje*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1978
- BARAGAÑO, Ramón: *Mitología y brujería en Asturias*. Ed. Noega. Gijón, 1983.
- BARANDIARÁN, José Miguel de: *Diccionario de mitología vasca*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1984; *El mundo de las divinidades en la mitología vasca*. Ed. Pamiela Komikia. Pamplona, 1984.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo: *Rimas y Leyendas*. Ed. Edaf. Madrid, 1970.
- BELTRÁN ANGLADA, Vicente: *Las fuerzas ocultas de la naturaleza*. Ed. Eyras Madrid, 1979.
- BENÍTEZ J. J.: *La quinta columna*. Ed. Planeta. Barcelona, 1991.
- BERGIER, Jacques: *Los extraterrestres en la Historia*. Plaza & Janés. Barcelona, 1978.
- BERLIZ, Charles: *300 fenómenos extraños*. Ed. Plaza & Janés, 1991. Barcelona.
- BETIELHEIM, Bruno: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Ed. Crítica. Barcelona, 1991.
- BLANCO, José Francisco: *Brujería y otros oficios populares de la magia*. Ed. Ambito. Valladolid, 1992.
- BLÁZQUEZ MIGUEL, Juan: *Castilla-La Mancha. Magia, superstición y leyenda*; Ed. Everest. León, 1991; *Hechicería y superstición en Castilla La Mancha*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo, 1985.
- BORGES, Jorge Luis: *El libro de los seres imaginarios*. Ed. Bruguera. Barcelona, 1981.
- BRIGGS, Katharine M.: *Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales: quién es quién en el mundo mágico*. Ed. Olañeta. Mallorca, 1988. *Diccionario de las Hadas*. Ed. Olañeta. Mallorca, 1992.
- CABAL, Constantino: *La mitología asturiana. Los dioses de la vida. Los dioses de la muerte. El sacerdocio del diablo*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1972; *Mitología Ibérica. Cuentos y Consejas de la vieja España*. Ed. Grupo Editorial Asturiano. Oviedo, 1993.
- CARO BAROJA, Julio: *Algunos mitos españoles y otros ensayos*. Ed. Ediciones del Centro. Madrid, 1974; *Del viejo folclore castellano*. Ed. Ámbito. Valladolid, 1988; *Las brujas y su mundo*. Ed. Alianza. Madrid, 1986
- CARRE ALVARELLOS, Leandro: *Las leyendas tradicionales gallegas*. Ed. Espása Calpe. Madrid, 1977.
- CARRERAS y CANDY, Francisco: *Folclore y costumbres de España*, tomo I, Editorial Alberto Martín. Barcelona, 1931.
- CASTAÑÓN, Luciano: *Supersticiones y creencias en Asturias*. Ed. Ayalga Ediciones. Gijón, 1976.
- CIRLOT, Juan-Eduardo: *Diccionario de Símbolos*. Ed. Labor. Barcelona, 1985.
- CLARKE, Arthur C.: *El fin de la infancia*. Ed. Edhasa Minotauro. Barcelona, 1976.
- COOPER, J. C.: *Cuentos de hadas. Alegorías de los mundos internos*. Ed. Sirio; Málaga, 1986.
- CRIADO BOADO, Felipe y otros: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana* n. Ed. Akal. Madrid, 1986.
- CROWLEY, Vivianne: *La antigua religión en la nueva era*: Ed. Arias Montano. Madrid, 1991.
- CHAO ESPINA, Enrique: *Leyendas de Galicia y otros temas narrativos*. Ed. Imprenta Fojo. La Coruña, 1981.
- CHARPENTIER, Louis: *El misterio vasco*. Ed. Plaza & Janés, 1980. Barcelona.
- DARNAUDE ROJAS-MARCOS, Ignacio: *El problema del no contacto extraterrestre*. D. Legal NQ 31051. Madrid, 1981.
- DICCIONARI CATALÁ-VALENCIÁ-BALEAR. Palma Mallorca, 1980.

- DÍEZ ALONSO, Matías: *Mitos y leyendas* (Diario de León, 1994).
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan.: *Selección de relatos aragoneses de Brujas, demonios y aparecidos*. Ed. Librería General. Zaragoza, 1978; Aragón legendario I y II. Ed. Librería General. Zaragoza, 1984.
- DUQUE DE MAURA: *Supersticiones de los siglos XVI y XVII y hechizos de Carlos II*. Ed. Calleja. Madrid, 1924.
- EVANS, Hilary: *Visiones, apariciones, visitantes del espacio*. Ed. Kier. Buenos Aires, 1989.
- FABER-KAISER, Andreas: *Las nubes del engaño*. Ed. Planeta. Barcelona, 1984; *El muñeco humano. Nos fabricaron para utilizarnos*. Ed. Kaydeda Ediciones. Madrid, 1989. *Sobre el secreto*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1985.
- FEIJOO, Padre Benito: *Teatro crítico universal*. Ed. Taurus Ediciones. Madrid, 1985.
- FERICGLA, Josep M.: *El bolet i la genesi de les cultures*. Ed. Alta Fulla. Barcelona, 1991.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: *El bosque animado*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1965.
- FERRER CLAPES, Michel: *Cuentos, creencias y tradiciones de Ibiza*. Ed. Gráficas Guasch, 1981.
- FRAGUAS y FRAGUAS, Antonio: *La Galicia insólita. Tradiciones gallegas*. Ed. Edicions do Castro. La Coruña, 1990.
- FRONTERA, Guillermo: *Guía secreta de Baleares*. Ed. Al Barak, Madrid, 1975.
- FROUD, Brian: *Hadas*. Ed. Mondadori. Madrid, 1985.
- FUENTELAPEÑA, Padre: *El ente dilucidado: tratado de monstruos y fantasmas*. Ed. Nacional. Madrid, 1978.
- GARCÍA LOMAS, Adriano: *Mitología y supersticiones en Cantabria*. Ed. Excma. Diputación Provincial de Santander, 1964.
- GARRIDO, Carlos: *Mallorca mágica*. Ed. José J. de Olañeta. Palma de Mallorca, 1988.
- GELABERTO VILLAGRÁN, Martí: «Magia de la Naturaleza y religión en la Edad Media». *Historia y Vida*, nº 311. (Madrid, febrero 1994.)
- GERSI, Douchan: *Sabidurías invisibles*. Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1992.
- GIL DEL RÍO, Alfredo: *Inquisición y brujería*. Ed. Casset. Madrid, 1992.
- GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, José Gregario: *Los OVNIS en Canarias. Centro de cultura popular canaria*, 1995.
- GONZÁLEZ REBOREDO, José María: *El folclore en los castros gallegos*. Ed. Universidad de Santiago, 1971.
- GORRES: *Mística diabólica*. Ed. Humanitas. Barcelona, 1990.
- GRINBERG-ZYLBERBAUM, Jacobo: *Los chamenes de México, vol. II: «Misticismo indígena»*. Ed. Alpa Corral. México D.F., 1987
- HALL, Michael: *Hadas, duendes, elfos y más gente menuda*. Ed. Edicomunicación. Barcelona, 1992.
- HERNÚÑEZ, Póllux: *Monstruos, duendes y seres fantásticos de la Mitología Cántabra*. Ed. Anaya. Madrid, 1994.
- HOYO SÁINZ, Luis de. y HOYO SANCHO, Nieves de: *Manual de folclore. La vida popular tradicional en España*. Ed. Ediciones Istmo. Gijón, 1985.
- HURTADO, Publio: *Supersticiones extremeñas*. Arsgraphica, S. L. Huelva, 1989.
- HUYGEN, Wil: *Los Gnomos y La llamada de los Gnomos*. Ed Montena. Madrid, 1982.
- IRIBARREN, José María: *El porqué de los dichos*. Madrid, 1970.
- KIRK, Robert: *La Comunidad Secreta*. Ed. Siruela. Madrid, 1993.
- LEADBEATER, C. W.: *El más allá de la muerte*. Ed. Casa de Horus. Madrid, 1992; *Los espíritus de la naturaleza*. Ed. Sirio. Málaga, 1984.
- LLANO, Manuel: *Brañaflor*. Ed. Librería Moderna, Santander, 1931; *Mitos y Leyendas de Cantabria*. Ed. Artes Gráficas Resina. Santander, 1982.
- LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio: *Del folclore asturiano: Mitos supersticiones, costumbres*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1977.
- LUNARES, María del Mar: *Mouros, animas, demonios. El imaginario popular gallego*. Editorial Akal, Torrejón de Ardoz, 1990. /
- LLOP I BAYO, Francesc y otros: *Fiestas y Liturgia*. Ed. Univ. Complutense. Madrid, 1988.
- MACLELLÁN, Alec: *El mundo perdido de Agharti*. Ed. Edaf. Madrid, 1984.
- MARTÍN DE BRAGA: *De correctione rusticorum. Sermón contra las supersticiones rurales*. Texto revisado y traducción de Rosario love Clois. Ed. El Albir. Barcelona, 1981.
- MELLO, Antony de: *La oración de la rana*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1988.
- MENA, José María de: *Costumbres andaluzas*. Ed. Everes. León, 1992.
- MITO (Emilio Fiel): *Devas y naturaleza mágica*. Ed. Mandala. Madrid, 1995
- MORÁN, César: «Notas floklóricas leonesas», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. CSIC. Tomo

- IV. Madrid, 1948.
- MOURE MARIÑO, Luis: *La Galicia prodigiosa. Las ánimas. Las brujas. El demonio*. Ed. Galicia Editorial. Santiago, 1992.
- MÚJICA, Josefina: *Cuentos, estampas y leyendas canarias*. Ed. Ediarca Popular. Las Palmas, 1982.
- MURGUÍA, Manuel: *Galicia*. Ed. Xerais. Barcelona, 1981.
- PARACELSO: *El libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y demás espíritus*. Ed. Obelisco. Barcelona, 1987.
- PERUCHO, Joan: *Dietario apócrifo de Octavio de Romeu*. Ed. Destino. Barcelona, 1985; *Detrás del espejo*. Ed. Mondadori. Madrid, 1990.
- PLANELLS, Mariano: *Diccionario de secretos de Ibiza*. Ed. Sirven Grafic. Barcelona, 1982.
- PONCE DE LEÓN PAIVA, Antón: *En busca del Anciano*. Ed. Eirl. Cuzco. Perú, 1994.
- PROPP, Vladimir: *Las raíces históricas del cuento*. Ed. Fundamentos. Madrid, 1984. .
- RABANNE, Paco: *Trayectoria. De una vida a la otra*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1992. .
- RIBERA Antonio: *Galería de condenados*. Ed. Planeta, Barcelona. 1984.
- RISCO, Vicente: *Historia de Galicia*. Buenos Aires. 1962.
- ROBERTS, Timothy R.: *Celtas. Mitos y Leyendas*. Ed. Libsa. Madrid, 1995.
- RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, Antonio: *Los cuentos maravillosos españoles*. Ed. Crítica. Barcelona, 1983.
- RODRÍGUEZ-GONZÁLEZ, Eladio: *Diccionario enciclopédico gallego-castellano*. Editorial Galaxia. Vigo, 1961. .
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Jesús: *Supersticiones de Galicia y otras preocupaciones vulgares*. Ed. Ediciones Celta. Lugo, 1970.
- ROSO DE LUNA, Mario: *Por la Asturias tenebrosa: El tesoro de los lagos de Somiedo*. Ed. Eyra. Madrid, 1980; *El libro que mata a la muerte o libro de los finas*. Ed. Eyra. Madrid, 1981; *Por el reino encantado de Maya*. Ed. Pueyo. Madrid, 1924; *Degentes del otro mundo*: Ed. Pueyo. Madrid, 1917.
- RÚA ALLER, Francisco, y RUBIO GAGO, Manuel: *La piedra celeste: creencias populares leonesas*. Ed. Diputación Provincial León, 1986.
- SÁNCHEZ CIRUELO, Pedro: *Reprobación de las supersticiones y superchería*. Editorial Glosa. Barcelona, 1977. .
- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Ed. Planeta, 1992.
- SÁNCHEZ PÉREZ, José Augusto: *Supersticiones españolas*. Ed. Saeta. Madrid, 1948.
- SATRÚSTEGUI, José María: *Mitos y creencias*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1983.
- SCHNITZER, Rita: *Hadas y elfos*. Ed. Elfos Ediciones. Barcelona, 1988.
- SEIJÓ ALONSO, Francisco: *Los fantasmas de Alicante, Valencia y Castellano* Ed. Seijó. Alicante, 1969.
- SENDER, Ramón J.: *El Verdugo afable*. Ed. Destino. Barcelona, 1968. *Las criaturas saturnianas*. Ed. Destino. Barcelona. 1975
- SIERRA, Javier (Coordinador): *Más Allá de los Ovnis. 4 tomos*. Ed. Heptada. Madrid, 1992; *Roswell: Secreto de Estado*. Ed. Edaf. Madrid, 1995.
- SORAZU, Emeterio: *Antropología y religión en el pueblo vasco*. Caja de Ahorros Prov. de Guipúzcoa, 1980.
- SORDO SOTRES, Ramón: *Mitos de la naturaleza en Asturias y Cantabria*. (Colección El Juguero. 1994.)
- STELLA DE V ALLEJO, Carmen: *Viejos mitos de Cantabria*. Ed. Institución Cultural de Cantabria. Sopena de Cauerniga, 1987.
- STURLUSON, Snorri: *Textos mitológicos de las Eddas*. Ed. Miraguano. Madrid, 1987.
- SUÁREZ, Andrés: *Luaña, mitos, costumes e creencias dunha parroquia galega*. Ed. Galaxia. Vigo, 1979.
- TABOADA CHIVITE, Xesús: *Ritos y creencias gallegas*. Ed. Salvora. La Coruña, 1981.
- TANSLEY, David: *Mensajeros de la luz*. Ed. Edaf. Madrid, 1979,
- TOMEIO, Javier y ESTAD ELLA, J. M.: *La brujería y la superstición en Cataluña*. Ed. Ediciones Géminis. Barcelona, 1963.
- TORQUEMADA, Antonio: *jardín de flores curiosas*. Ed. Castalia. Madrid, 1982.
- VALLEE, Jacques: *Pasaporte a Magonia*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1972.
- VILLARS, Abate: *Aberraciones psíquicas del sexo o el Conde de Gabalís* (comentada por el doctor Roso de Luna). Ed. Javier Morata. Madrid, 1929.
- VIOLANT I SIMORRA, Ramón: *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias, tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Ed. AltaFulla. Barcelona. 1986.
- WEBSTER, Wentworth: *Leyendas vascas*. Ed. Miraguano. Madrid, 1989.

